

CARLOS CANALES Y MIGUEL DEL REY

# NAVES NEGRAS

## LA RUTA DE LAS ESPECIAS



CARLOS CANALES Y MIGUEL DEL REY

# NAVES NEGRAS

## LA RUTA DE LAS ESPECIAS

En Oriente, donde estaban las riquezas de las legendarias islas de las especias, los reinos de Conchinchina o el casi desconocido imperio

Chino, las naves españolas y portuguesas ejercieron durante siglos un dominio incontestable.

«Barcos Negros» — *kurofune*— fue el nombre con el que las conocieron los habitantes del Japón cuando arribaron a sus costas en el siglo XVI.

Una época de esplendor, un siglo mágico abierto con el descubrimiento de la Mar del Sur — bautizado como Pacífico en 1513 por Vasco Núñez de Balboa —, ampliado con la exploración de la costa Sur de Nueva Guinea por Luis Váez de Torres, y cerrado con la localización de los principales archipiélagos de Oceanía.

Una centuria en la que el Pacífico, a pesar de los múltiples enemigos que tenía España se convirtió en un lago de su propiedad, sin que esa situación la alterara lo más mínimo cualquier incursión de los corsarios ingleses.

Lo que el lector tiene entre manos va desde el plan español para invadir China a los conflictos en Borneo, Brunei, Camboya, Japón y las islas Filipinas. Un libro de navegantes, exploradores, misioneros y guerreros.

**Carlos Canales Torres & Miguel del**

**Rey Vicente**

**Naves negras**

# La ruta de las especias

*INTERMEDIO*

*Cabo Pracel.*

*6 de noviembre de 1590.*

CUANDO COMPRÓ EL GALEONCETE al armador Martín de Noriega en Acapulco, Pedro Ordóñez de Ceballos pensó que hacía un buen negocio. Es verdad que su artillería era en su mayor parte menuda y combinaba versos, sacres, culebrinas y falconetes, pero los cinco cañones de bronce añadidos al material original — por los que había pagado una buena suma adicional —, eran de muy buena factura. El buque estaba en excelentes condiciones. No solo parecía resistente, sino que demostró serlo. Con una fina línea y castillos bajos para ofrecer menor pantalla al viento, construido con magníficas y sólidas maderas americanas, su bajel de 280 toneladas era rápido, marinero y peligroso. Lo bautizó como *San Pedro*.

La elección de la tripulación no fue difícil. Por el puerto y la ciudad había decenas de aventureros y buena gente de mar sin empleo, dispuesta a hacer lo que fuera menester si a cambio había dinero de por medio. Ordóñez, que conocía bien a los de su calaña, seleccionó a un capitán, un contramaestre, un maestre, 30 marineros, 25 grumetes, un guardián, un despensero, y 20 pajes para servicio a bordo. Además, para cuidar también las cosas del alma, añadió dos frailes, que se sumaban a sus dos inseparables compañeros de viaje, Pedro de Lomelín y Marcos Ortiz, con los que llevaba recorrido medio mundo.

También reclutó a dos extranjeros, buenos especialistas, pues los españoles, como siempre, no eran muy duchos en las artes mecánicas y manuales. Casi más sencillo que sacar a su tripulación de las tabernas le fue encontrar a un hábil genovés y a un inglés desesperado por salir de allí, que entendían bien de mechas, pólvora y cañones.

Especialmente el último, un rubio alto y desgarbado, un tanto inexpresivo, que resultó ser un experto en bombas incendiarias. Algo, que, según su experiencia, a buen seguro les acabaría siendo útil. Ya listo para hacerse a la mar, Ordóñez decidió cargar el barco con ropa de sobra, lona para velas de repuesto, el imprescindible cordaje,

clavazón, maderas y provisiones suficientes para una larga travesía.

Había nueve comerciantes que habían confiado en él y cargado sus mercancías en el galeón, y Ordóñez no estaba dispuesto a defraudarlos. Si todos colaboraban, habría beneficios sobrados para repartir. Ni que decir tiene que después de haber invertido la nada despreciable suma de 8000 pesos de plata al contado, más otro 8000 fiados por prestamistas, no tenía ninguna intención de pedir permiso para comerciar con Oriente a las autoridades virreinales. Había en Asia ricos reinos y espléndidas ciudades y, si se quería obtener beneficio, no se podía perder el tiempo con la insoportable burocracia de la Corona y demás zarandajas. ¡Ni se le había ocurrido pasar por Manila, para que le empezasen a abrumar con preguntas embarazosas! Habría quien llamaría a lo que pensaba hacer comercio ilegal —conocía a muchos que ni comían ni dejaban comer —, pero para él era simplemente «comercio».

El negocio fue de maravilla. Navegaron como «gentiles corsarios». Compraron y vendieron si las cosas iban bien, y usaron la fuerza cuando pintaron bastos. Evitaron Manila como estaba previsto y lograron en Macao — mediante el eficaz y arraigado sistema del soborno —, papeles del virrey de la India. Con ellos comenzaron un lucrativo intercambio: trocar mercaderías de México y Europa por porcelanas y sedas chinas de Cantón. Bien cargados y con salvoconducto chino, marcharon a Japón. En el mismo puerto de Nagasaki vendieron ricas telas de raso y de Holanda a ocho pesos por vara. Eso sí fue contrabando. Como carecían de permisos, tuvieron que zarpar a la carrera, todo el trapo desplegado, casi sin despedirse de los jesuitas que los habían avisado.

Pasaron varias semanas costeando los mares de China. Todo iba a las mil maravillas, hasta que una impetuosa tormenta los empujó al sur, hasta un punto que la fortuna no había querido representar en sus cartas. Se toparon con un grupo de «juncos» que les dijeron que estaban en la Cochinchina, cuyo reino estaba en guerra con la China Ming.

Ordóñez siempre había sido un hombre práctico: destruyó su salvoconducto chino y les mostró el del virrey de Goa, para que los ayudaran a llegar hasta la costa. Dios debía estar ocupado esa semana, porque fue entonces cuando se enteraron de que el reino estaba además en guerra civil, y enfrentado no solo a los chinos, sino también a los camboyanos.

Fue complicado para los españoles ganarse la confianza de los

cochinchinos y, una vez lograda, no tuvieron más remedio que combatir contra los camboyanos y los chinos.

Un fastidio, pues si de lo que se trataba era de comerciar, el involucrarse en una guerra podía dar al traste con todo. Claro que también podía estropearlo un buen lío de faldas, y nada de eso hubiese sucedido si Ordóñez no se hubiera obcecado en intentar seducir a la hermana del rey y, mucho menos, si su socio Lomelín, hombre de pocas palabras y ducho en tirar de acero como carta de presentación, no hubiese acabado de varias

estocadas con el embajador de Camboya en un desafío, cuando también venía a pedir la mano de la princesa cochinchina. Pero ya no había tiempo de otras conjeturas. Ahora,

«a lo hecho pecho», y a tratar de salir bien parados de la que se avecinaba, que no era poca cosa.

Así pues, Ordóñez sumó su galeón a la flota cochinchina, y puso proa al encuentro de la armada Ming, situada a la altura de un cabo que los portugueses denominaban Pracel [1]. Durante varios días ambas escuadras amagaron lanzarse una contra la otra, con un largo intercambio de golpes en los que cada una sufrió la pérdida de dos juncos y el *San Pedro* capturó un tercero. Parecía que todo el asunto iba a quedar en tablas, cuando los chinos recibieron el refuerzo de un grupo de barcos camboyanos. En respuesta, los cochinchinos incrementaron el número de los suyos con todos los que había en la costa más próxima. Ahora ambos bandos tenían decenas de juncos, champanes y otras naves menores. Nada daba a entender que no se aprestaran para una gran batalla. Al contrario. Por lo que veían los españoles, los combatientes de ambos bandos se odiaban y parecían dispuestos a matarse entre sí sin miramientos. Hasta el final. Sin duda el asunto se complicaba.

Amanecía. Entremezclados los unos con los otros, a tiro de arcabuz, ya no había duda que el *San Pedro* se iba a meter en un buen lío. En cubierta, armados hasta los dientes con todo el hierro posible, los hombres de Ordóñez — asumido que la empresa sería recia —, estaban dispuestos a vender caras sus vidas. A demostrar que ningún asiático era capaz de vencer a los españoles, y menos en un combate en la mar.

Resuelto a terminar con el pleito de una vez por todas, y convencido de que el poder del *San Pedro* sería determinante, Ordóñez lo sacó de la formación. Airoso, con todo el trapo desplegado, arbolando a popa

una gigantesca bandera blanca con el aspa roja de San Andrés, y en lo alto del mayor el estandarte de Castilla y León, arribó el galeón de bolina para tomar viento a un largo y lanzarse contra las naves chinas y camboyanas.

Sin importarle la fuerza o el número de sus enemigos, confiado en la silueta negra y afilada de sus cañones que asomaba por las portañolas.

Ahora, al grito de ¡Santiago, cierra España! amigos y enemigos iban a contemplar atónitos el poder real de los barcos que tanto temían. Iban a saber a ciencia cierta lo que ocurría cuando una «nave negra» entraba en acción.

*INTRODUCCIÓN*

ES RELATIVAMENTE FÁCIL al caminar por el paseo principal de la calurosa y húmeda Tainan, la capital de Taiwan, encontrar el santuario y los jardines dedicados a Koxinga.

Los adornan plantas autóctonas, un espectacular estanque y una no menos esplendida estatua en la que, heroico y orgulloso, cara al mar que se vislumbra tras un prosaico Carrefour, Koxinga cabalga espada en mano a enfrentarse a los opresores de su patria.

Todo magnífico, si no fuera porque el insigne adalid representado no era más que un criminal y un pirata y, algunos de los opresores, los españoles defensores de Manila y de su población. Harta de espolios, saqueos y destrucción.

La historia está llena de mentiras como esta, con la que determinados grupos, generalmente en el poder, intentan siempre engañar al pueblo. Es difícil contradecirlos, porque la mayor parte de las veces eso es lo que el pueblo engañado quiere oír, pero es una obligación de los escritores objetivos exponer los hechos reales y hacerlos públicos para que luego cada uno saque sus propias conclusiones. En Filipinas, como en otras muchas regiones del antiguo imperio español, solo hay una verdad. Aunque se empeñen en esconderla. Aunque pretendan taparla con capas y capas de engaños y falsedades.

El descubrimiento del Océano Pacífico, como tantas otras cosas de este mundo, fue motivo de la necesidad. Una necesidad que se refleja en la historia de las exploraciones entre 1400 y 1600 como un esfuerzo mantenido durante dos siglos por españoles y portugueses que registró en esa época sus resultados más espectaculares y los condujo a todas partes del mundo.

Ese esfuerzo, que supuso también disponer de ideas progresistas, amplios medios y hombres capaces, estuvo ligado — y no debemos olvidarlo nunca — a dos tipos de exigencias: espirituales y materiales.

En el orden espiritual, al afán de la iglesia de llevar la cruz a los infieles y extender el cristianismo al mismo tiempo que incrementaba sus privilegios. Una importantísima razón que le había funcionado desde la Edad Media y siempre hay que tener en cuenta.

En el material, en primer lugar, a la imprescindible obligación de obtener mercancías de extremo Oriente, sobre todo especias; después, a medida que se iban descubriendo territorios vírgenes y todos esos temas quedaban en manos de los diferentes gobiernos, a la búsqueda de oro como motivo principal. La forma tradicional en Europa de financiar los negocios o las guerras, y obtener poder.

Es casi imposible que el lector moderno, esencialmente omnívoro, se haga idea de la necesidad apremiante que tenían nuestros antepasados de conseguir especias para alegrar su monótono régimen culinario. Se explica por las condiciones de la agricultura europea, con su tradicional rotación trienal de un año trigo, al otro, cebada, y luego barbecho, y la crianza extensiva de ganado sin una selección definida. El resultado era una alimentación básica basada en pan y gachas, con carne salada proveniente de la matanza masiva del ganado excedente efectuada en otoño. El resto es fácil de imaginar: coles, rábanos, guisantes, lentejas y cebollas daban poca variedad a la comida ordinaria.

Faltaban arroz, maíz, patatas, productos lácteos, frutas, legumbres verdes y azúcar. En la Europa del plato único, todo el arte de las cocinas residía en las salsas y su sazonamiento, y para eso se necesitaban condimentos difíciles de obtener.

Además, los productos odoríferos desempeñaban también un importante papel en la práctica religiosa, en la farmacopea y en los perfumes y medicamentos que se utilizaban para combatir el olor de las ropas sucias y las epidemias.

La demanda era inmensa: incienso, alcanfor, canela, nuez moscada, macis, jengibre, cañafistula, cardamomo, galanga, sándalo siempre productos exóticos procedentes del Sur y del Sudeste asiáticos — y, sobre todo, pimienta de la India y clavo de las Molucas —. Luego, a la larga, la seda, muy apreciada porque resiste al uso y a la polilla; el oro, las perlas y las piedras preciosas, de poco estorbo y gran valor, acabarían por completar los cargamentos.

Pero toda demanda excesiva lleva consigo la especulación. El comercio de las especias desde el país de origen se efectuaba por intermediarios malayos, hindúes, persas y musulmanes que dictaban los precios y obtenían un beneficio gigantesco. Eso se terminó cuando en 1453 los turcos conquistaron Constantinopla y cortaron para siempre las lucrativas rutas comerciales del último eslabón de la cadena, los venecianos, que abastecían a Europa de productos de Oriente.

De ahí la doble idea, que llevaba tiempo madurando en algunos países, de suprimir los intermediarios y cambiar las vías de comercio. Ponerla en práctica ya por pura necesidad, tal y como decíamos al principio, resume las exploraciones del siglo XV que acabarán por engarzarse con las conquistas del XVI. No quedaba otra alternativa que arriesgarse a navegar por el desconocido y peligroso Atlántico.

El reino de Portugal ya había dado inicio a esa empresa a principios del siglo XV con el descubrimiento de las islas de Madeira en 1419, y estaba dispuesto a intentar la fantástica hazaña de llegar a través de mares desconocidos a los reinos orientales de Cipango y Catay. Además, en ese momento era el único que contaba con los medios

para hacerlo. Problemas internos y externos retenían los recursos y atención de los reyes Fernando de Aragón e Isabel de Castilla unidos por matrimonio en 1469 — y, los monarcas del resto de Europa, ni siquiera suponían competencia.

Solo la visión de la reina Isabel, apoyada por el dinamismo de Castilla, logró que se llevara a cabo, en paralelo con los portugueses, una aventura tan incierta en momentos tan poco propicios. Los resultados, imprevisibles, no pudieron ser más trascendentales: en nombre de la reina, Colón toma posesión de las islas del Caribe en 1492 y 1493, y de la «Tierra Firme», en el continente americano, en 1498. Justo cuando Vasco de Gama arribaba a Calicut, en la India, y regresaba con su nave cargada de especias de los establecimientos comerciales fundados en sus costas. Un monopolio comercial que duraría casi un siglo.

La bula *Inter caetera,* del papa Alejandro VI, publicada con fecha 4 de mayo de 1493, trató de evitar las disputas que pudiesen surgir entre castellanos y portugueses. Otorgó a los primeros el derecho a las tierras que se descubriesen al oeste del meridiano que pasase a 100 leguas al oeste de las Azores, y dejó para los portugueses las que quedasen al este. Poco más tarde, el 26 de septiembre, otro documento del Papa, la bula *Dudum siquidem* extendió el privilegio de

los ya «Reyes Católicos» a poseer tierras orientales, siempre que accediesen a ellas por la recién descubierta ruta de poniente. Finalmente, representantes de ambos reinos firmaron en Tordesillas, el 7 de junio de 1494, un tratado que llevaba la primitiva línea límite entre ambos reinos a 370 leguas al oeste de las Azores.

Quedaban aclaradas las zonas de influencia de ambos reinos, pero solo en teoría y sobre el papel, pues en el siglo XV era prácticamente imposible marcar los límites del meridiano. Se optó por seguir la política de hechos consumados: llegar primero.

Con ese objetivo, Portugal siguió su campaña de descubrimientos, hasta que Antonio de Abreu, arribó a las islas de Banda y a las Molucas en 1512, pero la España de Carlos I tampoco se quedó atrás en su carrera hacia poniente. En 1513, Vasco Núñez de Balboa tomó posesión en nombre de la corona del Mar del Sur. Todo el que se extendía al sur del istmo de Panamá. Un nombre con el que se conoció pronto al inmenso espacio marino — un tercio del planeta —, que suponía lo que hoy figura en nuestra cartografía como Océano Pacífico.

Desde el Perú, lo natural era ir en dirección Oeste. Hacia aquel mar desconocido se lanzaron expediciones cuando la marea española estaba en su punto culminante, pero se perdieron sin provecho en el vacío polinesio. De México, en dirección Norte, las rutas

de navegación conducían obligatoriamente a las Molucas, la base europea más próxima, luego hacia allí pusieron rumbo los españoles.

Cuando en 1522 Elcano consiguió llegar a Sanlúcar con su *Victoria* haciendo agua como un cesto, pero cargada de clavo de especia, a los portugueses les pareció ver violados sus derechos. Los españoles sostuvieron lo contrario y se reunió un congreso de especialistas, navegantes y cosmógrafos en Badajoz. Se confrontaron los mapas, hubo gritos, puñetazos sobre la mesa y numerosos altercados. Sin embargo, las dos partes, igual de deseosas de no hacerse la guerra en Europa a la vista de los infieles por una cuestión de aliños, decidieron resolverlo con admirable prudencia y cuidado de las formas: A partir de ese momento se dejarían de complicados grados y longitudes y optarían por ganarse puntos entre los nativos de los sectores en litigio. Eso, sí, como caballeros: Las expediciones por el estrecho de Magallanes, para los españoles. La ruta del Cabo, reservada a los barcos portugueses.

Ahí es donde nosotros nos incorporamos a la aventura. Justo en el

momento en que

«cada cual está en su casa y Dios en la de todos».

BREVE DICCIONARIO DE TÉRMINOS NAVALES

**Abarloar**: Situar un buque al lado de otro o de un muelle, etc., de modo que esté en contacto con su costado.

**Abatir**: Desviarse un buque de su rumbo, por efecto del viento.

**Abordar**: Chocar una embarcación a otra.

**Abrigo**: Lugar defendido de los embates del mar, vientos o corrientes.

**Acoderar**: Dar una codera, cuando el barco está fondeado, para presentar un costado.

**Aguada**: Provisión de agua dulce. Sitio en tierra donde se toma el agua dulce.

**Bajío**: Bajo de arena o piedra en forma de banco, donde se corre el riesgo de varar.

**Barlovento**: La parte de donde viene el viento, con respecto a un punto o lugar determinado.

**Bolina**: Navegar de bolina: Ceñir.

**Cabuyería**: Conjunto de cabos, y por consiguiente todos los del barco.

**Coronamiento**: La borda en la parte de popa del barco.

**Demora**: Ángulo comprendido entre el eje de crujía y la marcación de un punto notable.

**Derrota**: Trayectoria descrita por una embarcación.

**Eslora**: Longitud del barco tomada del extremo de la roda al extremo del codaste.

**Fanal**: El farol o linterna que tienen los faros, para aviso de los navegantes.

**Jarcia**: Aparejos y cabos de una embarcación.

**Manga**: Ancho máximo de una embarcación.

**Obenque**: Cada uno de los cables que sujetan los palos por los costados.

**Obra muerta**: La parte del casco que va de la borda a la línea de flotación.

**Obra viva**: La parte del casco que va sumergida.

**Pañol**: Cualquiera de los compartimentos que se hacen en diversos lugares del buque, para estibar objetos.

**Sotavento**: Lado contrario a donde viene el viento. Antónimo de Barlovento.

Además de los navíos y fragatas, la Armada Española contaba con un gran número de embarcaciones que rindieron muy buenos servicios. Sus características más importantes sin extendernos en términos técnicos serían las siguientes: **Bergantín**: Era un barco de dos palos que tenía todo su aparejo formado por velas cuadradas. Apareció en la segunda mitad del siglo XVI y se empleó de forma generalizada hasta el siglo XIX.

**Bombarda**: De dos palos, con dos morteros situados por delante de palo mayor, se utilizaba para bombardear plazas marítimas o escuadras fondeadas; otro tipo, el **Queche** también montaba morteros de la misma forma y tenía aparejo redondo. Fueron utilizadas por primera vez durante el bombardeo de Argel en 1689.

**Bombo**: Era una embarcación sin arboladura que se empleaba en los puertos armada con cañones o morteros como batería flotante.

**Brulote**: Del francés *brûlot*, una bebida alcohólica de Aquitania que se flambeaba, era una embarcación cargada de materiales explosivos, combustibles e inflamables y dotada de garfios para poder engancharse a los buques que atacaba. Se utilizaba también para destruir las obras de los puertos y los puentes tendidos sobre los ríos.

**Corbeta**: Embarcación con aparejo semejante a los navíos y fragatas, se diferenciaba de estos, además de por su menor tamaño, por el número de cañones que portaba, inferior a dieciséis por banda, las denominadas corbetas de puente llevaban además otra batería debajo de la cubierta superior.

**Falucho**: Era una embarcación de un solo palo con vela latina que estaba destinada al servicio de guardacostas, muy maniobrable y con la posibilidad de utilizar remos si la ocasión lo requería. Los faluchos

de 1.ª llevaban sesenta hombres de dotación y los de 2.ª cuarenta. El **Laud** era similar al falucho pero más pequeña y estrecha, la dotación podía ser de 16 a 25 hombres y se usaba sobre todo como guardacostas en el Mediterráneo.

**Fragata**: Buque de tres palos, más ligero que el navío de línea. Formaban el núcleo principal de las escuadras y disponía, como máximo, de dos cubiertas. Una de ellas iba

artillada, y la segunda contaba normalmente con una pequeña batería. En total, el número de piezas artilleras disponibles estaba entre 30 y 50.

**Galeota**: Era una galera menor que constaba a lo sumo de dieciséis o veinte remos por banda y llevaba un hombre en cada uno. Tenían, normalmente, dos palos, algunos cañones pequeños y una sola cubierta sin ninguna obra para defensa.

**Goleta**: Eran embarcaciones no muy grandes, unos 100 pies de eslora, con dos palos y velas cangrejas, aunque su diseño podía variar agregándole otro palo a popa de menor dimensión o masteleros; llevaban de 6 a 8 cañones normalmente aunque las había que portaban 16 cañones por banda.

**Jabeque**: Tenía tres palos y su uso era propio del Mediterráneo, montaban 24

cañones y los más grandes hasta 32.

**Lancha**: Podían ser cañoneras, bombarderas y obuseras según el tipo de armas con que estuviesen equipadas; propulsadas a remo o a vela era la más grande de las embarcaciones menores.

**Místico**: Embarcación de dos o tres palos con aparejo similar al latino que se utilizaban para el servicio de guardacostas y que iban armados con de cuatro a diez cañones.

**Paquebote**: Embarcación semejante al bergantín. Se diferenciaba porque sus líneas eran más anchas y llevaba vela mayor redonda, como las fragatas.

**Patache**: De dos palos, se dedicaba en las escuadras para hacer descubiertas, llevar avisos, guardar las entradas de los puertos o reconocer las costas.

**Polacra**: Era una embarcación de dos palos, algunas veces tres, de

casco semejante al jabeque y aparejo redondo.

**Urca**: Embarcación, similar a la fragata, muy ancha en su centro y de unos 40 m de largo, que podía ser de carga o de guerra. Fue utilizada hasta finales del siglo XVIII.



1

# PLUS ULTRA

*Nacido en Guetaria en 1476, Juan Sebastián Elcano es por derecho propio uno de los grandes navegantes de la historia. Al mando de la expedición de Magallanes tras la muerte de este en Cebú, logró con la nao Victoria ser el primer hombre en circunnavegar la Tierra. Carlos I, le concedió un escudo de armas con el lema* Primus circundedisti me . Óleo sobre lienzo de Ignacio de Zuloaga. Diputación Foral de Guipúzcoa .

*Desde que habíamos partido de la bahía de San Lúcar hasta que regresamos a ella recorrimos, según nuestra cuenta, más de catorce mil cuatrocientas sesenta leguas, y dimos la vuelta al mundo entero.*

*Primer viaje alrededor del globo*

Antonio Pigafetta

**1.1 DONDE EL VIENTO NOS LLEVE**

CUANDO EL 25 DE SEPTIEMBRE de 1513 Vasco Núñez de Balboa tomó posesión de la Mar del Sur para la Corona Española, planteó al mismo tiempo un reto y una oportunidad.

Era evidente la confirmación de que los españoles habían descubierto una inmensa tierra nueva que se interponía entre Europa y Asia, lo que definitivamente parecía demostrar que, finalmente, el viejo cálculo del diámetro de la esfera terrestre de Eratóstenes de Cirene, realizado en el siglo III a. C., parecía más acertado que el de Toscanelli [2] .

Si el Mar del Sur llegaba hasta las costas de China y Japón, era evidente que Castilla podía alcanzarlas si se lograba disponer de puertos seguros en sus aguas. Pero, además, era más que probable que existiesen nuevas tierras e islas desconocidas, entre las cuales, sin duda, habría grandes riquezas y reinos por descubrir.

Antes, había que examinar con cuidado si la Castilla del Oro — la región formada por el sudeste de Centroamérica y el norte de Sudamérica —, era una isla, o el mar descubierto simplemente un estrecho. Al mismo tiempo, también se podía navegar por la costa atlántica del Nuevo Mundo para comprobar si formaba una barrera continua o había un paso al Mar del Sur. Lo intentaron sin éxito navegantes como Juan Díaz de Solís, pero gracias a su labor se avanzó en el conocimiento de las tierras de América y se llegó hasta la actual

Argentina.

Mientras esto sucedía en Castilla, ciertas injusticias del gobierno portugués con algunos de sus marinos, provocaron que un grupo de ellos se marchasen en 1517 al reino vecino, en busca de ayuda. Uno de ellos, gran cosmógrafo y navegante, era Rui Faleiro, y otro, un pequeño hidalgo cojo, poco agraciado, experimentado soldado y explorador, que había servido en Asia con Francisco de Almeida y Alfonso de Alburquerque: Fernando de Magallanes. Ambos creían que, de acuerdo al testimonio de un comerciante de especias llamado Juan Serrano, era más que probable que las islas de la Especiería estuviesen en el lado castellano de la línea de demarcación del Tratado de Tordesillas y que, sin duda, se podrían alcanzar si se costeaban hacia el Sur las tierras recién descubiertas, lo que permitiría evitar las rutas bajo control portugués.

La información facilitada por los portugueses era de gran importancia. Parecía apoyar lo sostenido en Sevilla por los pilotos de la Casa de la Contratación y, en la propia Corte, tanto por bastantes cosmógrafos y marinos como por los especialistas que habían apoyado el viaje de Solís al Sur. Por lo tanto se consideró que merecía la pena




seguir explorando la costa para comprobar si había un paso al inmenso mar descubierto por Balboa. Al joven rey Carlos la idea de intentar alcanzar las ricas islas de la Especiería por una nueva ruta le atraía, y apoyó decididamente la iniciativa de intentar llegar hasta ellas.

*Reconstrucción del mapa de Toscanelli, realizado en 1474, que respaldaba su proyecto — presentado en Lisboa al canónigo Fernao Martins —, para la exploración al Oeste de Portugal y así alcanzar las islas de las Especias por una ruta nueva que atravesase el mar Tenebroso. Probablemente este*

*fue el mapa que llevó Colón, pero desde la aventura de Balboa, quedaba claro que el cosmógrafo italiano estaba equivocado. También que tal vez se pudiese encontrar una ruta distinta a la seguida por los portugueses, si se atravesaba de parte a parte el Mar del Sur.*

Sin embargo, a nadie se le escapaba que era un viaje con un riesgo elevado. En los mapas que se habían elaborado de las tierras descubiertas, el gigantesco espacio que se iba a recorrer estaba vacío. Sin lugar alguno señalado al Sur de las costas del Brasil y con grandes dudas en el resto del escaso territorio cartografiado. Era más que probable que el viaje a emprender fuese el más largo realizado jamás por los hombres. Quienes participasen en la expedición iban de nuevo a enfrentarse a la aventura.

Aceptada la propuesta, en marzo de 1518 Magallanes y Ruy Faleiro recibieron con asombrosa prontitud las correspondientes capitulaciones firmadas por el rey en Valladolid el día 22, en nombre de su madre Juana I. Se le otorgaba a Hernando de Magallanes el título de gobernador y adelantado de todas las tierras que descubriese.

La expedición que se organizó, financiada por Cristóbal de Haro, natural de Amberes, un hombre que se dedicaba precisamente a eso, a arriesgar su dinero en incursiones lejanas, contaba con cinco naos y 234 hombres. La capitana, la *Trinidad*, con 110 toneladas y 55 hombres; las otras cuatro, el *San Antonio*, con 120 y 60; *Concepción*, con 45 y 90; *Victoria* con 85 y 42; y *Santiago*, con 75 y 32. El segundo de Magallanes, Juan de Cartagena, era español y el cronista del viaje, Antonio de Pigafetta, un italiano.



La primera expedición de los argonautas . *El renacimiento encuadró las grandes expediciones en el molde clásico y encarnó a sus jefes en el antiguo héroe Jasón. Las nuevas tierras descubiertas aparecen como un Oriente abrupto, de ciudades suntuosas y caballeros con turbante.* Obra de Lorenzo Parentino realizada entre 1484 y 1490. Museo Cívico, Padua .

Cuando todo estaba dispuesto, partieron desde Sanlúcar de Barrameda el 20 de septiembre de 1519, con proa hacia las Canarias. Pasaron por Tenerife y continuaron la travesía con rumbo Sur, manteniéndose cerca de las costas de África que tan bien conocían los navegantes portugueses. Dejaron atrás las islas Cabo Verde, y cruzaron el Atlántico hacia América a la altura de Sierra Leona.

El 3 de octubre el tiempo empeoró. Viento, borrascas, enormes olas y brutales corrientes de agua, obligaron a la flota a detenerse por miedo a naufragar. Navegaron sin rumbo fijo hasta que superaron la tempestad. Durante las tormentas vieron con frecuencia los fuegos de San Telmo, un fenómeno eléctrico atmosférico que ellos, supersticiosos y fácilmente sugestionables, interpretaron como una señal divina.

Máxime cuando una noche se situó a modo de antorcha durante más de dos horas en la punta del palo mayor de una de las naos y la luz, antes de desaparecer, se hizo tan intensa que mantuvo a los marineros quince minutos prácticamente cegados.

Llevaban ya cuatro meses en la mar cuando, el 13 de diciembre, con una derrota similar a la de Solís, alcanzaron las costas de América cerca de la bahía de Guanabara, en las proximidades de Río de Janeiro. De repente, camino del Sur, se encontraron con un inmenso estuario, que imaginaron les llevaría hasta su objetivo. Lo bautizaron como Río Solís — el futuro Río de la Plata —. Fue una decepción, pero no tuvieron más remedio que continuar su viaje para invernar en la protegida bahía de San Julián, a 39°

de Latitud Sur. Las provisiones se agotaban, los días eran más cortos y los hombres tenían frío, pues el camino los aproximaba día a día a la Antártida. Magallanes decidió reducir las raciones de comida. Era el 31 de marzo de 1520, y los capitanes, unidos, instigados por el clérigo Pero Sánchez, se dirigieron a Magallanes — al fin y al cabo un portugués —, para exigirle el regreso a España.

Magallanes se negó, y los capitanes Juan de Cartagena, Antonio de

Coca, Gaspar de Quesada y Luis de Mendoza se amotinaron. En su opinión no había ninguna duda de que la expedición había fracasado al no encontrar el paso entre mares[3]. Magallanes, frío y duro, ordenó degollar a Luis Mendoza, dejó que a Gaspar de Quesada lo decapitara su criado ante cuarenta de los amotinados encadenados, y abandonó en tierras patagonas[4] a Juan de Cartagena y Pero Sánchez. En San Julián se carenaron los navíos y se construyeron cabañas para protegerse del intenso frío.

En julio, se pusieron de nuevo a flote y partió el *Santiago* en reconocimiento. Se destrozó contra las rocas a los 52° de latitud, en la desembocadura del río Santa Cruz.

Toda la tripulación se salvó, pero tuvo que regresar a la bahía a pie, en ocasiones con nieve hasta la cintura. El 18 de octubre las cuatro naos restantes prosiguieron su ruta, en un esfuerzo por encontrar la vía que los llevase al Oeste.

# 1.2 LOS LÍMITES DEL MUNDO

MAGALLANES HABÍA DEMOSTRADO ENTEREZA, fuerza de carácter, y una convicción casi absoluta en que finalmente encontrarían el paso del Sur. Cercano al extremo meridional de América avistaron un escabroso cabo que conducía a un estrecho brazo de mar. Se aproximaron a la abrupta y recortada costa y atravesaron con gran prudencia sus 600

kilómetros entre el 21 de octubre y el 27 de noviembre. Era un litoral complicado, lo que obligaba a una de las naves a adelantarse en exploración. Si el camino era viable, retrocedía y volvía en busca de las demás. El laberinto de montañas imponentes, glaciares y brumas parecía no tener fin. Hasta que un día, bajo la atenta mirada de miles de leones marinos tumbados en una playa de arena agitada por el cortante viento, vieron, como por arte de magia, que accedían a un inmenso mar. Habían cruzado de parte a parte el estrecho al que Magallanes bautizó como de «Todos los Santos», y que hoy lleva su nombre.

El océano en el que se iban a adentrar, la extensión de agua más grande y desconocida del mundo, estaba tan en calma que Magallanes lo llamó «Pacífico». Antes de aventurarse en él, Esteban Gómez, al que todos consideraban un gran marino,

propuso en un consejo de capitanes seguir costeando hacia el Norte, para encontrar un lugar en el que reponerse, cargar agua y provisiones, y así evitar abordar la travesía hasta Asia en las condiciones en las que se encontraban. Magallanes, obsesionado con lograr su meta, y más ahora que sabía que estaba en la dirección correcta, se empecinó en seguir adelante sin descanso. Afirmó, según Pigafetta, «que aunque supusiese comer el cuero con que las entenas iban aforradas, había de pasar adelante y descubrir lo prometido al emperador, porque esperaba que Dios le ayudaría con buena dicha».

Luego, para evitar malos entendidos, amenazó con la pena capital a quien se opusiese a sus órdenes.

Con las raciones y el agua reducidas al mínimo de supervivencia, comenzó la travesía con la esperanza de encontrar alguna isla. Decepcionado, Esteban Gómez, de acuerdo con su tripulación, decidió desertar y regresar a España con la *San Antonio* [5] .

Si Magallanes hubiese elegido evitar resueltamente todo descubrimiento, no lo habría hecho mejor. Durante tres meses, con una mala suerte increíble, no avistaron tierra. Desesperados, vieron cómo todo se les agotaba, desde la comida hasta el agua.

Dice Pigafetta:

La galleta que comíamos ya no era más pan sino un polvo lleno de gusanos que habían devorado toda su sustancia. Además, tenía un olor fétido insoportable porque estaba impregnada de orina de ratas. El agua que bebíamos era pútrida y hedionda. Por no morir de hambre, nos hemos visto obligados a comer los trozos de piel de vaca que cubrían el mástil mayor a fin de que las cuerdas no se estropeen contra la madera…

Muy a menudo, estábamos reducidos a alimentarnos de aserrín; y las ratas, tan repugnantes para el hombre, se habían vuelto un alimento tan buscado, que se pagaba hasta medio ducado por cada una de ellas…

A todo ello se unió el escorbuto. La mayor parte de los hombres yacían agotados y comenzaron a morir. Los primeros, diecinueve europeos y un amerindio embarcado en las costas de Brasil. La *Trinidad*, la *Concepción* y la *Victoria*, navegaban en un mar desconocido, jamás surcado por embarcación alguna. Sin mapas, tierra a la vista, ni saber en realidad a donde iban. Aunque tuvieran una ligera idea de que las Molucas se encontraran, según las cartas de Francisco Serrano, alrededor de a 1° Norte.



La Victoria *, uno de los barcos más famosos de todos los tiempos. La nao de Elcano fue la primera que logró dar la vuelta al mundo, hazaña notable para una embarcación de solo 85 toneladas, 28 metros de eslora y 7,5 de manga. Armada con diez culebrinas, tenía tres mástiles, aparejo en cruz*

*con gavias en trinquete y mayor y vela mesana latina.* Óleo sobre lienzo, obra de Frederic Leonard realizada en 1935. Colecciones especiales. Biblioteca Pública de Boston .

Pero Magallanes era un hombre del Renacimiento, que disponía del mejor recurso que tenían los más grandes pensadores europeos de su tiempo: su mente. En irónicas y acertadas palabras de Alfred W. Crosby, «se encontró en aguas que ningún humano del Viejo Mundo había surcado antes: ningún fenicio ni vikingo, ningún árabe, ni Cheng Ho, ni siquiera San Brandán [6] », y sin embargo, acertó de pleno. Aunque había estado en las islas de las especias y había visto el Pacífico Oriental, Magallanes no conocía la extensión real del océano en el que se encontraba, pero algo debía de intuir, porque sin saber nada del comportamiento de los vientos en la región, tomó la decisión más adecuada: buscar los alisios del Norte y luego girar rumbo Oeste, por lo que, según Eliot Morison, no pudo haberlo hecho mejor ni aun disponiendo de información de las corrientes y los vientos [7] .




*Veterano de las campañas de Cananor, Goa y Malaca, Magallanes tenía una excelente hoja de servicios, pero bahía caído en desgracia en la corte del rey Manuel de Portugal.*

Retrato anónimo realizado en el siglo XVI o XVII. Colección del Museo de los Marineros. Newport News, Virginia .

Probablemente el gran capitán portugués razonó que si Dios había

dispuesto que los vientos en el Atlántico soplasen de una determinada forma, tal vez habría hecho lo mismo en el Pacífico Central, y así era. Fuese cual fuese la razón, decidió dirigirse hacia el Trópico y, con buen tiempo y vientos favorables, avanzó semana tras semana sin avistar tierra. Duro y reservado, Magallanes, que en palabras de Nowell, «resistía el hambre mejor que todos los demás, e interpretaba las cartas marinas y la navegación con más exactitud que ningún hombre en el mundo [8] », pensó por primera vez que podría haberse equivocado y que el Pacífico no tuviese fin. Solo fue un momento de desaliento. El día 99, el 6 de marzo de 1521, cuando los marineros parecían estar en el límite de su resistencia, avistaron el actual archipiélago de Guam, a las que llamaron Islas de los Ladrones. Un nombre bien merecido desde el momento en que los nativos se acercaron en sus canoas e intentaron llevarse todo lo que pudieron. Estaban en las Marianas. Ahora sabían que podían alcanzar su objetivo final.

### 1.3 EL MÁS PELIGROSO DE LOS VIAJES

MAGALLANES TENÍA COMO OBJETIVO LOCALIZAR UN LUGAR en el que poder establecer una factoría española. Ahora que había logrado con un esfuerzo asombroso abrir una nueva ruta, se trataba de proseguir la misión con éxito.

Los víveres frescos embarcados hicieron maravillas. Tras dejar las Islas de los Ladrones, recuperados de las fatigas del viaje por la buena comida, las frutas y verduras, los expedicionarios alcanzaron otro archipiélago que sin duda estaba al Norte del Maluco, su objetivo final. Lo llamaron de San Lázaro — luego sería una parte del rebautizado como filipino — y, el 17 de marzo, se detuvieron en la isla Homonhon.

Allí, Magallanes conversó con el rajá Calambu de Limasawa, quien lo guio hacia Cebú el 7 de abril. Le dijo que era la isla principal, algo que a Magallanes le convenía, pues necesitaba aliados en la región, ya que sabía que los portugueses andaban cerca.

Comunicándose a través de su intérprete malayo, Magallanes consiguió asociarse al rajá Humabon, jerarca de Cebú, y que tanto él como su esposa se bautizaran. Quizá fue el único momento en que perdió de vista las especias, en beneficio de la evangelización.

En cualquier caso, ese era un buen comienzo.

Los castellanos se dieron cuenta del impacto que sus «naves negras»

causaban en los nativos, y de cómo el poder de la artillería los impresionaba, lo que convertía a las tres naos españolas en una fuerza abrumadora en la región. Humabon y *el datu* Zula no tardaron a solicitar a Magallanes que fuera a la isla cercana de Mactán para castigar al *datu* Lapu-Lapu.

El portugués accedió a interferir en la política de las islas y, el 27 de abril, con 48

hombres, intervino para apoyar a su nuevo aliado. Equipados algunos con arcabuces, pero la mayoría con media armadura, espadas, rodelas y ballestas, la costa rocosa y los corales les impidió desembarcar con facilidad. Cuando lo lograron, la geografía del lugar tampoco les permitió usar la cobertura de la artillería de sus navíos, alejados de la orilla, por lo que quedaron privados de un elemento fundamental.

Los guerreros del *datu* Lapu-Lapu armados con flechas y lanzas, nunca se habían enfrentado a enemigos semejantes, pero eran cerca de 1500. Cuando vieron desembarcar a los castellanos de los botes, con al agua por los muslos, Lapu-Lapu ordenó a sus hombres cargar. Los disparos de los castellanos incendiaron algunas casas que pensaron serviría para ahuyentar a los indígenas, pero solo lograron que se enfurecieran más.

El asunto se presentaba feo. Al ver la gran cantidad de enemigos a los que debería enfrentarse sin sus cañones de apoyo, Magallanes ordenó la retirada, pero algunos de sus soldados quedaron aislados. Tuvieron que pelear contra decenas de enemigos, lo que prolongó la lucha durante varias horas. Hasta que un grupo de guerreros reconoció en el hombre que daba las órdenes al jefe de los invasores blancos y fueron directamente contra él. Herido en su pierna útil por una flecha venenosa y posteriormente en el brazo con una lanza de bambú, todavía fue alcanzado por tercera vez en la pantorrilla derecha. Tambaleándose, combatió hasta el final mientras cubría la retirada. Lo rodearon y acuchillaron con lanzas y espadas hasta que desapareció de golpe en el agua ensangrentada, entre los triunfantes gritos de sus atacantes. Su acción, sin embargo, permitió que la mayoría de sus hombres lograsen escapar con vida, entre ellos Pigafetta, quien relata:

Un isleño consiguió herir al capitán en la cara con una lanza de bambú.

Desesperado, este hundió su lanza en el pecho del indio y la dejó clavada. Quiso usar la espada, pero solo pudo desenvainarla a medias, a causa de una herida que recibió en el brazo derecho… Entonces los

indios se abalanzaron sobre él con espadas y cimitarras y cuanta arma tenían y acabaron con él, con nuestro espejo, nuestra luz, nuestro consuelo, nuestro guía verdadero. Cuando lo hirieron, se volvió muchas veces para comprobar que estábamos todos a salvo en los barcos.

Los aliados de Magallanes, siguiendo sus órdenes, no participaron en la batalla.

Fueron meros espectadores de lo que se consideró un desastre por la pérdida de prestigio, aunque solo murieran 3 españoles. El mando de la expedición recayó en otro portugués, Duarte Barbosa, cuñado de Magallanes, que aún tendría que enfrentarse a un peligro mayor. El 1 de mayo, los indígenas de Cebú quisieron en apariencia disculparse del daño causado a los castellanos, e invitaron a los principales oficiales y a sus hombres a una gran comida. Era una celada infantil de la que Magallanes hubiera sospechado, como lo hizo el piloto Juan Serrano, acusado por Barbosa de cobarde, al insistirle que no asistiera.

No se equivocó. Durante el banquete, a traición, los indígenas acabaron con 35

expedicionarios, entre ellos Barbosa, Cristóbal Rabelo, el propio Serrano y el astrónomo Andrés de San Martín.



*La batalla de Mactán fue un duro golpe para la expedición de Magallanes. A pesar de la superioridad en combate de los castellanos, 49 hombres sin artillería no podían imponerse a 1500 nativos. En esta imagen la representación de Magallanes, como es habitual, es muy incorrecta, pues parece de medio siglo posterior. Sabemos que llevaba protección completa en los brazos y las manos, pero la espada no tenía ese tipo de defensas, y desde luego, no llevaba un casco de tipo borgoñón.*

Esa misma noche, mientras se cubrían con el fuego de sus cañones, los 108

supervivientes repartieron la carga de la *Concepción*, la nao en peores condiciones, y la incendiaron, por no quedar brazos con que tripularla. Luego eligieron nuevos mandos y levaron anclas para alejarse de Cebú. Como capitán general de la expedición quedó Gonzalo Gómez de Espinosa, y al mando de la *Victoria*, Elcano. Sin piloto y sin astrónomo pusieron rumbo a Paragua y Brunei, en el noroeste de Borneo. Esos eran ya dominios de los comerciantes musulmanes, y vieron embarcaciones de proas doradas con figuras de serpientes, elefantes, guerreros con corazas, buenas casas y otros signos de riqueza y civilización.

Finalmente, el 6 de noviembre, después de enfrentarse a varias tempestades, aparecieron por el sur las montañas de Gilolo. Tres días después, cinco islas se destacaron sobre el agua y los dos navíos echaron el ancla. Estaban en las Molucas. Lo primero que hicieron las tripulaciones fue arrodillarse y rezar una plegaria para dar gracias a Dios.

Ya en tierra, a pesar de que la presencia de españoles y portugueses hacía que el equilibrio político de la región resultase un tanto inestable, no les resultó demasiado difícil llegar a un acuerdo amistoso con el caudillo Almanzor, sultán de Tidore, para erigir un puesto comercial y comprar todo el clavo y nuez moscada que pudieran cargar. La *Trinidad*, de Gómez de Espinosa tenía problemas y hacía agua, por lo que hubo que descargarla y vararla en tierra. Sabían que tardarían bastante en carenarla y repararla, por lo que los capitanes decidieron que la *Victoria* intentase seguir sola el viaje por la ruta portuguesa, en tanto que la *Trinidad*, cuando estuviese lista, regresaría a través del Pacífico, hasta alcanzar Panamá.



*Lapu-Lapu, el vencedor de Mactán. En multitud de representaciones gráficas y películas, el guerrero, considerado el primer héroe nacional de las Filipinas — siempre hipermusculado — es quien acaba con la vida de Magallanes en combate singular, pero se sabe que en realidad el marino portugués cayó luchando contra una multitud de guerreros.*

Evitando todo contacto con cualquier puerto portugués, la *Victoria* tomó rumbo al Oeste el 21 de diciembre de 1521, con 60 hombres y 13 nativos de las Molucas, pero no pudieron evitar echar el ancla en una de sus posesiones, el archipiélago de Cabo Verde[9], donde el gobernador de Santiago, la mayor de sus islas, mandó detener un bote tripulado por 12 hombres que había ido a tierra para conseguir provisiones. Se negó a atender todas las peticiones de Elcano para poner en libertad a los prisioneros, por lo que ante el riesgo de ser también apresados, la *Victoria* se cubrió de lona y zarpó hacia mar abierto para enfrentarse a otros dos meses de padecimientos y luchas contra vientos contrarios.

Gómez de Espinosa dejó finalmente Tidore el 6 de abril de 1522, con 48 hombres a bordo y 900 quintales de clavo. Navegó según lo acordado hacia Oriente y avistó las Marianas, pero un duro temporal destrozó la proa de su barco, desmanteló sus velas y lo dejó haciendo agua. En vista de la situación regresó a Ternate, pero ya había aparecido la escuadra portuguesa a las órdenes de Antonio de Brito. Uno de sus siete buques abordó la nao y apresó a los 17 supervivientes de la tripulación. Todos fueron encarcelados con saña en calabozos infectos. Olvidados, solo tres de ellos, entre los que se encontraba Espinosa, acabaron en el castillo de San Jorge, en Lisboa[10]. Tanto

él como Ginés de Mafra — el maestre Pedro Ance murió en prisión —, fueron puestos en libertad en 1527 gracias a una carta que consiguieron hacer llegar a la corte de Valladolid, que a su vez los reclamó a la portuguesa.

## 1.4 *PRIMUS CIRCUNDEDISTI ME*

EL 4 DE SEPTIEMBRE DE 1522 el vigía de la *Victoria* señaló con un grito los acantilados del cabo San Vicente. Faltaban 12 días para que se cumplieran 3 años de su partida. A la vista de la costa española la emoción de los supervivientes de la expedición fue intensa.

Dos días después, como un grupo de espectros, delgados, demacrados, con las ropas hechas trizas y aspecto de pordioseros, desembarcaron en Sanlúcar de Barrameda.

Habían navegado más de 46 000 millas — 85 000 kilómetros — y completado la primera vuelta al mundo. Elcano deseaba llegar a Sevilla lo antes posible, y esa misma tarde remontó en barco el Guadalquivir. Atrás, en la costa, quedó la *Victoria* muy dañada, junto a miles de personas que contemplaban admiradas lo que quedaba de la maltrecha nao.

A Elcano le esperaban en el muelle las autoridades de la ciudad y los funcionarios de la Casa de Contratación, que prepararon una lancha de remos y la cargaron de provisiones frescas para sus hombres. El día 8 la *Victoria* arribó a Sevilla tras haberse realizado las reparaciones más básicas.

A la mañana siguiente, descalzos, en camisa, y con cirios en las manos, la tripulación marchó en procesión a la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria y a la capilla de la Virgen de la Antigua de la Catedral de Sevilla, a la que se habían encomendado antes de su partida. De los 234 hombres que habían salido con Magallanes, solamente 18

regresaban con Elcano después de haber vencido los temporales, las tormentas, la soledad, la sed y el hambre[11]. De los españoles, cuatro eran vascos, tres andaluces, dos gallegos, uno extremeño y uno cántabro y, de los extranjeros, cuatro eran griegos, dos italianos y uno alemán. Los 12 presos en Cabo Verde llegaron meses después vía Lisboa. Junto a los 2 que regresaron de la *Trinidad* hicieron un total de 32 supervivientes de la expedición original.

La *Victoria*, llevaba un cargamento de clavo de olor, canela, macis y nuez moscada con el que se logró pagar el coste completo de toda la

expedición y además dejó un pequeño beneficio del 4 %, unos 900 pesos. Elcano recibió todo tipo de honores por completar la primera vuelta al mundo, y el emperador Carlos, al recibirlo, le dio por escudo un globo con la leyenda *Primus circundedisti me* y le concedió una renta de 500

ducados. España había descubierto para el mundo Occidental dos de las cinco partes del mundo y él, medido la magnitud de la Tierra y demostrado su redondez, ya que marchando siempre en la misma dirección, se llegaba al punto de partida. Era para estar satisfecho, pero había algo más importante, mucho más importante.

Gracias a su viaje los cosmógrafos, navegantes y pilotos de la Corte y de la Casa de Contratación, habían encontrado una ruta a la Especiería evitando a los portugueses.

Además, ahora sabían algo esencial, que los vientos alisios se comportaban de manera similar en el Atlántico y el Pacífico, y que los monzones eran las excepciones que interrumpían y alteraban las reglas generales, pero que la navegación en las zonas que los sufrían podía realizarse con el apoyo de pilotos locales. Conocían mejor que nadie el comportamiento de las mareas y las corrientes; que había una vía que conectaba el Atlántico con el Pacífico, que era practicable, y que el camino a esa gran parte del mundo aún desconocido podía ser interpretado mediante la lógica y la razón.

Al alborear el año 1522, era evidente que aún faltaba mucho por comprender, pero aunque incompleta, los sabios españoles disponían de una visión bastante correcta del funcionamiento de los vientos oceánicos entre el océano ártico y los 40° de Latitud Sur, en el Atlántico, y desde las costas septentrionales del Indico hasta los 15° de Latitud Sur.

Habían aprendido mucho del comportamiento de los vientos en las costas meridionales de África y comenzaban a entender su comportamiento en las de América. Incluso sabían también que los vientos alisios permitían navegar el Pacífico de Este a Oeste.

Dios era el único que tenía un conocimiento igual del mundo.

Ahora solo faltaba sacarle un resultado práctico a todo lo aprendido. Había que encontrar la forma de establecer rutas comerciales, abrir puestos en alguna isla o zona protegida, y consolidar lo descubierto. Haría falta aún un gran esfuerzo económico y humano, para preparar nuevas flotas, capitanes y marineros audaces que las tripulasen y que

estuviesen dispuestos a afrontar los peligros de océanos y mares ignotos y la hostilidad de otros hombres, pero todos convenían que no solo era posible hacerlo, sino que además era necesario.

El primer paso era establecer una estación permanente en Oriente. Un lugar seguro que sirviese de base para el futuro. Había que ponerse a ello cuanto antes.



2

# LOS LÍMITES DEL HORIZONTE

*Una nao castellana. El viaje de Magallanes y Elcano cambió el mundo para siempre, pero además hizo que el Consejo de Castilla, conocedor ahora de la verdadera dimensión de la Tierra, considerase que las Molucas, las islas de las especias plenas de riquezas, estaban en el lado español de la línea de demarcación del Tratado de Tordesillas. La decidida intervención del emperador Carlos a favor de tal derecho, hizo necesario enviar hombres y naves para sostener la demanda de Castilla.*

*Yo a veces creo que los Alpes y los Pirineos son lo único europeo que hay en Europa. Por encima de ellos me parece ver el Asia; por abajo, el África. En el navarro ribereño, como en el catalán y como en el genovés, se empieza a notar el africano, en el galo del centro de Francia como en el austríaco, empieza a aparecer el chino.*

Pío Baroja

## 2.1 LA ESPECIERÍA PARA CASTILLA

ENTRE LAS CONSECUENCIAS del viaje de Elcano, una de las más importantes fue el convencimiento de que las Molucas estaban en la zona que correspondía a España en el Tratado de Tordesillas. Dadas las riquezas que guardaban, merecía la pena incorporarlas a la Corona de Castilla para romper el monopolio portugués en las islas de la Especiería.

Los portugueses afirmaban que las cartas españolas estaban amañadas con la intención de apoyar su falso derecho al archipiélago, y que las mediciones realizadas buscaban extender la línea de demarcación al Este lo más posible, incluso más allá de las Islas de Poniente[12]. Las conversaciones se desarrollaron entre Elvas y Badajoz, pero no lograron alcanzar un acuerdo y, el 31 de mayo de 1524, una vez finalizadas, el emperador ordenó preparar una expedición para reconocer en profundidad todo el territorio en litigio e intentar establecer un puesto comercial fortificado. Para su organización, se creó en La Coruña una Casa especial de Contratación dedicada específicamente a la especiería, con el ánimo de estimular el comercio de los particulares. Mediante edictos y pregones se les ofrecían privilegios únicos «a cuantos quisieran armar naves para ir con la flota que por su cuenta se iba á disponer».

El mando de la campaña se le dio el 5 de abril de 1525 a frey[13]

Francisco García Jofré de Loaísa, comendador de Barbales de la Orden de San Juan, capitán general de la Armada, que marchaba con el cargo de capitán general y gobernador de las Islas Molucas. Un ciudadrealeño con relaciones familiares entre la élite eclesiástica y noble linaje — era descendiente de Godofredo de Buillón, primer rey de Jerusalén —, que el emperador había designado por los amplios conocimientos de navegación que se le suponían en el Mediterráneo, donde actuaba su orden en la guerra contra el turco. Por eso, y porque — aunque a menudo se olvida cuando se dice que debería haber sido Elcano quien dirigiera todas las operaciones —, además de un jefe con pericia náutica, necesitaba enviar a alguien que pudiera dirigir con eficacia un asentamiento, por muy complicado que fuera el viaje. En su nombramiento, el monarca establecía claramente cuáles eran los objetivos de su misión:

Por cuanto Nos mandamos ir al presente una armada a la continuación y contratación de la especiería a las nuestras islas de Maluco, donde habernos mandado que se haga el asiento y casas de contratación, que para el trato de ellas y de las naos que de presente van en la dicha armada, y hemos de proveer de nuestro gobernador y capitán general de la dicha armada y de las dichas islas de Maluco, e tierras, e



provincias de ellas, e de oficiales nuestros que con él residan, que vayan e anden en la dicha armada.

La escuadra tardó en organizarse 14 meses, pero se hizo a conciencia. Además de que era preciso construir las naves adecuadas, lo que se llevó a cabo en los astilleros gallegos y vascos, había también que

seleccionar la tripulaciones — embarcaron vascos, cántabros, gallegos, castellanos, andaluces, flamencos, alemanes e italianos —, para un viaje a los límites del mundo conocido, que se preveía cargado de peligros.

Las cinco islas donde crecen los clavos y su árbol . *Obra de Antonio Pigafetta realizada en 1521, publicada en el segundo volumen del* Viaje de Magallanes: una cuenta de narrativa de la primera circunnavegación . *Los buques de Loaísa iban cargados con productos para comerciar con los indígenas. Varios de ellos debían volver a España con el valiosísimo clavo y, el resto, quedarse en las Molucas, como fuerza de vigilancia.*

Se aprestaron cuatro naos: La *Santa María de la Victoria*, de 360 toneladas, como capitana, al mando del propio Loaísa; *Sancti Spiritus*, de 240, almiranta, al mando de Juan Sebastián de Elcano, como piloto mayor de la expedición; *Anunciada*, de 204, al mando de Pedro de Vera y *San Gabriel*, de 156, al mando de Rodrigo de Acuña. Dos carabelas: *Santa María del Parral*, de 96, al mando de Jorge Manrique de Nájera y *San Lesmes*, del mismo tonelaje, al mando de Francisco de Hoces. Finalmente, también se fletó un patache de 60 toneladas, el *Santiago*, al mando de Santiago de Guevara. La dotación completa de todas ellas era de unos 450 hombres, lo que la convertía en una expedición de gran envergadura[14]. Por la situación de guerra con Francia todas irían sobradamente armadas y navegarían bien alerta, por si en alta mar se topaban con el enemigo[15].

Hagamos aquí un alto para explicar una confusión que ha dado lugar a errores en decenas de estudios actuales sobre la expedición, algunos considerados muy profundos, pero sin duda elaborados con poco detalle. Cuando el historiador y marino Martín Fernández de Navarrete — al que todos copian —, habla en su *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles*, publicado en los años 30 del siglo XIX, de seis naos, lo hace utilizando la palabra en su significado genérico de nave. Es evidente por su tonelaje que la *Santa María del Parral* y la *San Lesmes* no eran otra cosa que carabelas, pero además, él mismo las cita ya así al relatar con todos sus pormenores, en las siguientes páginas de su crónica, el paso del estrecho.

Zarparon del puerto de La Coruña antes del amanecer del 24 de julio de 1525 y, el 1

de agosto, sin ningún problema reseñable, arribaron a la isla de Gomera. Allí hicieron una escala de 12 días para reabastecerse, con

agua, leña, carne fresca, y repuestos de velas. Antes de continuar la travesía, Elcano solicitó una reunión con capitanes y pilotos para explicarles las dificultades y peligros del estrecho de Magallanes. Estableció la bahía de Todos los Santos, en Brasil, como punto de reunión si alguno se separaba y dejó bien claro que, dada su experiencia, él y su nao navegarían siempre en cabeza.

Se hicieron de nuevo a la mar el día 14, rumbo al Sur. Su derrota siguió, paso a paso las recomendaciones establecidas por Colón. Fue una navegación difícil, aproando un mar tormentoso, en la que se produjeron varios incidentes y averías. El 5 de septiembre, en aguas de la actual Sierra Leona, los expedicionarios divisaron una nao que emprendió la huida. Dieron por hecho que era francesa y salieron en su persecución la *San Gabriel* y el *Santiago*. La alcanzó el *Santiago* que, finalmente, al encontrarse con que era portuguesa, entregó a su capitán cartas para el gobierno de Castilla y la dejó libre.

Tras atravesar una zona de calmas y poco viento, el 15 de octubre descubrieron una isla deshabitada, a la que pusieron el nombre de San Mateo **[16]** .

Loaísa ordenó anclar y desembarcar para arreglar todos los desperfectos y hacer aguada, y aprovechó para poner en orden un conflicto entre Acuña y Guevara por causa de la captura inicial de la nao portuguesa. En un juicio sumarísimo, Acuña pasó a ser arrestado en la capitana por dos meses. Quedó al mando de la *San Gabriel* Martín de Valencia, que en principio era el destinado a dirigir las naves que debían quedarse en las Molucas. A su vez, a Guevara se le suspendió de sueldo, pero no de sus atribuciones en el *Santiago*.

Con los vientos alisios en sus velas, la flotilla llegó frente a las costas de Brasil el 19

de noviembre. Continuó hacia el Sur, pero un temporal separó a la *Victoria* y a la *San Gabriel*. La *San Gabriel* continuó sola, alejada a su vez de la *Victoria*. El resto, a las

órdenes de Elcano, alcanzaron las costas del Sur de la actual Argentina el 12 de enero.

Era un fondeadero que se podía considerar seguro y Elcano quiso esperar a que se reunieran todas las naves, pero los capitanes se opusieron. Decidieron dejar un mensaje y continuar hacia el estrecho de Magallanes, según habían establecido previamente.

No había faros, balizas, ni GPS, solo una efímera línea de costa y

mucha intuición.

Elcano, que al fin y al cabo solo había navegado una vez por esas aguas, equivocó el camino. Tomó como tal la desembocadura del ancho río Gallegos, encallaron, y les costó unos días volver a poner el barco a flote, regresar y dar con el paso adecuado del estrecho. Una vez localizado, fondearon al abrigo del cabo de las Once Mil Vírgenes.

Una terrible tempestad se abatió sobre la flota y acabó con la destrucción de la *Sancti Spiritus*, de la que con esfuerzo sobrehumano se logró salvar la tripulación. El 21 de enero, Elcano convocó consejo de capitanes. Se decidió que Andrés de Urdaneta fuera con el patache y media docena de hombres hasta donde se habían quedado los náufragos e intentara rescatarlos. El *Santiago* los localizó el 24. Durante días habían sobrevivido a duras penas con un ánimo increíble, abandonados en medio de la nada, en suelos helados, bebiendo sus propios orines y comiendo hierbas, hasta que localizaron una zona en la que habían podido cazar patos.

Mientras, la *San Gabriel* había llegado el 18 de enero al puerto de Santa Cruz y hallado las instrucciones que al pie de un crucero le había dejado Elcano. El día 23

avistaron al *Santiago* en la desembocadura del Río Gallegos. Allí estaban Urdaneta y los suyos, que comenzaron a dar gritos y encender hogueras, para llamar su atención.

Loaísa, sorprendido, mandó al patache que se acercara a tierra e incluso ayudaron a rescatar materiales del naufragio.

Con enormes dificultades ambos buques intentaron pasar el estrecho sin conseguirlo. La *Anunciada* los encontró cuando ya se les daba a los dos por perdidos. El día 25 la expedición quedó por fin reunida de nuevo en las Once Mil Vírgenes.

Urdaneta reflejó claramente cuáles eran sus sentimientos y los de sus compañeros en aquel momento, cuando escribió: «Dios sabe cuánto placer hubimos en hallarnos allí».

Durante esas jornadas de espera Elcano descubrió en la angostura un sitio mejor para protegerse de los fuertes vientos del sudoeste por ser un abrigo natural. Logró meter allí su nao y el patache, pero la *San Lesmes* fue arrastrada por el temporal y tuvo que seguir rumbo al Sur [17] . La capitana no tuvo suerte. Se estrelló durante las maniobras y tocó fondo reiteradamente. Solo logró mantenerse a flote gracias a la energía de Elcano.

## 2.2 DE DESERCIONES Y OTROS DESASTRES

URDANETA ANOTÓ EN SU DIARIO el 10 de febrero, la deserción de la *Anunciada*, cuyo capitán, Pedro de Vera, expresó su propósito de navegar hacia las Molucas por el cabo de Buena Esperanza, es decir, con rumbo opuesto. De forma dramática, cuenta Fernández Duro:

La nao salió de la boca del Estrecho haciendo oídos sordos a las órdenes que se le daban. Dice Urdaneta: «No quiso venir adonde nosotros estábamos» y con cierta amargura continúa: «A la tarde desapareció y nunca más la vimos».

Después de las tormentas padecidas y con los daños sufridos en la *Victoria*, las naos no estaban en condiciones de aventurarse en Pacífico. El 13 de febrero, Loaísa y Elcano decidieron regresar a la boca del río Santa Cruz. Por entonces desertó también la *San Gabriel* de Rodrigo de Acuña con la intención de volver a Castilla por la costa de Brasil, donde esperaba cargar su nave lo suficiente como para hacer un buen negocio. Allí la sorprendieron tres barcos franceses. Acuña, equivocado, intentó negociar pero lo apresaron. Su tripulación, al mando del capitán Martín de Valencia, se enfrentó al ataque enemigo y consiguió escapar. El 28 de mayo de 1527, sin apenas víveres y con una tripulación de 27 castellanos y 22 indios, la *San Gabriel* entraba en el puerto gallego de Bayona.

Con otros dos barcos menos, la expedición ya apenas tenía futuro. Además, se tardó un mes en reparar los daños de las dos naos que quedaban. Es cierto que tenían para alimentarse marisco, pescado y focas, pero el tiempo corría en su contra. Se centraron en la reparación de la capitana, la mayor y mejor armada, aunque no abandonaron los trabajos en el resto. Optaron por ponerla en condiciones con el material recuperado de la *Sancti Spiritus*. Gracias a él pudieron colocar casi toda la tablazón quebrada, las planchas de plomo y «cintas de fierro». El 24 de marzo, concluidas las reparaciones, con la aguada completa y los toneles llenos de aves y pescado en salazón, se volvieron a hacer a la mar.

El 5 de abril doblaron las Once Mil Vírgenes, y el 8, con el patache en cabeza en misión de exploración, se adentraron por el estrecho. Emplearon 48 días en realizar una complicada y durísima navegación. El 26 de mayo conseguían dejar atrás la última referencia de esa difícil travesía, el cabo Deseado, y embocar el Pacífico.




*La isla de Ternate, con su volcán, el Monte Gamalama, en un grabado francés de principios siglo XVIII copia a su vez de uno holandés. En primer plano, junto al puerto, está el fuerte portugués de San Juan Bautista.*

La suerte hacía ya tiempo que había abandonado a Loaísa. Para sorpresa de todos, seis días después de adentrarse en el inmenso océano, tuvieron que afrontar otro tremendo temporal que dispersó definitivamente a los restos de la flota. De la *San Lesmes* nunca más se supo, lo que daría lugar desde entonces a múltiples especulaciones sobre su destino final, incluidas historias de niños con rasgos europeos en las lejanas islas de la Polinesia.

La *Santa María del Parral* logró cruzar el Pacífico y alcanzar las Célebes. Dos marineros, Romay y Sánchez, mataron al capitán, Jorge Manrique de Nájera, a su hermano y al tesorero. Después hicieron embarrancar la nao en la isla de Sanguin, cercana a Cebú, y desembarcaron. Allí los atacaron los indígenas, mataron a varios marineros y capturaron al resto para esclavizarlos. Menos de dos años después, en febrero de 1528, la expedición de Álvaro de Saavedra recogió a los supervivientes. Los instigadores del motín, Romay y Sánchez, fueron procesados, declarados culpables de amotinamiento, desobediencia y asesinato, y ejecutados en Tidore, en la Molucas.



*Una carabela portuguesa junto a dos naos castellanas. Desde que la expedición de Magallanes alcanzara Asia Oriental, los portugueses hicieron todo lo posible para alejar al nuevo competidor que amenazaba con romper su lucrativo negocio.*

*Incluso mediante el uso de la violencia.*

El patache *Santiago*, al mando de Guevara, puso rumbo Norte y, casi sin provisiones, realizó un asombroso viaje de 10 000 kilómetros hasta alcanzar la costa de Nueva España. Dio fondo en el golfo de Tehuantepec el 25 de julio de 1526. Parte de los 50

hombres de su tripulación volvería a Asia con la expedición de Álvaro de Saavedra, entre 1527 y 1529.

Finalmente, la *Santa María de la Victoria*, la nao capitana, prosiguió el viaje sola. Su situación empeoró, el temporal había destrozado las reparaciones y comenzó a hacer agua. Tanta, que las bombas de achique no daban para desalojarla. El escorbuto causó estragos y comenzaron a fallecer tripulantes. El 24 de junio, el piloto Rodrigo Bermejo; el 13 de julio, el contador Alonso de Tejada; el día 30, el capitán general Loaísa, que dejó el mando de la expedición en manos de Elcano, ya muy enfermo. Cinco días después, él fue el siguiente.

El 6 de agosto, ya camino del desastre, unas horas después de que muriera Elcano, lo hacía también Álvaro de Loaísa, sobrino del jefe de la expedición, que había sido nombrado contador al fallecer el titular. El buque, en el que habían perecido entre treinta y cuarenta hombres, era un horror. Una representación de ese infierno cargado de moribundos, que tanto les gustaba a los pintores de la escuela

flamenca en la primera mitad del siglo XVI. Era más que evidente que nunca alcanzarían Cipango —

Japón —, como según refiere Urdaneta en su diario, quería hacer Elcano. Escribe el cosmógrafo:

Toda esta gente que falleció murió de crecerse las encías en tanta cantidad que no podían comer ninguna cosa y más de un dolor de pechos con esto; yo vi sacar a un hombre tanta grosor de carne de las encías como un dedo, y otro día tenerlas crecidas como si no le hubiera sacado nada.

El 9 de agosto, a 12° de latitud Norte, con Toribio Alonso de Salazar nombrado por Elcano nuevo jefe de la expedición, y rumbo a las islas de los Ladrones, descubrieron la isla de San Bartolomé, aunque no pudieron llegar a desembarcar. Casi un mes después, el 4 de septiembre llegaron por fin a Guam, donde a pesar del viento en contra consiguieron anclar. Inmediatamente, un gran número de indígenas se acercó a la nao castellana. Entre ellos destacaba uno, de aspecto extraño, que les dijo, con fuerte acento gallego: «Buenos días, señor capitán, maestre y buena compañía…». Era Gonzalo de Vigo, un desertor de la expedición de González Gómez de Espinosa, que se había separado de Elcano en 1521, en las Islas Molucas, en un intento de atravesar el Pacífico rumbo a Darién, en Panamá. Gonzalo de Vigo pidió el Seguro Real — el perdón — y por su ayuda a los enfermos de escorbuto, le fue concedido.

El 10 de septiembre, con las bodegas llenas de arroz y frutas, volvieron a zarpar. A los cinco días de su salida falleció Alonso de Salazar, y de nuevo hubo problemas. Dos veteranos de la expedición de Magallanes, Hernando de Bustamante y Martín Íñiguez de Zarquizano, se disputaban el puesto vacante. Zarquizano afirmó que por las instrucciones Reales y por ser el oficial de mayor graduación, debía ser elegido como capitán general de la expedición, y terminó declarando que «era más hábil y suficiente para el dicho gobierno que Bustamante».

Quizá porque la tripulación estaba dividida y los seguidores de Zarquizano parecían mayoría y más fuertes, él fue el seleccionado tras una disputada votación. Todos le juraron obediencia y respeto como jefe supremo, salvo Bustamante. Zarquizano ordenó encadenarlo, hasta que entrara en razón y le jurara también obediencia como finalmente hizo, — pero se había sembrado una semilla de discordia que a la larga podría llegar a ser perjudicial.

En cualquier caso se decidió continuar con el rumbo previsto. El 2 de octubre avistaron Mindanao, una de las Islas de Poniente. Estaban en Asia, aunque ellos se mantuvieran plenamente convencidos de haber divisado una de las Célebes.

El día 6 consiguieron llegar a la costa. Zarquizano, con previsión, ordenó lanzar las anclas a cierta distancia de ella y, al tiempo, mandó a Urdaneta con la chalupa y varios hombres a comprobar cuál era la actitud de la población indígena. Intentó conversar con ellos Gonzalo de Vigo, pero hablaban un idioma distinto a los que él conocía, por lo que recurrieron al universal lenguaje de los signos y la mímica. A cambio de baratijas y cuentas relucientes consiguieron llenar el bote de cocos, plátanos, batatas, frutas diversas, vino de palma, arroz y hasta alguna gallina.

Al ser la acogida tan agradable, Zarquizano ordenó levar anclas y acercar la nao a la costa. Una vez allí recibió la visita del cacique local y permitió proseguir con el trueque para lograr más provisiones, pero al apercibirse de que los colgantes de los indígenas eran de oro ordenó que nadie intentara conseguir que se los cambiaran por productos sin apenas valor.

Fue una buena decisión. Los indígenas habían sido advertidos por un malayo musulmán de que los cristianos pretendían engañarlos y eran peligrosos, y exigieron que los soldados apagaran las mechas de los mosquetes y arcabuces. Evidentemente los castellanos se negaron. Hubo varios incidentes y, aunque no pasó nada grave, la hostilidad de los nativos aumentó poco a poco de forma manifiesta. El 15 de octubre, en previsión de problemas mayores, Zarquizano ordenó zarpar con rumbo a la cercana isla de Cebú. De nuevo fuertes vientos contrarios les obligaron a desistir de esa idea, pero sí lograron poner proa a las Molucas.

El 22 entraron en Tálao, en las Célebes, donde se abastecieron, pertrecharon en abundancia y comerciaron con sus habitantes. El jefe de la isla, después de realizados todos los intercambios, se reunió con Zarquizano y le pidió que le ayudara a terminar una guerra con su vecino. Ya hemos dicho que Zarquizano era uno de los veteranos que habían estado con Magallanes, por lo que no estaba dispuesto a complicarse la vida con ese « *déjà vu*». Declinó la oferta y organizó todo para zarpar cuanto antes.

Avistaron Gilolo, la mayor de las Molucas el 29 de octubre, pero esta vez fue el mar en calma el que no les permitió fondear hasta el 4 de

noviembre junto al pequeño puerto de Zamafo, en la isla de Batchian — literalmente «tierra de chinos», ellos la denominaban Batachina —. A su llegada sus habitantes los confundieron con portugueses que venían desde Ternate para invadirlos, y Zarquizano aprovechó para calmarlos y enviar a Urdaneta con cinco hombres ante los reyes de Tidore y Gilolo con el objetivo de comunicarles que estaban dispuestos a prestarles ayuda contra sus enemigos.

Para entonces los 105 españoles que habían sobrevivido al largo viaje se habían recuperado con la buena comida, la fruta y el buen tiempo. Habían sacado de los baúles sus mejores ropas, limpiado las armas y adecentado los buques y, de nuevo, afeitados, lavados y bien vestidos, parecían una fuerza temible y poderosa. Como dice Urdaneta,



«toda la gente estaba tan recia y fuerte como el día que partimos de España, aunque hacía diez y ocho meses que salimos».

*La enigmática «campana tamil», que se conserva en el Museo de Nueva Zelanda Te Papa Tongarewa. Tiene entre 400 y 500 años. En la década de 1950 la inscripción de la campana fue identificada como escritura tamil, cuya traducción sería: «Campana de la nave mercante Muhaideen».*

*Eangdon afirma, sin prueba alguna, que pudo obtenerla Elcano en Java, y acabó en la* San Lesmes .

Pero había un problema. Los portugueses eran conscientes de que había barcos castellanos en las costas de las Célebes, y no estaban dispuestos a permitirlo. El 30 de noviembre Francisco de Castro, enviado de García Henriques, el jefe de la fortaleza que habían construido en Ternate, se entrevistó con Zarquizano para entregarle un requerimiento que les obligaba a acudir ante él. Los españoles no solo hicieron oídos sordos, sino que en zafarrancho de combate pusieron rumbo hacia Tidore.

El 29 de diciembre avistaron a la flotilla que había salido a su

encuentro, pero los portugueses, aunque contaban con dos carabelas, una fusta, un batel y varios praos con guerreros aliados, al ver que venía bien artillada y en previsión de que se tratara la vanguardia de una escuadra mayor, no se atrevieron a entrar en combate directo. Todo parecía haberse complicado.

El día de Año Nuevo de 1527, los restos de la destruida expedición de Loaísa, además de estar solos en el otro extremo del mundo, ahora estaban en guerra. Era un enfrentamiento singular en el que dos naciones cristianas combatían entre sí apoyadas por aliados musulmanes, sus enemigos tradicionales, pero como en tantas otras ocasiones las razones económicas prevalecían sobre las geoestratégicas.

*Pierre Desceliers (c. 1500-c. 1558) considerado el padre de la hidrografía francesa, y miembro de la prestigiosa Escuela Cartográfica de Dieppe, realizó entre 1546 y 1558 varios mapas, muy enigmáticos, en los que aparece la costa Noreste de Australia. Dieppe era conocida en ese momento por sus ricos armadores, como Jean Ango, y por navegantes, como Jean Cousin o Jean Parmentier.*

A mediados de enero, el día 17, los portugueses intentaron abordar la nao castellana, fondeada en Tidore, con un ataque sorpresa realizado en canoas indígenas. Cometieron el error de hacerlo en una noche de luna llena, por lo que los vigías de guardia abrieron fuego sobre elfos. Al final, el resultado fue de un muerto y dos heridos portugueses y un muerto y cuatro heridos por parte española. Esa tarde, a la puesta de sol, los españoles, apoyados por 200 indígenas amigos, bloquearon un nuevo intento de desembarco portugués en las cercanías de la nao. Su intención era batir con artillería, desde tierra, al buque castellano. Cuando los portugueses se retiraron, apareció una veloz embarcación que recorrió la costa arbolando una bandera roja. Se leía perfectamente: «A sangre y fuego». Ya estaba claro que la cosa iba para largo.

Al día siguiente, como era de esperar, los portugueses regresaron y comenzó un nuevo cañoneo en el que la *Santa María de la Victoria* resultó alcanzada por tres proyectiles. Luego, dañada en el aparejo por sus propias piezas al responder al ataque, Zarquizano no tuvo más remedio que desmantelarla y reutilizar los materiales y la artillería para poder fortificar alguna de sus posiciones.

Con la *Victoria* inmovilizada, y generalizada ya la guerra, continuó a

la manera tradicional: con incursiones, duros combates en golpes de mano y expediciones de castigo contra pueblos enemigos. Pero en eso ya los españoles eran maestros. En general, la suerte les fue favorable.

Aunque no quede constancia de elfo, al parecer los portugueses lograron envenenar a Zarquizano el 11 de julio, en unas conversaciones de paz. Por votación fue elegido nuevo capitán Hernando de la Torre. Bajo sus órdenes se procedió a construir una fortaleza en Tidore con dos docenas de piezas de artillería. Allí solos, pero no olvidados por el emperador, que intentaba socorrerlos desde que sabía de su situación, aguantaron casi un año. Hasta el 27 de marzo de 1528, que apareció en el horizonte la nao *Florida*, al mando de Álvaro de Saavedra. Venía repleta de suministros y armas y les llevaba dos gruesas piezas de bronce. Además les informó de los progresos de Hernán Cortés en Nueva España, lo que aseguraría el litoral este del Pacífico.

Los enfrentamientos, a pesar de que los portugueses lograron tomar la fortaleza de Tidore, abandonada por los españoles, dedicados a librar una audaz guerra de guerrillas en el interior, duraron otro año y medio más. Hasta el 9 de diciembre de 1529, cuando ya los diezmados españoles agotados y enfermos llegaron a un acuerdo con Jorge de Meneses, el gobernador portugués, para entregarse y ser repatriados. Para entonces la política imperial se había encargado de que su esfuerzo fuera inútil. Ya nada sería como antes.

Todos fueron trasladados a Goa en la India, en donde se unieron en prisión a los supervivientes de la expedición de Saavedra. Juntos llegarían a Lisboa a mediados de 1536.

## 2.3 EL ALUCINANTE VIAJE DE LA *SAN LESMES*

«HE VISTO COSAS QUE VOSOTROS NO CREERÍAIS». Desde la película *Blade Runner*[18], el monólogo del replicante interpretado por el actor holandés Rutger Hauer, se convirtió casi en el paradigma de todo aquello que está más allá de la imaginación. Experiencias que no están al alcance de los seres humanos, algo que los mortales no pueden siquiera concebir.

Lo mismo que vivieron, hace casi medio milenio, un grupo de navegantes españoles que estuvieron en lugares que otros europeos tardarían 300 años en volver a pisar.

Recorrieron territorios tan lejanos y vieron cosas tan extrañas, que nadie les hubiese creído. Desgraciadamente, todas sus experiencias se

perdieron para siempre, «como lágrimas en la lluvia».

Vamos a adentrarnos ahora en una historia cercana, próxima, pues solo hace unas décadas hemos empezado a conocerla. Nos remite a sucesos acaecidos hace mucho tiempo: el destino desconocido y olvidado de los tripulantes de la carabela *San Lesmes*, de 96 toneladas, protagonistas de una de las aventuras náuticas más asombrosas de todos los tiempos.

El año 1526 fue pródigo en acontecimientos. Se dio la batalla de Mohacs, cuyas consecuencias llevaron al hundimiento de Hungría ante la ofensiva otomana; contrajo matrimonio el emperador Carlos con Isabel de Portugal y se le presentó a la firma el Tratado de Madrid al rey de Francia, Francisco I, derrotado en Pavía. Sucesos todos de poca importancia para los hombres de la *San Lesmes* que, como hemos visto, el día 1 de junio se separaron de la flota de Jofré de Loaísa, tras una enorme tempestad, en el lugar más remoto y lejano que los europeos de la época pudieran concebir. Más allá de todo lo imaginable por el resto de los seres humanos, cuya vida, en casi el noventa por ciento de los casos, no suponía que se alejaran más de diez leguas del lugar que les había visto nacer.

La carabela, al mando del capitán Alonso de Solís, que había reemplazado al ya muy enfermo cordobés Francisco de Hoces, tenía una tripulación de 60 hombres. La mitad, gallegos, y el resto de todos los territorios de la Corona de Castilla, aunque destacaran también por su número los vascos y los flamencos. A la embarcación, perdida en la

inmensidad del Pacífico, se la dio por desaparecida y, tradicionalmente, lo máximo que se ha llegado a admitir es que pudiese llegar al archipiélago de Tuamotu, en la Polinesia. Esa era al menos la opinión de Fernández de Navarrete, para quien su destino final parecía disolverse en las brumas del tiempo.

En 1982, el francés Roger Hervé, conservador del Departamento de Mapas de la Biblioteca Nacional de París, publicó una obra en la que sostenía que la *San Lesmes* navegó hacia el Oeste, con la intención de alcanzar las Molucas, cuya posición aproximadamente conocía, pero al hacerlo, se topó primero con Nueva Zelanda, y después con Tasmania, para acabar naufragando en la costa sureste de Australia, 245

años antes de la llegada de James Cook.

Su fascinante investigación complementaba la iniciada en 1975 por el australiano Robert Langdon, de la Universidad de Canberra, que

escribió *The Lost Caravel* — *La carabela perdida* — ampliada a su vez en 1988 con *The Lost Caravel re-explored* — *La carabela perdida re-explorada* —. Un nuevo trabajo que partía de unos cañones europeos descubiertos en 1929 por el capitán François Hervé — sin ninguna relación familiar con Roger — en el atolón de Amanu, en el archipiélago de las Tuamotu, las mismas islas citadas por Navarrete.

La historia descubierta por Hervé, nació de su investigación de un mapa, la llamada *Carta del Delfín*, que en 1546, Pierre Desceliers, presentó al futuro Enrique II de Francia, un mapa sin fecha, y anónimo, en el que aparecían unos nombres en francés, portugués y español, de una región llamada «Java la Grande». Estas tierras estaban situadas en lo que es el Noreste y Este de Australia. La cuestión era ¿de dónde habían sacado los portugueses esa información?



*Las extrañas ruinas de Bittangabee Bay, en cuja entrada parece estar grabada la enigmática cifra 15?4. Si el número que falta es un 2, sus autores deberían ser portugueses, pero si es un 3, hubieran podido ser españoles. En la actualidad se ha descartado por completo la influencia española o portuguesa y se ha clasificado como una construcción de 1844. Es un ejemplo de por qué hay que tener mucho cuidado con las «pruebas» de la ruta de la* San Lesmes . *Claro, que si hacemos caso a lo que dice el británico Gavin Menpies en su libro* 1421 — *el mismo en el que asegura que no fueron los españoles los que descubrieron América —, podría ser una edificación china.*

Ambos autores se dedicaron a reunir los restos o las pruebas del viaje perdido de la *San Lesmes* destacando la llamada «campana tamil», uno

de los objetos más extraños encontrados en Nueva Zelanda [19] , que Langdon relacionó con el extraño casco europeo

— una «borgoñota» del siglo XVI similar a muchas de las conservadas en la Armería Real de Madrid — encontrado en 1880 en el puerto de Wellington, y que hoy se conserva en el mismo museo que la campana. En este caso las dudas eran menores, pues solo podía proceder de un barco español, pero en cualquier caso su origen se vio confirmado con el hallazgo en 1982, en el puerto de Kaipara, de las maderas de una nave que también podía haber sido española.




*La famosa hoja de «Java la Grande» en la* Carta del Delfín *, de Desceliers, con toponimia en francés, pero con palabras en portugués y español, de lo que sin duda es Australia, es uno de los grandes misterios de la historia de la cartografía. ¿De dónde obtuvo la información? ¿Los consiguió de navegantes portugueses que habían encontrado y ejecutado a los tripulantes de la* San Lesmes *?*

La conclusión es que la *San Lesmes* no se quedó en Nueva Zelanda. Si pensamos que su capitán quería ir hacia el Oeste, debió de partir en esa dirección. Pero ya pasase por Tasmania o no, acabó naufragando en la costa Este de Australia. En concreto en un lugar que siempre ha recordado ese hecho, pues todavía hoy se conoce como *Mahogany Ship*, el «barco de caoba [20] ».

Allí, es probable que el grupo de españoles, perdidos al otro extremo del mundo, se separara en dos más pequeños. El primero, pudo construir una pequeña embarcación, con la que ir costeando hacia el Norte, en tanto que el segundo tuvo que marchar a pie, algo que es

conocido y fácilmente demostrable, porque alguien perdió unas llaves, que se encontraron en Gellong Keys, siglos después.

En cuanto a la embarcación, podemos suponer que llegó hasta la isla de Gabo, donde un pescador encontró una jarra española del siglo XVI. La serie de supuestos hallazgos de objetos europeos de la época es enorme y variada, pero muchos de ellos siguen siendo fuente de fuertes controversias, como ocurre con las «ruinas» de Bittangabee Bay [21] .

Francisco Mellén Blanco, de la Asociación Española de Estudios del Pacífico, en un magnífico trabajo [22] , dice que en Fiat Rock Area, Margaret Johnson encontró unas piedras con la fecha 1538, así como unos dibujos que parecían representar a un barco.

Johnson también le dijo a Mellén, que en 1953, en Shell Harbour, un ciudadano

australiano consiguió una espada con empuñadura de plata de un aborigen, pero las dos supuestas pruebas realmente son poco sólidas y más que dudosas.

Una vez llegados al cabo York, los supervivientes de la *San Lesmes*, con su nave reconstruida, o con la que ellos mismo aprestaron en aquella región, ascenderían la costa Este de Australia. Es más que probable que fueran capturados por los portugueses en las cercanías de su base de Timor, y ejecutados sin piedad. Pero no sin antes obtener de ellos la información que luego acabaría reflejada con notable detalle en la *Carta del Delfín*.

De cualquier manera el desenlace de la aventura protagonizada por los tripulantes de la *San Lesmes* fue una lástima, pues todo parece indicar que tras una demostración de supervivencia sin parangón en la historia naval, muestra de ingenio, valor y decisión, acabaron asesinados por sus rivales europeos en el lugar más remoto del mundo, sin poder llegar a dar a conocer a sus compatriotas una información precisa acerca de las cosas y lugares maravillosos que habían visitado.

A los portugueses la información no les sirvió de nada. Con apenas un millón de habitantes, el país vecino no estaba en condiciones de aprovechar las ventajas que le podía ofrecer tener un conocimiento mayor y mejor del mundo que el resto de las potencias europeas y a la postre serían los ingleses quienes acabarían logrando instalarse en la gigantesca isla continente.

Cómo llegaron todos esos detalles obtenidos por la *San Lesmes* a los

franceses, para que Fierre Desceliers pudiese incorporar con todo lujo de indicaciones algunos puntos de las costas de Australia, sigue siendo un misterio, pues las supuestas actividades de espías ingleses en Francia no están lo suficientemente probadas. Sin embargo, es más que razonable pensar que James Cook disponía de información «privilegiada» cuando partió en el *Endeavour* en el primero de sus míticos viajes. El destino conocido de algunos de los fabulosos mapas de la legendaria escuela de Dieppe, no deja lugar a dudas acerca de quiénes fueron los verdaderos beneficiarios de la información de los perdidos tripulantes de la desventurada carabela española **[23]** .

## 2.4 RASTREANDO EL MAR DEL SUR

DEBEMOS VOLVER AHORA AL HOMBRE que había auxiliado a los supervivientes de la fallida expedición de Loaísa y Elcano. Álvaro de Saavedra Cerón había nacido a finales del siglo XV o principios del XVI. Sin duda era español de nacimiento y, además, primo

de Hernán Cortés, a quien acompañó en su viaje de regreso a la Nueva España en

1526 **[24]** .

Varios comerciantes y acaudalados encomenderos estaban dispuestos a secundar la exploración del Mar del Sur, y apoyaban que fuese Nueva España uno de los centros que la Corona mantuviese como punta de lanza del avance hacia el Este. Había todo un mundo por descubrir, tierras y pueblos nuevos, y con ellos, tal vez, incontables riquezas. El éxito de Cortés animaba a centenares de hidalgos hambrientos de fortuna y gloria a seguir sus pasos e intentar emularlo.

Muchos de los colonos ricos que apoyaban las expediciones al interior del Mar del Sur actuaban en pequeñas sociedades y tenían capacidad para construir y equipar a su costa bergantines y fragatas de entre 10 y 30 toneladas, pero incluso llegaron a disponer de buques de hasta 50 toneladas, más que aceptables para ir ampliando el conocimiento de las costas y aventurarse incluso mar adentro con la esperanza de localizar nuevas islas.

Cortés había recibido claras instrucciones del emperador para que averiguase si era posible alcanzar el archipiélago «Maluco» desde las costas de Teuhantepec y, si era factible, que organizase alguna expedición que pudiese rastrear el paradero de las naves perdidas de Loaísa.

Con la eficacia que le caracterizaba, el conquistador de México puso

manos a la obra, y decidió armar dos naos y un bergantín en la bahía de Zacátula, en Michoacán. La capitana, la *Florida*, llevaba 50 hombres; 45 el *Santiago*, a las órdenes de Luís de Cárdenas, natural de Córdoba, y 15 el bergantín *Espíritu Santo*, al mando de Pedro de Fuentes, de Jerez. Contaban con 30 piezas de artillería. El cargo de capitán general se lo dio Cortés a su primo Álvaro de Saavedra, y le impartió instrucciones para la navegación y los objetivos buscados.

Los tres barcos zarparon del puerto de Zihuantanejo el 31 de octubre de 1527 y se dirigieron al Suroeste. La navegación, que al principio no resultó muy difícil, terminó por ser muy complicada, y pasadas 1000 leguas, a la altura de las Marianas, el *Santiago* y el *Espíritu Santo* desparecieron para siempre. Sola, sin piloto, pues falleció en la travesía, la *Florida* bordeó las Ladrones y las Islas de Poniente, y llegó a Tidore después de recorrer la costa Norte de Nueva Guinea — a la que llamaron «Tierra del Oro» —. Tras carenar la nao, ponerla en condiciones de navegar y cargarla con 60 quintales de clavo, Saavedra intentó regresar por el mismo camino el 14 de junio de 1528, pero no lo logró.

Durante seis meses agotadores lucharon contra vientos contrarios y tempestades, y tras pasar por las Visayas y Mindanao, tuvieron que regresar a la Molucas.



Desesperado, por el fracaso en conseguir regresar a México, Saavedra ordenó partir de nuevo el 3 de mayo de 1529 con vientos más propicios. Logró alcanzar el océano abierto más allá de Nueva Guinea, se detuvo en algunas islas para hacer aguada y tomar provisiones,

descubrió las islas del Almirantazgo y desembarcó en el atolón de Eniwetok, en el archipiélago de las islas MarshalL Pero tampoco pudo continuar rumbo a México. Cerca de las Marianas fuertes vientos del Este les empujaron a las costas de las islas, y a pesar de intentarlo una y otra vez, tuvieron que regresar de nuevo a las Molucas con la *Florida* destrozada por la tempestad. En ese trayecto falleció el 8 de diciembre el ínclito y tenaz Saavedra. Le sucedió en el mando Pedro Laso [25] , que también murió poco después en Gilolo. Allí se quedó la *Florida*. Estaba claro que el conocimiento de las normas que imponen los monzones, iban a conocerlo los castellanos por la dura vía de la experiencia.

En los años siguientes, en tanto se desarrollaban los actos de importancia universal que llevarían a la conquista del Perú, en el Norte, en México, Cortés, que había construido un puerto y un astillero en Acapulco, continuó incansable con la exploración de las costas de la Nueva España.

*Una nao portuguesa con las legendarias cruces de la Orden de Cristo, la heredera de los templarios en Portugal, que al decorar las velas de las carabelas, carracas y naos del país vecino se convirtieron en una de las imágenes imborrables de la era de los descubrimientos. La llegada de los españoles a las Islas de Poniente hizo que los gobernadores de las Molucas tratasen por todos los medios de acabar con ellos. Si era necesario mediante el uso de la fuerza.*

En 1530 dos navíos, al mando de Diego Hurtado, se perdieron sin lograr avanzar más al Norte del actual estado de Jalisco. Tres años después Diego Becerro de Mendoza llegó hasta Juclután, aunque perdió una de las dos naves que llevaba, con toda su

tripulación. Lo mismo que Hernando de Grijalba, que transportaba ayuda para Pizarro en Perú y, tras cumplir su misión, se aventuró con la nao *Santiago* por el Pacífico Ecuatorial buscando ricas islas próximas a la Especiería, pero fue asesinado en un motín de su tripulación, que decidió encaminar el barco hacia las Molucas, territorio que sabían que se le había reconocido a Portugal [26] .

En cuanto al propio Cortés, cruzó el mar de su nombre con tres navíos con los que alcanzó a ver la punta meridional de Baja California, a la que llamó Santa Cruz, pero poco más.

Respecto a las Molucas, el emperador, siempre con problemas de

dinero para poder financiar sus ejércitos en campaña, estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de lograr financiación. Como los banqueros alemanes e italianos empezaban a desconfiar de la capacidad del poderoso rey de España para devolver los préstamos, llegó en su ayuda el rey de Portugal, que ofreció un acuerdo sobre el archipiélago, a cambio de dinero.

Todo el esfuerzo y la sangre de cientos de marinos y soldados españoles se perdió el 22 de abril de 1529, cuando en Zaragoza se firmaron las capitulaciones que entregaban la Especiería a Portugal. Se le cedía la exclusividad en los derechos de posesión, establecimiento y dominio de las islas, a cambio de 350 000 ducados en oro, que además se pagarían a plazos. El tratado se firmó con la oposición a la cesión en general de los Procuradores de las Cortes de Castilla, que incluso propusieron al rey que se hiciera la entrega por seis años en calidad de arrendamiento y ellos pagarían el precio del empeño al rey de Portugal. Además de devolver a España el trato de la Especiería estaban dispuestos a traer especias suficientes para devolver el préstamo y recuperar esos territorios. No se les escuchó y España perdió todos sus derechos.

Lo que ocurre es que el futuro siempre es desconocido para los hombres y no suele caminar por donde los estadistas y gobernantes desean. Las Molucas acabarían por volver unas décadas después a España y, el pabellón de Castilla ondearía finalmente en Tidore, pero eso costaría aún mucho trabajo y mucha sangre.

# 2.5 UN INTENTO MÁS

LA PERMANENTE NECESIDAD DE EFECTIVO DEL EMPERADOR hizo que, a pesar de los fracasos, pronto se plantease la necesidad de volver a Oriente. Aun permitiendo a los portugueses el control de las Molucas y respetando el Tratado de Zaragoza, había un lugar en el que se podía realizar una nueva incursión. Se trataba de las Islas de Poniente

o de San Lázaro, desde las que además de lograr las deseadas especias, se podía alcanzar las costas de China y el Japón, con lo que eso significaría para la monarquía hispana de cara al concierto de la economía mundial.

Una vez tomada la decisión, se optó como era lógico porque fuese organizada y preparada en Nueva España. En 1541, el virrey, Antonio de Mendoza y Pacheco, encargó la misión a Ruy López de Villalobos, un hidalgo de Málaga. Debía reconocer y explorar las Islas de Poniente, intentar abrir nuevas rutas comerciales y buscar una forma de que el viaje de regreso a México se hiciese de una forma sencilla y no supusiese una pesadilla como la de Saavedra.

Dispuso de una flota de casi 400 tripulantes en cuatro naos, un bergantín y una goleta: *Santiago, Jorge, San Antonio, San Cristóbal* —pilotada por Ginés de Mafra —, *San Martín* y *San Juan de Letrán*, al mando de Bernardo de la Torre. Con todas sus naves partió del puerto de Barra de Navidad, en Jalisco, el 1 de noviembre de 1542. La mañana del 25 de diciembre, tras las oraciones propias del día, la escuadra descubrió una pequeña isla y unos peñascos situados a 9° o 10° de latitud Norte que no figuraban en sus cartas de navegación. A la isla la bautizaron como La Anublada — hoy San Benedicto —, y a los peñascos les dieron el nombre de Los Inocentes. Formaban parte de un archipiélago frente a la costa Oeste de México — en la actualidad de Revillagigedo —, cuya isla principal, Santo Tomás, había sido descubierta en 1533 por Fernando de Grijalva.

Desde La Anublada continuaron con rumbo Oeste. El 6 de enero de 1543, avistaron varias pequeñas islas en la misma latitud y las llamaron Los Jardines — Eniwetok y Ulithi —, ya localizadas por Saavedra en 1527. Finalmente localizaron las Palaos. Una de sus naos, la *San Cristóbal*, al mando de Ginés de Mafra, se alejó del grupo en una tormenta y llegó a Mazaua, hoy Limasawa, la más sureña del grupo de Leyte. Eran aguas que Mafra ya conocía, pues había estado allí con Magallanes.

El 29 de febrero entraron en bahía Baganga bautizada como Málaga, ciudad natal de Villalobos en la costa oriental de la isla de Mindanao. Durante más de un mes pasaron hambre y privaciones, e incluso fracasaron en un intento de cultivar maíz. El 31 de marzo intentaron alcanzar Mazaua para buscar comida y, finalmente, se encontraron con la *San Cristóbal* de la que llevaban dos meses sin tener noticias. Fue lo que les salvó, pues cargaba arroz y otras provisiones en abundancia. Una vez reunidos, López de Villalobos decidió que la mejor opción era intentar enviar al *San Juan* y al *San Cristóbal* a Leyte y Samar para conseguir más comida, pero sus intenciones se vieron bruscamente truncadas cuando se toparon de forma inesperada con un problema que ni siquiera habían imaginado.

Los portugueses habían recibido la noticia de que barcos europeos navegaban por las Islas de Poniente, y el gobernador de las Molucas les envió una carta exigiendo una explicación de su presencia en territorio portugués. Respondió el capitán español el 9 de agosto, que ni era territorio portugués ni se iban a ir, pues se encontraban dentro de la línea de demarcación de la Corona de Castilla y, el día 27 envió al *San Juan*, con Bernardo de la Torre como capitán, de regreso a México para abastecerse, y comunicar las novedades.

En la primera semana de septiembre llegó otra carta del gobernador portugués, que fue respondida el 12 de la misma manera. Para entonces ya había regresado el *San Juan* y todos pusieron rumbo a Leyte, a pesar de los fuertes vientos contrarios. En abril de 1544 llegaron al archipiélago en el que se encontraban las Islas de Poniente y decidieron denominarlas de una nueva forma más acorde con los gustos españoles: Islas Filipinas, en honor de Felipe, primogénito del emperador y Príncipe de Asturias.

Desembarcaron y tomaron posesión, pero su fuerza era demasiado pequeña como para impresionar a los nativos y, de la misma manera que Magallanes, acabaron enredados en violentos combates. Los nativos hostiles, el hambre y un naufragio, obligó al abandono de los pequeños asentamientos en las islas y a que la expedición se viera obligada a buscar refugio en las Molucas donde, tras varios enfrentamientos con los portugueses, fueron apresados y encarcelados.

López Villalobos murió el 4 de abril de 1544, en su celda de la isla de Amboyna, de una fiebre tropical. En su lecho de muerte fue atendido por un religioso navarro, Francisco de Javier — luego San Francisco Javier — que se encontraba por entonces en viaje de evangelización por las Molucas como nuncio del Papa en Asia y bajo la protección del rey de Portugal.

En total sobrevivieron 117 miembros de la tripulación, entre ellos De Mafra y Guido de Lebazares. Embarcaron para Malaca, donde los portugueses les pusieron en un barco con destino a Lisboa, pero una treintena permanecieron en las Molucas. Una vez más la esperanza de Castilla de consolidar un puesto en Asia Oriental parecía alejarse.



3

# LAS ISLAS DE PONIENTE

*En el centro, sentado, el Adelantado Miguel López de Legazpi (1503-1572), almirante y primer gobernador de la Capitanía General de las Islas Filipinas. Fundador de las ciudades de Cebú (1565) y Manila (1571), sentó las bases del dominio español sobre el archipiélago, que se extendería hasta 1899.*

El Pacto de sangre . Obra de Juan Luna y Novicio realizada en 1886. Palacio de Malacañán, Manila .

*Hay un momento superior en la especie humana: España desde 1500 a 1700.*

Hipólito Taine, historiador francés

### 3.1 BARRERAS QUE ROMPER

LA FURIA DEL MAR. Un océano inmenso, distancias imposibles, soledad, corrientes, tempestades, huracanes… Todos los elementos parecían haberse unido para que el viejo sueño de Colón de llegar a Cipango y a la China fuese aún inalcanzable para los españoles. Habían pasado ya veinte largos años desde la desastrosa expedición de Ruiz de Villalobos y su muerte, solo y olvidado en la mísera prisión de Amboyna, y los límites del imperio español en el Oeste parecían estar marcados a fuego por las costas americanas del Mar del Sur.

Todo el mundo sabía de las inmensas riquezas y beneficios que podría reportar el comercio con la China, y que renunciar a ello dejando a los portugueses el monopolio de los contactos con los grandes reinos de Oriente era algo insensato e ilógico, pero ¿qué se podía hacer? Desde que Magallanes alcanzase las Islas de Poniente, todo había ido mal: Jofré de Loaísa, Álvaro de Saavedra, Bernardo de la Torre, Ruiz de Villalobos

¡Cuántas vidas valiosas perdidas y cuanto esfuerzo derrochado en balde!

Sin embargo, había un hombre que no estaba dispuesto a dejar que esta situación se eternizase: el virrey, Luis de Velasco; que pensaba que podía volver a intentarse un viaje al lejano Este. No solo hasta las Islas de Poniente sino incluso más allá, para poder encontrar una ruta que fuese susceptible de ser abierta al comercio. Había en México gente experimentada más que de sobra para analizar los pros y los

contras de una expedición que, sin lugar a dudas, sería arriesgada y peligrosa, pero que si tenía éxito podía cambiar la historia de la Nueva España y romper para siempre la maldición. Esa que una y otra vez apartaba a los españoles de las costas de la China. Arriesgarse podía merecer la pena.

La primera decisión del prudente y eficaz virrey fue reunir un Consejo de Peritos, integrado por sus más experimentados capitanes. Hombres como el asturiano Pedro Menéndez de Avilés, o el capitán Pablo de Carrión, palentino como él, que conocían bien los mares de Oriente. Había también pilotos supervivientes de los viajes a las Molucas y a Asia de las décadas anteriores que podían aportar sus conocimientos, pero quien había convencido al virrey era un hombre que aseguraba, con convicción y razones, que el viaje a Extremo Oriente desde las costas del Pacífico de México, no solo era factible, sino además, sencillo. Su nombre era Andrés de Urdaneta, natural de Ordizia, en aquel entonces Villafranca de Oria — Guipúzcoa — y era algo más que un navegante experimentado y un hombre de acción. Era un investigador y un científico, dedicado en cuerpo y alma al estudio de los desafíos de la navegación.



Urdaneta era un hombre extraño, pero nadie podía presentar unas credenciales como las suyas. Hemos visto muy sucintamente como en 1525, recién cumplidos los 17

años, pero con una esmerada educación en matemáticas y ciencias, había formado parte de la expedición de García Jofré de Loaísa. Fue uno de los testigos del testamento dejado por Elcano tras su muerte y,

superviviente de la campaña de las Molucas, logró retornar a España, en la única nao que resistió los viajes de ida y vuelta, incautada por los portugueses a su llegada a Lisboa. Le habían podido despojar de sus bienes materiales, pero no de conocimientos, pues en 1536, a sus 28 años, tras un viaje alrededor del mundo que había durado 11, era, probablemente, uno de los navegantes más experimentados sobre la tierra.

*Nacido en Carrión de los Condes en 1511, don Luis de Velasco llegó a la Ciudad de México en 1550, como virrey de Nueva España, cargo que ocupó hasta su muerte el 31 de julio de 1564. Fue el primer virrey en vivir en el Palacio Real o Palacio Virreinal, otrora propiedad de la familia del marqués del Valle de Oaxaca — la familia de Hernán Cortés —, y actual Palacio Nacional Tuvo un papel determinante a la hora de promover la expansión española en las Filipinas.*

Urdaneta huyó de Portugal a su regreso por indicación del embajador español. Fue recibido por el emperador Carlos en la Corte de Valladolid el 26 de febrero de 1537, donde entregó un memorial en el que detallaba su viaje a las Indias Orientales y las legendarias islas de las Especias[27], en el que demostraba su capacidad de observación, conocimiento de aquella remota región e interés por los rendimientos económicos y beneficios que se pudiesen obtener.

Tiempo después, el destino y las influencias de Pedro de Alvarado, el lugarteniente de Cortés en la conquista de México y a su vez colonizador de Guatemala, le llevaron a América. Gracias a Alvarado se convirtió en un personaje notable e influyente y, a pesar



de la muerte del conquistador, siguió contando con la confianza del virrey Luis de Velasco, que había mantenido una mala relación con el soberbio y temperamental Alvarado, pero que apreciaba a Urdaneta.

*Tal vez ningún marino de la década de 1560 tenía la experiencia y el conocimiento de los mares que tenía Andrés de Urdaneta. Tras once años de navegar por todos los océanos y dar la vuelta al mundo, fue el impulsor de la solución definitiva al problema del «Tornaviaje», la comunicación de Asia con América que abrió la puerta al comercio de Nueva España con la China y Japón.*

Retrato realizado por Antonio Valverde.

Instituto Internacional Xavier María de Munibe, Guipúzcoa.

En México siguió con trabajos de responsabilidad. Desde la investigación de lo ocurrido en la fracasada expedición de Cabrillo a la costa californiana en 1542, a escribir relatos y obras sobre asuntos científicos de lo más variado. Tanto referentes a la navegación por el Caribe o a la formación de ciclones y huracanes en el trópico, como estudios sobre la reproducción de las tortugas marinas o la curación de las fiebres tropicales. A pesar de ello nunca se olvidó su pasado militar. En 1547 se le encomendó la organización de la armada que debía enviarse para pacificar el Perú, pero el triunfo de Lagasca acabó por hacerla innecesaria.

Sin embargo, por alguna razón que nunca llegó a conocerse a ciencia cierta, a los 45

años, decidió abandonar todas las cosas materiales e ingresar como fraile en la Orden de

San Agustín. En 1533, se recluyó en un convento de Ciudad de México para dedicarse a la meditación, la oración y el estudio [28] .

Su vida en el convento fue fructífera. Buen matemático, razonó sobre lo que se conocía de los movimientos de los vientos en el Pacífico y sus condiciones atmosféricas, y concluyó que la mecánica de la naturaleza en el gigantesco océano que separaba a América de Asia, debía ser similar a la del resto de los mares del planeta. En consecuencia, se podría trazar un derrotero que permitiese la comunicación por mar entre Asia y Nueva España de forma eficaz y práctica, porque al fin y al cabo, como él mismo dijo, «lo principal que en esta jornada se pretendía era saber la vuelta de las islas de Poniente, pues la ida sabido era que se hacía en breve tiempo».

Incluso en la nueva corte de Felipe II, la idea que presentó en 1564 de intentar de nuevo el «Tornaviaje» se veía con interés para poder acceder al comercio de Asia, en el que tantas esperanzas había puestas. No se dudó en conceder la venia para realizar otra expedición. Habían pasado ya cinco largos años desde que el propio monarca escribiese una carta a Urdaneta expresándole la conveniencia del viaje:

He sido informado que vos siendo seglar fuisteis en el Armada de Loaísa y pasasteis al estrecho de Magallanes y a la Especiería, donde estuvisteis ocho años en nuestro servicio. Y porque ahora Nos hemos encargado a Don Luis de Velasco, nuestro Virrey de esa Nueva España, que envíe dos navíos al descubrimiento de las islas del Poniente, hacia los Malucos, y les ordene los que han de hacer conforme a la instrucción que se le ha enviado; y porque según de mucha noticia que diz que tenéis de las cosas de aquella tierra y entender, como entendéis bien, la navegación della y ser buen cosmógrafo, sería de gran efecto que vos fuesedes en dichos navíos, así para toca la dicha navegación como para servicio de Dios Nuestro Señor y nuestro. Yo vos ruego y encargo que vais en dichos navíos y hagáis lo que por el dicho Virrey os fuere ordenado, que además del servicio que haréis a Nuestro Señor yo seré muy servido, y mandaré tener cuenta con ello para que recibáis merced en hobiere lugar.

De Valladolid a 24 de septiembre de 1559 años.

Yo el Rey

Debido a la necesidad de actuar con celeridad y eficacia, se autorizó que todo lo necesario se aprestase directamente en Nueva España, lo que suponía tres ventajas: la primera el tiempo, pues se ahorraría medio mundo de viaje; la segunda la eficacia práctica, pues los marinos adecuados para dirigir la expedición con éxito ya estaban en



México, y la tercera, que resultaría más barato que acudir al tradicional sistema de contrataciones y rescates.

Urdaneta, el principal impulsor del viaje, por su condición de religioso, llevaría el cargo de científico y cosmógrafo de la expedición, y se consideró que tanto el experimentado Pablo Carrión, como todos los residentes en la Nueva España que deseasen ir en la misma, por tener experiencia en expediciones a los mares del Sur, podían enrolarse. Eso facilitaría contar con prácticos, y hombres avezados en los peligros del océano. Había que ponerse manos a la obra.

## 3.2 LOS ESPACIOS INFINITOS DEL SEÑOR

UNA VEZ DECIDIDOS LOS PORMENORES DE LA EXPEDICIÓN, Urdaneta se dedicó en cuerpo y alma a preparar la ruta. Lo primero sería dirigirse a las islas de los Ladrones, camino en principio sencillo y conocido, pero conveniente, pues muchas de las islas estaban poco o nada exploradas, e interesaba hacer un reconocimiento de ellas en profundidad. Desde allí, navegarían hacia las costas del Norte de Nueva Guinea y, tras levantar mapas, estudiar fondeaderos, puertos y

ensenadas, se dirigirían de isla en isla hacia el Norte, a las islas de Poniente. Luego continuarían rumbo aún más arriba, para intentar el

«Tornaviaje» por una ruta más nórdica, y arribar a América en la California explorada por Cabrillo. Esta última fase del viaje permitiría buscar de nuevo el deseado paso al Atlántico por el Noroeste.

Una medida previa importante, fue la decisión de abandonar el puerto de Navidad, de mal clima, criadero de enfermedades y sin materiales útiles en las proximidades y trasladarlo más al Norte, al excelente de Acapulco, donde se podía instalar un astillero y un arsenal.

Allí se podrían fundir cañones para equipar los barcos con la artillería necesaria, forjar anclas y clavazón, y obtener con mayor facilidad los pertrechos que llegaban a Veracruz desde España, a pesar de que tuvieran que atravesar México de costa a costa.

Este material, de suma importancia para el futuro de la expedición, incluía desde brújulas a sextantes, y desde armaduras a las armas de fuego más modernas que el ingenio europeo hubiese podido concebir. La meticulosa administración de la metrópoli, lenta pero eficaz, iba a permitir que no faltase de nada.

*Astrolabio astronómico del siglo XVI. Museo Naval de Madrid. En un principio se utilizó como instrumento de representación de determinados fenómenos celestes con fines astronómicos y astrológicos. Los había esféricos y planos.*

*Estos últimos eran los resultaban útiles en la náutica. Servía para obtener la altura del sol, o de las estrellas, con el fin de calcular la latitud mediante esas mediciones.*

No obstante, como a fin de cuentas se habían reunido dos españoles, hubo problemas. Aún no habían salido y Pablo Carrión ya discrepaba con la ruta a seguir. No estaba de acuerdo en que se navegase por las costas de Nueva Guinea. Sabía a ciencia cierta que los indígenas «eran unos negros salvajes y atrasados y que la tierra tenía poca sustancia», por lo que proponía centrarse en las islas de Poniente, más ricas, con puertos habituados al comercio con la China y el Japón, y donde sería más factible encontrar socios comerciales y riquezas. Incluso se podía hacer un intento de caer sobre las Molucas.

El virrey escuchó con atención ambas propuestas, y el Consejo de Indias tuvo que volver a pronunciarse sobre el asunto. Su decisión fue

clarísima: No debía entrarse en mares de la demarcación de Portugal, por lo que se evitarían las Molucas y los mares al Este y Sur del archipiélago, pues el rey, no deseaba dañar las buenas relaciones que mantenía con la Corte de la nación de su madre.

El presidente y los oidores de la Audiencia Real de la Nueva España —el virrey acababa de fallecer el 31 de julio —, establecieron una serie de normas que iban desde lijar minuciosamente la ruta, a lo que hoy llamaríamos «reglas de enfrentamiento», pues aunque deseaba evitar en lo posible una confrontación armada, los navíos «irían dispuestos de modo que, no habiendo de ofender á nadie, pudieran defenderse con ventaja de cualquiera [29] ». Además, debían establecer relaciones amistosas con los nativos y dar noticias «de chinos y japones», pero lo fundamental es que tenían que comprar cartas náuticas, corregir las que llevaban, y «estudiar el régimen de los vientos y corrientes; escribir derroteros y descripciones; y hacer información en que constara si los portugueses habían poblado o no en las Filipinas». Este último asunto era de extrema importancia, pues si debía sostenerse que las islas de Poniente estaban en el lado español de la línea de Tordesillas era preciso asegurar que los lusos no se habían hecho fuertes ya en algún punto.



*La Torre Legazpi —* Jauregi Haundia *— casa natal de Miguel López de Legazpi, es un museo que alberga en la actualidad una escuela de música. En Zumárraga tiene también el conquistador de las Filipinas un monumento, y se guarda un retrato suyo en la casa consistorial.*

En Acapulco, como estaba previsto, se construyeron los barcos principales de la flota con 28 metros de eslora. Luego quedaron aprestados todos los elementos necesarios y comenzó a elegirse a las tripulaciones con mucho cuidado. No se quería ningún conflicto, y por ello se buscó un cierto equilibrio social e incluso étnico, por lo que no es de extrañar que los marineros de Guipúzcoa fuesen el 33 % del total, pues Urdaneta había contactado previamente con ellos.

Las armas fueron supervisadas con meticulosidad. Se eligió lo mejor de lo mejor. El equipo, desde la ropa a los materiales más insignificantes fue objeto de un metódico análisis y, si bien no se conocía aún el escorbuto [30] como enfermedad — no hay que fiarse de las películas —, se intuía por los resultados de otros viajes de larga duración que sus síntomas eran producto de una deficiencia de alimentos frescos en la dieta, por lo que se prepararon especialmente cocos, habichuelas y piñas en abundancia, lo que resultó ser una gran idea.

La flota se componía de cuatro naves. Los galeones, *San Pedro* — capitana —, de 500 toneladas, y *San Pablo* — almiranta —, de 300; *San Juan*, galeoncete de 80, y *San Lucas*, patache, de 40. Además, iría a remolque una fragata de remos.

Como jefe, se designó a un funcionario sin experiencia naval de 58 años, el general de la armada Miguel López de Legazpi, viudo, hidalgo de la casa de Lazcano, amigo de Urdaneta, director de la derrota. Recibió del rey el cargo de «Almirante, General y

Gobernador de todas las tierras que conquistase». Vendió todos los bienes que poseía, a excepción de su casa de México, para hacer frente a la expedición, que finalmente parecía que iba a sufrir retrasos debido a la intromisión en los asuntos de la Nueva España de los hugonotes franceses, que demostraban sentir una atracción irresistible por los territorios de la Florida.

Como maestre de campo se nombró a Mateo del Saz, — pues Juan Pablo de Carrión renunció ofendido tras sus diferencias también con Legazpi — y los puestos de capitanes recayeron en Juan de la Isla, para el *San Juan*, y Alonso de Arellano para el *San Lucas*. Entre los oficiales reales destacaba el tesorero sevillano Guido de Labezares, contador de la armada, un veterano de la expedición de Ruy López de Villalobos. Con ellos iban 380 hombres de mar y guerra, de entre estos últimos muchos tlaxcaltecas, y bastantes mestizos hispanizados. Buenos combatientes, experimentados y endurecidos en las guerras chichimecas, que duraban ya medio siglo [31] .

Legazpi enroló también a dos novohispanos, su nieto, Felipe de Salcedo, un joven muy prometedor, y a Martín de Goiti en calidad de capitán de artillería. Todos eran hombres capaces, valientes y audaces que estaban destinados a pasar a la historia.

Realmente formaban un equipo excelente. Incluso Carrión, el único que no se sumó a la aventura, tendría ocasión en el futuro de demostrar su valía.

El 1 de septiembre de 1564, el presidente y oidores de la Real Audiencia de México dieron a Legazpi el documento donde se especificaban las instrucciones y órdenes que llevaba la expedición. Un extenso pliego donde se detallaba todo un código de normas de control, comportamiento y organización — así como la recomendación de dar buen trato a los naturales —, que llegaba hasta a indicar cómo se debían de repartir las raciones y evitar que nadie fuera en el viaje sin una ocupación.

Antes de partir, y con la solemnidad acostumbrada, fueron bendecidos el estandarte y las banderas de los navíos y compañías. Tras prestarse juramento de obediencia al general y a los capitanes, zarparon a mar abierto desde la barra de Navidad la noche del 20 de noviembre, con buen tiempo y un suave viento. Rumbo a las Islas de Poniente.

En la soledad de su cámara, ya en alta mar, el general Legazpi, abrió los pliegos sellados con las órdenes secretas. En varios mapas, estaba indicada la derrota seguida por Ruiz de Villalobos, y las instrucciones para navegar y reconocer las islas de los Reyes, Corales, Matalotes, Arrecifes, Ladrones y Filipinas. La misión era organizar el comercio de las especies y después enviar, lo más aprisa posible, un navío cargado que estableciera un camino de regreso a Nueva España o América Central. A continuación comunicó las órdenes a sus capitanes. Urdaneta, que veía como se había desechado su



propuesta de ir a Nueva Guinea, quedó muy disgustado al saberlo, pero acostumbrado a la estricta disciplina del convento, no discutió. Procedió lealmente a situar la navegación de la escuadra entre los paralelos 9 y 10 de latitud Norte.

El 29 de noviembre, durante todo el día, una tormenta sacudió a la pequeña flota y, a pesar que no fue muy intensa, el patache *San Lucas* rompió el contacto y se perdió, con gran disgusto de todos, pues por su pequeño calado era la nave destinada a reconocimientos en los ríos y ensenadas, y contaban con su velocidad, para poder efectuar descubiertas. A Legazpi no le gustaba el piloto, el mulato de Ayamonte Lope Martín, y sospechó desde el principio que había sido una «deserción» encubierta. Tenía razón, pero los sucesos que viviría el pequeño barquichuelo fue una demostración del temple y la pasta de la que estaba hechos aquellos hombres, fueran honrados o no.

Avistada la primera isla habitada el 9 de enero de 1565, a la que llamaron isla de los Barbudos, y otros muchos arrecifes, islotes y atolones, destacaron en sus cartas las islas de los Placeres, de las que bautizaron algunas — Pájaros y Hermanas — dando por hecho que eran las que Ruiz de Villalobos había visto en su viaje y denominado como Jardines, por lo que Urdaneta propuso corregir allí el rumbo para proseguir hacia el archipiélago de los Ladrones.

*La hermosa reconstrucción del «pacto de sangre» en Bohol, erigida en Tagbilaran City. La representación de los españoles, al fondo, con su media armadura, espada toledana y rodela, es muy correcta, pues fue el equipo típico usado en Filipinas y Asia Oriental, hasta bien entrado el siglo XVII.*

Ya en Guam, descansaron, hicieron aguada y almacenaron víveres. Hubo algún conflicto menor con los nativos pero, en general, todo fue bien. Tras tomar posesión



formal de las islas, la expedición partió el 3 de febrero hacia el Oeste y, el 13, después de 74 días de navegación con vientos alisios a favor, alcanzaron un grupo de islas que, por los naturales, llamaron Zibabao, el nombre de la más grande. Desde ella continuaron un recorrido con escalas en otras más pequeñas como Tandaya, Abuyo, Cabalian y Camiguinin — hoy son Samar, Leyte, Bohol, Negros, Masbate, Camiguin y Panay —.

Tras haber recorrido 2060 leguas — 27 al día, 3,4 millas náuticas por hora —, lo habían logrado. Estaban en las Filipinas.

Los pueblos que encontraban en las islas que visitaban estaban enfrentados entre sí y, a menudo, en guerra o con todo tipo de conflictos, por lo que a Legazpi le resultó bastante sencillo lograr acuerdos con los reyezuelos y notables locales, muchos de los cuales estaban contentos de disponer ante enemigos hostiles del apoyo de los poderosos recién llegados. Los barcos de los españoles, como era previsible, llenaban de temor a las gentes solo con su imponente presencia, y el fuego de sus cañones los hacía correr de espanto.

*La talla original del Niño Jesús que conservan desde entonces los agustinos en la Basílica Menor del Santo Niño de Cebú.*

*Magallanes se la entregó a la reina Juana como un regalo el 14 de abril de*

*1521, el día de su bautizo y el de su marido, el rey Humabon.*

En algunos casos, como en Bohol, en las Visayas centrales, donde llegaron a un acuerdo con el jefe Sikatuna — Cicatuna en las crónicas españolas —, se llegó incluso a firmar un «pacto de sangre [32] », pero por lo general, Legazpi evitó chocar con cualquier aborigen todo lo que pudo. Tanto porque esas eran sus órdenes, como porque era consciente de su enorme debilidad si tenía que enfrentarse a un conflicto prolongado.

Sin embargo, sí notó que los nativos, aunque se mostraban correctos, no eran en absoluto amistosos y parecían asustados, algo que le extrañó, pues su comportamiento con ellos había sido bueno. Parecía evidente que este vez el temor no correspondía a la visión de las «naves negras» castellanas, ya que les parecían familiares. ¿Qué ocurría entonces? Lo supieron en Panay, la última isla que alcanzaron, donde encontraron un *prao* de moros de Borneo, del que obtuvieron un intérprete.

Al interrogarle supieron que no eran los primeros europeos en la zona. Naves portuguesas habían estado en la región meses antes. Habían robado, saqueado y violentado a sus habitantes, incendiado sus aldeas y destruido sus canoas, pero además lo habían hecho diciendo que eran «de Castilla», para que el nombre fuese repudiado y odiado por los naturales de las islas. La situación comenzaba a complicarse.

### 3.3 CON LA CRUZ Y LA ESPADA

LAS MALAS NOTICIAS RECIBIDAS DEL INTÉRPRETE MORO molestaron a Legazpi. Por lo pronto, ponían ya en cuestión las instrucciones del Consejo de no mantener pendencia con los indígenas, pues la actitud era crecientemente hostil, y las cosas empeoraban por momentos.

Se decidió que era mejor levantar el campamento de invierno al otro lado del estrecho, al oeste de Bohol, en la isla de Cebú, que vieron muy poblada y con capacidad para suministrarles los alimentos que precisaban. Además, Urdaneta pensaba que era el mejor punto para realizar el «Tornaviaje», y el tiempo apremiaba, pues se acercaba la época de las lluvias.

El piloto del *prao* de Borneo guio en una fragata a Urdaneta y Juan de Aguirre, con algunos soldados, y provisiones para ochos días. La navegación fue sencilla, pero al desembarcar para reconocer una isla cientos de nativos los atacaron. Bastó una descarga al aire de los

mosquetes españoles para que se adentrasen en la jungla, pero una flecha alcanzó al piloto. Sin él, se perdieron, encontraron corrientes contrarias y no pudieron alcanzar Cebú.

Preocupado por el destino de sus hombres, Legazpi ordenó zarpar con rumbo a Cebú el 22 de abril. En el camino encontraron también vientos contrarios y fueron azotados por una fuerte tempestad que parecía querer desarbolar los buques, pero lograron alcanzar su objetivo el día 27. Había pasado mucho tiempo — más de cuarenta años — desde la escala de Magallanes en la isla y el prestigio de Castilla había

palidecido un poco, pero la primera impresión de los indígenas al ver las naves españolas fue de auténtico terror. Habían reconocido en los que acababan de entrar en sus aguas a los «barcos negros» protagonistas de sus tradiciones orales. Los castillos y los leones de las banderas de los palos mayores no dejaban lugar a dudas, y si los navíos de los extranjeros del pasado eran poderosos estos eran descomunales. ¿Acaso venían a vengarse? El primer paso a dar, era convencer a los nativos de todo lo contrario. Que los castellanos no eran agresivos, ni un peligro. Algo imprescindible, pues era necesario cuanto antes obtener provisiones.

El *rajá* Tupas, que regía en Cebú, hijo de quien había acabado con 30 hombres de la expedición de Magallanes, no estaba muy convencido. El miedo no impidió que sus 2500 guerreros se concentraran en las playas blandiendo sus lanzas y armas de guerra, para impedir que los españoles desembarcaran. Legazpi no tuvo más remedio que hacer uso de su poder, y ordenó a los galeones que efectuaran una descarga. No hubo efusión de sangre, solo el ruido de los disparos fue suficiente para que salieran todos en estampida, pero los disparos demolieron algunas de las casas costeras, y otras se incendiaron.

Las tropas españolas desembarcaron en tres bateles al mando de Martín de Goiti y Juan de la Isla y, para sorpresa de todos, el soldado Juan Camus descubrió una talla del niño Jesús de estilo flamenco **[33]** , que había sido regalada por Pigafetta a Magallanes.

Luego, encontraron también dos pequeños cañones, pruebas más que suficientes de que la expedición de Magallanes había estado en aquellas tierras. Al día siguiente, Legazpi ordenó levantar una capilla para custodiar la talla y la trasladaron en solemne procesión cinco frailes agustinos, escoltados por soldados y marineros. Toda esa liturgia llamó la atención de una treintena de nativos que se sumaron a la ceremonia, pero al terminar se refugiaron de nuevo entre los

árboles.

Era el momento de empezar con la misión que había llevado a los españoles a una tierra tan lejana y, allí mismo, entre los restos del poblado incendiado por esa primera escaramuza, fundaron una villa a la que denominaron San Miguel — hoy Cebú —. La dotaron de inmediato de un recinto fortificado, una iglesia, un reducto, almacenes y viviendas. El 8 de mayo, Andrés de Urdaneta, en su calidad de eclesiástico, procedió a su bendición. Junto a ella nació la Villa del Santísimo Nombre de Jesús.

Previamente fray Martín de Rada, un cosmógrafo muy culto y eficiente, había recibido el encargo de realizar las observaciones astronómicas precisas para determinar, con total seguridad, que las islas estaban en la demarcación de España. Así lo comunicó Legazpi:



Somos sabidores como hombres que tenemos acá la flor y fénix de nuestra España en las matemáticas artes, que es un Fray Martín de Herrada — se refiere a Rada —, el cual ha verificado munchas cosas que a los españoles eran ocultas, como andando el tiempo se sabrá, el cual satisfará a todas las dudas que se les pueden a los Reyes ofrecer en lo tocante a la demarcación de Portugal y de Castilla. Porque es, cierto, más docto que yo lo podría encarecer, y ansi para verificación desto y de otras muchas cosas ha hecho muchos instrumentos y diversos con que dará a entender aunque sea a los rústicos. También el eclipse lunar que en Sevilla aconteció, según Chaves, por Octubre de 66 le vimos aquí.

Abraham Ortelius, 1527-1598. Maris Pacifici, (quod vulgo Mar del Zur) . *Grabado en lámina de cobre, con el color añadido. Este primer mapa impreso dedicado al Océano Pacífico, apareció en 1590 en el Additamentum, al atlas de Ortelius, la primera colección de mapas con un tamaño uniforme.*

*Dos características notables son la anchura estirada de América del Norte y el tamaño dominante de un continente que aún era solo una conjetura: Terra Australis. El mapa refleja la circunnavegación de Fernando de Magallanes, que estableció más correctamente la magnitud del Océano Pacífico, y muestra las Islas Salomón (cerca de Nueva Guinea), recientemente descubierta por el español Álvaro de Mendaña de Neira en 1568.*




La Victoria *, la única nave que completó la circunnavegación de Magallanes, navega con orgullo por el mar con sus cañones a punto.*

*Numerosos topónimos salpican las costas occidentales de Norte, Centro y Sudamérica, indicativo de la expansión española.*

*Ea única fecha en el mapa aparece en una nota en la parte inferior de América del Sur, que establece que el Felipe II ordenó que se construyera allí un castillo en 1582.*

Un importante problema de disciplina surgió por causa de la permanente alerta que Legazpi obligaba a mantener a sus hombres, pues no se fiaba del todo de los guerreros del *rajá* Tupas, y ordenó a sus gentilhombres que se repartiesen las guardias y estuviesen atentos. Los castellanos de la época tenían sin lugar a dudas muchas virtudes, pero entre sus peores defectos estaba su exagerada soberbia, y un concepto de su valía tan alto que hacía en ocasiones muy complicado tratar con ellos.

Ofendidos por las órdenes de su comandante, y opuestos a realizar el trabajo que se les demandaba en las horas nocturnas, Pedro de Mena y Esteban Ferrán, se negaron a cumplir la orden, y lo manifestaron en público, sumándose a ellos otros caballeros.

Impávido ante el desafío, Legazpi optó por mostrar su carácter enérgico, y sin dudar, ordenó al maestre de campo que los arrestase. Fueron degradados en el acto al rango de simples soldados rasos y obligados a formar junto a la tropa.

Humillados, los dos planearon con algunos compañeros una insurrección. El plan era hacerse con un navío, agujerear los cascos del resto y escapar a España tras quemar todos los documentos para que no quedasen pruebas de su felonía y destruir las municiones.

La noche del 27 de mayo, llevaron adelante su plan. Salieron al amparo de la oscuridad e incendiaron las cabañas próximas a la casa de Legazpi, pero no lograron su propósito. Los sorprendieron y detuvieron mientras la guardia lograba apagar con celeridad el fuego.

Al día siguiente fueron sometidos a un juicio sumarísimo prácticamente innecesario.

Seguros de su futuro no solo reconocieron los hechos, sino que se enorgullecieron —

genio y figura — de haberse negado a realizar un trabajo a la altura de su «rango».

Legazpi no dudó ni por un momento. Los dos rebeldes fueron condenados a muerte y ahorcados en un árbol esa misma mañana.

En la nueva villa, Legazpi y Urdaneta pudieron dedicarse por fin a organizar el objetivo principal de la expedición: el «Tornaviaje» que debía de comprobar de una vez por todas si había un camino de vuelta a América tan rápido como el de ida a Asia. Se carenó a fondo el *San Pedro*, y el general lo puso al mando de un hombre de absoluta

confianza, su nieto Felipe, de poco más de veinte años. Urdaneta iría como especialista y cosmógrafo y, Esteban Rodríguez y Rodrigo de la Isla, lo harían como pilotos.

El galeón, bien dispuesto y cargado hasta los topes[34], zarpó para cruzar el Pacífico de Este a Oeste el 1 de junio de 1565. Urdaneta, para aprovechar los fuertes vientos del monzón que soplaban desde el Suroeste y evitar las corrientes contrarias, puso rumbo abiertamente hacia el Noroeste. Mientras, en San Miguel, se aprestaron dos fragatillas de vela y remo, que fueron construidas con materiales de la zona, para poder compensar la pérdida del *San Lucas*. Ahora podían dar inicio a su siguiente objetivo: estudiar bien las zonas de aguas bajas y continuar la exploración del inmenso archipiélago en el que se encontraban.

El paso siguiente era llegar a un acuerdo definitivo con el *rajá* Tupas, pues Legazpi no tenía ningún interés en castigar más de lo necesario a los indígenas. Le ofreció una paz sincera, diciéndole que lo sucedido hacía tanto tiempo no se tomaría en consideración y, que si se sometía a la Corona de España, mediante una serie de cláusulas escritas, se le reconocerían ciertos derechos. Lograron entenderse gracias a un español de nombre Jorge Pacheco y de un borneano bautizado llamado Cid Hamal. Los indígenas llamaban a los españoles «castilas», una denominación con la que serían conocidos durante los tres siglos siguientes.

El acuerdo con Tupas, se celebró por todo lo alto, con un banquete en el que ambas partes quedaron muy contentas. Resultó efectivo. Rápidamente se difundió en las islas que los extraños blancos que había en Cebú, no estaban allí con intenciones agresivas y,

aunque la sorpresa y recelos iniciales tardaron en ser superados, por lo menos ambos pueblos comenzaron a mirarse sin miedo.

En las semanas siguientes a la partida de Urdaneta, el recién nombrado virrey portugués de la India, Antón de Noroña, de quién dependían también las Molucas, tuvo noticia de la presencia de los castellanos en Cebú, y de inmediato aprestó una fuerza militar que puso al mando del capitán mayor Gonzalo Pereira Marramaque.

Contaba con tres galeones, tres galeotas, cuatro fustas y una veintena de *caracoas* de sus aliados, los rajás de Bacham y Tidore. En Asia, y en aquellos tiempos, semejante armada, con 600 europeos y centenares de auxiliares nativos era algo formidable, y el miedo a las imponentes naves negras cundió de nuevo entre los indígenas de las islas por las

que pasaba, buenos conocedores de cómo se las gastaban los lusitanos.

Astutamente, Pereira envío al encuentro de Legazpi a un grupo de sus barcos menores. Ya sabía por los nativos que los españoles no andaban muy bien de comida y tampoco tenían una gran fuerza, por lo que sería suficiente con bloquear con sus galeones y naves más pequeñas su salida a mar abierto. Pereira, cortésmente recibido, comunicó a Legazpi por primera vez el 17 de septiembre que estaba en tierras del rey de Portugal, pero que se ofrecía a conducir a los castellanos a Goa, desde donde serían enviados de regreso a Europa. Además, para dar más peso a su petición, capturó a una de las fragatillas que regresaba a San Miguel cargada de arroz. Pese a ello, la solicitud del portugués fue cortésmente rechazada.

Poco después la artillería del fuerte español abrió fuego contra los barcos portugueses, pero tras un breve intercambio de disparos, Pereira pidió conferenciar de nuevo con Legazpi, y solicitó que, al menos, izase la bandera con las armas de Portugal y le cediese un centenar de hombres para «hacer la guerra a los infieles». A Legazpi todo aquello le pareció absurdo y despidió al capitán mayor con regalos y buenas palabras. Sorprendentemente, tras otros cuatro sucesivos requerimientos los días 14, 19, 20 y 28 de octubre, los portugueses acabaron por marcharse. Legazpi no tuvo ninguna duda de que haber construido y artillado el fuerte había sido una buena idea.

### 3.4 EL «TORNAVIAJE»

EL VIAJE DE URDANETA Y SUS COMPAÑEROS tras partir de Cebú, fue bien desde un principio. Tras dirigirse al Norte, ascendieron con precisión matemática hasta el paralelo de 40”, aproximándose más o menos lejos del litoral japonés. Allí encontraron la que hoy se conoce como corriente de Kuro Siwo [35] , que los empujó como si



transitasen por una autopista hasta el cabo Mendocino, en California, bautizado así por Urdaneta en honor al virrey Antonio de Mendoza.

El 21 de junio, tres semanas después de su partida, habían visto un farallón alto a los 20° de latitud y, el 1 de julio, ya en los 24°, sus cálculos intuitivos fueron recompensados al encontrar, entre los vientos que soplaban variables, algunos favorables. Remontaron rumbo al Este gracias a las corrientes entre los paralelos de 37° a 39°, vieron el 18 de septiembre una isla pequeña, que llamaron La Deseada y, a los 33°, ya con todo a favor, continuaron hacia el Sudeste, bajando de latitud, hasta que el día 22 descubrieron la costa de California por los 28° y entraron por la punta de Santa Catalina, que reconocieron perfectamente.

*Legazpi contó en su expedición con hombres muy valiosos, conocedores del mundo y de una cultura enciclopédica. Uno de ellos era fray Martin de Rada, cosmógrafo, matemático e inventor, que dirigió la embajada a China en 1575.*

Óleo sobre lienzo de Víctor Villán, 1879. Museo Oriental de Valladolid.

Ya estaban en América. Desde allí, solo tuvieron que costear para alcanzar Acapulco. Llegaron el 8 de octubre y, luego, por el Camino Real, se dirigieron a Ciudad de México para informar directamente al virrey: el descubrimiento hacía posible un establecimiento duradero de los españoles en Cebú. Habían recorrido 14 157 kilómetros

— 7644 millas náuticas — a la sorprendente velocidad de 109

kilómetros — 59

millas — al día. Acababa de abrirse una de más rutas más importantes de la navegación, en pleno uso hoy en día. La humanidad debía, una vez más, un descubrimiento trascendental a un grupo olvidado de navegantes españoles.

Quedaron dos documentos del viaje, dos diarios y derroteros distintos. El del piloto mayor Esteban Rodríguez, interrumpido el 27 de septiembre por causa de fuerza

mayor, pues fue el día de su fallecimiento y el de Rodrigo de la Isla, completo, minucioso, con descripción de las tierras, demoras, rumbos, vientos, observación de las variaciones de la aguja y cálculos de la latitud por las alturas del sol o la estrella polar.

Murieron en el viaje 15 hombres, pero la información que la expedición había recogido era fundamental. Durante casi un cuarto de milenio, el legendario galeón de Manila iba a recorrer ese trayecto, que comunicaría de forma periódica Asia con América y, por tanto, con Europa.

Además, el viaje de Urdaneta y sus compañeros demostraba también que al Norte del Ecuador no había nada que buscar en el mar más desierto del mundo, que era preferible que a partir de entonces se dirigieran los esfuerzos y el interés hacia las misteriosas tierras australes.

Sin embargo, le esperaba una noticia sorprendente al llegar a México y presentarse ante la Real Audiencia: el capitán Alonso de Arellano, había retornado antes que ellos y había comunicado el «éxito» de la misión, para partir después hacia la Península a comunicar al rey su «descubrimiento». Preocupado, Urdaneta siguió su ruta paso a paso cada vez más sorprendido por lo que había escuchado. Si era cierto ¿qué había ocurrido entonces con el perdido *San Lucas*?

### *3.4.1 El pleito con Arellano y Martín*

Tras su extraña desaparición, el capitán Arellano y el piloto Martín, resolvieron navegar por su cuenta rumbo al Oeste. El 6 de enero de 1565, día de la Epifanía del Señor, llegaron a un grupo de islas rodeadas de arrecifes, de las que contaron 36, y que se ha creído que eran las actuales MarshalL Luego, siguieron hasta las Filipinas y llegaron a Mindanao prácticamente seguros de que habían llegado antes que el grueso de la expedición.

Legazpi había fijado un punto de encuentro en Cebú para un supuesto alejamiento de cualquiera de sus barcos, y allí se dirigió el *San Lucas*, a través del canal «donde mataron a Magallanes», y en el que tuvieron la mala suerte de encallar. Al ver que no encontraban a sus compañeros, hartos de vagar solos de isla en isla, y puesto que contaban con provisiones suficientes, agua, frutas y verduras frescas la tripulación presionó al capitán y al piloto para regresar a México. El 22 de abril iniciaron el camino de regreso.

Escribir esto es muy fácil, e incluso el lector puede pensar en la situación en la que se encontraban estos hombres, pero conviene reconstruir la realidad tal y como era.

Hablamos de un patache, un barquito de 40 toneladas, de no más de 14 metros de eslora, manga de 3,5 metros y una sola cubierta, como un pesquero de bajura actual, que estaba al otro lado del planeta, en mares desconocidos, sin velas de repuesto ni otros materiales o herramientas que los que hubiesen cargado en México al partir a la aventura. Y a pesar de ello, con un temple, un valor y un tesón descomunal, se disponían a cruzar el Pacífico de parte a parte por segunda vez.

Desertores, y acusados con toda seguridad de ello si eran capturados, debían de elaborar una historia que les librase del calabozo o un destino aún peor, por lo que, sin dudarlo, se lanzaron a otro de los viajes más audaces de la historia de la navegación.

Tras poner rumbo al Este y entrar en el Mar de China, siguieron hasta el paralelo 43°, viraron y bajaron hasta los 40°, donde recibieron fuertes vientos del Oeste, pasaron un frío atroz y comenzaron a sentir los síntomas del escorbuto. A pesar de todo, lograron llegar a California el 17 de julio y, el 9 de agosto, echaban amarras en Navidad.

Conscientes del problema que tenían, Arellano y Martín, inventaron una sorprendente historia en la que culpaban al temporal de la pérdida de contacto con el resto de las naves de Legazpi, y aseguraron que habían descubierto la forma de regresar de la China con seguridad, por lo que solicitaron reconocimiento y mercedes al Consejo de Indias. En ello estaban comprometidos cuando, para su desgracia, apareció Urdaneta, que aportó tal cantidad de datos, y con tal precisión, que la fábula que sostenían los dos embaucadores se vino abajo.

En un principio los apresaron por «falsarios», pero poco después se

decidió enviárselos a Legazpi. Arellano, que decía estar enfermo, logró evitar ser embarcado, pero a Lope Martín no le importó, incluso se alegró de ello, y el 1 de mayo partió rumbo al Oeste, en el *San Jerónimo*, con 130 tripulantes entre marineros y soldados.

El astuto Martín, que había colaborado en el reclutamiento de la marinería y había seleccionado casi a un centenar que estaban entre lo peor que había en Acapulco, con mucho cuidado de que no se enrolasen vascos, a pesar de que su compinche y colaborador, Rodrigo de Ataguren, lo era. Incluso había logrado cambiar al maestre guipuzcoano Pedro de Oliden, por el sargento mayor Ortiz de Mosquera, un hombre de carácter más débil.

Por supuesto Lope Martín no estaba dispuesto a llegar a Cebú, donde estaba Legazpi y, a las dos semanas de navegación, convenció primero a Felipe del Campo, luego a otros marineros y, finalmente a Ortiz de Mosquera, de que era más rentable dedicarse a la piratería en los mares de China, y volver ricos a Europa, que continuar con riesgo de sus vidas más allá del Estrecho de Magallanes para servir a Legazpi. El

motín triunfó el 3 de junio, y tanto el capitán, Sánchez Pericón, un hombre duro, áspero y poco apreciado por los marineros, como su hijo, que era alférez, fueron asesinados.

Nombrado capitán de mar, el mulato de Huelva parecía que iba a tener éxito, pero su brutalidad se hizo notar pronto. Ordenó ahorcar y echar al mar a Ortiz de Mosquera, que era el capitán de guerra, y el 22 de junio se quedó solo al mando. Los problemas continuaron y, tras muchas peripecias, pues los soldados desconfiaban de Lope Martín, el contramaestre Rodrigo de Angle, se hizo con el galeón el 16 de julio. Con algunos leales pudo alcanzar las Filipinas tras dejar a Lope Martín y a otros 27 compañeros, abandonados y perdidos para siempre[36].

En cuanto a Urdaneta, fue honrado por el rey, a quien pidió licencia para volver a las Filipinas y dedicarse a la conversión de los naturales. De regreso a México y con 60

años de edad, falleció en su convento, sin poder regresar a Asia. Su aportación a la historia de las rutas comerciales de la navegación ha sido y es, muy superior a su fama, pues para desgracia de todos y de la justicia histórica, su figura está casi totalmente olvidada.

# 3.5 MOROS EN LA COSTA

EN JUNIO DE 1567, con un puñado de hombres, Martín de Goiti fue enviado a reconocer la isla de Leyte. Alcanzó la ciudad principal, Colasi, después de una ardua marcha por la selva y de un contacto violento con algunos indígenas, indispensable para lograr las provisiones necesarias para mantener a la expedición.

Un mes después, el 25 de julio, llegó el galeón *San Jerónimo* desde México, con lo que quedaba definitivamente confirmada la nueva ruta, pero la gran alegría de Legazpi fue la arribada en agosto de dos galeones con sus nietos, los hermanos Salcedo, y 200

hombres de refuerzo, a los que se sumarían a lo largo del año otros 2100 españoles.

Entre los recién llegados la mayor parte seguían siendo novohispanos de nacimiento, muchos de ellos mestizos, y otros indios puros. Casi todos tenían experiencia en las guerras de la frontera de la Nueva España, disponían de un armamento muy adecuado para el tipo de guerra que pronto conocerían, e iban junto a trabajadores auxiliares enviados por órdenes del virrey. Con ellos se reforzaría la fortaleza de San Pedro, que se convirtió en el puesto avanzado para el comercio con México y la protección contra las rebeliones nativas hostiles.



Los dos enormes galeones, cargados de cañones, dejaron anonadados a los nativos, que jamás habían visto nada semejante. Eso animó a los españoles, conscientes de que sus barcos eran el ejemplo más notable

de su poder, pero lo hizo mucho más las herramientas, armas portátiles, municiones y víveres que habían traído, lo que permitió apuntalar de forma definitiva la base española en Cebú. Sin embargo, rodeada de las muchas incertidumbres generadas por la indecisión que tenía la corona al respecto, no llegó la esperada autorización real para conquistar las islas, que era lo que esperaba Legazpi.

En otoño de 1568 los portugueses volvieron a lanzarse sobre Cebú. Esta vez no hubo parlamento y, directamente, el objetivo fue expulsar a los castellanos. La fortaleza resistió, y los atacantes fueron repelidos para alegría de los nativos, que en el pasado habían sufrido mucho por su causa, y que ahora veían que sus nuevos aliados blancos eran realmente poderosos. Era una buena noticia para los padres agustinos que acompañaban a la expedición y comenzaban a establecerse en la región, que lograron que el *rajá* Tupas y sus hombres aceptaran el bautismo. Mala a su vez para los jesuitas que solían ir con los portugueses, que presionaban con todas sus fuerzas al superior general de la Compañía, el valenciano Francisco de Borja — es conocida por ejemplo la carta de queja que le envió el padre Melchior Carneiro —, por las alianzas que mantenía Legazpi con los herejes musulmanes.

*La huella de la presencia española sigue presente en Cebú. Las viejas piedras de la fortaleza de San Pedro imagen del poder del rey de España en las Islas de Poniente.*

A finales de la primavera de 1569, arribó el galeón *San Juan*. Traía a la esposa del maestre de campo Martín de Goiti, un número mayor de frailes agustinos y, como siempre, herramientas, armas y municiones. Solo que esta vez se incluían por vez

primera, útiles de labranza. Los españoles estaban decididos a establecerse de forma permanente.

En su primer contacto con los portugueses, estos habían mencionado a Legazpi la presencia de un enemigo tenaz, que ya era consciente de que nuevos cristianos estaban en las islas, y que parecían tener intención de quedarse. Eran los musulmanes de las islas del Sur de las Filipinas, de Joló y Mindanao, formidables combatientes, duros, motivados y correosos, que no estaban dispuestos a ceder a los extranjeros ni un palmo de tierra. A finales de 1569, las banderas de guerra de aquellos a quienes los españoles llamaron «moros» por razones evidentes, se alzaron en toda la extensión de las islas del Sur. Las primeras las del sultán de Joló, que a primeros de 1569 envío a 20

de sus embarcaciones contra los «castilas». Comenzaba una enemistad mortal, y una guerra, que sería eterna[37]. A la idea de convertir con la cruz, se iba a sumar la necesidad de conquistar con la espada.

Una vez producidos los primeros choques con los moros de Joló, Legazpi resolvió actuar al mejor estilo castellano de la época: el uso de la habilidad y experiencia de combate de sus hombres con una eficacia demoledora. Sus tropas no eran un ejército en el sentido europeo, sino que iban a actuar y combatir como las unidades empleadas en Nueva España, grupos disciplinados de hombres armados, con capacidad de adaptarse al terreno y a la forma de combatir de sus enemigos[38].

Los moros atacaron San Miguel, pero el buen uso de la artillería por parte de los defensores desbarató su asalto sin grandes dificultades. Luego el propio Legazpi dirigió una expedición a Panay, donde se edificó un fuerte que quedó con una pequeña guarnición. Obtuvieron en la isla alimentos y fray Juan de Alba logró conversiones masivas.

A su regreso a Cebú, Legazpi vio con sorpresa que había un nuevo galeón en el puerto, y esta vez llevaba documentos importantes. Despachos reales que aprobaban sus acciones y un pliego de órdenes que le facultaban para ocupar todo el archipiélago

— como si fuese fácil — y le dotaban de los títulos adecuados. Le nombraban capitán general de las Filipinas y adelantado de las islas de los Ladrones. Las razones de tardar casi cuatro años en sancionar la ocupación eran lógicas. Los informes preliminares facilitados por Urdaneta no parecían presentar una tierra muy rica. Además, por tratarse de miles de islas, arrecifes y atolones era complicada de ocupar y someter y, por último, podía suponer un coste administrativo y de gestión muy alto, ya que no se habían encontrado especias en cantidad y calidad como para merecer el esfuerzo de sostenerlas. Eso sin contar que — aunque nadie pensaba reconocerlo —, parecían estar en la zona de demarcación portuguesa.

Sin embargo, aunque las razones que movieron al rey a decidirse por la ocupación fueron muy diversas, primaron las de orden meramente religioso, pues al monarca le repugnaba abandonar la posibilidad de convertir a miles de nativos. Si hacemos caso de la opinión de Fernández Duro, el rey consideró el asunto de la forma siguiente: «¿Qué dirían los enemigos de España si, por no rendir metales ni riquezas, se privara a esas islas de la luz y de ministros que la prediquen?». Es cierto que esa idea de Fernández Duro puede surgir de la España de su época — un siglo XIX anclado en el más ferviente catolicismo —, pero no lo es menos que se adapta a la perfección a la

forma de pensar de Felipe II.

Dicho y hecho, desde Acapulco, con órdenes del virrey, reforzados y con tropas veteranas, marchaban de nuevo a las Filipinas tres pataches; *San Juan*, *Sancti Spiritus* y *San Lucas*, de 80 a 40 toneladas de desplazamiento. Al mando de la expedición estaba el joven hermano de Juan de Salcedo, Felipe, de solo 18 años, y con el viajaban Juan de la Isla y Juan López de Aguirre, con la confianza de que ahora sabían cómo volver con tanta celeridad como con la que iban a Asia. De hecho el *San Lucas*, el menor de ellos, con solo 40 toneladas, llegó a hacer cuatro viajes para quedar luego al servicio de Legazpi, en el archipiélago.

Estos cruceros continuos fueron perfeccionando el conocimiento del inmenso lago español en que estaba convirtiendo el océano. Por ejemplo, en los viajes de regreso a Acapulco, entre 1567 y 1571, se confirmó el itinerario por el Norte, con aproximación a japón, para navegar luego al Este por los paralelos 37° a 40°, en función del estado de la mar y de la estación en la que se hiciese la ruta.

A Felipe de Salcedo se le encargó una misión distinta, explorar al detalle el archipiélago de los Ladrones. Allí descubrió muy a su pesar las tormentas giratorias conocidas como «vaguíos», que le hicieron naufragar en Guam. Pero con el ingenio y la habilidad de los españoles de la época, los náufragos compraron unas piraguas a los nativos y con ellas regresaron a Cebú — una hazaña naval más que notable —. Solo el capitán Andrés de Ibarra y su fragata — hubo 23 desaparecidos — se perdieron en estos años de intensa actividad exploradora.

El nuevo capitán general ordenó una ofensiva contra los moros. Sus naves de pequeño calado rastrearon a fondo las ensenadas, bocas de los ríos y puertos del Sur de Luzón. Liderados por sus capitanes y sargentos españoles, y protegidos por pequeños grupos de arcabuceros, los indios mejicanos y los auxiliares filipinos enemigos de los moros que les servían de guías y exploradores, iban en galeras y fragatas con varios cañones pesados y mucha artillería «menuda», formada por versos y falconetes, armas giratorias devastadoras en los choques con el enemigo.

Uno tras otro, todos los asentamientos y puestos costeros fortificados fueron tomados. Sus defensores ejecutados o puestos en fuga y, en mayo de 1570, la principal fortaleza musulmana en Luzón, protegida por 12 cañones, ocupada por solo 120

hombres en un audaz ataque por sorpresa. Lo mismo que las posiciones enemigas en la isla de Mindoro, que también fueron también destruidas, y todas las barcas incendiadas.

Sin embargo, era preciso acabar con los barcos enviados desde el sultanato, por lo que los españoles buscaron un combate en donde todo les fuera favorable: uno naval.

Para ello, Legazpi logró aprestar 20 galeotas ligeras, ideales para operar en el laberinto de islas al sur de Luzón, con las que los castellanos lograron sorprender a los moros en mar abierto. El resultado fue el previsible. Más rápidas y poderosas, las embarcaciones españolas alcanzaron a los moros y, mediante el uso de la artillería y gracias a su superioridad en el cuerpo a cuerpo, 80 españoles barrieron a los musulmanes, que tuvieron 300 muertos y perdieron 10 *caracoas*.

La fama de los españoles creció gracias a estas acciones, y el respeto a los «castilas»

avanzó de isla en isla. En enero de 1570 Legazpi atacó con sus barcos la base pirata mora de Maburao, en Mindoro, que arrasó a cañonazos, para luego perseguir a los supervivientes hasta Lubang — donde capturó todas sus embarcaciones, utilizadas luego para reforzar la escuadra de patrulla con sede en Capiz — y decenas de prisioneros. Entre ellos figuraban algunos notables por los que pidió rescate pagable solo en oro, lo que le permitió además conseguir buenos beneficios.

La guerra «corsaria» de Legazpi, basada en el poder de la artillería de sus barcos estaba literalmente barriendo de piratas el mar de las Filipinas pero, para sorpresa de todos, un junco con tripulación española fue atacado por dos champanes chinos de guerra, poco artillados. Un grave error. Deshechos por los disparos de los cañones españoles, fueron derrotados y dejaron un gran botín en manos españolas. Martin de Goiti, cuya fragata estaba cerca, se aproximó al escuchar los estampidos de la artillería, pero al llegar la lucha ya había terminado. Trasladados a Cebú, Legazpi reprendió a los chinos por haber iniciado el combate, pero les perdonó — algo que a los chinos dejó estupefactos — y dejó marchar, para que llevasen las noticias del poder español a su tierra.

La guerra continuó en las islas, donde, paso a paso, las acciones navales combinadas de los *praos* y fragatas españolas con arcabuceros y rodeleros que desembarcaban y se adentraban en el interior para

someter a los nativos a la obediencia, fueron ampliando el área de soberanía castellana.



En algunas zonas la forma de combatir era demasiado extraña para las costumbres europeas, como en la región de la laguna Bombón, en Mindoro, donde al asaltar un poblado encontraron los restos desollados de medio centenar de chinos despellejados vivos por los nativos de una forma brutal. Para castigar por su acción a los habitantes, cuando unos meses después la isla fue sometida a la Corona, se les impuso un fuerte tributo. Las acciones combinadas por mar y tierra coincidieron también con un reparto en el mando. Martín de Goiti se encargó desde entonces de las operaciones navales, y Juan de Salcedo de dirigir a las tropas terrestres.

# 3.6 NACE MANILA

LA BÚSQUEDA DE UN LUGAR MÁS SEGURO que Cebú y Panay — donde aunque no estaban en guerra la amenaza portuguesa era preocupante —, y más alejado de las rutas moras, hizo que Legazpi enviase a la pareja Goiti y Salcedo al puerto de Manila, en la isla de Luzón. Llegaron el 8 de mayo de 1570 y acamparon en las orillas de la bahía. Su misión era evaluar el puerto, ver su potencial como base, y estudiar a sus gentes, para saber su grado de fuerza y si eran

hostiles.

El rajah Sulayman, una obra contemporánea realizada en 1974, en hormigón, por Anastacio Caedo . *Al soberano de «Maynila», los documentos españoles de la época lo llaman «rajá Mura» o «rajá Muda» — «joven rajá» — pues era el sobrino del rajá Matanda, y el heredero del trono, pero en general fue conocido como el «rajá Solimano», pues aunque Matanda seguía vivo, era quien* de facto *ejercía el gobierno.* UP

Vargas Museum, Diliman.

Sabían de sobra que era una ciudad musulmana, por lo que se entrevistaron con su gobernante el *rajá* Suleiman, o Solimán, al cual le dieron a entender que solo estaban de visita, aunque al *rajá*, obviamente, la presencia de los españoles le alarmó bastante.

Conocía bien a los portugueses, a los que temía, y los nuevos cristianos no parecían muy diferentes.

Desde Cavite, donde ancló sus naves, Goiti y su escolta se dirigieron a Maynila para mostrar a los residentes y a comerciantes de Borneo, la China o Japón, sus deseos de amistad y de colaboración. El puerto les había gustado, y el enclave parecía perfecto para los intereses españoles. El propio *rajá* Solimán, pareció dispuesto en principio a aceptar las propuestas, pero se negó a someterse a la soberanía del rey Felipe. Hubo algunos incidentes entre los españoles y los tagalos, y las cosas se fueron enredando cada vez más hasta terminar finalmente en choques armados abiertos.




*Un kora-kora,* caracoa *para los españoles, una canoa tradicional de las Molucas. Aunque las había de dimensiones mayores, media generalmente alrededor de diez metros de largo y era muy estrecha. Se utilizaba tanto para el comercio como para la guerra.* Grabado para *A new collection of voyages and Travels,* publicado en Londres en 1711. *El referente a las Molucas y Filipinas era el escrito por Bartolomé de Argensola en 1609.*

El 24 de mayo de 1570, comenzaron los combates. Goiti disponía de 280 hombres, la mayor parte criollos novohispanos, como él mismo, y un poderoso núcleo de guerreros tlaxcaltecas, todos bien armados. Con ellos marchó a Tondo, donde se encontraban atrincherados los hombres de los *rajás* Solimán y Matanda y los de Lakandula, *rajá* de Tondo, que habían incendiado las casas de Maynila y la habían abandonado. Los combates junto al río Pasig fueron duros, pero la batalla definitiva se libró en la bahía de Bangkusay, frente al puerto de Tondo, donde sin el apoyo de su rajá ni de los pampangueños y pangasineños, Tarik Solimán *rajá* de Pampanga y Solimán, el *rajá* destronado de Maynila, lograron reunir un fuerte contingente de nativos tagalos, que condujeron rio abajo por el Pampanga.

Los barcos españoles, dirigidos por Martín de Goiti, recibieron la orden de ser fijados de dos en dos. Esto dio lugar a la formación de una masa sólida que parecía ser un blanco fácil, pero las canoas y *praos* nativos iban derechos a una trampa. Cuando las naves españolas, ya con el enemigo encima, estaban rodeadas y parecían atrapadas, Goiti ordenó abrir fuego casi a bocajarro.

La brutal descarga acabó con los nativos de golpe. Destrozados por la metralla y deshechas sus naves, ningún indígena fue capaz de resistir

semejante castigo. La imagen de los cuerpos despedazados en el agua, rodeados de sangre, los superó, y los restos de su flota se dieron a la fuga. A pesar de que uno de los jefes enemigos muertos fue confundido con el *rajá* Solimán, sabemos que fue capaz de sobrevivir a la batalla y



escapar a Pampanga, cuyo líder, Tarik Sulayman, si cayó en la lucha [39] . El 6 de junio, Maynila estaba en manos españolas.

Después del combate, la guerra de guerrillas se prolongó durante unos diez meses, que se utilizaron para fortificar el asentamiento. Los españoles libraron una campaña brutal y sistemática destinada a acabar con cualquier resistencia indígena. Emplearon sus naves para controlar la costa y, con su artillería, destruyeron cualquier fortificación que impidiese a las fragatas y galeotas artilladas entrar en los ríos y ensenadas. En los desembarcos, la superioridad de las tropas de Goiti se impuso sobre los nativos, especialmente por el hábil uso de los españoles de las armas blancas en los combates a corta distancia, donde el armamento euroamericano se mostró definitivamente muy superior. Arrasaron sembrados y campos y concentraron a los indígenas en pueblos bajo su control directo, o más fáciles de vigilar.

Legazpi llegó a Maynila en enero de 1571. El 24 de junio, harto de la situación, decidió forzar una tregua que resolviera, de una vez por todas, el futuro del asentamiento. Aceptó recibir al *rajá* Matanda y ambos firmaron una paz cuyas celebraciones se prolongaron durante tres días. Entre las decisiones tomadas, dado el valor estratégico y comercial del enclave, estuvo de acuerdo en fundar una ciudad que mantuviera el nombre que los indígenas daban a su población. Nacía la Siempre Leal y Distinguida Ciudad de España en el Oriente de Manila. Sede del gobierno del archipiélago y de los dominios españoles del Lejano Oriente. Para gobernarla se nombró a dos

alcaldes ordinarios, doce regidores, un alguacil mayor y un escribano.

*La principal estructura defensiva del fuerte San Pedro es de los años treinta del siglo XVII, pero el origen del complejo defensivo data 1568. La entrada principal, en la que se ve el escudo con las armas de Castilla y León, es de 1732. Para entonces era un baluarte legendario frente a los ataques de los moros del sur de las Filipinas.*

Conocidos los hechos en España, la Real Orden dictada desde el Monasterio de San Lorenzo del Escorial el 3 de julio de 1573, por Felipe II, establecía la edificación de la nueva ciudad conforme al estilo español de la época. El propio Juan de Herrera diseñó un proyecto defensivo novedoso y original. La ciudad quedó dividida en dos partes:

«Intramuros», que sería una ciudad española[40], y «Extramuros», que se convirtió en el hogar de los asiáticos. Con esta división, Manila se convirtió, con claridad, en la primera ciudad realmente europea de Asia Oriental, algo que llamaría siempre la atención de los visitantes extranjeros en el futuro, como el contraalmirante francés Jules Dumont d'Urbille, que comentó en 1822 al visitarla por primera vez: «aquí nos hallamos en un país civilizado[41]».

*Las armas de «la insigne y siempre leal ciudad de Manila». Concedido en 1596, y que aún luce y siguen recordando a Castilla, en el otro lado del mundo.*

Después de aplastar la revuelta, comenzó la labor evangelizadora. Manila se constituiría en la principal capital católica del Sudeste asiático. Establecidos ya los agustinos, los siguieron franciscanos, dominicos y, por último, jesuitas y agustinos recoletos. En unos meses los conversos se contaban por miles.

Por supuesto, los españoles decretaron y establecieron un férreo monopolio comercial, tal y como acostumbraban a hacer las naciones europeas en la época. Los más perjudicados fueron los chinos, a los que los españoles llamaban «sangleyes». Se produjeron disturbios, que fueron rápidamente controlados, y como castigo fueron sometidos a nuevos y fuertes tributos, pero las duras medidas tendrían pronto graves consecuencias.

La fundación de la nueva Manila y el control o sometimiento de

Luzón, dieron nacimiento al «Nuevo Reyno de Castilla», nombre que el orgulloso hidalgo Miguel López de Legazpi, capitán general de las Islas Filipinas, acababa de dar a las posesiones bajo su mando. Había cumplido con creces las órdenes del rey. España tenía por fin una base firme en las legendarias Islas de Poniente en las que muriera Magallanes, y la frontera de Nueva España había saltado 14 000 kilómetros al Este. Ahora tenía un puesto frente a China, y mostraba al mundo que un nuevo participante había entrado con pie firme en el juego político de Asia Oriental.



4

# CULTURAS ENFRENTADAS

*Un barco español representado en el* Códice Bóxer *. Así llamado en honor al historiador Charles Ralph Bóxer (1904-2000), uno de los grandes especialistas en el lejano Oriente de España y Portugal.*

*Escrito en torno al año 1595, es un manuscrito ilustrado con contiene 65 láminas en color que muestran a indígenas filipinos vestidos con diferentes trajes regionales y otras 50 que muestran el trato entre españoles y filipinos. En concreto describe a las etnias tagala, visaya, zambal, cagayán y negrita.*

*Se cree que fue escrito por Luis Pérez Dasmariñas, militar español que gobernó Filipinas entre 1593 y 1596, hijo del también militar y gobernador de Filipinas Gomez Pérez Dasmariñas. Es probable que el manuscrito se escribiera durante su mandato. La técnica y el estilo de pintura, así como el género del papel, dan a entender que el autor era chino.*

*España fue una espada cuyo puño estaba en Castilla y la punta en todas partes.*

José Ortega y Gasset

## 4.1 VISIONES CHINAS: LOS «BÁRBAROS DEL MAR DEL

## SUR»

CUANDO LAS NAVES ESPAÑOLAS se adentraron por vez primera en los mares de Asia Oriental, los pueblos de la región tenían ya desde hacía tiempo una idea aproximada de quienes eran los extranjeros que habían aparecido desde el Sur. Conocían a los portugueses que a primeros del siglo XVI, en 1517, arribaron a Cantón.

Obviamente, no todos los pueblos asiáticos consideraron a los europeos de la misma forma. Para los chinos, un pueblo culto, cuyos líderes, clase alta y funcionarios imperiales tenían un aceptable conocimiento del mundo, pero muchísimo más incompleto que el que tenían las élites dirigentes de España o Portugal, la llegada de los

«francos» o *folangji*, como los llamaban, había sido precedida, ante todo, por el ruido de sus cañones.

La aparición de los portugueses en su tierra no sorprendió a los chinos. Los esperaban. Los comerciantes habían anticipado su llegada

y el miedo a sus poderosas armas se había anticipado a las primeras carabelas que entraron en Cantón. Aún así, y aunque estaban familiarizados con el ruido de la pólvora, el disparo de sus cañones como saludo aterró a la población. Las crónicas de la época muestran la sorpresa y el temor hacia los recién llegados. Ho Ao, censor imperial contaba:

Los *folangji* son crueles y taimados. Sus armas son superiores a las de otros extranjeros. Hace algunos años llegaron súbitamente a la ciudad de Cantón, estremeciendo la tierra con el tronar de sus cañones.

Esta afirmación o algunas similares fueron habituales, y el paso de los años no los hizo cambiar de opinión. Años después, reiterando las palabras de Ho Ao, Wang-Hong, funcionario imperial, escribía también: «Los *folangji* son muy peligrosos por su artillería y por sus barcos. Ningún arma construida desde la más remota antigüedad es superior a sus cañones». No solo el poder de la artillería les intimidó, también eran conscientes de que sabían utilizarlas «los *folangji* — insistía Wang-Hong — usan las armas de fuego con gran destreza. Los chinos, por el contrario, se hieren los dedos o las manos y, a veces, incluso los brazos».

Para los chinos primero, y japoneses después, los europeos, narizotas, malolientes y de aspecto extraño, no eran más que «los bárbaros del Mar del Sur», algo lógico, pues para ellos portugueses y españoles — y más tarde holandeses e ingleses — no eran



sino extraños seres marinos y vagabundos que decían llegar para

comerciar, pero que no vacilaban en usar la fuerza.

Para los españoles, especialmente los religiosos, la imagen inicial de China fue buena. El «Imperio del Centro» fue visto como un pacífico paraíso, un hervidero de maestros y sabios, un universo de paz, orden y razón. Se consideraba a los chinos unos devoradores de libros, dotados de una curiosidad insaciable, lo que habría de influir en la feliz introducción del cristianismo. Matteo Ricci, que lograría llevar a buen término los planes de Francisco Javier, remitió a Europa una visión de China en la que esta aparecía como un Estado confuciano, estable, inmutable, serio y ordenado. China, representaba la estabilidad y, pese a su inmovilismo, ofrecía una imagen muy positiva a los europeos, que a finales del siglo XVI se hallaban cansados de guerras religiosas entre cristianos.

*El enigmático mapa de Fra Mauro, realizado por encargo del rey Alfonso V de Portugal. Andrea Blanco, un navegante y cartógrafo, colaboró en su creación, que se completó el 24 de abril de 1459, pero el original desapareció. Muestra influencias de la cartografía China, derivadas de la información tomada en Calicut por Niccolo Da Conti. En el mapa, ya invertido, se ve perfectamente que África se puede rodear por mar.*

Aunque asustados al principio por el poder de los cañones, los chinos entendieron rápidamente que la posible «amenaza» que constituían los portugueses y españoles era muy limitada. Como criaturas marinas que parecían ser, eran muy débiles en tierra, por ser su número escaso, y como los peces, no eran de temer fuera del agua.

Sus primeros enfrentamientos con los portugueses confirmaron sus suposiciones y les hicieron concebir que, en realidad, los *folangji* no eran tan peligrosos como parecían.

Los chinos habían exigido mediante una embajada a los portugueses que abandonasen Malaca, ocupada en 1511, y tras la primera incursión brutal de Simáo Pires de Andrade, lograron destruir en las dos batallas de Tamao, libradas en 1521 y 1522 **[42]** a dos flotas portuguesas que se comportaban como piratas en sus costas. Los dos choques parecieron demostrar que China podía defenderse de los europeos sin problemas, pero la verdad es que solo se trataba de un puñado de hombres a miles de kilómetros de sus bases y con barcos pequeños que fueron abrumados por decenas de juncos y champanes.

Sin embargo, pronto fue evidente que la artillería europea no tenía

rival. De hecho, sería el elemento sobre el que se asentó el poder europeo en Asia. Los cañones de los barcos fueron una barrera infranqueable para las naciones orientales, que jamás pudieron disputar a los europeos el dominio no solo del océano, sino también de las bocas de los ríos y las costas. Directamente, no tenían nada que hacer frente a los buques españoles y portugueses, y en cualquier lugar del mar en el que los europeos decidieran hacer uso de su terrible poder artillero, la victoria era suya. Igualmente, las fortalezas artilladas europeas fueron inconquistables por los asiáticos, con independencia del valor de sus combatientes o de la habilidad de sus comandantes.

En tierra las cosas eran diferentes. Hasta el siglo XIX, a pesar de ocasionales fanfarronadas como la de Francisco de Sande, y su proyecto de invasión de China, lo cierto es que los europeos no disponían de medios para conquistar ninguna nación de Asia Oriental, y, en la práctica, incluso las Filipinas no se acabaron realmente de conquistar hasta finales del siglo XIX.

La dinastía Ming poseía un poderoso ejército y una aceptable marina. En el siglo XIV

sus fuerzas expulsaron a los mongoles y ampliaron los territorios de China para incluir Yunnan, Mongolia, Tíbet, Xinjiang y gran parte de Vietnam y, durante su gran expansión naval, participaron en expediciones de ultramar que incluyeron uno violento conflicto en Sri Lanka. Es cierto que los ejércitos Ming incorporaron en su arsenal armas de fuego, especialmente cañones, pero también lo es que su calidad dejaba mucho que desear.

Durante la mayor parte de la dinastía, sus ejércitos tuvieron éxito en general en repeler las invasiones extranjeras, desde mongoles a japoneses, pero a principios del siglo XVII China estaba ya muy atrasada en tecnología militar, y las hambrunas de principios de siglo arruinaron su estructura defensiva, que se desintegró ante la invasión manchú.

Para los chinos, lograr obtener cañones europeos o que alguien les enseñase a fundirlos se convirtió en una obsesión, pero sus progresos en los siglos XVI y XVII fueron escasos. El padre Matteo Ricci lo destaca: «Las armas suministradas al ejército son casi inútiles para una ofensiva contra el enemigo, o incluso para la propia defensa».

Las primeras armas de fuego portátiles llegaron a China por la antigua ruta de la seda, y fueron de origen turco. Del mismo estilo que las

llevadas a la India por los mogoles en el siglo XVI. La llegada de esos arcabuces fue casi simultánea a la de los portugueses. No cabe duda que en los años siguientes consiguieron fabricar y comprar mosquetes y arcabuces y que, poco antes de la llegada de Legazpi a Cebú, se hablaba incluso de miles de armas de fuego en manos de sus tropas, pero insistimos, y eso es lo que le debe quedar claro al lector, que su eficacia, diga lo que diga Hollywood, era casi nula.

Eso sí, en China nunca dejó de haber gente competente y, en 1598, después de la invasión japonesa de Corea, Zhao Shi Zhen escribió el *Manual de herramientas mágicas*, un tratado basado en las deficiencias de los arcabuces chinos durante la guerra en el que proponía la adopción del *Chong Xunlei*, un arcabuz pesado de cinco cañones diseñado para aumentar la velocidad de disparo. Además de esa precaria ametralladora, Zhao Shi Zhen también propuso una modificación del arcabuz para el clima ventoso y lluvioso de la frontera norte, con una cámara que podría ser abierta o cerrada mediante un interruptor, y disponía también de una cubierta para la lluvia. El arma recibió el nombre de *Chong Xuanyuan*, pero no parece que fuesen usados contra manchúes o mongoles, a pesar de que sabemos de sus características por grabados e ilustraciones.

Las armas blancas, desde espadas a lanzas, no eran malas, pero las armaduras, de fuerte influencia persa, eran de unas características más que variables. Salvo las unidades escogidas y selectas, o los nobles de alto rango, llevaban equipos de una calidad muy baja. Además, como combatientes, los españoles despreciaron a los chinos de una forma realmente llamativa, por eso no es de extrañar que tras la victoria sobre Li Ma Hong, en 1574, e incluso antes, hubiese serias propuestas para intentar la conquista de China.

La llegada de los españoles a Cebú, supuso un cambio notable en la geoestrategia de la región, ya que a partir de ese momento los galeones españoles impusieron su ley en el mar de forma incontestable. Ya en la década anterior, en 1533, tras el asentamiento portugués en Macao, la llegada de las primeras poderosas carracas oceánicas del *Estado da India* que viajaron de Goa a China, pareció que iban a modificar esas relaciones, pero los chinos no volvieron a enfrentarse con los portugueses, básicamente, porque no suponían una amenaza. En el momento de la llegada de Legazpi a las Filipinas, el

número de habitantes de Macao era de un millar de portugueses, casi todos casados con malayas y japonesas convertidas al cristianismo; a ellos había que sumar unos pocos millares de malayos, indios y esclavos africanos. Macao se estaba convirtiendo en la puerta de

entrada del cristianismo para todo el imperio chino, y en 1575 era ya una sede episcopal por decisión del papa Gregorio XII, pero eso, comparado con los beneficios que dejaba su comercio, se podía considerar más una molestia que un peligro.

La tradición naval china era muy antigua. A principios del siglo XV tenían ya una experiencia de más de 200 años en el desarrollo de barcos gigantescos, con los que habían conseguido expandir su poder en los mares de Oriente. Bajo la dinastía Yuan los llegaron a controlar completamente, pero con los Ming se extendieron hasta dominar la totalidad del circuito del índico, que ellos conocían como el «Mar Occidental». Las enormes flotas denominadas «del tesoro», que en cada viaje utilizaban decenas de buques y desplazaban aproximadamente unas 30 000 personas, fueron enviadas a lugares remotos con la misma intención que las europeas: conquista o comercio. Unos y otros no eran tan distintos como parecían.

Dado que el número de barcos varió mucho de una expedición a otra pero el de personas se mantuvo esencialmente constante, se supone que en las expediciones con más naves estas eran más pequeñas, pero a pesar de ello había algunas de un tamaño inconcebible para los europeos de su tiempo. La flota se organizaba en escuadras, que a veces viajaban por separado y, con ellas, los chinos llegaron a Arabia, Persia, la India, Ceilán e incluso Mozambique. Ni que decir tiene que visitaron también con seguridad las Filipinas, Nueva Guinea, toda Indonesia y, tal vez, la costa Norte de Australia [43] .

La obsesión Ming por controlar el comercio desde el estado acabó con la expansión china, y el final de los viajes significó el fin de su crecimiento económico, algo que llamó de inmediato la atención de los castellanos, plenamente conscientes de que las medidas restrictivas potenciaban el contrabando. En cuanto a la capacidad china de navegación, cuando los castellanos llegaron a Oriente, de las legendarias flotas del tesoro ya no quedaba nada. Los buques de Zheng He, de 163 metros de eslora y 60 de manga, con un desplazamiento de hasta 3000 toneladas y una tripulación de 2000 marineros habían desaparecido hacía ya más de un siglo. Algunos restos estaban aún semienterrados en el lodo en Longjiangchang, las atarazanas de Nankín, que ya no era la capital del imperio, pero eran los despojos de un rutilante pasado. En el siglo XVI nadie podía establecer una comparación seria entre los barcos chinos y los galeones españoles o portugueses. De hecho, ya hemos visto que el primer enfrentamiento naval entre españoles y chinos, motivado por un error de apreciación de los asiáticos, se resolvió por la vía rápida, cuando el barco español, usando su superioridad artillera, acabó con



facilidad con sus dos enemigos. Estaba claro que la flota china no era la de hacía 150

años.

*Infantería de la dinastía Ming. Aunque en general los ejércitos chinos llevaron adelante con éxito victoriosas campañas militares, dieron una imagen pésima de sus cualidades guerreras a los observadores españoles, muchos de los cuales llegaron seriamente a considerar la invasión del imperio.*

La consecuencia del cierre del comercio fue que el contrabando, la piratería y otras actividades ilegales, florecieron en las costas de China cuando llegaron los europeos.

Los textos españoles mencionan con sorpresa la gran cantidad de barcos que navegaban por ríos y puertos y la enorme población que vivía en ellos. Una característica de la sociedad del Sur, de los *hakka* y los *dan*, a los que se llamaba despectivamente *shuishangren*, «gentes del agua», que llevaban una vida seminómada, y al margen de la legalidad. Era todo lo que quedaba de una vieja sociedad volcada al mar.



*Las técnicas de forjado de espadas chinas no eran malas, pero las que usaban los soldados comunes, elaboradas en tallares de forma industrial, dejaban mucho que desear. A los españoles en general les parecían poco más que basura.* Imagen del templo de Oue Yezi.

Los barcos chinos son descritos en sus obras por el asturiano Juan de Escalante y Mendoza — nació en Ribadedeva en 1529 y falleció en Nombre de Dios, Panamá en 1596 — escritor, navegante y cartógrafo, y, si bien mencionan «bombas de fuego», hecho demostrado por ilustraciones desde la época de la dinastía Song, poco dicen de su artillería. La mayor parte de los barcos que vieron los españoles eran pequeños, y aunque Miguel de Loarca sí menciona la existencia de buques de gran tamaño [44] ,

desprecia profundamente sus escasas cualidades náuticas.

Loarca habla también de una flota de defensa costera del Sur, con base en Fujian, formada por unos 400 barcos, pero Rada dice que solo 12 protegían Zhangzhou.

Escalante y Mendoza no se detienen en la capacidad marinera de los chinos, pero Rada y Loarca sí hacen observaciones sobre ella. Su conclusión es muy negativa: «son muy temerosos de la mar y malos marineros», aseguran. Lo mismo afirman de sus cartas de navegación y cartografía, que dicen conocer y tener en muy baja consideración. Un camino idéntico al que siguen sus instrumentos de navegación, pues incluso consideran que sus brújulas funcionan mal.

El gobernador general de Filipinas entre 1574 y 1580, Francisco de Sande, se ocupó del asunto al proyectar su invasión de China y, se dio cuenta de la dependencia en la navegación de los monzones, pero al

igual que sus subordinados, despreció de forma clara las cualidades marineras de los barcos chinos y el conocimiento de sus tripulaciones y comandantes, dando por hecho que no eran rival para el puñado de barcos españoles en la zona. Este convencimiento absoluto de la superioridad española y portuguesa en el mar, ha sido olvidado por multitud de autores — especialmente anglosajones, aunque no faltan algún francés y varios españoles —, obsesionados por

quitar méritos a los navegantes ibéricos. Su empeño es inútil, pues hasta Matteo Ricci lo dejó bien claro[45]. Aunque ahora esté de moda Zheng He, y se hable constantemente de su poder y fuerza, o de la grandeza de las flotas chinas y sus hazañas, en detrimento de los navegantes peninsulares, nada de eso quedaba ya en la memoria a finales del siglo XVI.

En consecuencia, a la pésima imagen que los castellanos tenían de los chinos como guerreros y combatientes, con armas de baja calidad, que además no sabían usar bien, se unió el hecho de que los consideraban unos marinos lamentables, flojos y mal preparados. Hoy nos puede parecer algo delirante que personas cuerdas y en sus cabales pudiesen siquiera pensar en que el puñado de españoles que se concentraban en cuatro o cinco puestos de las Filipinas se pudiesen permitir el lujo de despreciar a sociedades milenarias y naciones que contaban con millones de personas, hasta el punto de equipararse en fuerza a ellas; pero así estaban las cosas.

En coherencia con esta forma de pensar, no hay pruebas de que los españoles desarrollaran tácticas especiales o diferentes para los combates navales en Asia Oriental.

Aprovechando la maniobrabilidad y velocidad de sus galeones y el poder de su artillería, si un capitán castellano deseaba terminar el combate destrozando a su enemigo a cañonazos, no había posibilidad en el mundo de que el buque asiático lograse sobrevivir. Si por el contrario, decidía abordarlo, los españoles lo hacían a su viejo estilo, sin concesiones. La verdad es que en condiciones de igualdad numérica, la victoria fue suya casi sin excepción, dando igual que el enemigo fuese camboyano, javanés, borneano, japonés o chino. Si había combate, su suerte estaba echada.

## 4.2 GUERREROS DE UN MUNDO INSULAR

LA ARRIBADA DE LOS BUQUES DE MAGALLANES a las Filipinas apenas afectó a la sociedad nativa y, una vez que los castellanos se fueron, se consideró que había sido como una pesadilla: la llegada de

unos seres extraños y brutales que, con enorme valor, sus guerreros habían logrado expulsar de las islas.

Las Filipinas y sus pequeños estados no eran China y, a pesar de como se habían enfrentado sus guerreros a los españoles en el pasado, las primeras visiones de las gigantescas naves de López de Legazpi llenó a los cebuanos de temor. Esta vez no eran un puñado de marineros errantes que alcanzaban sus costas desesperados después de recorrer la mitad del globo en barcos casi de juguete. Ahora llegaban claramente



soldados, hombres que se notaba a leguas que estaban acostumbrados a la guerra, y sus armas y barcos eran incomparablemente más poderosos.

Los «castilas» eran muy grandes y altos, controlaban el rayo y el trueno, tenían rabo su espada, comían piedras y bebían sangre — pan y vino —, e incluso eran capaces de tragar fuego — el tabaco que fumaban —. Estas imágenes de los europeos fueron comunes en toda Asia, y no dejaban de tener lógica [46] , pero inspiraban desconfianza y respeto.

Solo que para los filipinos los castellanos no eran uno seres incomprensibles.

Rápidamente identificaron que eran una sociedad extremadamente jerarquizada, en la que cada componente tenía funciones y características adecuadas a su naturaleza, como si fuesen hormigas o abejas, algo que intuyeron al malinterpretar la estructura militar de la expedición de Legazpi.

*Carraca portuguesa ante una costa rocosa.* Obra del círculo del pintor flamenco Joachim Patinir, realizada entre 1515 y 1524. *Representa a la*

Santa Catarina do Monte Sinaí *, junto a otros buques de la flota, en un litoral del Océano Indico.* Museo Marítimo Nacional, Greenwich.

Fue obvio distinguir por su vestuario a un grupo de ellos que no tenía armas ni usaban la violencia, pero que eran igual de duros y decididos que los hombres armados.

Eran los religiosos, a quienes pronto aprendieron a respetar, pues era obvio que todos los «castilas» les tenían gran consideración.

El resto de los hombres, a primera vista, parecían responder a categorías o grupos distintos. Los «amos» llevaban armaduras de hierro muy pesadas, daban órdenes constantemente, se hacían respetar en todo momento y despreciaban el trabajo físico o manual, salvo que estuvieran en peligro en acción de guerra, por lo que estaba claro que era a quienes había que obedecer. Eran, evidentemente guerreros, y solo a esa misión



consagraban su vida. Fuertes y poderosos, eran casi todos «blancos», y parecían ser —

lo eran —, la casta superior.

Entre el resto de soldados los filipinos separaron con claridad a los que eran auténticos «castilas», pero que pertenecían a un rango menor, de otros que si bien por su comportamiento y armas parecían iguales, no resultaban similares en su aspecto físico — los mestizos de Nueva España —. Enseguida se dieron cuenta de que, como realmente ocurría, eran el resultado de la mezcla de los «castilas» auténticos con otros pueblos. Finalmente, jamás dudaron de que los mexicanos que les servían como combatientes o auxiliares eran el ejemplo de lo que ellos mismos podían ser en el futuro, y tampoco se equivocaron [47] .

Ante el desafío que se les presentaba, las sociedades tribales filipinas disponían de buenas armas, bastante mejores de lo que en principio se podría pensar. Obviamente hay que tener en cuenta la enorme diferencia que había en desarrollo y nivel económico entre las decenas de etnias y grupos humanos que habitaban el archipiélago, desde los

tagalos de las llanuras a los negritos del interior, y desde los moros de Joló y Mindanao a los pueblos montañeses que seguían en la Edad de Piedra.

Evadiendo siempre el dominio español, normalmente con éxito, los moros de las islas del Sur y de Borneo, tenían un alto nivel de desarrollo metalúrgico y, como consecuencia, disponían de un material bélico digno de ser tenido en cuenta. La calidad de las armas blancas era realmente buena. Había una notable industria del acero en las islas del Sur y tanto el temple como el pavonado eran excelentes, pudiendo competir en calidad con las espadas europeas o japonesas, siendo en algunos aspectos superiores a las indonesias o chinas.

*Espadas chinas. Con miles de años de historia y una gran tradición militar, los chinos tenían decenas de modelos de espadas.*

Destacaba ante todo el *kris*, que con muchas variantes era tanto su arma principal como la de otras muchas etnias desde Java a las Célebes, y de Borneo a Luzón. De doble



filo, terminados en punta, podían ser ondulados, o de línea recta. En Joló se llamaban *kalid* o *tulid*, si tenían una ondulación y *seko, kalis* o *taluseko*, si tenían tres. En el Sudeste de Asia, son muy frecuentes las hojas onduladas casi siempre con filos paralelos, lo que les da una forma relacionada con las serpientes de la mitología *naga* [48].

Con independencia de su forma recta u ondulada, los *bises* se ensanchan en la base, formando una guarda y una contraguarda, adornadas con muescas y perforaciones [49] .

Manteniéndose hacia arriba, el *kris* sirve para trabar y romper el filo de la espada contraria. Las empuñaduras tenían fabricantes diferentes de quienes forjaban la hoja e indicaba el nivel social de su dueño. Eran de marfil y madera, con bellos adornos de plata, latón o piedras preciosas.

Armas también de lucimiento y rango, los *krises* se usaban en ejecuciones ceremoniales, y eran apreciados, cuidados y valorados como la posesión más importante de su dueño. Eran un símbolo de poder, de hombría, y concedían a su poseedor poder sobre la vida y la muerte. Símbolo del guerrero, los niños eran entrenados en su uso casi desde que aprendían a caminar.

*Guerrero filipino armado con lanza y machete y protegido con un escudo rectangular o caracasa. Mejor armados de lo que podría pensarse, sus tácticas y formas de guerra no podían compararse a las de los españoles.*

*La fotografía está tomada en 1901, las tribus ocultas en los lugares más recónditos de las islas, todavía utilizaban sus armas tradicionales.*

El *campilán* o *capitán*, era un sable largo de ancha hoja muy afilada y de puño semejante al *yatagán* de la India. La hoja del *campilán* se iba ensanchando

progresivamente hasta la punta, finalizando en un corte oblicuo. Su empuñadura era de madera, frecuentemente con forma de animal y adornada con mechones de pelo humano. Su vaina, también de madera, estaba reforzada con anillos de hilo. El *panabás* o *tabás* era en origen una herramienta agrícola que se usaba en ejecuciones para decapitar.

Tenía una hoja de acero cóncava-convexa muy curvada.

El *barong* era un machete de hoja espatulada y ligeramente curvada que continuaba con una pieza cilíndrica de metal, frecuentemente de plata, rematada por otra pieza más grande de marfil o hueso que formaba la empuñadura. A diferencia del *campilán* o el *kris*, su vaina podía ser de cuero o madera.

El *talibong*, no es muy diferente del *bolo*, un machete con mango de

madera dura o cuerno animal, y una cuchilla curva que se ensancha, a menudo considerablemente en su punta. Esto mueve el centro de gravedad lo más adelante posible, concediendo un impulso adicional al cuchillo para cortar la vegetación. Los llamados «bolos selva», destinados al trabajo agrícola, eran más largos y menos anchos en la punta, y también evolucionaron hasta convertirse en un arma de guerra, pero más usados en Luzón que en las islas del Sur.

Aunque por el tipo de guerra que llevaban a cabo, el arco y las flechas no eran utilizadas por los moros filipinos, empleaban armas arrojadizas, conocidas como *zumbilines* y *fisgas*, unos venablos bastante eficaces para frenar el ímpetu de los atacantes, especialmente en la defensa de posiciones fortificadas o barcos.

Además, había lanzas con astas fabricadas de madera dura, palma o caña de bambú, y de punta de hierro o madera endurecida. Tenían formas lanceoladas, piramidales o arponadas, y podían, en total, alcanzar los 3,60 metros de longitud, aunque lo habitual era que fuesen más cortas.

Como armamento defensivo los moros usaban dos tipos de escudos, uno más corto para defensa de medio cuerpo y otro más largo para proteger a la totalidad del combatiente, llamados *caracasas*. Los escudos podían tener forma circular, elíptica o rectangular, y solían ser de madera forrada de cuero de carabao — un búfalo de grandes cuernos usado en Filipinas para el transporte y la agricultura —. Este cuero, bien curado, es muy duro y resistente, por lo que se usaba no solo para escudos, sino también para corazas y cascos, que colocaban encima de unas ligeras blusas y pañuelos arrollados en la cabeza como si fuesen turbantes. Los combatientes filipinos no solían emplear cotas de malla, pero si el *cabut*, un ceñidor de fibra de algodón, que se enrollaba en torno al cuerpo, o armaduras de asta de carabao o de concha de carey, un material de



gran dureza y resistencia, con el que también se elaboraban cascos. Luego, como en toda Asia Oriental, intentaron copiar modelos de corazas y cascos españoles.

A diferencia de los moros y tagalos, los pueblos más primitivos del interior de Luzón como los *igorrotes* y otros — *ifulao, kalinga* o *bontoc* — cazadores de cabezas, empleaban como arma principal el *bolo*, utilizado también en las Visayas, pero con hoja de un solo filo y lomo cuadrado con extremo final truncado. Además, usaban un hacha pesada para cortar las cabezas, lanzas y escudos. El hacha, clásica arma de las etnias con una metalurgia más pobre, se llamaba *aliwa* en el Norte de Luzón, y la utilizaban con habilidad mortal los pueblos de la región de Cagayán, pero estaba muy extendida por otras zonas. La lanza era el arma estándar de todos los pueblos, pues se utilizaba también para la caza y pesca, si bien estas eran más ligeras que las de guerra. Tenían decenas de variantes, como el *kay-yan, fal-feg* o *fang-kao*, entre otras.

*Armadura de un jefe moro filipino de finales del siglo XVIII, copiada de un modelo español de 200 años antes. El contacto con los «castilas» alteró profundamente la guerra en el archipiélago. Al igual que sucedió en otras partes de Asia Oriental, las armaduras y el equipo de los guerreros adoptó material y estilo español. Los que podían permitirse una mejor calidad, la forraban con placas de latón, cuero, asta o carey.*

Los escudos del Norte de Luzón usados por los *bantoc, kalinga* y

*tinguianes* eran rectangulares, de madera, de una sola pieza, muy ligeros y con bordes oblicuos, denominados *kalasag*. Se reforzaban con bejuco trenzado y cosido. Hay quien cree que representaban al cuerpo humano y defienden una relación anatómica entre ellos y la complexión de sus portadores.

Las técnicas de combate eran muy diversas, pero estaban depuradas y habían sido mejoradas por años de experiencia. Los guerreros tribales inclinaban el escudo en los combates cuerpo a cuerpo, para lograr que las lanzas y espadas enemigas no pudiesen tener planos de golpe claros, luego dirigían las tres puntas del escudo contra las piernas del enemigo, para hacerle tropezar y caer. Si lo lograban, ahorquillaban su cuello con las dos puntas del borde inferior y lo decapitaban con un golpe de su *aliwa* o le clavaban la lanza. El contacto con los españoles mejoró mucho la capacidad de lucha de los indígenas de las Filipinas, y permitió el desarrollo posterior del arte marcial nacional: la *eskrima*, vocablo de clara raíz hispana [50] .

Cuando los españoles llegaron a las Filipinas, los nativos ya fundían cañones en Maynila, Tondo y Mindanao. Aunque capaces de fabricarlos, la mayoría de su artillería estaba muy descuidada. Provenía en general de Borneo y Malasia, o de las embarcaciones que capturaban.



*«Negrillos» representados en el* Códice Bóxer, publicado en 1595. *Armados de forma muy sencilla y sin protección para el cuerpo, eran*

*pueblos muy primitivos, restos de la población original de las islas Filipinas. Estudios genéticos parecen indicar que llegaron de Birmania y la India hace unos 60 000 años. Mesocéfalos, de apenas 1,40 de estatura, son muy diferentes al resto de la población indomalaya del archipiélago.*

Sus cañones eran de pequeño calibre y longitud, de bronce y con dos cuerpos. El primero, facetado con adornos, fogón abierto en la cazoleta, punto de mira, muñones y horquilla para su fijación. El segundo, cilíndrico y también muy adornado. Tenían una variedad caótica de calibres, se manejaban con lentitud y los cargaban hasta la boca con cualquier tipo de proyectil, ya fuera de cobre, puntas de hierro, piedras o incluso tozos de concha — *taclobo* — que por su gran dureza y filo hacía los efectos de una peligrosa metralla. Además de usarlos para la protección de los fuertes, los cañones se embarcaban. Los *praos* y *pancos*, disponían usualmente de dos piezas y de algunos falconetes.

Para defenderse, edificaban fuertes, siempre cuadrangulares, protegidos con torres en las esquinas y construidos con madera de cocotero en dos o tres filas. Luego se rellenaba todo con arenisca y pequeñas piedras. Los muros se protegían con lantacas, situadas en el nivel superior, y se dejaban los mejores cañones — que tampoco eran gran cosa — en el nivel inferior, protegidos en casamatas fortificadas. Aunque eran construcciones primitivas, aguantaban bastante bien el castigo de la artillería europea.

### 4.3 CABALLEROS *VERSUS* SAMURÁIS

SI HAY UN ASUNTO SOBRE EL QUE EN LOS ÚLTIMOS AÑOS se han escrito ríos de tinta — y no somos ajenos a ello, pues publicamos por primera vez un estudio sobre el tema en 2008 — es este de los supuestos enfrentamientos entre los portugueses primero, y los castellanos o españoles después, con los japoneses. La idealización, en ocasiones delirante y estúpida, de las técnicas de guerra, entrenamiento, capacidades y habilidades de los samuráis, a los que hay que sumar la leyenda que presupone que la ligereza de la *katana*, su resistencia y la capacidad de corte de su filo, la convierte en la mejor espada del mundo, han llegado en las últimas décadas gracias, al cine y a la televisión, pero también por el comic y la novela, a extremos realmente grotescos. La realidad, por supuesto, fue muy diferente.

Hace ya años, Lynn Thompson, escribió un artículo en el que defendía el arte de la forja de espadas y de la esgrima Occidental, al decir que: «Mucha gente piensa que en espadas todo es oriental. Lo que olvidan

es que cuando los portugueses se presentaron en Japón, hubo una serie de duelos donde los espadachines portugueses fueron iguales o mejores que los espadachines japoneses». El problema principal es que Thompson no aportó pruebas claras de sus afirmaciones acerca de la docena de duelos que cita entre esgrimistas portugueses y japoneses [51] , que, supuestamente, acabaron siempre con victoria de los primeros, con la excepción de un enfrentamiento en el que el contendiente portugués estaba bebido.

Se supone que en los inmensos archivos del Estado portugués en Torre do Tombo [52] , en Lisboa, hay pruebas más que suficientes para probar la «superioridad» en combate de los occidentales, pero es un asunto sobre el que queda aún mucho por investigar. En esta obra, por razones de coherencia y espacio, nos limitaremos a dar una visión general sobre las tácticas y sistemas de combate de ambos bandos, con las limitaciones que da el hecho de que en ningún caso se puede hablar en los enfrentamientos que se produjeron, ni de «ejércitos de samuráis» ni de «tercios españoles».

Sin duda alguna, los combates de Cagayán, en 1582, Macao en 1609, y la dramática historia del galeón *Nossa Senhora de Graça* en Nagasaki, en 1610, suponen la culminación de los choques entre samuráis y occidentales y en los tres, pero especialmente en el último, no cabe discusión alguna, pues la superioridad portuguesa fue manifiesta, y ahí sí eran samuráis auténticos. Como se diría en España coloquialmente, de «pata negra».

La cuestión entonces es ¿por qué los portugueses y castellanos vencieron con tanta facilidad a los japoneses? Creemos que hay varias y sólidas razones, pero la principal

fue, como luego veremos, la inmensa experiencia de los europeos adquirida en sus viajes y combates contra todo tipo de pueblos en buena parte del mundo y, por supuesto, su superior adaptación a estilos de combate diferentes. Algo que quedaba fuera del alcance de los nipones, simplemente porque estaban encerrados en sus islas.

Por lo tanto, valorar estos incidentes es complicado. En el combate de Nagasaki, los portugueses no eran soldados profesionales y no estaban armados a la manera que hubiera sido habitual en ellos, lo que incrementa el valor de su comportamiento durante el enfrentamiento, pero por parte japonesa, los *ashigarus* y *samuráis* no combatieron tampoco a su manera idónea. En Cagayán, la situación fue la inversa, los españoles eran soldados experimentados equipados con el mejor armamento europeo de la época, en tanto que los japoneses eran, en

gran parte, poco más que piratas, y solo una minoría contaba con armaduras y material de calidad. El resto, apenas tenían otra cosa que su valor.

Sin embargo, aunque los más críticos podrían destacar que en ninguno de los dos casos se puede decir que se enfrentaran «caballeros» y «samuráis» propiamente dichos, es destacable que el resultado del enfrentamiento demostró, en ambos casos, una gran superioridad del material europeo y de su disciplina y organización, frente a las arcaicas fuerzas del Japón feudal.

En el Japón del siglo XVI durante las terribles guerras civiles, se produjo una interesante evolución de las armaduras, llenas de colores y en constante evolución, que puso a prueba a los armeros más ingeniosos. Hacia 1500, un fabricante de armaduras hizo una *dô-maru* con placas de metal de una sola pieza, articulada con cuatro goznes.

Más resistente que las armaduras anteriores, la denominada *mogami-dô*, se convirtió en la favorita de los guerreros de rango más bajo, pero en solo veinte años la usaban también los *daimyō*. No así la alta nobleza, que siguió con sus armaduras tradicionales *hon-kozane*.

*Uno de los muchos cascos* nanban — *extranjeros* — *que se conservan en Japón. Se trata de un morrión español de finales del XVI, adaptado, pues eran mucho mejores y más resistentes que los suyos.*

Las espadas japonesas y otras armas de corte se fabricaban mediante un calentamiento reiterado, plegando y uniendo el metal. La curvatura distintiva de la *katana* se debe, en parte, al trato diferencial durante el calentamiento al que es sometida.

Al contrario de gran parte de las espadas producidas en otros lugares, los herreros japoneses no endurecían el sable completo, solamente el lado que posee el filo.



El proceso de endurecimiento hace que la punta del sable se contraiga menos que el acero sin tratar cuando se enfría, lo que ayuda al herrero para establecer la curvatura del sable. La combinación de un lado duro y un lado blando de la *katana* y de otros sables japoneses es la causa de su resistencia, a pesar de retener un buen filo cortante.

En líneas generales eran armas mejores que las indias, chinas y coreanas de la época, y tal vez superiores a las de los persas y rusos, pero no eran mejores que las espadas españolas, árabes o turcas, por lo que en principio no suponían una ventaja excepcional.

*Una* nanban-do. *Los japoneses valoraban muchísimo las armaduras europeas, que eran mucho mejores que las suyas, pues además de ser más resistentes repartían mejor el peso por el cuerpo. La de la foto es la que usó Tokugawa Ieyasu, en Sekigahara, la mayor batalla librada en suelo del Japón. Tanto la gola, como el casco, el peto y el espaldar son españoles.*

Los *samuráis* con sus armaduras compuestas por cuero y láminas de metal que les protegían el torso, brazos, antebrazos y la parte superior de los muslos, cubrían sus cabezas con yelmos metálicos, pero aunque de alguna forma debían de llevar un tipo de protección secundaria bajo la armadura, no usaban un gambesón o perpunte acolchados, lo que acentuaba el efecto de los golpes que recibían, facilitando que se rompiesen o fracturasen los huesos y generando heridas internas y daños musculares.

Buena para el movimiento del cuerpo, brazos y torso, la armadura japonesa era muy mala en las piernas, por lo que muchos samuráis desechaban la protección inferior si combatían pie a tierra, un error fatal si se enfrentaban contra un español o un portugués [53] .

Hacia 1550 se produjo una revolución en el mundo de la armadura japonesa al nacer la coraza tubular denominada *okegawa-dô*, con forma de concha y con sólidos remaches en lugar de entrelazados. Esta armadura podía fabricarse a prueba de balas, razón por la cual era muy apreciada. La mayor parte de los especialistas convienen hoy que era una adaptación de las armaduras europeas que se convirtieron en objetos de lujo muy valorados, que no estaban al alcance de cualquiera.

Por lo tanto, las armaduras que usaban la mayor parte de los guerreros no eran malas para el tipo de guerra autóctona en el archipiélago japonés, pero había zonas del cuerpo que quedaban muy poco protegidas, algo que no le sucedía a un rodelero castellano, que con casco, gola, peto, espaldar, hombreras, escarcela y, en ocasiones, quijotes, además de guanteletes, portaba unas defensas más sólidas, resistentes y pesadas, pero que repartían mejor el peso por todo el cuerpo. Lo que permitía una movilidad y resistencia muy superior a la que confería la armadura de un *samurái*.

La rodela, de acero y antibalas era, además de un magnífico elemento defensivo, un arma de ataque con la que se podía golpear al adversario, y sus movimientos debían

desconcertar a un japonés, que jamás se habría enfrentado a algo parecido. Además, la espada toledana, larga, flexible y recia, era perfecta para las estocadas, pero también cortaba con su doble filo, lo que permitía tanto atacar sin descubrir la guardia, como defender a la vez que se lanzaba un contraataque.

Un *samurái* tenía tendencia a lanzar golpes de corte, pues sus estocadas llevaban menos fuerza, ya que no podía acompañar la punzada con un giro de la cadera, algo que se sabe potencia el impacto. Las *katanas* curvas y sus largos mangos ovalados son unas herramientas fabulosas de corte, pero poco útiles contra alguien que lleva una coraza de acero, y no permiten, con el uso a doble mano, acercarse mucho a un caballero con armadura. Pues a pesar de que un combatiente hábil puede golpear con el guardamanos de la *katana*, con el pomo, e incluso cambiar la disposición de la hoja en un agarre invertido para hacer cortes muy profundos deslizando la hoja rápidamente contra el cuerpo del enemigo con una sola mano, la

armadura es casi impenetrable, y el gambesón protege bien el cuerpo de los golpes.

*Una formación de* ashigarus *,* 足軽 *«pies ligeros», la infantería del Japón del siglo XVI. El uso de los primeros arcabuces y mosquetes los convirtió de golpe en peligrosos adversarios para los* samuráis.

Por supuesto, un *samurái* experimentado, plenamente conocedor de las armas y técnicas de sus enemigos europeos, podría desarrollar un sistema para combatir contra rodeleros eficaz y práctico, atacando sus zonas menos protegidas, pero en un combate en el que los adversarios se veían por primera vez, la experiencia de españoles y portugueses, acostumbrados a combatir contra todo tipo de pueblos, fue determinante.

No es por ello extraño, aunque hoy las múltiples leyendas nos impidan creerlo, que vencieran a los japoneses cada vez que se produjo un encuentro.

### 4.4 *TANEGASHIMAS*

EN JAPÓN, LAS PRIMERAS ARMAS DE FUEGO las introdujeron los portugueses en 1543. Más exactamente, el aventurero y luego jesuita Fernando Méndezcao, se vieron arrastrados por una tormenta hasta el puerto de Tanageshima [54] — Kyûshû —. Sorprendido por la eficacia de las extrañas armas de los extranjeros de grandes narices, el gobernador de la isla ordenó examinar y reproducir los arcabuces que llevaban. En unos años los *daimyō* los comenzaron a usar en sus guerras civiles. Los llamaron *teppô* o *tanegashima*, por el nombre de la isla.



*Un* samurái . *Su momento de máximo poder tuvo lugar durante el periodo Sengoku, una época de gran inestabilidad y continuas luchas de poder entre los distintos clanes. Esta etapa de la historia de Japón, conocida como (período de los estados en guerra), coincidió con la llegada de los europeos a sus costas.*

Los primeros *tanegashima* se basaban en arcabuces fabricados en el arsenal de Goa en la India. El señor de la isla, Tokitaka[55], compró dos mosquetes de mecha a los portugueses y puso a un espadero a trabajar para copiar el mecanismo de disparo. El herrero, llamado Yaita, no tuvo muchos problemas en reproducir la mayoría de las piezas, pero la perforación del cañón helicoidal y el ajuste, le supusieron una enorme dificultad, pues se utilizaba para ello una técnica que, aparentemente, no existía en Japón. Al año siguiente, un herrero portugués les enseñó cómo hacerlo y, diez años después de su introducción, se informó que se habían fabricado nada menos que 300

000 unidades.

Algunas familias tradicionales se negaron a usar unas armas que consideraban impropias de un *samurái*, pero su eficacia demoledora les convenció bien pronto de su utilidad. En 1563, el *amako* de la provincia de Izumo, consiguió una victoria sobre su rival, Kikkawa, tras abatir a 33 de sus adversarios con sus *tanegashimas*, y en 1567, el poderoso *daimyō* Takeda Shingen, un imponente señor feudal, ya anunció que, «en el futuro, las armas de fuego serán las armas más

importantes, por lo tanto, se debe disminuir el número de lanzas por unidad, y hacer que más hombres sean capaces de portar *tanegashimas*».



*Un* tanageshima. *Los japoneses tardaron muy poco en copiar las primeras armas de fuego portátiles de los portugueses.*

*En unos pocos años producían sus propios mosquetes de forma masiva, pero, aunque hicieron algunas aportaciones ingeniosas, no fueron capaces de desarrollarlos.*

Un pueblo metódico, disciplinado, y curioso como el japonés, pronto trabajó en diversas técnicas para mejorar la eficacia de sus armas. Desarrollaron un sistema para poder lanzar una lluvia continua de balas sobre el enemigo, y calibres más grandes para aumentar su eficacia. Fabricaron cajas de protección en laca para encajar en el mecanismo de disparo y poder hacer fuego mientras estaba lloviendo, e incluso desarrollaron sistemas para disparar con precisión las armas durante la noche, gracias a cálculos con cadenas de medición y ángulos fijos.

Hacia 1575, los japoneses habían desarrollado una sofisticada doctrina de uso de los mosquetes y arcabuces, hasta el punto de que ese año Oda Nobunaga, uno de los defensores del cristianismo en Japón, se enfrentó en Nagashino junto a Ieyasu contra Katsuyori, hijo de Shingen, del poderoso clan Takeda.

Atrincherados en sus empalizadas, los arcabuceros de Nobunaga, superiores en número a sus enemigos, esperaron el asalto de los hombres de Katsuyori situados en tres hileras, una lista para disparar y dos cargando. Cuando los samuráis se lanzaron al asalto, fueron barridos por un viento de plomo. Finalizado el combate, hasta los más afines a la tradición se dieron cuenta de lo que acababa de ocurrir: un

ejército de *samuráis* había sido borrado del mapa por despreciables *ashigarus* equipados con las diabólicas armas de los «demonios» extranjeros.

Sobre las armas portátiles japonesas se ha escrito mucho, y se ha llegado a decir que en el siglo XVII llegaron a superar a las armas europeas. Es falso. Es posible que sus sencillos arcabuces de mecha hubiesen sido de mejor calidad, pero no evolucionaron.

Aunque también copiaron pistolas jamás fueron capaces de fabricar armas de rueda y mucho menos fusiles de chispa. A mediados del siglo XVII las armas de fuego europeas eran infinitamente mejores y, las del XVIII, ya no tenían rival.

La invasión japonesa de Corea, que duró hasta 1598 y se produjo poco después de los combates de Cagayán, puso de manifiesto los problemas de los ejércitos japoneses, que aunque combatieron bien y progresaron hasta la frontera del Yalú, no pudieron ser capaces de detener la contraofensiva chinocoreana y, en el mar, sufrieron graves derrotas ante la flota coreana, muy superior.

## 4.5 ENEMIGOS DISTINTOS, GUERRAS DIFERENTES

LA VERDAD ES QUE LOS ASIÁTICOS no impresionaron a los españoles. Los nativos de las filipinas les parecieron «hombres medianos de cuerpo y morenos; traen la cabeça trasquilada como los españoles e una toquilla atada alrededor de la cabeça é una manta pequeña con la que se tapan las vergüenzas». En cuanto a ellas, no fueron de su agrado,

«son feísimas y muy deshonestísimas, vístense una manta a la cintura para abaxo é un juboncito muy pequeño, de manera que dexan la barriga descubierta; no parecen sino yeguas hartas de heno», lo que no impidió que los marineros, tras meses en la mar, hiciesen todo lo posible para mantener contacto con las nativas.

Los castellanos de la época tenían una estatura media de 1,68 metros, unos 8 cm menos que los españoles actuales, pero aun así eran gigantes comparados con sus aliados de Tlaxcala o los indígenas filipinos e indonesios, cuya altura no sobrepasaba de media el 1,55. Los japoneses de la época eran de altura similar, y los chinos de la zona Sur también, lo que reforzó la autoconfianza de los castellanos. Casi todos hombres jóvenes o de mediana edad, dotados de armas poderosas, que se veían rodeados de

«hombrecitos».

Sin embargo no existía lo que hoy llamaríamos racismo, pero si una conciencia de superioridad que hacía pensar a los españoles que eran una especie de pueblo «elegido por Dios» y dotado por la naturaleza para gobernar y dirigir a al resto de las naciones.

Para los castellanos, mandar a los demás era algo obvio, y los hidalgos ni siquiera se planteaban la posibilidad de trabajar. Eso era para los pueblos sometidos, no para ellos, y si para lograr su objetivo era preciso el uso de las armas, no vacilaban en hacerlo. En ese sentido eran brutales. Nunca dudaban, poseían una voluntad de hierro que dejaba anonadados a sus adversarios.

Sin duda alguna, la abrumadora superioridad española en los combates, que llegó a extremos realmente alucinantes, tenía varios factores, pero el principal, al margen del ingenio, valor y decisión de sus soldados o capitanes, fue, sin lugar a dudas, su asombrosa capacidad de adaptación.

En el mundo que encontraron los castellanos, su extraordinaria habilidad para descubrir las debilidades de sus enemigos y hallar la mejor forma de combatirlos, fue su mayor ventaja. Los castellanos, al llegar a Asia, habían recorrido el mundo entero de parte a parte. No solo habían desafiado vientos y tempestades, navegado en mares ignotos y visitado puertos de naciones desconocidas para ellos. Muchos habían combatido con europeos, berberiscos, turcos, indios, malayos, indonesios, o nativos americanos. Algunos tenían experiencia en la guerra desde zonas árticas o desiertos abrasados por el sol, hasta junglas húmedas de calor sofocante en las que la apenas entraba la luz. Sin olvidar pantanos insalubres, montañas abruptas o mares embravecidos. Ninguna sociedad de la época podía presentar semejantes credenciales.

Los españoles eran guerreros totales. Capaces de desafiar a cualquier enemigo, en cualquier terreno o en cualquier circunstancia, sin importarles su fuerza, número o habilidades marciales. Eran castellanos, eran los mejores soldados del mundo y además, lo sabían. Por estas razones, es una tontería intentar discutir sobre el resultado de un enfrentamiento entre japoneses y españoles o chinos y españoles. En condiciones normales, en el siglo XVI, no tenían rival.

Respecto a las armas de fuego que empleaban, fueron de los modelos más modernos utilizados en Europa, estaban bien construidas y tenían una gran eficacia empleadas en descargas coordinadas. De hecho, sabemos que en Nueva España, de donde venían los hombres que combatieron en Cagayán, los hidalgos que acompañaron a López de

Legazpi tenían incluso avanzadísimos arcabuces de rueda y pistolas como las de los *reiter* alemanes o los *herreruelos* y *pistoletes* españoles, armas de las que disponían en Filipinas todos los oficiales.

La mayoría de los arcabuceros y mosqueteros estaban muy bien informados sobre la construcción de sus armas. Conocían su mecanismo, ventajas, debilidades y, muchos de ellos, eran los auténticos encargados de mantenerlas, repararlas y cuidarlas. Las armas de mecha no eran conocidas por su precisión, dado que su cañón era de ánima lisa.

Arqueros o ballesteros podían disparar con mayor acierto y alcance, sin embargo, dispar bien una ballesta o un arco, exigía años de práctica para llegar a dominar con el arma, mientras que con un arcabuz cualquiera podía obtener resultados medianamente satisfactorios en mucho menos tiempo.

Una vez que se conocía el arte de la producción de pólvora y la fabricación de balas

— algo sencillo —, era más fácil producir en masa municiones para un arcabuz y un mosquete, que flechas de calidad. Además, el daño que causaban los disparos, de un calibre gigantesco, era terrible y desmoralizador. Suponía un enorme desafío atacar una





línea de arcabuceros o mosqueteros, pues el que lo hacía sabía que, si era alcanzado, le esperaba la mutilación o la muerte.

*Un sargento, un arcabucero y un coselete, representados en la obra del conde de Clonard. Si bien con menos uniformidad, representan bastante bien la mortal combinación de armas de los soldados españoles del XVI. Obviamente, en Filipinas no se puede hablar con propiedad de «tercios» ni de nada parecido, pero la eficacia mortal en el combate de los guerreros castellanos fue la misma que en Europa.*

También es cierto que no todo suponía ventajas. Eran armas vulnerables a la densa niebla y a la lluvia, ya que el tirador necesita mantener encendida la mecha. También estaba el peligro de que las chispas incendiasen la pólvora de un compañero, o la que se desprendía al suelo, por ejemplo, en un barco. Y, sobre todo, a diferencia de un arquero, el arcabucero o mosquetero parecía quedar indefenso después de un disparo. Eso sin contar con que su arma era muy pesada e incómoda de llevar, especialmente en zonas montañosas, bosques o densas junglas.

Para compensar todas esas debilidades se desarrollaron algunas estrategias. Por un lado, jóvenes ayudantes o auxiliares entrenados, mexicanos primero y tagalos u otros indígenas filipinos después, fueron adiestrados en llevar todo el equipo del arcabucero y mantener el fuego encendido. La colocación de los mosqueteros en líneas de tres garantizaba la continuación del fuego y, sus espadas, les permitían

combatir si el arma quedaba descargada.

*Las espadas españolas, con magníficas hojas, fueron una herramienta esencial en el sometimiento de las Filipinas. Más tarde, al evolucionar la esgrima hacia un uso cada vez mayor de la punta, se hizo necesaria una mayor protección de la mano, por lo que entre los anillos de la guarnición de lazo se añadieron chapas metálicas llamadas conchas.*

Las picas eran formidables para los ataques en campo abierto, donde las formaciones cerradas de los castellanos eran garantía segura de victoria y, las pocas veces que un enemigo asiático quiso probar suerte, lo único que logró fue ser masacrado. Las alabardas, un arma en desuso en Europa, demostraron su utilidad en los combates en las junglas de Filipinas o Borneo, y en los asaltos a los barcos en los mares del Sur de China, pero donde los españoles resultaban realmente asombrosos, era en el uso de la espada.

Las espadas de Toledo que empleaban en el siglo XVI eran, en general, una maravilla única. Lo que importaba a los forjadores era su dureza y flexibilidad; algo que solo se conseguía mediante la unión por la forja del hierro y el acero. Esta unión se hacía en Damasco, en la Edad Media, por diversos procedimientos, pero siempre para juntar por el proceso de soldadura llamado «a la calda», trozos o partículas de hierro y acero. La forma más común era enroscar diversas varillas de acero y hierro, y forjar el manojo que formaban hasta conseguir una barra sólida de una sola pieza. De ella obtenían después, a base de martillo, la hoja.

El alma de hierro consistía en que en el interior de una espada de acero duro hubiera una lámina de hierro dulce que impidiera que la hoja quebrara por mucho que esta golpease o doblase. Para ello había que fundir ambos materiales a una temperatura determinada en la que conseguían un alto grado de soldabilidad. A ese punto propicio para ejecutar las uniones se le denominaba también así: «alma de hierro».

La tecnología medieval de forja pasó a Castilla en los siglos XI y XII. De esos conocimientos nació una industria que convirtió a Toledo en el lugar en que se forjaban y templaban las espadas mejores del mundo durante los siglos XVI y XVII. En esas magníficas espadas toledanas exportadas a todas partes, lo que mayor interés despertaba era que la hoja llevara bien visible su marca. Por esa razón muchos espaderos europeos adquirían las hojas de Toledo para adaptarlas a sus guarniciones o enviaban sus cazoletas y gavilanes para que les

fueran montadas hojas toledanas.

En 1569, se publicó el tratado *De la Filosofía de las Armas y de su Destreza y la Aggressiony Defensa Cristiana*, obra seguida por otras que fijaron la base doctrinal de la esgrima española[56]. Sin embargo la esgrima que se practicaba en la España del siglo XVI, fue denominada por los grandes tratadistas de la esgrima como «Destreza Común»

o «Vulgar Destreza», nombre con el que podemos denominar a la esgrima practicada en la época, cuyas primeras referencias son de finales del siglo XV, pero que obedecen, obviamente, a una tradición anterior, de lo que sin duda era una escuela completa de esgrima, con un corpus de principios y aplicaciones muy bien estructurado[57].

Orientada a la defensa personal, la habilidad española en el combate a espada, fue reconocida en Europa entera, pero en Asia, resultó muy útil para resolver decenas de combates a corta distancia, en junglas y bosques, en asaltos a fortalezas o en abordajes en el mar. Las rodelas, desechadas en los campos de batalla europeos, salvo para asaltos a fortalezas y combates navales, fueron empleadas en Asia todo el siglo XVI y buena parte del XVII. Capaces de resistir una bala, al combinarlas con media armadura, daban una protección formidable, y convertían a los escasos combatientes castellanos que las portaban en unos hombres casi invencibles en el cuerpo a cuerpo.

En sus enfrentamientos contra japoneses y chinos, la habilidad española con la espada, la calidad de su armamento y las ventajas que daban las armaduras, fueron determinantes a la hora de vencer. Los hidalgos y señores castellanos, fuesen europeos o novohispanos, usaron frecuentemente armaduras pesadas en Asia[58]. No era un terreno bueno para la caballería, pero incluso a pie, los nobles castellanos apreciaban las ventajas de la protección de acero de sus defensas, tan superiores a las de sus enemigos, de quienes sabemos que hacían todo lo posible para conseguirlas al precio que fuese.

Desde japoneses a tagalos, usaron todo el material europeo que pudieron conseguir, —

petos, espaldares y cascos —, adaptándolos a sus gustos y modos de combatir.

La participación de combatientes de origen *mexica*, es mucho más importante de lo habitualmente señalado, especialmente en las obras españolas. Es algo realmente injusto y merece la pena corregirlo, pues sin los indígenas de Nueva España, tanto como auxiliares en la guerra,

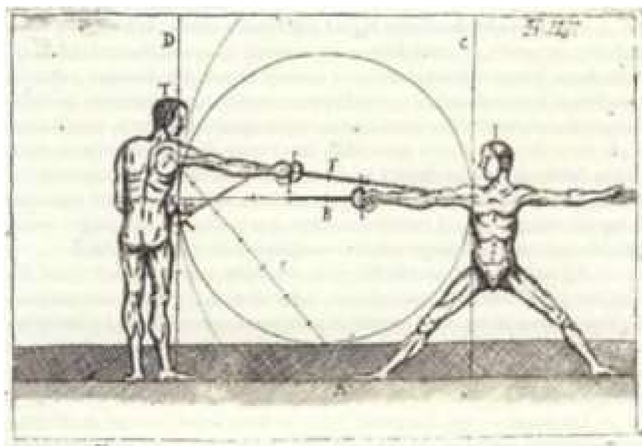
como en su función de obreros y trabajadores, la continuidad de la presencia española en las Filipinas hubiera sido imposible.

Los mestizos, que formaban parte de la sociedad colonial de México, eran realmente

«criollos» en su formación y sentimientos, y se equipaban exactamente igual que los españoles peninsulares o americanos. Usaban desde cotas de malla, incómodas y pesadas, a brigantinas, más cómodas y útiles, pero tanto algunos de ellos, como los combatientes de Tlaxcala, usaban una mezcla de armamento español y mexicano.

Normalmente la totalidad de las armas ofensivas eran de origen europeo, por supuesto las armas de fuego, pero también las ballestas, espadas, cuchillos, picas y alabardas. Las armas defensivas eran una mezcla, pues las adargas y rodelas eran españolas, pero las corazas solían ser de estilo americano — primero mexicano, pero después también peruano —. Eran mucho mejores que las de los asiáticos e incluso, para ciertos usos, que las europeas.

Es difícil hacerse a la idea, habituados a la propaganda del conquistador asesino y cruel, ávido de riquezas, que se ha extendido en toda América, que castellanos, mestizos, criollos e indios actuaron juntos. Pero así fue. Con diferencia de clases, pero



no tanto de razas. Algo que ni siquiera hoy se cumple en las sociedades hispanoamericanas.

*La «Vulgar Destreza», es el nombre con el que fue conocido el conjunto de técnicas de esgrima habituales en España durante el final de la Edad Media*

*y el Renacimiento. Recibió su nombre de los creadores de la escuela llamada «Verdadera Destreja», como Jerónimo Sánchez de Carranza y Luis Pacheco de Narváez, defensores de un método global de lucha con espadas con un fuerte componente matemático, filosófico y geométrico. En cualquier caso, la capacidad de los españoles como hábiles esgrimistas estaba reconocida en toda Europa.*

Aunque los indios auxiliares no conocían el acero, tenían una gran habilidad para trabajar la piedra, especialmente el ágata y la obsidiana. Una flecha con punta de ágata podía, a menos de 30 metros, atravesar una coraza. Hacían el filo de sus espadas con lascas de obsidiana y pedernal embutidas y, según las crónicas, podían cortar la cabeza de un mulo de un solo tajo. En lugar de corazas, se protegían con «escaupiles», que según describe Hernando Colón eran petos de algodón acolchados. La depurada tecnología textil de las civilizaciones americanas, lograban tejidos de hasta 500 hilos por pulgada estructurados en capas sucesivas, lo que les permitió desarrollar eficientes armaduras de tejido acolchado — el «escaupil» — que fueron adoptadas finalmente por los españoles, abandonando sus cascos y corazas metálicas, ya que estas no eran adecuadas para climas tropicales, tanto por el calor que daba a los portadores como por la corrosión que sufrían.



# LOS SEÑORES DE LA GUERRA

*Fragmento de estudio realizado en 1892 por el gran pintor filipino Félix Resurrección Hidalgo para la obra* La derrota de Li Ma Hong *, que presenta la victoria sobre los guerreros chinos y japoneses gracias al valor y capacidad de los españoles y sus aliados filipinos. El guerrero muerto es, evidentemente, por su armadura y espada, un* rōnin *, probablemente* Sioco.

Ayala Museum & Library. Makati City.

*Tan cierto es que los españoles aspiran al dominio mundial, como que solo su escaso número se lo impide*

Armand Jean du Plessis,

Cardenal-duque de *Richelieu*

## 5.1 UNA MISIÓN INCOMPLETA

SI LA FORTUNA FAVORECE A LOS AUDACES, desde luego, audacia no había faltado al puñado de españoles que se habían hecho con el control de Manila. Claro, que de ahí, a conquistar las miles de islas que formaban el archipiélago había aún un largo camino por recorrer, aunque los primeros y firmes pasos ya se hubieran dado.

Para afianzar su posición en Manila, Legazpi ordenó someter los pueblos de Cainta y Taytay. Envió a Juan de Salcedo con una galera y 16 botes pequeños acompañados por un centenar de soldados españoles y muchos aliados nativos de las Visayas. Salcedo zarpó el 15 de agosto de 1571 y llegó a Cainta el 20. Buscó la paz de los aldeanos, pero el jefe Gat-Maitan, respondido arrogante, y le dijo que en Cainta, a diferencia de Maynila, sus gentes no eran cobardes. Defenderían su pueblo hasta la muerte, confiados en las defensas ofrecidas por su fortaleza y la seguridad del sitio. Además, se les habían unido para el combate contra los extranjeros, gente de Taytay.

Los dos pueblos estaban en una planicie a las orillas de un río que formaba una laguna y, antes de llegar a ella, se dividía en dos grandes brazos, ambos con abundante agua. Las dos comunidades se encontraban aproximadamente a media legua la una de la otra, con el río entre ellas, hasta que se unificaba en un terreno rodeado de arboledas de bambú grueso. Los bambúes se amarraban con lianas, dándoles el grosor de una pared y formaban dos defensas con fosos

llenos de agua. Por el río habían construido fuertes baluartes con torres de madera y piezas de artillería, custodiados por un gran número de guerreros armados con espadas, arcos, flechas y otros proyectiles arrojadizos.

Salcedo envió primero al segundo teniente Antonio de Carvajal con algunos soldados para realizar un reconocimiento y determinar el punto más débil por donde podían entrar. Carvajal, herido por una flecha en su brazo, regresó con la información de que la zona menos fortificada y con acceso más fácil era el arroyo por el lado de la laguna, donde se veían muchos barcos entrando en el río.

Era una buena opción para Salcedo, que le permitía no involucrar a sus hombres en una complicada lucha pie a tierra. Ordenó instalar en la proa de la galera un mortero de sitio, capaz de lanzar piedras y bombas incendiarias, y se dispuso a pasar la noche en la orilla, junto al grueso de sus tropas. El plan era bastante elaborado. Mientras 20

soldados y numerosos aliados tagalos, con Carvajal al mando, avanzaban por el río, debían mantenerse atentos para, al escuchar disparos, atacar el baluarte y las casas de la



población. Cuando lo hicieran, Salcedo y sus hombres entrarían a través de la pared, por el arroyo. El sonido de un cuerno de caza, sería la señal de que habían tomado su objetivo y el momento en la que la galera detuviera su bombardeo.

La mañana del 21, con las primeras luces, después de dar claras instrucciones, Salcedo inició su marcha hacia el río donde debía

comenzar el ataque. En sus proximidades, ya casi en la orilla, los descubrieron sus defensores, un puñado de hombres de Cainta que empezaron a disparar flechas y lanzar todo tipo de proyectiles.

Tomados por sorpresa, los soldados, sin esperar la orden de Salcedo, atacaron la muralla y fueron abrumados por una lluvia de flechas. Encontraron tal resistencia que comenzaron a replegarse y a huir en desorden.

*Naves españolas en Luzón. La visión de los poderos galeones llenó de temor a los nativos de las islas Filipinas, que sabían que no había nada que hacer ante el poder inmenso de sus cañones.*

Salcedo los reprendió duramente, pero como decíamos en el capítulo anterior, se sentían tan superiores que era difícil inculcarles la misma disciplina que en Europa.

Optó por lanzar un nuevo ataque en la otra parte del arroyo, donde la muralla era más débil. Para ello, ordenó traer un esquife y lo hizo varar. Lo usarían como puente hacia el otro lado y, en cuanto cruzaran, se harían fuertes en un punto más elevado, desde donde poder atacar a los defensores del poblado.

Para entonces la galera ya había comenzado su lluvia de fuego y metralla y, con los filipinos en franco retroceso ante sus disparos, las tropas pudieron acercarse a la pared y asaltarla. El intrépido Gat-Maitan acudió en persona a cerrar la brecha a la cabeza de sus hombres y obligó de nuevo a los españoles a retroceder. Solo que, entretanto, los



cañones de la galera destruyeron los baluartes y las casas de una forma que los indígenas no habían visto jamás. El sonido al rasgar el aire de los proyectiles de la artillería española, unidos a los gritos de los 600 guerreros de las Visayas aliados de los españoles, hizo creer a los defensores que el enemigo estaba dentro de la población, y los valientes defensores se retiraron hacia el centro del poblado para intentar, entre las casas, una última resistencia.

*Españoles en la costa. Los galeones jamás se acercaban tanto a tierra, pues su superioridad se basaba en poder mantenerse alejados y en el mar, donde era imposible hacer mella en sus defensas. Los desembarcos se hacían desde botes o lanchas. Sin embargo, la imagen demuestra bien la sensación de poder y fuerza que sobrecogía a los nativos.*

Salcedo, que había observado este último combate a cierta distancia, ordenó atacar de nuevo. Esta vez los españoles encontraron poca resistencia. Conducidos personalmente por Salcedo y con su estandarte flameando en primera línea, lograron entrar en la ciudad. Avanzaron con rapidez y no tardaron en escalar la última pared, donde se libró una sangrienta batalla final.

Cuentan las crónicas filipinas que los hombres de Gat-Maitan, alentados por su valiente jefe, prefirieron morir antes que rendirse. Es posible. El hecho es que una vez tomados los muros, y mientras sus aliados se dedicaban a una sangrienta carnicería, los españoles subieron a las torres, hicieron sonar el cuerno e izaron su bandera con una gigantesca cruz roja de San Andrés, para que los cañones dejaron de disparar.

Gracias a la victoria, Cainta fue anexionada a Taytay, con lo que se aseguró una zona esencial en la actual provincia de Rizal, para la seguridad de Manila. Demostró también que la superioridad de los españoles, especialmente cuando disponían de apoyo naval, era incontestable. Tácticamente la batalla fue muy importante, porque convenció a los

españoles de que no tenían rival, aunque sus adversarios luchasen valientemente y defendiesen puestos bien fortificados. Por otra parte, desmoralizó a los indígenas que comenzaban a ver a los «castilas» como unos seres invencibles.

Convencido de que la nueva ciudad de Manila reunía todas las condiciones que deseaba, y bien asegurados sus alrededores, Legazpi ordenó que se trasladase a ella la base principal y se dejasen los puestos en Cebú bien guarnecidos. No pudo disfrutar mucho de su nueva capital, falleció de un ataque de apoplejía el 20 de agosto de 1572.

Su obra quedó incompleta a su muerte, pero estaban puestos unos cimientos de la presencia española en Oriente que se mantendrían firmes durante más de 300 años. Su narración del avance español de isla en isla es claro y ejemplar, y en ella se aprecia el complejo laberinto insular en el que se encontraba con su puñado de compatriotas; el sometimiento a la Corona lentamente de los pequeños reyezuelos; la fundación de las villas y ciudades, y sus relaciones con los naturales, con los que demostró siempre cortesía, habilidad diplomática, delicadeza con las costumbres extrañas e interés permanente por evitar la guerra y los conflictos[59] .

Legazpi, tras dedicar tres cuartas partes de su vida al servicio del rey, dio siempre más de lo que tenía. Falleció sin saber que le había sido concedida una renta de 2000

ducados al año. Fue un hombre culto, sensato y de recto comportamiento, que actuó como cuenta al rey Felipe, «procurando que a la pujanza del capitán valeroso no cediese un ápice la rectitud del magistrado ejemplar».

El segundo gobernador de Filipinas fue Guido de Labezares[60] , hasta entonces tesorero de la Real Hacienda, nombrado para el cargo en 1572. En los primeros días de su gobierno, un fuerte huracán acabó con la mayor parte de las casas de Manila, casi todas de madera, y debido a ello, y a la exposición de la ciudad a posibles ataques, consideró seriamente el traslado de la capital al norte, a Cagayán, más

abierta a la ruta de enlace con Acapulco. Finalmente la idea se desestimó.

Sus primeras medidas, muy sensatas, estaban todas destinadas a fortalecer la precaria posición de los escasos españoles presentes en las islas, por lo que continuó con los proyectos de Legazpi y ordenó a Martín de Goiti que se dirigiera al norte para reducir la región de Ilocos. Lo mismo que debía hacer Juan de Salcedo, esta vez en Camarines.

El éxito de Salcedo fue notable una vez más. Dejó fundada en Camarines, cerca del río Vico, una villa «de españoles» a la que llamó Santiago de Libón, de la que hizo justicia mayor al capitán Pedro de Chaves. Lo recompensaron por su labor con la

encomienda de Ilocos, donde se estableció en los primeros meses de 1574 y erigió en el pueblo de Vigán la villa de Fernandina.

El propio gobernador se dirigió a las Visayas, donde logró varios acuerdos con los jefes tribales locales y otorgó algunas concesiones de tierras, lo que le permitió establecer un control bastante sólido sobre el área central de las Filipinas, a pesar de que carecía de tropas y de puntos fortificados. La única forma de demostrar el poder del lejano rey al que el archipiélago debía el nombre eran los buques castellanos. Una mala costumbre que se prolongaría los siglos siguientes y, a la larga, en cuanto su dominio de los mares comenzó a decaer, le daría a España muchos problemas.

El control de las Visayas era importante de cara a establecer una barrera ante los moros joloanos y los puestos musulmanes en Mindanao. Labezares sabía, perfectamente, que era imprescindible recibir de forma urgente, de Nueva España o de Europa, más hombres, material de guerra y naves, pues el poder que sostenía la presencia española en las Filipinas era muy débil. Y eso que ni podía imaginar que, entre las sombras, como un cazador en espera de su momento propicio, acechaba Manila un peligroso enemigo hasta entonces desconocido. Era inteligente, astuto, y sabía que los extranjeros que ocupaban las islas no eran tan fuertes ni poderosos como parecían.

## 5.2 EL SEÑOR OSCURO: LI MA HONG

LA PIRATERÍA TENÍA UNA GRAN TRADICIÓN EN ASIA, pero en los años en los que España tuvo una importante presencia en la zona, hubo momentos en los que supuso una auténtica plaga. El primero de ellos, como comentábamos, motivado en el siglo XVI por las

restricciones al comercio establecidas por la dinastía Ming y, el segundo, en la centuria siguiente, provocado por la gran crisis que supuso el final de la dinastía y el establecimiento de los manchúes Qing, pues los seguidores leales del trono Ming en el Sur, se mantuvieron hasta 1662 en medio de una gran inestabilidad.

Estos piratas eran conocidos de forma genérica con la palabra «wako», *wōkóu* (倭寇) en chino, *wakō* en japonés, o *waegu* en coreano, pues el término se usaba también para referirse a los que atacaban las costas de Corea. Aunque la primera referencia del término es muy antigua [61], comenzó a ser popular en torno al siglo XM, como referencia a piratas japoneses oriundos de Hizen, en Kyûshû, y entre sus tripulaciones había desde *rōnin* — samuráis sin dueño o señor — a comerciantes y contrabandistas, incluidos cada vez más chinos. Tantos, que cuando los galeones de López de Legazpi irrumpieron

en los mares del Sur de China, ya eran mayoría, pues los japoneses apenas llegaban a un 30 % [62] .

Debido a la magnitud de la corrupción en la corte Ming, muchos funcionarios chinos en realidad tenían relaciones con los piratas y se beneficiaban de sus incursiones, por lo que era muy difícil para las autoridades centrales controlar y acabar con las actividades de los *wako*. Sin embargo, la apertura al comercio del puerto de Yuegang —

Haicheng — cerca de Zhangzhou, hizo que la piratería redujese su intensidad cuando comenzó la década de 1570. El único problema era que se había convertido en una forma de vida para mucha gente marginal liderada por astutos señores de la guerra, en su mayoría muy poderosos, a quienes la obtención de beneficios y enormes ganancias hacía que no les interesase de ningún modo su erradicación. Nada nuevo.

Las campañas piratas estaban muy condicionadas por los vientos, sobre todo los monzones. En la primavera, los vientos predominantes del Sudoeste facilitaban el movimiento de las flotas piratas hacia las costas de Filipinas y China desde Borneo y Java, y por el contrario, el predominio de los vientos del Norte a partir de enero, permitía actuar hacia el Sur a los piratas que procedían del Japón. Una relación de la que ya se habían percibido los portugueses, que descubrieron sus patrones de movimiento y conducta. Se ganaron el respeto de los líderes *wako*, pero jamás lograron con sus escasos barcos controlar un espacio tan inmenso, algo que, por otra parte, tampoco les interesaba demasiado mientras les dejasen comerciar tranquilos.

Cuando los piratas actuaban, y a pesar de que la intensidad de sus acciones había bajado mucho, los grandes grupos *wako* eran capaces de armar cientos de barcos y desplazar a miles de hombres, muchos de ellos bien equipados, algo que en otras zonas afectadas por la piratería que amenazaba el poder español solo estaba al alcance de los grandes jefes de Berbería y sus amos turcos, pero que jamás pudieron alcanzar los afamados piratas del Caribe. Ni siquiera en su mejor momento, a finales del siglo XVII.



*Estatua de enormes dimensiones erigida en la pequeña isla de Gulangyu, en la costa de Xiamen, provincia de Fujian, China, en honor de Koxinga —Zheng Chenggong —. Nacido en Mirado, Japón, fue, otro de los piratas que aterrorizaron con sus asaltos el litoral filipino durante el siglo XVII, tras la caída de la dinastía Ming.*

Esta capacidad sorprendió a los españoles y casi arrastró al desastre la obra levantada por Legazpi cuando estaba en sus inicios, pero es lógico que no sospechasen nada, ya que en la primera década de su presencia en las Filipinas, concentrados como estaban en el control de las islas principales, no se habían fijado aún demasiado en el mundo que las rodeaba. Solo habían tenido contacto con pescadores y comerciantes, pues incluso los choques armados como el que ya hemos referido con dos champanes armados chinos, no fueron sino incidentes menores. Puras anécdotas que ni por un momento habían pensado que formasen parte de un entramado a gran escala.

El aumento del poder español en Manila había alarmado a muchos asiáticos. Una cosa era tratar con los portugueses, que venían del Sur y del Este y no parecían dispuestos a alejarse de su base de Macao, más dedicados a hacer negocios que guerreros y poco peligrosos fuera del mar, y otra eran estos recién llegados, capaces de usar la fuerza bruta de una forma despiadada. Además, aunque continuaban sin ser muchos, habían usado sus poderosas armas de fuego sin dudar, y no solo se dedicaban a edificar pequeños asentamientos, sino que se extendían. Al parecer, no se iban a limitar a buscar maderas, especias u objetos de lujo con los que comerciar, sino que parecían tener una firme intención de quedarse.

Una rápida sucesión de acontecimientos en el Este, en China, iba a suponer el primer desafío serio al poder de los recién llegados. En las islas de Pen-hu — Pescadores — un

hombre llamado Li Feng, conocido por los españoles como Limaón o Li Ma Hong — en realidad Lim Ah Hong nacido en Jaoping [63] , en el seno de una familia de comerciantes, en la que había ya gente con inclinaciones muy claras a la piratería, se había convertido en un poderoso señor.

Desde sus orígenes humildes, había conseguido una notable reputación y sus acciones habían ido ganando intensidad, convirtiéndose en el dueño y señor del estrecho de Taiwán. Desde allí atacaba a las naves que operaban en los puertos del sur de China, — de Cantón a Fujian —, y había vencido a la flota de su rival Lin Taoqian

— Lintoquián —, también de Chaozhou, tras destruirle o apresarle 57 de sus 60 barcos.

El emperador Wanli, había intentado acabar con él o llegar a algún tipo de acuerdo, es decir una especie de rendición negociada, pero Li Ma Hong, astuto e ingenioso, se había hecho cada vez más fuerte. Había salido victorioso en repetidas ocasiones de sus enfrentamientos con las fuerzas imperiales y fortificado la isla que utilizaba como base principal y lugar de residencia, por lo que a principios de la década de 1570 disponía de una importante flota y de un auténtico ejército.

Como era lógico, supo enseguida de la llegada de los españoles a las Filipinas y de la implacable campaña desarrollada por Legazpi. No había duda de que los nuevos extranjeros del Este, aunque similares a los portugueses, eran más peligrosos, parecían más decididos, y estaban mejor armados. Gracias a sus espías e informadores,

mezclados con los comerciantes chinos que operaban en Manila, supo que los «castilas», los *folangji* recién llegados, no eran más que un puñado. Por muy duros que fueran no eran seres sobrenaturales. Acabar con ellos sería fácil, e incluso tal vez se pudiera capturar alguno de sus formidables barcos.

# 5.3 MANILA RESISTE

LI MA HONG DISPONÍA DE UNOS 60 CHAMPANES y unos 2000 hombres armados[64]. Sus navíos estaban artillados, y si bien sus cañones no se podían equiparar a los de los europeos, era evidente que por su número vencerían fácilmente a los cristianos. Muchos de sus hombres llevaban armaduras y arcabuces, de factura china, japonesa, e incluso portuguesa, si bien utilizaban preferentemente picas o lanzas, pues como dice Sande al rey en una de sus cartas, eran muy poco hábiles con las armas de fuego y, además, no eran de buena calidad:

Todas sus armas por la mar y por tierra son bombas de fuego; tienen mucha pólvora en panes, aunque no granada; su artillería ruin, y comúnmente versos y arcabuzes ruines, y así lo que ellos más usan son picas; entiendo yo temen poco al arcabuz, porque ellos açiertan mal con él y se espantan de que se mate una gallina o una paloma con un arcabuz.

El plan de los piratas era muy sencillo, dejar una fuerte retaguardia en la isla de Banzan y llevar el grueso de sus tropas a tierra, para aplastar cualquier resistencia. Un objetivo fácil. Como relata de nuevo Sande: «un piloto le facilitó el negocio, diziéndole que los Castillas bibían aquí dormidos, descuydados y andavan repartidos por muchas partes, y que si viniese luego no hallaría sino viejos e ynpedidos, porque una galera quedava de partida para yr un capitán a Mindanao». La necesaria labor de inteligencia le fue facilitada por la captura de una galeota de patrulla española con 22 tripulantes —

de ellos 14 europeos —, que fueron tomados prisioneros, torturados de una forma atroz, y luego degollados. Gracias a ello, supo que el número de españoles en la ciudad era algo mayor de lo esperado, unos 100.

Tras navegar con sus champanes costeando Luzón, sus barcos exploradores localizaron el puesto español bien guarnecido de Vigán, donde habíamos dejado en las páginas anteriores a las tropas al mando de Salcedo. Eran bien conocidas, y no era su intención enfrentarse con ellas. Las evitó y ancló en la isla de Mariveles, en la bahía de Manila, el 23 de noviembre de 1574. Durante la noche, uno de sus jefes de guerra, el japonés Sioco, embarcó 600 hombres armados hasta los dientes en varios bateles y zarpó para tomar la ciudad por sorpresa. Sin embargo, las luces encendidas en Parañaque

les indujeron a cometer un error: la confundieron con la ciudad, y como no disponían de un práctico que conociese bien la bahía, desembarcaron a una notable distancia de los límites de Manila.

La vanguardia, formada por unos 400 hombres alineados en filas de a diez, en las que uno de los hombres que marchaban al frente llevaba una bandera sujeta en la espalda al estilo japonés ondeando por encima de su cabeza, para identificar a cada compañía, avanzó por la playa y sorprendió a los nativos que, a la carrera, huyeron despavoridos para avisar de la invasión.



*Tiradores japoneses armados con arcabuces. Aunque no eran de mala calidad, las armas japonesas y chinas, especialmente las de los segundos, eran poco valoradas por españoles y portugueses, que consideraban además que los asiáticos no sabían usarlas adecuadamente.*

Salvo los oficiales, equipados con armaduras de estilo japonés o chino, la fuerza que había desembarcado apenas llevaban otra protección que fuertes sombreros de paja y armaduras de algodón, muy inferiores a las utilizadas por los españoles y sus aliados mexicas.

En realidad, los españoles no habían tomado ningún tipo de medida preventiva para un ataque de esas características, y el ruido y los gritos despertaron a la mayor parte, incluido al maestre de campo, Martín de Goiti, que vivía en las primeras casas de la playa y escuchó los disparos de los centinelas de guardia, una decena, de los que ocho fueron abatidos por los atacantes.

Goiti no creyó en un primer momento que todo el revuelo fuera debido a un grupo de asaltantes chinos, cuando se lo confirmaron tres soldados que habían ido a refugiarse en su casa, se levantó, se puso sobre la camisa de dormir la cota de malla, tomó la espada y la rodela y se dispuso a combatir mientras su mujer — una de las pocas españolas de Manila —, con la celada de su marido puesta, amenazaba e insultaba a los chinos desde la ventana. «Andad perros les decía, que todos habéis de morir hoy **[65]** ».



*Una clásica nave* wōkòu *(* 倭寇 *). Los piratas de los mares de China disponían de naves aptas para el comercio y la guerra a pequeña escala. Aunque disponían de artillería y a menudo de mosquetes y arcabuces, sus naves no eran rival para los poderosos «korofune» de los españoles y portugueses, buques oceánicos, más ágiles que los suyos e incomparablemente más poderosos.*

Sioco, ni la entendía, ni tenía tiempo para tonterías. Supuso que en aquella casa vivía alguien de importancia y ordenó quemarla con todos dentro: el maese, su mujer, los tres soldados y la esposa de uno de ellos. Goiti acabó arrojándose por una ventana entre el humo y las llamas. Para su desdicha cayó entre un grupo de los atacantes que los cercaban y lo hicieron pedazos a cuchilladas.

La triste muerte del maestre de campo y todos sus acompañantes — algunas crónicas hablan de que sobrevivió mal herido un piloto vizcaíno de nombre Astigarribia — no pudo ser más dramática y en buena parte gratuita. Sin embargo, esa mínima resistencia inicial, alertó definitivamente a los españoles y les permitió organizarse.

Muchos habían huido ya hacia el interior con sus familias, pero al menos 30 se quedaron para luchar.

Al mando del capitán Velázquez, armados con sus arcabuces y pistolas, tomaron posiciones en terrazas y balcones, o se escondieron tras las esquinas para, luego, abrir fuego sobre los atacantes y enfrentarse a ellos con decisión. Para entonces, en la mejor tradición pirata, estaban dedicados a saquear, robar e incendiar casas. Habían olvidado su misión principal y se encontraban dispersos, por lo que fueron fácilmente rechazados.

La desorganización de los piratas, y la confianza en su número, fue la causa de su primer desastre. Los españoles cayeron sobre ellos y mataron a decenas a golpes de

espada y alabarda, o los abatieron con disparos de los arcabuces. Su armamento ligero no les permitió defenderse con eficacia y fueron masacrados mientras huían hacia el mar.

Li Ma Hong, que se acercaba con la armada a Manila, recibió a bordo de su buque el informe del fracaso del primer asalto de manos del propio Sioco, que culpó de la derrota a la larga marcha por la playa y al cansancio. No era el final, esperaba poder desquitarse en un segundo asalto, solo que su error había dado tiempo al gobernador a organizar la defensa.

Centenares de tagalos y los pocos españoles, se reunieron y armaron con todo lo que podían cargar. Formaron barricadas con barriles, sacos, muebles, y toda clase de objetos, y desplazaron los cañones de los barcos y el fuerte a la cabeza de las fortificaciones, para cubrir el puerto. Como dice Sande:

Hizieron un corral como para lidiar toros de tablas y caxas y algunas pipas, para defenderse allí, si el enemigo bolbiese, y para que se metiesen allí las mugeres I niños, que andavan como obejas descarriadas por los gacatales y montes, llorando qual a su marido, qual a su ermano, qual a su hijo y parientes muertos, que según me dizen, era gran lástima verlas.

Los chinos, los «sangleyes», habían huido en su mayor parte, pero los comerciantes más notables que estaban en Manila sabían que los «castilas» eran una fuente de negocio que no se debía perder, y se pusieron de su lado. Además, la llegada desde Vigán de Salcedo y 54 hombres perfectamente armados, que habían sido alertados por un testigo del ataque, ayudó a reforzar las defensas.

El asalto final de los piratas, lanzado por poco menos de 1000 hombres — en las fuentes españolas se habla de hasta 3000—[66] divididos en tres grupos, fue feroz. A pesar de las bajas causadas por la metralla de la artillería española, que barrió las masas atacantes, se lanzaron sobre las trincheras y barreras con enorme valor. Agrupados en pequeñas unidades para darse apoyo mutuo, los españoles, con sus armas de fuego, picas, espadas, y unos pocos cañones cargados con metralla, aguantaron a la desesperada, entre las casas en llamas, rodeados de enemigos.

Sioco fue abatido a la cabeza de sus hombres, y el asalto fue repelido. Li Ma Hong, que tenía decenas de bajas y veía que su sueño de ocupar Manila se le escapaba de las manos, resolvió aproximar los barcos al puerto y lanzar un feroz bombardeo sobre las casas, que fueron, en su totalidad, pasto de las llamas. Una galera y un pequeño galeón



que estaban en el astillero también fueron incendiados y, antes de volver a mar abierto, los chinos convirtieron en cenizas todas las aldeas de la bahía.

Desde las fortificaciones, cubiertos de hollín, de sudor y de sangre, el puñado de hombres que rodeaban al gobernador veían las columnas de humo de los incendios de los pueblos y caseríos de la bahía y de la propia Manila, cuyas calles estaban alfombradas de muertos. Sabían que si Li Ma Hong regresaba, apenas les quedaba ya nada para defenderse, salvo hacer buen uso de la espada.

Pero no volvió. Había recibido un duro castigo y sabía que no le iba a ser fácil acabar con los correosos españoles. Astutamente concibió un plan. Fuera de Manila no tenía por qué saberse lo ocurrido, o al menos

las noticias tardarían un tiempo en llegar a otras zonas, por lo que marchó a Pangasinan, donde ordenó construir un poderoso fuerte de empalizada doble, en la boca del río Agno, e hizo correr la noticia de que había dado muerte al gobernador de los «casolas» y destruido hasta sus cimientos la ciudad española — lo que en parte era cierto —. Llevaba miles de mujeres secuestradas en sus incursiones y, con ellas y sus hombres, decidió formar una establecimiento permanente.

Luego obligó a los naturales a reconocerlo como rey y se preparó para levantar en armas Luzón entero.

Entre las ruinas de Manila, a miles de kilómetros de cualquier puerto amigo, Labezares convocó a los encomenderos del interior y a sus indígenas armados, pero tardó nada menos que cuatro meses en poder preparar una expedición de castigo, pues se produjo el alzamiento de los indígenas. Costó someterlos, e igual que ocurriría a finales del siglo XIX, solo se consiguió a base de promesas, dinero y sobornos.

*En Filipinas el ataque de Li Ma Hong se sigue considerando una «victoria» propia. En cierto modo lo fue, pues unidos a los españoles, los tagalos demostraron que podían vencer a los más poderosos enemigos.*

*Lin Fengqi ataca Manila*. Obra del pintor filipino Juanito Torres, realizada en 2011.

En ese tiempo las incursiones de los piratas por la costa fueron constantes y el gobernador fue consciente que si no se extirpaba de Pangasinan a los chinos, a la larga su presencia acabaría por provocar una revuelta que terminaría con el poder español en las islas. Resulta sorprendente que solo por eso, porque se enfrentó a los españoles —

nadie en su sano juicio puede considerar a Li Ma Hong un «libertador» —, en la actualidad se le considere al pirata un héroe en ciertos sectores filipinos y anglosajones, empeñados en barrer de un plumazo 450 años de presencia española en el archipiélago.

Un fenómeno que, curiosamente, se repite con las incursiones en el Caribe de los piratas ingleses, franceses y holandeses.

La fuerza expedicionaria de represalia, lista en marzo de 1575, estaba formada por 256 españoles, mestizos e indios novohispanos, y unos 2000 auxiliares indígenas. El mando le correspondió una vez más al brillante y audaz Salcedo[67], respaldado por los capitanes Lorenzo Chacón, Pedro de Chávez, y Gabriel de Rivera. Antes de su partida

varios espías fueron enviados a infiltrarse entre los piratas para conseguir información sobre su fuerza y disposición. Mientras, en Manila, el gobernador, junto a un puñado de hombres, se dispuso a restaurar el fuerte principal. Al menos con madera, pues hacerlo de piedra era todavía inviable.

Salcedo actuó en Pangasinan con una decisión y un valor admirable. En plena noche, al mejor estilo de las encamisadas de Flandes, un grupo de vanguardia logró acercarse a los champanes de los piratas fondeados junto al puerto. Con brea y antorchas incendiaron la mayor parte, pues confiados en su invulnerabilidad, ni siquiera tenían guardia. Descubiertos por los piratas, y con la noche iluminada por los barcos en llamas que ardían como teas, los españoles tuvieron que escapar entre una granizada de balas de los arcabuceros chinos y japoneses.

Atrapados en su fuerte, sin barcos en los que escapar, los *wako* de Li Ma Hong se encontraron cercados por los españoles y sus auxiliares. El hábil Salcedo ordenó escavar trincheras y paralelas en torno a la fortaleza pirata e instaló sus cañones, mucho menos poderosos y efectivos que los de los asiáticos, pues las piezas principales seguían en Manila, pero con gran número de artillería menuda giratoria, como sacres y culebrinas, para proteger las líneas de asedio. Tiradores cubrían los pasos principales y la salida al río. Ahora solo era cuestión de apretar el cerco y esperar. Lo malo era que la situación iba a ser terrible para los sitiadores, tanto por las condiciones climáticas como por las salidas de los sitiados. Lo cuenta Miguel de Loarca:

La calor era terrible I la gente andava sin concierto, ni los capitanes le podían dar que andavan todos cansados, aunque acudió mas socorro que embio el Maese de Campo. Se uvieron de recoger los españoles aviendo dado contra el enemigo algunas arremetidas, en las quales hubo algunos españoles heridos I cinco muertos.

Poco después, en su primer ataque, destruyeron la primera empalizada y, tras abatir a más de un centenar de chinos, capturaron 70 mujeres y muchachos jóvenes. Los soldados, hartos y con poca paga, se los quedaron a todos como botín.

Los piratas sufrían fuertes pérdidas en cada asalto, pero Li Ma Hong tenía pólvora

— 70 quintales — arcabuces, munición y balas de sobra para 2000 hombres y arroz para tres meses. Los muros de su fortificación eran sólidos, y pensaba adquirir de los comerciantes chinos que seguían en

la costa y de los propios naturales en Ilocos todo lo que necesitase. Envió para ello 25 de sus barcos en busca de alimentos y material, pero fueron interceptados y destruidos por las naves españolas de patrulla.

La situación se complicó aún más para Li Ma Hong, y aumentaron las deserciones.

Los combates seguían siendo diarios. Incansables, los piratas hacían salidas para romper el cerco y abrir una brecha, pero una y otra vez sus ataques se estrellaban contra la barrera artillera española, y los rodeleros y piqueros castellanos que, a destajo, acababan con facilidad con cualquier grupo de guerreros asiáticos que les desafiase.

Sin embargo, no era un hombre que se rindiese fácilmente. Estaba realmente sorprendido de la fría terquedad y tesón de los *folangji*, que llevaban cuatro meses apretando el cerco sin cejar en su empeño, pero ya se había encontrado en e] pasado en situaciones difíciles, y estaba seguro de que saldría de esta. Con energía ordenó la construcción de nada menos que 33 embarcaciones en el interior del fuerte y puso a parte de sus hombres a cavar un canal que le permitiese una salida a mar abierto. La noche del 3 de agosto, con el máximo sigilo, cargó sus barcos y se marchó con la mayor parte de los defensores. Li Ma Hong había logrado huir.

Salcedo le persiguió hacia el Norte, hacia el cabo Cagayán, por tierra, pues temía que intentase atacar la Villa Fernandina, pero al comprobar que no había entrado por el río Bigan, siguió hacia el norte hasta el cabo Bojeador, donde halló restos de poblados chinos abandonados, pero ni rastro del pirata.

## 5.4 PRIMEROS CONTACTOS CON CHINA

A PESAR DE LA FRUSTRACIÓN que supuso que Li Ma Hong pusiera proa a mar abierto, hubo un efecto indirecto interesante del asedio. Informado el emperador de los sucesos de Luzón, y sabiendo que los extraños extranjeros que habían llegado hacía solo unos años, estaban a punto de capturar al esquivo pirata, envío una embajada dirigida por Wang Wanggao — «Omoncon» en algunas crónicas españolas —, comandante en jefe de las Fuerzas Costeras del Sur, a quien Salcedo acompañó hasta la sede del gobierno español en Manila.

A su regreso llevó la primera embajada oficial española que se presentó ante las autoridades chinas de Fukien — la actual provincia china de Fujian — con cartas credenciales de Labezares. Le

correspondió presentarlas a fray Martín de Rada, que viajaba con un intérprete sangley de nombre Xin Shi. Con ellos iba un grupo de soldados y varios encomenderos con Miguel de Loarca y Pedro Sarmiento al frente que entregaron a su vez un comunicado del gobernador en la que se comprometía a prender a Li Ma Hong, «si se tomase vivo será llevado a tu presencia, I, si muerto, salada su cabeza».

Partieron de Manila el 12 de junio de 1575 y permanecieron tres meses en China.

Fueron, según las crónicas, muy bien tratados, y regresaron con una flota de 10 juncos al mando del propio Wang Wanggao, dispuestos para acabar de una vez para siempre con el célebre pirata que no hacía más que darles quebraderos de cabeza a los dos países.

Durante su estancia, habían negociado los prometedores primeros pasos para establecer una factoría española en la costa, en la bahía de Amoy, al estilo de la que tenían los portugueses en Macao.

Satisfecho, Labezares decidió continuar con su tarea ingente. Ahora que se había contactado ya con China, era preciso ampliar nuevos horizontes. Para ello resultaba imprescindible conocer bien las costas y los mares que rodeaban el archipiélago, levantar cartas náuticas, reconocer islas, bahías, puertos naturales y aprender más sobre el clima, la fauna y los naturales. Si se quería ampliar el poder del rey, hacía falta saber más, y más.

El primer objetivo era mejorar el conocimiento de la costa norte de la gigantesca isla de Nueva Guinea. No era tarea sencilla navegar en mares remotos y desconocidos, y el galeón *San Juanillo*, al mando de Juan de Rivera se perdió en el empeño, pero se logró despejar algunas dudas que se tenían sobre la región.



El astillero ya reconstruido de Manila, permitía a los españoles contar con barcos construidos en Asia, hasta entonces algo impensable. Es cierto que no podían compararse con las grandes carracas oceánicas

portuguesas de las rutas de la India, ni con los formidables galeones españoles, pero las galeras y galeoncetes que salían de sus atarazanas permitían vigilar las costas y proteger los asentamientos. En pocas palabras: controlar mar. Paso a paso progresaba el asentamiento, y llegaban de Nueva España por las nuevas rutas de ida y vuelta abiertas, colonos, encomenderos, comerciantes y experimentados soldados.

En los meses siguientes, una serie de desacuerdos entre los chinos y las autoridades españolas fueron complicando la negociación. Wang Wanggao, enfadado, decidió regresar a su país y, aunque accedió a llevar de nuevo en su barco a Martín de Rada y al padre Agustín de Alburquerque, acabó por abandonarlos en la isla Bolinao, cerca del cabo Bojeador. El primer contacto con China no había ido bien, algo que tendría sorprendentes consecuencias en el futuro. No obstante, la crisis superada había demostrado a los españoles dos cosas. La primera, que era imposible sostenerse en Asia sin reforzar Manila y establecer una serie de puestos fortificados; la segunda, que los chinos eran un enemigo fácil de vencer, pero peligrosos por su número, lo que hacía necesario incrementar las guarniciones y emprender un sistema de vigilancia «policial», mediante intensas patrullas navales. De momento eso permitiría detectar con tiempo suficiente cualquier amenaza.

*Espadas chinas de finales del siglo XVI, probablemente de la dinastía Qing, realizadas con acero, madera y hueso.*

Poco después, el gobernador fue relevado en su puesto, por Cédula Real de 6 de abril de 1574. Lo sustituyó el que había sido fiscal de la Audiencia de México, Francisco de Sande, natural de Cáceres, que tomó posesión de su cargo el 26 de agosto de 1575.

Era un hombre duro y experimentado, lo que hoy llamaríamos un «halcón». Resuelto, violento y poco diplomático, se consideraba un castellano de la cabeza a los pies y no dudaba en despreciar a quienes no eran como él, lo que en la lejana Asia Oriental quería decir prácticamente a todos.



De Li Ma Hong poco más se supo. Ese mismo agosto se fue a Pe-hou, a reforzar los restos de su escuadra, por entonces apenas un champan grande, dos medianos y ocho pequeños. Después pasó a Palahoán, donde lo derrotó la flota de Wang Wanggao y, más tarde, con todas sus riquezas embarcadas en su capitana, se dirigió a Siam. Ya no fue bien recibido ni allí ni en otros reinos próximos, por miedo al emperador de China.

Refugiado en la isla de Tocaotican con sus más incondicionales, moriría de enfermedad unos años más tarde.

Wang Wanggao recibió paga y honores por la victoria sobre los piratas y, meses después, los chinos enviaron otra embajada a Manila a las órdenes de uno de los capitanes de su flota, para informar de lo sucedido. Dice Loarca que «trayan por capitán general a otro chino llamado Siaoga, de poca persona, ruin talle y viejo; dizen avía sido cosario quando moço».

La nueva delegación traía suntuosos regalos. Desde piezas de seda a mantas de algodón para quienes habían participado en las campañas contra el pirata, e incluso para los soldados del campo de Pangasinan a quienes se debía todavía una compensación por los prisioneros que finalmente les habían quitado [68] . También traían cartas, que Sande mandó al rey Felipe, para que viera la escritura china. En la nota con que las acompañaba calificaba sus letras como simples «partes o çifras».

*Tras la brillante defensa de Manila, el respeto por los españoles aumentó en todo el archipiélago y, con él, las conversiones, que lo hicieron de un modo imparable. Eso también supuso un estado de guerra permanente con los sultanes musulmanes del Sur.*

*La introducción de la primera imagen cristiana*. Obra de Carlos V.

Francisco, 1965. National Museum Collection.

Manila.

**5.5 PERANG KASTILA!**

EL ATAQUE DE LOS PIRATAS HABÍA CREADO una fuerte desazón entre los españoles y en los comerciantes que se establecían bajo su protección, conscientes unos y otros de que sin la llegada de refuerzos importantes, la soberanía del rey Felipe seguiría pendiente de un hilo. No había barcos, ni tropas ni colonos en número suficiente, y era inviable someter las miles de islas del archipiélago. Era inútil decir en Nueva España o en Europa que las islas eran un paraíso en el que se podía vivir de la caza, la pesca y la recolección de algunos cultivos, mientras se hacía una fortuna con el comercio. Nadie acababa de creerlo.

Sin embargo, la vitalidad, fuerza y energía de los españoles del XVI era tan asombrosa que todo parecía posible. Al esfuerzo de marinos y soldados se unía la expansión de los misioneros de las órdenes religiosas que demostraban una vitalidad casi sobrehumana. Su labor logró miles de conversiones, algo que los sultanatos de Joló y Mindanao no estaban dispuestos a permitir y, menos aún, cuando los «castilas»

comenzaron a extender su influencia al Norte de la isla de Borneo.

El sultán de Brunei, Saiful Rijal, fue uno de los gobernantes musulmanes que se sintió amenazado por los españoles. Sabía que los «moros» de las islas al Sur de Cebú habían sufrido los ataques de los agresivos europeos, y del aplastamiento de cualquier intento de oposición; había visto como los hombres de Legazpi se convertían en los señores del mar de la China y derrotaban a sus señores de la guerra más poderosos, Li Ma Hong, y estaba casi seguro de que él sería el próximo objetivo.

Le preocupaba mucho. Tanto que decidió apoyar la rebelión tagala contra los

«castilas» que siguió a los asaltos piratas chinos, y envió armas y hombres a Luzón. Fue su primer error, pues no conocía al nuevo gobernador de las Filipinas, un hombre de letras, pero que amaba la espada. Cuando Sande se enteró de que había ayudado a los rebeldes filipinos, envió una embajada a Brunei con la misión de solicitar al sultán el permiso para difundir el cristianismo en su reino. Al mismo tiempo, exigió que dejase de apoyar a los moros de Joló y Mindanao.

No hace falta ser un lince en política exterior para imaginar que Rijal, que tenía miles de guerreros bien armados y poderosas fortalezas a su disposición, pensó que ese tono de desafío era una locura. Los españoles eran solo unos pocos miles para imponer su ley en un territorio gigantesco ocupar era inimaginable, y envió al gobernador una contestación en la que rechazaba todas las pretensiones de los orgullosos y altaneros

«castilas». La verdad es que, de acuerdo con la lógica más elemental, no tenía nada que temer. Ese fue su segundo error.

En Manila, Francisco de Sande y sus experimentados capitanes, prepararon un plan de campaña contra Brunei. El objetivo era sencillo. Había que reunir todo lo que hubiese a mano — hombres, artillería y municiones — y equipar los barcos de la mejor manera posible. Miles de tagalos y chinos fueron puestos a trabajar para aprestar una flota y lanzar con ella un importante ataque contra el corazón del territorio enemigo: Kota Batu, la capital del sultanato rebelde.

El 14 de abril de 1578 comenzó la guerra. Sande llevaba 400 españoles, 1500

auxiliares filipinos y 300 guerreros de Borneo. Además, había conseguido una alianza con dos nobles de la región, Pengiran Seri Lela y Pengiran Seri Ratna. El primero sería el nuevo sultán y el segundo el *bendahara* — algo parecido a un visir-.

La flota española, con sus galeones en los que flameaban estandartes y banderas, artilladas las bandas con los terribles cañones que la habían dado fama, se presentó en la capital sin ningún problema. Tras destruir la mayoría de los buques de Brunei, apresó 30 embarcaciones con todos sus pertrechos y comenzó el desembarco de las tropas. Los soldados conquistaron la ciudad en apenas dos días. El ejército del sultanato — unos 2000 guerreros — no era rival para los españoles, que los barrieron del campo sin apenas combates.

Refugiado en el interior de la jungla, Saiful Rijal y el sultán vecino de Paduka Seri Begawan, Abdul Kahar, juntamente con los soldados que lograron escapar, llegaron hasta el cercano Meragang sin ser perseguidos. Allí se repusieron y comenzaron a planear como expulsar a los españoles de su capital.



*Guerreros* Dayak en la llamada Guerra de Castilla. *Cazadores de cabezas del Norte de Borneo, son un ejemplo de hasta qué punto los españoles se encontraban con pueblos diferentes a todo lo conocido en Europa. Era un mundo fascinante que estaba aún por descubrir.*

Una vez más, como ocurría con frecuencia en los trópicos, la disentería y el cólera afectaron a los «castilas», que el 26 de junio regresaron a Manila, no sin antes incendiar la mezquita principal, y someter la ciudad a un brutal saqueo.

Durante los 72 días que estuvieron en Brunei, los españoles y sus auxiliares cometieron todo tipo de brutalidades contra la población que, horrorizada, contemplaba por vez primera en su historia cómo era la guerra «moderna» al estilo europeo. Aquí los españoles mostraron su otra cara, la de despiadados y brutales saqueadores, violadores y asesinos. No más que los guerreros musulmanes de la región, pero si mejor armados y más eficaces.

Sus aliados quedaron al mando de Penigram Seri Ratna y Pengiran Seri Lela. El primero murió en uno de los combates contra las tropas del sultán en Bukit Jambu. El segundo falleció en agosto o septiembre. Probablemente de la misma epidemia que había afectado a los españoles, aunque también se dice que pudo ser envenenado.

Después de aquella incursión la situación se mantuvo estable durante años. En 1599, Francisco de Tello y Guzmán, el entonces capitán general y gobernador de las Filipinas, envió una carta al sultán para retomar las relaciones en el estado que estaban antes del conflicto **[69]** . Ni que decir tiene que su propuesta fue aceptada sin discusiones.

Brunei sufrió entre 150 y 200 muertos durante la guerra, por unas pérdidas españolas de entre 6 a 30 hombres, entre muertos y heridos. Una cifra ridícula. A cambio, Sande consiguió una sólida posición en las islas del sur de Filipinas, logró detener la expansión del Islam y, lo más importante, metió el miedo en el cuerpo a otros

sultanes, como lo prueba el hecho de que a su regreso a Manila, la flota aprovechó para obligar a someterse a la obediencia del rey de España a los de Mindanao y Joló. Una operación que le permitió escribir una carta a Madrid, en la que decía que nueve años después de la llegada a las islas de los españoles, todas se hallaban ya sometidas a su autoridad. No era del todo cierto, pero Madrid estaba muy lejos.

Además, en 1579, tras las anunciadas victorias, un noble, Gonzalo Ronquillo, alcalde de la Casa y Corte y alguacil mayor de la Audiencia de Nueva España, logró un asiento para llevar a las Filipinas, desde Europa, 600 hombres solteros o casados, con sus respectivas familias. Seleccionadas y reunidas en Sanlúcar, partieron hacia Asia vía Panamá. Llegaron a Manila en abril de 1580 y fueron recibidas de forma entusiasta. Su arribada era la mejor prueba de que la colonia española era viable y tendría futuro. Pero para entonces, un suceso fundamental estaba a punto de cambiar el destino de las islas: el rey Felipe de España se disponía a convertirse también en soberano de Portugal.

# EL GALEÓN DE MANILA

DESDE EL MISMO MOMENTO QUE URDANETA llegó a Navidad y Filipinas quedó bajo la circunscripción del Virreinato de Nueva España, se inauguró la principal ruta comercial del Pacífico: el Galeón de Manila también llamado Galeón de Acapulco o Nao de China.

Un lazo permanente con Oriente que se mantendría durante dos siglos y medio — de 1565 a 1815 — como una línea regular con bases en los puertos de Manila y Acapulco para llevar finalmente las mercancías por tierra desde Acapulco a Veracruz y, desde allí, a Sevilla.

De Manila hacia Acapulco solía zarpar desde finales de junio hasta mediados de julio. De Acapulco a Manila, entre las primeras semanas de febrero y las primeras de marzo. Un recorrido de más de 16 000 kilómetros con vientos superiores a fuerza siete y olas de más de tres metros, que lo convirtieron en un hito de la navegación mundial difícilmente superable.

El trayecto habitual desde Manila era peligroso y dependía en gran parte de los monzones, por lo que era importante la salida en unas fechas determinadas que la mayoría de las veces se incumplían por intereses comerciales. Discurría por los mares interiores de las islas Filipinas, hasta llegar al último puerto, San Jacinto. Después de abastecerse de leña, agua y víveres, era el momento de aventurarse en el Pacífico.

Primero el cruce del estrecho de San Bernardino permitía navegar de bolina y poner rumbo a Guam hasta alcanzar los 40°N de latitud. Desde ese punto se ponía rumbo al



Este gracias a los vientos y corrientes favorables hasta que apareciera en el horizonte la costa americana. Se celebraba con un *Te Deum* y una fiesta profana de singulares características denominada «el tribunal de las señas», que consistía en que oficiales y pasajeros fueran juzgados por la marinería. Se imponían multas a los culpables, saldadas con el pago de dulces y vino. Luego se largaba todo el aparejo y se caía a estribor para bajar por la costa de California hasta fondear en Acapulco. Si la travesía se alargaba más de lo previsto existía la posibilidad de morir de hambre, sed o por enfermedad, especialmente de escorbuto o disentería. En proporción, la cifra de fallecidos siempre fue mayor durante ese trayecto.

En Acapulco, el galeón era recibido con expectación. En cuanto lo divisaban se encendían fuegos en las atalayas y las campanas de las iglesias repicaban con fuerza para que los comerciantes acudieran a la feria de tres semanas de duración, llena de animación y color, que se celebraba en la ciudad. Durante la descarga de productos no se podía acercar ninguna embarcación y, antes de iniciarla, la mercancía pasaba varios controles: la del personal de la Real Hacienda, para llevar a cabo el cobro de impuestos; la de los técnicos que valorarían el estado del barco; y un tercero que consistía en un exhaustivo registro para que no quedara mercancía oculta. No obstante, los fraudes eran muy habituales.

*Galeón español en el momento de disparar sus cañones. Fragmento de la obra de Cornelis Verbeeck realizada entre 1618 y 1620.* Galería Nacional

de Arte. Washington.

Una vez clausurada la feria, pertrechado y cargado el navío con la plata mexicana del real situado y el producto de la venta en la feria — generalmente un 200 % del valor de compra de las mercancías —, tripulación, correspondencia, guarnición y pasajeros

— representantes del comercio, funcionarios civiles o militares y misioneros —, se daban a la vela con destino a Cavite.

Se seguía un rumbo Suroeste hasta bajar al paralelo 12° 30’ N, donde se viraba a estribor para seguir rumbo Oeste con los vientos portantes alisios y corrientes favorables. Era un viaje rápido y con pocos incidentes que solía durar tres meses si la salida se hacía a mediados de marzo y las condiciones eran favorables, o podía prolongarse algunas semanas más si se hacía escala en las Marianas o había que completar la aguada. La tranquilidad con la que se desarrollaba habitualmente esa ruta, hizo que fuera conocido como viaje por el «Mar de las Damas». En Manila, si su salida era motivo de solemnidad y alegría aún lo era más su llegada, sobre todo cuando retornaba repleto de plata y pasaje, ambos indispensables para las islas.

Las primeras naves de la carrera fueron naos hasta finales del siglo XV o principios del XVI, en que se substituyen por los nuevos galeones. Más adecuados por su mayor capacidad de carga, mejores condiciones marineras y superior capacidad defensiva y ofensiva. Sirvieron en la carrera de Filipinas hasta bien entrado el siglo XVIII. La construcción de los buques que cubrían la Carrera comenzó a hacerse en astilleros de Nueva España, pero el mejor emplazamiento de los astilleros filipinos de Cavite y la mayor calidad de las maderas existentes, acabaron por desplazarlos a otras tareas. Solo en casos concretos se eligieron astilleros extranjeros — Japón o Siam, por ejemplo —, a partir de 1679 se prohibió terminantemente que las naves para la línea de Acapulco se construyeran fuera de las Islas Filipinas. El último de los galeones que se construyó en el archipiélago, el *Sacra Familia*, levó anclas en Cavite, para su primer viaje a México en 1718.

El comercio entre Oriente y Nueva España pronto alcanzó importantes proporciones. El galeón de Manila traía: sedas, tejidos de algodón, marfiles, lacas, alfombras, especias y otros productos de China, India, Java, Ceilán, Persia o Japón, pero también llevaba productos españoles y novohispanos de primera necesidad, como el aceite de oliva, la harina de trigo para hacer pan, jamones, vino, herrajes, relojería o instrumentos náuticos, que alcanzaban precios desorbitados y cubrían la demanda de la creciente población española de Manila

que, a su vez, tenía saturado su mercado de productos asiáticos por la masiva llegada de comerciantes chinos.

Los primeros años, el galeón funcionó de manera libre y sin limitaciones, pero a partir de 1593, una Real Orden de Felipe II definió normas para su reparto, transporte,

dotación y defensa. Su objetivo era imponer el monopolio para evitar el contrabando y proteger la industria textil andaluza, por lo que quedó reservado solo para los españoles, tanto residentes en Filipinas como en Nueva España. Una manera también de compensar a sus servidores en aquellas islas tan alejadas de la metrópoli. El valor de las mercancías que se embarcasen en Manila tenía un límite de 250 000 pesos de a ocho reales, mientras que el retorno a Manila del principal y ganancias obtenidas con su venta no podía superar los 500 000 pesos.

Al principio eran los comerciantes chinos los que se encargaban de proveerse de las mercancías procedentes de Asia, pero posteriormente se estableció el servicio de *pancadas*, que consistía en que un encargado compraba todas las mercancías chinas y luego las distribuía entre los comerciantes en función del espacio que estos dispusieran.

Para ello, el buque se dividía en piezas, representadas por un certificado llamado

«boleta», que se distribuían entre la población española de Manila y Cavite, según su antigüedad y condición, que no quedaba exento de tráfico de influencias. En el reparto entraban también soldados, viudas y eclesiásticos, que a través de las Obras Pías concedían préstamos a cambio de elevados intereses a los comerciantes que los solicitaran. Se aceptaba la costumbre de permitir a soldados y marineros, con excepción de los oficiales, embarcar con sus ropas alguna mercancía por valor inferior a 30 pesos, que luego vendían en Acapulco como compensación a la dureza del viaje y lo justo de su paga.

Debía evitarse la sobrecarga y tener en cuenta los abastecimientos necesarios para el viaje, la defensa y la posibilidad de enfrentarse al mal tiempo. Todo exceso de las normas establecidas, muchas veces permitido por el gobernador y los oficiales de la nave, en caso de existir y ser descubierto, se consideraba como contrabando.

En general el control y manejo del sistema de galeones se encontró siempre bajo la responsabilidad de los virreyes de Nueva España. Bajo su competencia se mantuvo durante años la vigilancia del tráfico

ilícito, la concesión de permisos para viajar a Filipinas y la modificación de las tarifas de los pasajes o los fletes.

A lo largo de los 250 años que surcaron los mares, de los 109 galeones solo cuatro fueron las naves que se perdieron en combate con piratas chinos, holandeses o británicos y 26 las que fueron víctimas de los tifones locales. Un éxito más que razonable.



# HORIZONTES LEJANOS

*En 1575 el gobernador Gudo de Lebazares, envió a la Corte en Madrid un bello mapa de China de factura «Sangley», que acompañaba un documento titulado* Relación de lo que se contiene en la carta de molde de los chinos que se envía a su Majestad — *AGI Filipinas 6, ramo 1, número 24 bis —. Hoy sabemos que era un mapa de 1522 que copiaba uno más antiguo, de 1452. Poco después, y para su sorpresa, el rey prudente recibió una propuesta, fechada el 2 de junio de 1576, seria y razonada, para que España conquistase China, el mayor reino de la Tierra.*

*Lo que toca a la jornada de China es cosa llana y será de poca cosa; que sin pagar, vendrá la gente española armada a su costa y escogida por provincias, y pagarán flete y serán dichosos; solo la costa es de maestros y oficiales para hacer y mandar galeras, artilleros y fundidores, ingenieros y artillería; y a estos y a la gente suelta se les puede acá dar de comer. El Imperio y la gloria mayor que Rey del Mundo ha dejado, es este, y el interés que vence a todo y el servicio de Dios mayor. Yo creo que he pintado bien la gente, que es la mejor del mundo para tributarnos.*

Carta dirigida por don Francisco de Sande al rey Felipe II

# 2 de junio de 1576

## 6.1 EN LAS FRONTERAS DE LA LOCURA

FRANCISCO DE SANDE doctor en leyes por la Universidad de Sevilla, no había nacido para el compromiso [70] . Su vigorosa personalidad, unida a los informes que recibió a su llegada a Manila del ataque de Li Ma Hong, aumentó su desprecio hacia los chinos, que ya desde un primer momento no habían sido de su agrado.

En realidad los desencuentros habían comenzado porque los dignatarios chinos de la embajada de Wang Wanggao, sofisticados y refinados, no veían con buenos ojos a la colonia castellana en Manila, pobre y poco desarrollada para su categoría social. Es verdad que los objetos materiales de los *folangji* resultaban curiosos, pero instrumentos de navegación como sextantes, brújulas o relojes mecánicos, que eran el máximo exponente de la tecnología europea del Renacimiento, no les parecieron más que

«ingeniosos juguetes». Tampoco notaron que los «castilas» se deshicieran en agasajarlos. Al contrario, el desinterés y el extraño talante soberbio y orgulloso de los españoles, no fue de su agrado.

Además, hubo otro incidente cuando el nuevo gobernador se negó a ofrecer regalos y recompensas a la delegación china de un valor similar a los que llevó la embajada enviada por Guido de Lebazares. Alegó que se podría interpretar como una sumisión simbólica al emperador de China, por lo que ellos hicieron lo mismo y no entregaron a Sande los presentes que traían para Lebazares. Por último, Sande se negó a dar fe de que la cabeza desfigurada de cualquier chino muerto fuese identificada como la de Li Ma Hong, tal y como al parecer, pretendían los enviados imperiales.

Como ya hemos comentado los indignados embajadores y sus acompañantes se marcharon el 4 de mayo. Podría parecer que Sande había hecho una demostración de fuerza, no obstante hay otros testimonios como el del jesuita Francisco Colín, en su obra *Labor Evangélica de la Compañía de Jesús en las Islas Filipinas*, que es a él al que no dejan en buen lugar cuando relatan los hechos:

El nuevo gobernador no ha hecho mucha cuenta desta embaxada, ni correspondió al capitán que traxo a los religiosos, con el regalo que allá les avía hecho, ni a los presentes del virrey para el governador,

maesse de campo y otros ministros de Manila, por lo qual descontento el chino, se partió sin querer recibir nada de lo que le davan, y aunque embarcó consigo al padre fray Martín de Rada que con otro compañero intentava bolver por segunda vez a China, le dexo en una tierra desierta de Bolinao, robado y desnudo, y muertos algunos de sus criados y compañeros, y acotados y maltratados a otro.



*Un mapa de China en la época Ming. Una gran parte del conocimiento del mundo adquirido por los viajes en la época del emperador Chen Zu se había perdido u olvidado. Los chinos, que se veían a sí mismos como la única nación civilizada del mundo, no tenían un especial interés por lo que sucedía más allá de sus fronteras.*

En cualquier caso el primer intento de acuerdo entre chinos y españoles, uno de los primeros objetivos de Sande, había fracasado. Un problema, pues las órdenes del rey eran claras: «procurareys comunicación y trato con los de la China, y dareys a entender la calidad de la gente de aquel Reyno y el trabajo que tienen, y todo nos dareys aviso al Nuestro Consejo de Indias[71]». Además, no había ninguna duda de que la conclusión personal obtenida por el gobernador sobre los chinos iba en otra dirección y no estaba dispuesto a considerar la vía pacífica como una solución, ni a corto, ni a medio plazo.

Por su mente empezaba a rondar una idea, basada en el convencimiento de que los chinos era un pueblo degenerado y cobarde, y que el objetivo de España no debía de ser el «comercio con la China», sino su conquista por las armas.

A Sande le parecía algo fácil, y decidió reunir a sus capitanes de mar y guerra, e incluso a religiosos, para preparar un plan que pudiese llevar adelante su proyecto. El 6

de junio se lo comunicó en carta personal al rey, y el 7, por los canales habituales al Consejo de Indias en una carta-relación. En ambas exponía su idea con todo lujo de detalles:

Humildemente suplico a Vuestra Majestad — le decía — sea servido de mandarlo ver y proveer como cosa que tanto conviene a su servicio. Lo que toca a la jornada de China es cosa llana y será de poca cosa; que sin pagar, vendrá la gente española armada a su costa y escogida por provincias, y pagarán flete y serán dichosos; solo la costa es de maestros y oficiales para hacer y mandar galeras, artilleros y fundidores, ingenieros y artillería; y a estos y a la gente suelta se les puede acá dar de comer. El Imperio y la gloria mayor que Rey del Mundo ha dejado, es este, y el interés que vence a todo y el servicio de Dios mayor. Yo creo que he pintado bien la gente, pero es la mejor del mundo para tribútanos; traen guerra con el Rey de Tartaria, y si la tuviesen en esta costa, es acabado su negocio y aun el de ambos con el favor de Dios. Tienen muchos



enemigos por este Archipiélago que son más valientes que ellos, que serán de mucho provecho. Suplico a VM. se mande proveer; que es justísimo, que de tan justo y grande Rey lleguen sus manos y leyes a dar vuelta al mundo.

Sande no era al primero en tener esa idea. Ya Martín de Rada, que destacaba desde su llegada por su defensa de los derechos de los nativos filipinos, no había dudado en proponer al rey, tan temprano como en el verano de 1569, la invasión de China, con una ingenuidad que casi despierta ternura:

Los descubridores por mar ó tierra, no se empachen en guerra ni conquista en ninguna manera, ni ayudar á unos indios contra otros, ni se revuelvan en cuestiones ni contiendas con los de la tierra, por

ninguna causa ni razón que sea, ni les hagan daño ni mal alguno; ni les tomen contra su voluntad, cosa alguna suya, sino fuere por rescate, dándoselo ellos de propia voluntad.

*Porcelana decorada de la dinastía Ming. La civilización china milenaria y muy avanzada en algunos aspectos era una gran productora de objetos de lujo muy valorados en toda Asia, y desde de la llegada de portugueses y españoles, también en Europa.*

Más duro, por ser defendido desde un punto de vista intelectualmente insoportable, pues contenía un desprecio hacia los asiáticos tan brutal que ni siquiera podía ser tenido en cuenta en su tiempo, fue lo afirmado por Hernando Riquel, un escribano real, que aseguraba que «China podía ser conquistada con menos de sesenta buenos soldados españoles».

Las ideas que defendían un acción militar contra China, se vieron apoyadas por quienes estaban desilusionados con las Filipinas. Aquellos que pensaron que podían

obtener grandes riquezas y se encontraron con que no era así, que no había grandes minas de oro o plata y que incluso las tan buscadas especias eran relativamente escasas en el archipiélago. Desde Labezares, que continuaba en Manila y había adquirido una intensa animadversión contra todo lo que le recordase a China tras el ataque de Li Ma Hong — incluso en dos cartas oficiales se mostró favorable a la idea de atacar al gigantesco país del Este — hasta endurecidos combatientes como el palentino Pablo de Carrión, experimentado capitán de la armada.

Sande pensaba que su propuesta prendería en la imaginación de los españoles, pues les ofrecía algo a la medida de la grandeza de Castilla, de la misma forma que las noticias traídas por los religiosos que habían estado en China, impresionaban a los residentes de Manila, agitaban su ambición y los hacían soñar ya con la conquista de un reino plagado de riquezas sin cuento. Por eso era evidente que el gobernador había contado para redactar su carta con el asesoramiento de muchos interesados. Desde esos mismos religiosos, que conocían mejor que él China, hasta comerciantes, ambiciosos encomenderos o soldados a quienes atraía la idea de atacar al gigantesco imperio.

## 6.2 ARGUMENTOS PARA CONQUISTAR CHINA

LOS TRES BLOQUES O GRUPOS EN LOS QUE SE DIVIDÍA el extenso informe de Sande incluían una detallada relación de la navegación que permitiría llegar a las costas chinas desde Nueva España; un completo memorándum de lo sucedido con el ataque de Li Ma Hong y de cómo la brillante defensa de los castellanos y sus aliados tagalos había permitido vencer a chinos y a japoneses lo que había también facilitado el conocimiento de la verdadera dimensión del poder de sus enemigos — y, finalmente, el resultado de la embajada de Martín de Rada y Miguel de Loarca en Fujian.

El principal argumento de Sande era evitar que los portugueses, por meras razones lucrativas, acabasen armando a los chinos con artillería moderna y armas de fuego portátiles:

Me han dicho japoneses y chinos que los portugueses han llevado allá armas, en especial arcabuces como nosotros los usamos, y a mí me vendió un chino un montante portugués, y así les podrían enseñar el uso de artillería gruesa y mandar los caballos y otros tan perjudiciales, que como son mercaderes — los portugueses —, no es de maravillar lo hagan.

En este sentido parece claro que para Sande la rivalidad portuguesa era el motivo fundamental por el que había que invadir China, y lo plantea, cuando en la misma relación habla de la sorpresa — «conviene abreviar esta jornada» —, como una especie de ataque preventivo. En realidad, aunque los comerciantes de Macao habían hecho todo lo posible por perjudicar la imagen de los castellanos en todo Oriente, y no veían con buenos ojos la instalación española en las Filipinas, no estaban tan locos como para enseñar a los chinos a fundir cañones como los suyos ni a fabricar arcabuces y mosquetes de alta calidad. De hecho hay pruebas de sobra de que no lo hicieron.

En la segunda parte de su informe, Sande considera necesarios entre 4000 y 6000

hombres, armados de picas y arcabuces, con apoyo de artillería y material de sitio. Se trataría de un asalto anfibio sobre la provincia que se considerase más idónea, pues dice que «siendo señores de una provincia es hecha la conquista» y, luego, con la cobertura de los

galeones que otorgarían a España el dominio del mar, y de buques de apoyo más pequeños, recorrerían la costa hacia el Norte. Sande presume también que la sumisión a la que son sometidos los chinos por sus gobernantes, los haría rebelarse. Luego serían fáciles de convertir al cristianismo. La provincia en la que pensaba, era sin duda Fujian, origen de la mayor parte de los *sangleyes* de Manila, y donde creía que sería posible encontrar aliados. Ya había sido identificada anteriormente por Loarca como un buen objetivo, al decir que «si los españoles han de ir a China, han de ir a esta provincia de Aquian [72] ».

El enorme desprecio que Sande tenía por los chinos — en realidad por todo aquel que no fuese castellano — se apreciaba en comentarios despectivos extendidos por la totalidad del informe. Van desde su convencimiento de que China se hundirá tras una sola batalla, hasta opiniones sobre el carácter de quienes asegura son siervos por naturaleza y gentes sin dignidad ni honor. Por eso no vacila en asegurar que: «en rompiendo una batalla es acabado el negocio, porque no hay en todo aquel reino que tenga cien ducados de renta ni un palmo de tierra, ni que tenga por afrenta que le den doscientos azotes, y son todos venales y acostumbrados a servir a extranjeros».

Toda la mano de obra necesaria para llevar adelante el proyecto podría obtenerse en las Filipinas, donde de forma algo inocente, el gobernador afirmaba que se podría unir a los reyezuelos y tribus en un objetivo común, por lo que sería fácil conseguir que aportasen los hombres necesarios para construir los barcos de la flota invasora. Eso exigiría un gran esfuerzo en construir astilleros, talar bosques enteros y fabricar todo lo necesario, desde clavos a velas, y desde cordajes a toneles, además de edificar almacenes, arsenales y depósitos en los que acumular ordenadamente la inmensa logística que precisaría la expedición, pero él estaba dispuesto a asumirlo.



*Artillería de la época Ming utilizada para impedir el cruce de un río. De muy mala calidad y pésima manufactura, era despreciada por los propios chinos. Para los españoles sus cañones eran poco menos que trastos inútiles sin valor. Si los capturaban los fundían para convertirlos en anclas, contrapesos, o cualquier otra cosa, pues no les servían para nada como armas.*

Por supuesto, y por lo poco que había visto de ellos, Sande creía haber encontrado un pueblo de guerreros combativos y eficaces, a los que creía sería factible contratar como mercenarios. «Son enemigos mortales de los chinos — decía de ellos — e irán de buena gana allá; también corsarios naturales se nos juntarán y nos meterán en la tierra».

Se refería obviamente a los japoneses. En su opinión, ellos sabían perfectamente «que los chinos eran un pueblo tan cobarde que ni siquiera saben montar a caballo, están desarmados y sus costas no gozan de protección, son desorganizados, vagos y ladrones, dispuestos a vender a sus propios hijos, e inútiles para el trabajo si no se les obliga».

Finalmente, Sande, cegado por la soberbia, incluso negaba su civilización, ya que afirmaba que era «un pueblo sin ciencia ni saber salvo la escritura, que es lo único que se exige como mérito para ascender a los máximos puestos de la Administración».

Obviamente, para convencer a la Corte, al Consejo, y al propio monarca, el gobernador ofreció una descripción exagerada de las riquezas del país y la existencia de minas en las que obtener gemas y metales preciosos, sin olvidar el clásico sistema de exprimir con impuestos a la masa de la población. Se mostraba así, a los chinos, en la línea ya dada por religiosos como el padre jesuita Alonso Sánchez, como un pueblo inculto, brutal, extraño, intrínsecamente perverso, corrupto y débil, pero con las riquezas suficientes para que mereciera la pena su conquista. Un arquetipo que se mantuvo durante siglos y que aún hoy persiste con ligeros matices.



*Oficial y soldados de caballería de la dinastía Ming con armadura de placas. El periodo Ming, entre 1368 y 1662, está considerado como una de las tres edades de oro de China, junto con las dinastías Han y Tang. Durante su reinado, los Ming hicieron mejoras en la tecnología, la agricultura, el comercio y la manufactura. Pese a ello, y a pesar de contar con ejércitos gigantescos compuestos por miles de hombres que llevaban largos años enfrentados a japoneses y coreanos, los soldados tenían una de las posiciones sociales más inferiores, por lo que su moral era baja y, su única motivación, la supervivencia.*

Por último, muy en la línea de la época, Sande se ocupaba de dar un contenido legal a la evidente agresión que proponía. Buscaba para ello argumentos con que ajustar la invasión al derecho de gentes y conseguir que la hiciesen lícita [73] , algo que le resultó muy sencillo en cuanto imputó a los chinos toda clase de maldades:

Vedan entrar gentes en su tierra, y yo no sé ni he oído maldad que en

estos no haya, porque ellos son idólatras y sodomitas, ladrones y corsarios de mar y tierra, y realmente la mar, que ha de ser libre conforme al derecho de gentes, no lo está de elfos, porque cualquiera que por elfos pasare, si pueden lo matarán y robarán.

Mucho más seria e importante que esta colección de supuestas muestras por las que China merecía ser invadida, había una de tipo geoestratégico: la evidente amenaza que representaban los auténticos ejércitos de señores de la guerra como Li Ma Hong, que podían ser reconstruidos por cualquier líder ambicioso y amenazar la posición española en Manila, a donde se llegaba desde las costas de Fujian en cinco días si se navegaba en barcos chinos, pero solo en dos embarcado en los galeones españoles si había buen viento. Las formas de Sande eran criticables, pero en el fondo no iba desencaminado [74] .

Militarmente, aunque todo pueda parecer una locura gigantesca, la estocada sobre Fujian que Sande pretendía lanzar estaba bien pensada. La valoración real y metódica del resultado de los combates en que se habían enfrentado hasta el momento con chinos

y japoneses estaba bien valorada por los comandantes castellanos, que eran plenamente conscientes de que, en realidad, los ejércitos de los piratas estaban mejor armados y eran muchísimo más combativos que los del imperio, y que la tropas regulares chinas, mal entrenadas y desmoralizadas, eran presa fácil.

La campaña de Borneo, un año y medio después de enviar su primera propuesta, acabó de convencer a Sande de que la «Empresa de China» era posible, y que los chinos no eran diferentes en nada al resto de pueblos «bárbaros» que los españoles habían encontrado en sus correrías por el mundo. Estaba incluso dispuesto a empeñar su patrimonio en la aventura, que sostenía, engrandecería a la monarquía española hasta el extremo de convertirla, sin duda, en la más poderosa del orbe.

El problema del plan de Sande, al margen del disparate que suponía atacar con unos pocos miles de hombres a la mayor potencia terrestre del planeta, era que los españoles no habían percibido bien como estaba estructurado el imperio chino. La idea general era que formaba algo parecido a una confederación de reinos, en los que los gobernadores no eran tales, sino una especie de virreyes [75] del emperador en Pekín, y que la invasión de una provincia no tendría por qué provocar una guerra con las demás. Era un error garrafal de cálculo, pero no el único. Nadie había previsto que se haría con los

«aliados», una vez terminada la campaña, ni cuanto se tardaría en realidad en acabar con una nación de un tamaño tan descomunal, si presentaba resistencia [76] .

El rey intervino por primera vez en el asunto en abril de 1577. En una cédula del día 29 — aunque lo hizo de una forma muy diplomática, cosa rara en él —, se mostró opuesto al plan de su gobernador. Su escrito dejaba claro que buscaba la amistad de China y la posibilidad de comerciar, pero que no entraba en los planes de la Corona invadirla. Aun así, el rey no desechó del todo el proyecto — como habitualmente se dice solo lo aplazó: «Si conviene se haga novedad, — concluía Felipe II — se os dará orden de la que en ello se hubiera de tener».

Esto contradice lo que sostienen por sistema los historiadores españoles, que convienen en que el plan le pareció al rey un disparate. No parece ser cierto a la vista de las fuentes [77] , pues algunas de las propuestas más tentadoras de Sande fueron recibidas con interés.

No obstante, la intervención de gentes, como Escalante — en su obra *Discurso de la Navegación*, de 1577 —, contrarios a la expedición por pensar que era desmedida y un riesgo exagerado, fue enfriando el entusiasmo de los partidarios de la invasión, lo que no impidió que Sande insistiese una y otra vez.



*Mapa de las Islas Filipinas editado en Francia en 1752. Está copiado del*

*publicado treinta años antes en* Geografía Histórica *, la magna obra del jesuita Pedro Murillo Velarde, misionero en el archipiélago, jurista y geógrafo.*

# 6.3 EL ESCOLLO PORTUGUÉS

EL PLAN TENÍA UN PUNTO EN EL QUE EL GOBERNADOR sabía que el rey no iba a estar muy de acuerdo. No era otro que la posibilidad de que una invasión de las costas de China afectase de alguna forma a los «derechos» de Portugal — por supuesto los derechos de los no europeos no le importaban a nadie lo más mínimo —. Sande alegaba que todo el territorio tenía que someterse a la soberanía española, y le daba igual la opinión del resto:

Los Malucos y todo lo demás que hay desde Malaca para acá, en la que entran Burney, y toda la costa de China, Lequios y Japones y Nueva Guinea, es demarcación de Vuestra Majestad, y que los portugueses pasan más de 500 leguas, y exceden en fortificarse, aunque de sus fortificaciones no hay que hacer caso [...] solamente se atiende a la voluntad de Vuestra Majestad.

El derecho castellano sobre China, al menos sus costas, había sido defendido de acuerdo con el Tratado de Tordesillas, por cartógrafos y cosmógrafos. Incluso el cronista de Indias, Juan López de Velasco, en su obra *Geografía*, decía que «sábese cierto y averiguado por las cartas de cosmografía antiguas y modernas que toda aquella tierra

viene a caer a la demarcación de los Reyes de Castilla» por lo que Sande disponía de argumentos para intentar defender su propuesta.

Aunque la hostilidad contra Portugal no era muy elevada en Castilla, si lo era en Oriente, donde los choques con los portugueses se arrastraban desde hacía más de medio siglo, y donde no había sido raro llegar a las armas. Por ello, para sostener las posiciones españolas en Cebú y Luzón, era fundamental desde el punto de vista estratégico asegurar con eficacia que se conocían con tiempo posibles amenazas contra Manila, e incluso contar con fuertes o puertos seguros en las islas de Sur del Mar de China o en las costas continentales del país.

En este sentido, Sande usó un sorprendente argumento para convencer al rey de que podía, e incluso debía, ocupar el espacio de Portugal en las costas de China, Conchinchina y las islas de la Especiería, pues sostenía que solo España podía enfrentarse con éxito a los musulmanes y a su microcosmos de sultanatos y reinos que rodeaban y amenazaban las Filipinas. Los más próximos eran Siam, Patan — a menos de 500 kilómetros de Luzón — y Borneo.

La habilidad militar de los españoles ayudaría a sostener Manila, pero curiosamente, también a Portugal, cuyas «débiles» fortalezas estaban amenazadas por el sultán de Aceh, en Java, un notable guerrero que desafiaba su soberanía y de quien se sabía que contaba con al menos medio millar de arcabuceros turcos de refuerzo. Un hombre al que también despreciaba Sande cuando decía de él que no era sino «un morillo desventurado que anda desnudo y descalzo, y se halla tan próximo a Malaca como Berbería de Andalucía». La verdad es que la arrogancia de los castellanos de la época, a la luz de sus opiniones y conducta, era asombrosa.

Sin embargo, si había turcos en las costas de Java y Malaca era preciso intervenir para detener a cualquier precio su expansión. Algo que, a juicio de Sande, Castilla era la única nación en el mundo capacitada para hacerlo, pues su inmenso desprecio hacia todo lo no castellano, incluía a los portugueses, para él un país pobre, despoblado, que no podía enviar soldados y caballeros a Oriente y se veía obligado a contar con los mestizos nacidos en Asia, «casi todos los que acá andan — decía en uno de sus comunicados — son nacidos en la India e hijos de indias», a los que no concedía ningún valor militar.

El rey, interesado sinceramente en el asunto, solicitó los informes de Martín de Rada, que no le llegarían por haber fallecido en la expedición a Borneo [78] , pero la noticia de que había serias propuestas para invadir China, comenzó a extenderse. Ya no solo se hablaba de ello en la corte, sino también en América, donde pululaban decenas de

hidalgos ambiciosos, deseosos de emular a Cortés o a Pizarro. Algunos en importantes puestos, como Diego García de Palacio, un oidor de la Audiencia de Guatemala, que envió también su propio plan de invasión. Una propuesta que, cuando fue conocida por Sande, lo animó aún más. Escribía García de Palacio:

Siendo la Magestad del Rey Don Phelippe II Nuestro Señor servido de reduzir y atraer a su obediencia y servicio al gran Reyno de Taybin [79] , disponiendo del señorío natural al que agora aquel reyno esconde, por tal convendrá poner en la ysla de Lucón, que está por el archipiélago del dicho Reyno hasta quatro mili españoles sin los que de presente ay en ella y en las demás sus convezinas, nombradas Philippinas, convendrá asimismo para que los dichos hagan el efecto que se puede pretender y tener toda aquella mar por suya, mandar hazer además de las quatro galeras que el Doctor Sande tiene hechas, otras dos de a veynte y quatro remeros por vanda, proveyendo de officiales y mandadores que entiendan y enseñen su buen uso.

Asimismo sería necesario que Su Magestad mande poner en la ysla alguna buena cantidad de bronze para fundir y hazer las piezas necesarias para las dichas seis galeras y algunas de campaña.

Al contrario de lo esperado, este nuevo plan alertó en la corte a quienes empezaban a pensar que el asunto comenzaba a pasarse de la raya. El Consejo de Indias cortó de forma inmediata cualquier esperanza de que García de Palacio pensase que se apoyaba su idea. Eran muchos los que creían que la complejidad de la empresa era inmensa. Las distancias, el número de habitantes, el absoluto desconocimiento del interior del país, de sus recursos reales y de su verdadera fuerza, hacían muy desaconsejable apoyar a Sande o a cualquiera que defendiera oficialmente sus descabelladas propuestas.

La mejor de las tesis en contra de quienes querían la guerra en China, como Sande o el jesuita Alonso Sánchez, la dio José de Acosta [80], en dos pequeños tratados: *El Parecer sobre la Guerra de la China breve y conciso*, y *Respuesta a los fundamentos que justifican la guerra contra China*, ambos dirigidos a su superior Claudio Acquaviva, que mostró siempre una inclinación hacia la postura de Acosta y un rechazo hacia la de Sánchez y otros belicistas.

Otra cuestión que sirvió para darle largas al proyecto, fue que finalmente, el 13 de febrero de 1578, el papa Gregorio XIII emitió la bula *Ictius fulciti praesidio* en la que no dejaba lugar a dudas: China y las islas y naciones del Oriente de Asia, quedaban en la demarcación de Portugal. Una vez conocida la resolución papal, el rey Felipe, que había puesto sus miras en el país vecino, decidió aceptar la opinión del papa. A partir de ese momento, los religiosos que iban a China, no lo hicieron ya por la ruta España-México-



Filipinas, sino por la de India-Malaya-Macao, una forma implícita de reconocer los derechos de Portugal.

La idea de conquistar China quedó aplazada, pero no olvidada, pues sus defensores durarían más que el gobierno de Sande. Como veremos, sucesos acaecidos muy lejos de Asia, tendrían influencia en que el proyecto volviese de nuevo a la vida.

# 6.4 GOBERNAR EL MUNDO

EL DÍA 4 DE AGOSTO DE 1578, en la batalla llamada de Alcazarquivir — زخب ير ،غصر ا ،لا

o *Al-Qasr Al-Kabir* — por los portugueses y de *Wed al Makhazín* por los marroquíes, denominada también *Batalla de los Tres Reyes* porque en ella perecieron el rey de Portugal y los dos sultanes que se disputaban el trono de Marruecos, fue derrotado el rey don Sebastián. Con él, murió también en combate lo más granado de la nobleza portuguesa **[81]** .

*Un junco entra en un puerto del Sur de China. La unión dinástica de España y Portugal ayudó a los portugueses a sostener una parte de sus posiciones en Asia, muy afectadas por las duras guerras de la década de 1570; hasta el extremo de que el gobernador Ronquillo propuso en 1582 al rey Felipe II, que ya era rey de Portugal, que ocupase con castellanos Macao y las Molucas y expulsase de allí a los portugueses a quienes consideraba incapaces de defenderlas.*

La pérdida del rey sucedió en el peor momento imaginable, pues hacía poco que los portugueses, duros, fanáticos y arrogantes, que imponían su ley en el índico con mano de hierro desde hacía ya más de medio siglo, se enfrentaban a una gigantesca revuelta extendida desde las costas de la India a Malaca. En palabras del escritor y jesuita francés, Guillaume Thomas Raynal:

No quedaba ya ninguno de los primeros conquistadores de la India y, su patria, agotada por la demasiada cantidad de proyectos y colonias, no podía sustituirlos. Los



defensores de los enclaves portugueses habían nacido en Asia […] No conservaron la suficiente valentía para hacerse respetar, y se abandonaron a todos los excesos que hacía que se les odiara. Eran unos monstruos: el veneno, los incendios, los asesinatos, todos los crímenes les resultaban familiares.

*El 4 de agosto de 1578, moría en el campo de batalla de Alcazarquivir, Marruecos, el último monarca de la dinastía de Avis, don Sebastián de Portugal. Era hijo del príncipe don Juan de Avis y de doña Juana de Austria, hermana de Felipe II de España. La sucesión al trono recaería en Felipe II, que aunaba las dos coronas, por lo que los problemas de Sande con los portugueses quedaban resueltos.* Obra de Cristóbal de Morales realizada en 1572. Museo del Prado, Madrid.

La guerra fue terrible, y coincidió con los años que siguieron a la victoria española sobre Li Ma Hong y a la consolidación del poder español en las Filipinas. Mangalro, Cochim, Cananor, Chaul, Daman, Bachaím, todas las posiciones, fuertes, estaciones y puestos portugueses fueron atacados. El sultán de Ternate cayó sobre las Molucas, dispuesto a expulsar a los cristianos de la Especiería, y el hábil sultán de Aceh hizo lo mismo con Malaca. El imperio construido con el esfuerzo de generaciones estaba amenazado de muerte. En Goa, la capital del «Estado da India», la opinión mayoritaria era abandonar todas las posiciones al Este de la costa Malabar y concentrar todas las fuerzas solo en la defensa de las posiciones de la India.

Afortunadamente, el rey Sebastián había enviado a Asia a un hombre valeroso y cabal, un caballero a la vieja usanza que parecía condensar todas las virtudes de Portugal, Luís de Ataíde, conde de Atouguia y marqués de Santarém. Dispuesto a evitar

el desastre, enseguida hizo públicas sus intenciones: «quiero conservarlo todo, y, mientras viva, los enemigos no ganarán ni un palmo de terreno».

Las hazañas llevadas a cabo por los *fidalgos* llegados de Europa fueron extraordinarias y algunas están entre las más grandes de la historia de Portugal, pero aunque la revuelta fue finalmente sofocada, supuso un coste enorme, y muchos de los puestos ya no pudieron mantenerse con la misma firmeza que antes [82] .

Además, la muerte del rey y el caos en el que quedó sumido el reino, acabó por resultar un desastre para los portugueses establecidos en Asia, aún agotados por el esfuerzo. Algunos capitanes y soldados se ofrecieron como mercenarios a los reyezuelos de la región, otros se dedicaron a la piratería y muchos gobernadores comenzaron a operar como si fuesen señores independientes. En consecuencia, las tres áreas de gobierno de las Indias dejaron de apoyarse mutuamente, sin que desde Europa llegasen órdenes, instrucciones o refuerzos. Nada.

El 11 de enero de 1580 se convocaron Cortes en Almeirim, para determinar la sucesión a la Corona. Fueron interrumpidas por la muerte de Enrique I, tío y sucesor de Sebastián, que era cardenal, y no se le conocía descendencia. La solución provisional fue nombrar el día 31 un consejo de regencia con cinco gobernadores que deberían formar un gobierno interino encargado de administrar el país.

A la nobleza portuguesa le preocupaba el poder mantener su independencia y buscó ayuda para encontrar otro rey. En ese tiempo, el trono portugués lo disputaban varios candidatos y, según la antigua costumbre feudal, la ilegitimidad en el nacimiento anulaba los derechos, y la línea de descendencia masculina prevalecía sobre la femenina. Felipe II, era descendiente de Manuel I por línea femenina, una desventaja en su candidatura, pero su edad y su género masculino lo colocaban en una posición mejor que la del resto de candidatos.

La situación acabó por complicarse y, el 20 de junio de 1580, anticipándose a la decisión del consejo regente, Antonio, prior de Crato [83] , uno de los candidatos al trono, se autoproclamó rey de Portugal en Santarém. Su gobierno duró treinta días, el tiempo que tardó el ejército expedicionario del duque de Alba en invadir Portugal

y derrotarlo en la batalla de Alcántara[84]. Tras la toma de Lisboa por los tercios españoles y la caída de Oporto, intentó gobernar el país desde la Isla Terceira en Azores, donde estableció un gobierno en el exilio, pero en 1583, tras destruir a la flota francesa que lo apoyaba en la batalla de las Terceras, la isla fue tomada por el marqués de Santa Cruz. Felipe II era ahora el soberano más importante de la Tierra. El verdadero señor del mundo.

La situación en Europa se normalizó con cierta rapidez, y lo cierto es que durante el resto del reinado de Felipe II, la unión dinástica funcionó. Las tierras, ciudades y posesiones en ultramar de Portugal, quedaron bajo el control del Consejo de Portugal y el gobernador español en las Filipinas, se encontró de golpe con que tenía más que una ventaja, un problema.

En Manila, el nuevo gobernador desde abril de 1580 y con cargo vitalicio era Gonzalo Ronquillo de Peñalosa. Castellano, de Arévalo, en Ávila, tenía gran experiencia y había sido alguacil mayor de la Corte en México. Se encontraba con un desafío doble, no solo debía velar por proteger la pequeña colonia española en las Filipinas, sino asegurar la soberanía del rey Felipe sobre los territorios de Portugal, a los que también debía ayudar y proteger.

Lo primero que hizo fue intentar asegurar Manila, para lo que fundó en extramuros, la alcaicería de San Fernando, en la margen derecha del río Pásig, protegida desde el fuerte de Santiago. Allí y en sus inmediaciones concentró a los chinos, japoneses, isleños de Molucas y moros de Borneo, «razas rebeldes y belicosas que concurrían al tráfico de la ciudad y extramuros, y a las cuales convenía imponer algún respeto».

En Macao hubo al principio bastante resistencia para reconocer al nuevo rey. Se envió al jesuita Alonso Sánchez, que logró que se reconociera y jurase como rey a Felipe, pero no pudo impedir que los portugueses pusieran todo tipo de obstáculos y trabas a los castellanos, a los que seguían viendo como molestos rivales comerciales y casi enemigos. Por el contrario, en las Molucas, donde los portugueses habían logrado mantener una auténtica barrera ante los castellanos, la situación tras la última guerra había debilitado tanto su situación, que la unión dinástica se convirtió en una auténtica tabla de salvación.

El primer socorro enviado al capitán mayor portugués de las Molucas lo condujo Juan Ronquillo, pariente del gobernador, que se dirigió a Ternate con 3 galeones y 50

*caracoas*, en las que iban 300 españoles y 1500 nativos filipinos. En principio, y para la región, una fuerza invencible. Sin embargo, la campaña fue mal. Las lluvias, el calor y las enfermedades la entorpecieron, y las fuerzas españolas tuvieron que enfrentarse a un enemigo resuelto y feroz, con gran experiencia en la guerra y buen conocedor de su geografía. La lucha ya era muy difícil y la disentería y las fiebres habían consumido o acabado con un tercio de los expedicionarios, cuando recibieron la orden de regresar a Manila con urgencia, pues un nuevo peligro acechaba en la zona Norte de la isla de Luzón, en la región de Cagayán. Los enemigos estaban bien armados y parecían ser muy agresivos y combativos. Eran japoneses.



## 7

## LOS «JAPONES»

*Cluzón Sukeezaemon (補屋助左衛門) comerciante japonés del puerto de Sakai. Fuentes japonesas aseguran que participó en el ataque a Manila de Li Ma Hong, y le identifican a menudo con Tay Fusa, el enigmático líder japonés en Cagayán. Cambió su nombre en 1593 o 1594, después de regresar derrotado a japón desde Luzón. Afirmaba entonces ser un exitoso y rico comerciante de los Mares del Sur, que había ganado su fortuna con la venta de porcelanas a Toyotomi Hideyoshi y otros señores poderosos. También actuó en Camboya, especialmente cuando cayó en desgracia y le fueron confiscados sus bienes en japón en 1598.*

*Después de efectuar las protestas correspondientes y aquí se centra la importancia histórica del evento, se afirma que el piloto (o capitán) español mostró un mapamundi «destacando la grandeza del vasto imperio español» y añadió que el brazo largo del soberano español pronto alcanzaría Japón… Las versiones del incidente son diversas.*

*Otra afirma que «en el imperio español primero avanza la Cruz y después llega la Espada».*

*Un siglo de comercio y evangelización por España-Portugal en el Extremo Oriente, a través de las dos rutas marítimas del Patronato Español y del Padroado Portugués*.

Federico Lanzaco Salafranca.

## 7.1 AMENAZA EN EL NORTE

DURANTE EL GOBIERNO DE LEBAZARES continuaron las exploraciones hacia el Sur, para reconocer Borneo y Nueva Guinea, pero ni en Manila ni en México se habían olvidado del Norte, donde el interés era otro. En España se sabía de la presencia portuguesa en las islas del Japón, pero a diferencia de las Molucas, se estimaba que por su posición se encontraban en la zona española de demarcación del Tratado de Tordesillas, y así aparecía ya reflejado en las instrucciones dadas a 1564 a Andrés de Urdaneta y Miguel López de Legazpi, por lo que la Audiencia de Nueva España mencionaba desde un principio la posibilidad de ir hasta el archipiélago nipón. Las primeras operaciones para la conquista de Filipinas alejaron el interés no misional, pero toda cambió en la década de 1570.

Martín de Goiti señalaba en una carta la existencia de una colonia de comerciantes japoneses en Manila, y Diego de Artieda envió el primer informe al rey en el que mencionaba relaciones comerciales regulares entre las islas de Luzón y Japón. Juan Pacheco de Maldonado, fue más

explícito, al señalar que los japoneses llegaban cada año a Luzón para intercambiar plata por oro, y que sus tres principales destinos eran Cagayán, Lingayen — en Pangasinan — y la propia Manila [85] . Además, a partir del asentamiento español, los contactos con naves japonesas pasaron a ser frecuentes. De Japón se sabía ya lo importante. Era una tierra interesante, poblada por gentes industriosas y trabajadoras, bien organizadas, y de la que era necesario y preciso saber más.

La isla de Japón, —decían los informes geográficos — ciento cincuenta leguas de la China, a la parte del Oriente, y a lo que se puede colegir de la navegación que los portugueses han hecho a ella, arriba de treinta grados de la altura septentrional [en blanco] leguas de las Filipinas, como al [en blanco] de doscientas leguas debajo, y buenos puertos, tierra fría pero fértil de semillas y ganados y volatería de Europa, minas de hierro y acero, y los naturales recios [86] …

En México, el virrey Martín Enríquez se interesó por el territorio norte, y ordenó a Juan de la Isla reconocer la costa de Asia hasta los 60° de Latitud Norte, es decir, hasta la península siberiana de Kamchatka, e informar de las poblaciones, su calidad, modo de vivir de la gente, costumbres, religión, gobierno, artículos de comercio, mantenimientos y armas. Después, «abrir pláticas corteses con las autoridades [87] ».





*«Barcos negros»* — 黒 船 kurofune — *fue el nombre con el que se conoció a los navíos occidentales en japón, unas máquinas formidables y asombrosas, que absorbieron la imaginación de nobles, samuráis y de la gente en general.*

*Eran la imagen misma del poder de los extraños extranjeros.* Biombo del periodo Momoyama, realizado entre 1593 y 1600. Museo de Oriente, Lisboa.

La participación de un notable grupo de japoneses entre las fuerzas de Li Ma Hong, había mostrado a la claras que los isleños eran peligrosos. No fueron pocos quienes percibieron su presencia como una amenaza, lo que, poco a poco, abrió paso a una

posible confrontación. En su carta de 18 de diciembre de 1580, por ejemplo, fray Francisco de Ortega escribió al rey, tras destacar la proximidad de Japón a las Filipinas, que no podía olvidarse de reclamar al monarca más gente armada [88] .

Esta inquietud fue en aumento durante los meses siguientes, pues naves corsarias japonesas hostigaron la costa norte de Luzón en 1580 y en 1581, aprovechando que la Corona española apenas contaba con un millar de hombres y solo podía controlar unos pocos puntos clave de las miles de islas del archipiélago. Una magnífica oportunidad para

uno de esos *wako*, que obligó a los nativos del norte de la isla de Luzón — en la región de Cagayán — a rendirle tributos y prestarle fidelidad y sumisión.

Una de las razones por las que los portugueses fueron aceptados en Macao había sido saber que podían servir como ayuda para controlar la extensa actividad pirática.

Los *wako* trataban de teñirse de honorabilidad en los puertos de destino, como debió ocurrir en Luzón, pero permitir a los japoneses, asentarse con firmeza en cualquiera de las islas del archipiélago filipino, era un riesgo intolerable. La misión se sabía que podía ser peligrosa, pues de los japoneses, a diferencia de los chinos, si se apreciaba su valor y combatividad. Gonzalo Ronquillo, escribió a Felipe II, el 16 de junio de 1582 **[89]** :

Los japones es la gente más belicosa que hay por acá. Traen artillería y mucha arcabucería y piquería. Usan armas defensivas para el cuerpo. Lo cual todo lo tienen por industria de portugueses, que se lo han mostrado para daño de sus ánimas…

Era evidente que el gobernador no podía consentir que una base japonesa en el norte de Luzón, amenazase la estabilidad del dominio español, o al menos de la obediencia lograda, por lo que ordenó al eficaz Pablo de Carrión, que estaba en las islas desde 1577, que reuniese una tropa y pusiese fin a las actividades de los *wako*. Sin que nadie pudiera evitarlo dos culturas guerreras separadas por miles de kilómetros estaban a punto de encontrarse en un choque mortal.

## 7.2 EL SENDERO DE LOS GUERREROS

LA CAMPAÑA DEL PALENTINO PABLO DE CARRIÓN EN CAGAYÁN **[90]** , ha sido objeto de una gran polémica en los últimos años, motivada tanto por la idealización que se tiene de las supuestas «habilidades» marciales de los samuráis japoneses, — ya lo hemos discutido en uno de los capítulos anteriores —, como por una excesiva valoración de los

«invencibles» tercios españoles, cuando en realidad, en los combates entre españoles y japoneses en el Norte de Luzón, no hubo realmente ni samuráis, al menos lo que

podríamos llamar un ejército «samurái», ni por supuesto nada parecido entre los españoles a los soldados de los tercios y mucho menos a infantes de marina, pues de hecho, salvo los rodeleros, la mayor parte de los combatientes españoles eran novohispanos,

muchos de ellos mestizos, y jamás habían estado en Europa. Creemos pues importante ajustar los hechos a la realidad de lo ocurrido.

Camón, con 90 españoles veteranos de las guerras en México y Asia, y decenas de auxiliares filipinos, disponía de una galera y 14 bergantines, para enfrentarse, según se creía a unos 27 juncos japoneses al mando de un líder pirata llamado Tayfuzu, o Tay Fusa, que disponía de una base en tierra firme.

Hay media docena de relatos acerca de la expedición de Carrión y su victoria sobre los japoneses. Los sucesos se conocieron en España, a través de México, por la carta que envió el gobernador al virrey de Nueva España el 20 de junio de 1582[91], pero también por otra fechada cinco días después en la que el encargado de la Real Hacienda en Filipinas — el Factor Real —, Juan Bautista Román, escribe también al virrey relatándole lo sucedido[92]. En lo sustancial, el contenido de ambas misivas es idéntico.

Veamos, por ejemplo, como lo cuenta Román:

Ilustrísimo y Excelentísimo señor:

No sé si las cartas que escribe el gobernador con nuevos avisos llegarán a tiempo que puedan ir en esta nao, la cual vine a despachar a este puerto de Cavite, y así quiero dar noticia a Vuestra Excelencia de lo que pasa. Y es que ayer tarde, día de San Juan, llegaron seis soldados que habían ido con capitán Juan Pablo de Carrión contra los japoneses que están poblados en el río de Cagayán; y dicen que Juan Pablo salió con su armada, que era el navío *San Iusepe* y la galera *Capitana* y cinco fragatas del pueblo de Bigan, que es de Ilocos, habrá 35 días la vuelta de Cagayán; y en saliendo topó un navío de corsarios chinos y le rindió fácilmente, y metió dentro de él 16 soldados y siguió su viaje; y en doblando el cabo Bogador, que es cerca de Cagayán, una mañana con tiempo bonancible, al amanecer, se hallaron junto a un navío japón, al cual acometió Juan Pablo con la galera capitana y arrojó con la artillería el árbol mayor, y mataron alguna gente; los japoneses echaron un garfio a la galera y se arrojaron doscientos hombres en ella con picas y coracinas, y quedaron sesenta arcabuceros tirando a nuestra gente; y, en fin, los enemigos rindieron la galera hasta el árbol mayor; y allí nuestra gente lo hizo también en la necesidad extrema que hicieron retirar a los japones hasta su navío, los cuales quitaron el garfio y dieron vela del trinquete que les había quedado. En este tiempo les barloó el navío *San Iusepe* y con la artillería y la fortaleza del navío vencieron a los japones, los cuales pelearon valientemente hasta quedar en 18, que de

cansado se



rindieron. Murió alguna gente nuestra en la galera,

y entre ellos el capitán Pedro Lucas, como buen

soldado peleando. Con esto el capitán

*Juan Pablo de Carrión, representa a la perfección a los castellanos del siglo XVI, para los que no había limite en sus ambiciones. Casado con Leonor Suárrez y de Figueroa en 1566, fue acusado de bigamia — se había casado en 1559 con María Salcedo y Sotomayor — y de judaizante. Tenía 69 años cuando fue enviado a Cagayán, en un tiempo en el que ya conocía medio mundo. Unos años antes, en 1573, había solicitado al rey, el nombramiento de «almirante del Mar del Sur y de la China». Anónimo. Museo de Bellas Artes de Bilbao.*

Juan Pablo entre el río Cagayán arriba y halló en la

entrada un fuerte y once navíos japones; él paso

por la costa de enfrente, porque la boca del río tiene

una legua de travesía; el navío *San Iusepe* iba entrar

en el río y quiso la mala fortuna que unos soldados

nuestros que iban en una fragatilla dieron voces al

capitán diciéndole: «Vuelta, vuelta manila, que toda la armada se vuelve porque mil japonés en el río y mucha artillería y somos pocos», con lo cual el capitán Luis Callejo hizo dar el borde a la mar y, aunque Juan Pablo tiró una pieza artillería, no entró no pude entrar y anduvo dando vueltas por allí. A la mañana surgió en un bajo donde sobrevivieron tales tiempos que rompió tres cables de cuatro que llevaba y hubo de levarse; y envió estos 6 soldados en una fragatilla a ver si había agua en una isleta, de que tenía necesidad, los cuales salieron perdidos en ella sin hallar agua, y cuando volvieron donde había quedado la nao no la hallaron; y toparon con unos indios de los que iban en la galera de Juan Pablo, de los cuales supo que Juan Pablo había subido por el río dos leguas y fortificándose en un estero, con toda la galera que se había abierto toda cuando embistió contra el japón, y que despidió los indios de servicio por no tener mantenimientos, que se perdieron en la galera, y los más venía en *San Iusepe*; y que allí les iban los japonés a dar asaltos con 18 champanes, que son como esquifes, y se defendían bien aunque no tenían sino 60 soldados con la gente de mar, y los enemigos son 1000 hombres gente valiente e industriosa. Con estas nuevas vinieron los seis soldados; y el camino toparon con marinero que se había escapado de un navío sangley que salió de aquí con arroz de socorro para Juan Pablo, y dice que los sangleyes se alzaron con él a medianoche y mataron a diez soldados que iban con él de escolta, que no tuvieron centinela, y este escapó a nado sobre una lanza que le arrojaron desde el navío.

*Grupos de europeos, probablemente portugueses, en Japón. Obsérvese sus grandes narices y la moda de la época, con los grandes pantalones, capotillos y sombreros de finales del siglo XVI. También se ve con claridad, que el criado, a cargo del perro, es un indio, un «lascar».* Fragmento de un biombo nanban de la escuela Kano — por el artista Kano Eitoku — realizado entre 1593 y 1600. Museo Nacional de Arte Antiguo. Lisboa.

Yo vine también a detener a algunos pasajeros que se iban en esta nao porque en estas islas no hay gente y han de ir cien soldados de socorro

luego; aunque en terrible tiempo, yo creo que seré uno de ellos el gobernador me da la licencia.

Estos enemigos que tan de verdad tendrán permanecido es gente belicosa, y si Vuestra Excelencia no provee en esta nao y la mura de mis soldados, poca cuenta se debe hacer de estas islas. Vuestra Excelencia con mucha prudencia provea lo que más convenga al Servicio su Magestad, pues no tenemos otro recurso sino la merced de que Vuestra Excelencia nos mande hacer.

El Gobernador estaba dispuesto a enviar socorro a Maluco, que era negocio tan importante, y con estos sucesos no podrá hacerlo porque no quedan en esta isla 70

hombres que manejen armas.

Guarde Nuestro Señor la Ilustrísima y Excelentísima persona Vuestra Excelencia y su estado creciente como de los servidores y criados de Vuestra Excelencia deseamos.

De Cavite, 25 de junio de 1582. Ilustrísimo Excelentísimo Señor, besó las manos a Vuestra Excelencia, su criado Juan Bautista Román.

Por su parte el gobernador, que hemos visto se sorprendió del carácter guerrero de los japoneses, y de su deseo de luchar hasta el final cuando todo está perdido, una característica del código de honor de los samuráis que no escapó a los castellanos, cuenta que:

Venían muy artillados y con muchos arcabuces y picas y cantidad de gente […] Fue Dios servido se rindiesen con pérdida de un soldado y de todos ellos y del general y un hijo suyo, que venían con intento de poblar. Y después de ésto entraron los nuestros más la lengua por el río, y los demás navíos estaban escondidos en una ensenada, de donde vinieron otra noche siguiente a darnos el barco, pensando cogernos a manos por ser ellos mucha cantidad; y no les sucedió así porque los nuestros estaban con cuidado y le recibieron de suerte que dentro de una hora los hicieron retirar; y siguiendo alcance veían llevar a cuestas todos los cuerpos muertos, como se vio más claro en siendo día por la cantidad de sangre que había. Vea Vuestra Merced la gente que es y si tiene coraje, aunque creo no volverán a buscar los nuestros por no ser de la gente que ellos buscan.

Los combates que se libraron en Cagayán resultaron un éxito más que notable para los españoles. Carrión se apoderó de todo lo dejado por los japoneses en su huida al embarcar y, entre su botín había hermosas armaduras y espadas — *katanas* — así como una parte del

botín que habían acumulado en sus rapiñas[93]. Tras su victoria, en una lucha desigual ante un enemigo muy superior en número, demostró dos cosas: la primera, superioridad técnica y capacidad de adaptación de los castellanos ante un enemigo bien armado pero «primitivo» en sus conceptos tácticos y, la segunda, que había, a pesar del éxito, que tener cuidado con ellos. Los «japones» eran peligrosos y debían estar sometidos a vigilancia.

## 7.3 LA REBELIÓN DEL «TRIBUTO»

LAS TROPAS DE CARRIÓN fueron bien recibidas por los naturales, a los que habían librado de su opresión y se mostraron agradecidos. Los primeros encomenderos se establecieron en el Tajo del Norte en los meses siguientes a la expulsión de los japoneses y, tras ellos, llegaron los primeros sacerdotes para iniciar su labor de conversión al cristianismo de gran parte de la población.

Sin embargo, en los años siguientes la situación empeoró. Los recaudadores de impuestos comenzaron a apretar de forma excesiva a los nativos, que consideraban que se abusaba de ellos, y el malestar acabó en una revuelta armada, que se conoció en Manila en febrero de 1589, cuando dos agotados soldados de la guarnición de Nueva Segovia, lograron llegar a la capital para advertir que toda la provincia de Cagayán se había alzado en armas.

Los insurrectos, en las actuales provincias de Cagayán, Illocos Norte e Illocos Sur, de las tribus Illoco e Ibinag, hartos de la explotación y los atropellos, habían abandonado las encomiendas y atacado las estancias y granjas de los colonos y la Iglesia. Entre los muertos estaba el capitán Martín de Barrios, uno de los principales encomenderos. En respuesta a la petición urgente del alcalde mayor de Cagayán, el nuevo gobernador general de las Filipinas y ahora también de las Molucas, el alcalaíno Santiago de Vera, que había ocupado el cargo el 16 de mayo de 1584[94], envió al maestre de campo Pedro de Chaves, con 60 soldados españoles y 800 auxiliares nativos.

Chaves desarrolló una campaña devastadora y brutal. Taló y quemó bosques enteros de cocoteros, arrasó los campos de arroz y estableció un sistema que obligaba a los rebeldes a regresar a sus aldeas. Con su economía destruida y tras haber sufrido un



duro castigo, los insurrectos se sometieron. Como muestra de buena voluntad, el gobernador les otorgó un perdón general.

*El chino convertido.* Obra de Godfrey Kneller realizada en 1687. *La conversión de los paganos era una de las principales razones de la colonización europea. Se pensaba, erróneamente, que una vez que los asiáticos fueran cristianizados sería más fácil que adquiriesen las costumbres «civilizadas», pero eso sí, como raza subordinada.* Colección Real. Castillo de Windsor.

También informó el maestre de campo, una vez sofocada la revuelta, que los japoneses parecían haber abandonado definitivamente la zona, al menos en sus actividades militares o depredadoras, y se había establecido en la región una tranquilidad absoluta, pero estaba equivocado. En realidad, no es que se hubieran ido, si no que habían decidido trasladar sus actividades a la bahía de Lingayen.

Este puerto ya tenía relaciones comerciales con China, al menos desde 1406, cuando el líder local de *Pingchia-shih-lan* — Pangasinan — pagaba impuestos a la dinastía Ming. Un informe de Miguel de Loarca sobre las condiciones de la colonia, describía la bahía como un lugar en el que vivían 4000 nativos con un grado de civilización superior al habitual en las islas, gracias al regular contacto con chinos y comerciantes de Borneo y Japón.

El asentamiento naval creció a partir de 1582, hasta el punto de que

Loarca señalaba que uno de los fondeaderos, el de Agoo, era el llamado «de los japoneses». Tanto en ese como en el de Bolinao, a la entrada de la bahía, se notaba su presencia. Su actividad allí duró años, pues un informe de 1618 escrito por el gobernador que ejercía el cargo por entonces, Alonso Fajardo de Tenza, señala que la provincia de Pangasinan era rica en

ciervos, hasta el punto de que cada año se exportaban de sus puertos para Japón entre 60 000 y 80 000 cueros. De lo dicho se puede deducir que se venía ignorando de forma sistemática un informe de su predecesor Antonio de Morga, del 8 de junio de 1598, en el que se urgía que se prohibiera la venta de piel de ciervo, para prevenir el exterminio de los venados. Estaba claro que los problemas con los japoneses no habían terminado.

# 7.4 CERRANDO EL CÍRCULO

EL QUE FRANCISCO DE SANDE HUBIESE SIDO RELEVADO de su puesto en las Filipinas, no puso fin a su idea — defendida por bastantes más personas de «calidad» de lo que razonablemente se está dispuesto a admitir —, de que había que conquistar China.

Entre esos defensores estaban los padres agustinos de la misión diplomática que se iba a enviar a la corte Ming, Juan González de Mendoza y Francisco de Ortega, que acabaron convencidos de que la solución «militar» que defendía Sande era la mejor opción. González de Mendoza en una misiva del 24 de octubre de 1581, pidió que se suspendiera toda resolución del asunto de la embajada hasta que él presentara ante la Corte una relación escrita Sande, y pudiera hacer elogio de su experiencia en el tema chino. Ortega, en otra carta fechada en México el 18 de diciembre de ese año, asumía y citaba de nuevo todos y cada uno de los planes expansionistas defendidos por Sande, Guido de Labezares y Diego García de Palacios.

La propuesta de Francisco Ortega se apoyó como novedad en los beneficios que reportaba la unión con Portugal. Defendía la integración de las Molucas en la Corona de España, pues para él, solo debían de servir de base para una empresa más ambiciosa: la conquista de Japón. La de González de Mendoza, que había cambiado su opinión pacifista tras la paralización de la embajada en México, era mucho más rotunda. En su obra *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del Gran Reino de la China*, publicada en 1585, explicaba por qué su adhesión sin límites a la tesis de Sande: «por ser más mi profesión exhortar a la paz que incitar a la guerra, la que yo quería se hiciese es con la palabra de Dios, que es la espada que corta los corazones, confío en Dios de verlo en los felicísimos tiempos de nuestro católico rey Felipe». Menos mal que era un hombre religioso.

Tampoco se olvidó en Nueva España. En 1582, el sevillano Francisco Gali, fue comisionado por el virrey interino Pedro Moya de Contreras, para buscar los estrechos de Anían, al mando de dos fragatas. Supuestamente unían el Pacífico con el Atlántico, y permitirían conseguir un puerto para el resguardo de los galeones de Manila, o

cualquier otra flota necesaria. Máxime cuando la reciente aparición de Francis Drake en el Pacífico, había hecho saltar todas las alarmas. Además, debía comprobar si la costa de América estaba unida a la de Asia, lo que facilitaría cualquier posible campaña militar de gran

envergadura.

Gali escribió una relación muy detallada de su viaje. Primero desde Nueva España hasta Filipinas en el galeón de Manila; luego por mar hacia Macao, desde donde zarpó con rumbo noroeste para regresar a Acapulco en julio de 1584. No encontró los estrechos ni la unión de los continentes, pero constató la presencia de una fuerte corriente a 300 leguas al este de Japón que les llevó hasta 200 leguas al oeste de la costa de California, donde tocó tierra cerca de lo que hoy es la bahía de Santa Cruz.

Presentó su memorial en Acapulco en enero de 1585 y, en marzo, volvió a la capital filipina para organizar un nuevo viaje de regreso. Esta vez junto con un navegante valenciano llamado Jaime Juan, con el que proyectaba medir en el trayecto de Manila a Acapulco la declinación de la brújula mediante un instrumento construido por Jaime Juan [95] . No llegó a realizarlo. En enero de 1586, antes de terminar todos los preparativos, falleció. Tampoco se enteró de una noticia aún más preocupante: el manuscrito que había enviado al virrey desde Acapulco, que se suponía secreto, acabó misteriosamente en manos del navegante holandés Jan Huygen van Linschoten, que lo publicó como propio bajo el título *Derrota de las Indias*. Ni que decir tiene que unas cartas que abrían la navegación del océano hasta entonces vedado solo a españoles y portugueses — lo de Drake había sido pura casualidad y ni siquiera tenía los rumbos necesarios para repetirlo —, fueron un éxito editorial asombroso. Hubo ediciones en holandés — Amsterdam 1596, 1614 y 1626, traducciones al inglés Londres, 1598, al alemán, en el mismo año, al latín La Haya, 1599 y al francés Ámsterdam, 1610, 1619 y 1638 —. Negligencia o espionaje, nunca se supo, a España se le abría un nuevo frente que podía acabar con su monopolio.

Ajena a todas estas intrigas, la atención de la Capitanía General de las Filipinas tras la victoria en Cagayán, se dirigió al Sur, otra vez a las Molucas y, en febrero de 1584, decidió de nuevo hacer un esfuerzo en Ternate. Se formó una expedición con 24

embarcaciones y una nao, la *Santa Elena*, al mando de Juan de Morones y Pedro Sarmiento, y se embarcó una tropa de 300 españoles, acompañada de más 1000

auxiliares, que disponía de artillería de sitio y material para realizar asedios. La operación iba en serio, pero la capitana naufragó, y todo el equipo pesado se perdió.

A pesar de la adversidad que supuso el naufragio de su mejor barco, entraron en combate con el enemigo en mar abierto y destrozaron a las 40 *caracoas* de Ternate.

Luego atacaron la fortaleza principal y, aunque batieron a los hombres del sultán en

una batalla campal, el resultado práctico fue escaso. Lo mismo que ocurrió cuando, a su regreso, llevaron a cabo acciones similares en Mindanao y Borneo. El guion era siempre idéntico: destrucción de la flota enemiga, asedio de sus fortificaciones, demolición de sus defensas, hundimiento de sus buques, incendio de sus poblados y, al cabo de un par de años, vuelta a empezar. Un mal endémico que continuaría así los siguientes 300

años.

Tampoco en Manila las cosas rodaban a la perfección. El gran incendio que había comenzado el 19 de marzo de 1583 en la Iglesia de San Agustín, durante el velatorio del gobernador Gonzalo Ronquillo, hizo que Santiago de Vera tomase la decisión de ordenar que todas las casas se construyeran a partir de entonces en piedra. Para ello habilitó una cantera cerca de las orillas del río Pasig, en Guadalupe — ahora Guadalupe Viejo —, uno de los barrios de Makati, lo que permitió su transporte por barco, En 1587 se erigió la primera fortaleza con lo nuevos materiales, Nuestra Señora de la Guía, situada donde hoy se encuentra el Baluarte de San Diego, que ocupa la esquina suroeste de Intramuros. Fue proyectada por el jesuita Antonio Sedeño mientras comenzaba a amurallarse también con piedra el perímetro de la ciudad, y para su defensa se emplearon los primeros cañones fabricados en el archipiélago.

De hecho, todo lo referente a la construcción naval progresó rápidamente gracias a la abundancia de maderas de excelente calidad y a la habilidad de los tagalos en la carpintería. Siempre se piensa en españoles blancos por las calles de Manila, pero no es del todo real. La mayoría de la población era de origen novohispano y, desde el punto de vista racial, mestiza en un porcentaje muy alto. El vínculo cultural entre Filipinas y México, aunque sea algo que no se diga nunca pese a que tiene más importancia de lo que parece, era mucho más importante que con la Península. La auténtica España a la europea no apareció de verdad en la vida de las Filipinas hasta el ataque inglés de 1762

y, sobre todo, tras la independencia de México en 1821.

En cualquier caso, aunque las ideas de Santiago de Vera tanto sociales como en lo referente a infraestructuras no eran malas, aumentaron todos los costes que suponían el mantenimiento de la Administración en Filipinas de forma excesiva, con la evidente preocupación de la Real Hacienda. Se consideró más eficaz la labor de los misioneros con sus conversiones, y la de los soldados, que defendían las villa, pueblos y ciudades, que la necesidad de administradores y jueces para los pleitos, por lo que se decidió disolver la Real Audiencia de Manila, lo que supuso el regreso a México de forma inmediata de Santiago de Vera y los oidores [96] .




*Un barco japonés de finales del XVII. Para suerte de los españoles, y de sus enemigos coreanos, los japoneses no eran grandes marinos y, a finales del XVI, la artillería de sus naves no suponía un grave peligro. El problema era su belicosidad y número, que los convirtió en una amenaza a tener en cuenta por los gobernadores españoles de Manila.*

Las disposiciones legales que establecían los cambios, los llevó a Manila el nuevo gobernador, el gallego Gómez Pérez Dasmariñas, que en 1589, en recompensa a sus servicios, recibió del rey el hábito de la Orden de Santiago y el nombramiento como capitán general de las islas. No desembarcó en ellas hasta mayo de 1590.

Para entonces se podía asegurar que, tras más de un cuarto de siglo en las islas, la presencia española en Manila era fuerte y sólida, pero el control del archipiélago más teórico que real. No obstante, el mérito

de mantener una colonia en Asia Oriental, mucho más poderosa que Macao o cualquier otro establecimiento europeo, era digno de ser tenido en cuenta. Los marineros, soldados y misioneros españoles caídos en la empresa, no habían muerto en vano.

## 7.5 PREDICAR CON LA CRUZ Y ASUMIR LOS RIESGOS

NO NOS HEMOS OLVIDADO DE LOS PROTAGONISTAS de este capítulo, pero es difícil comprender las difíciles relaciones que se desarrollaban en los litorales del Pacífico sin tener en cuenta las que entretejían el resto de posesiones de la Corona.



*La embajada japonesa que recibió el papa Gregorio XIII el 21 de marzo de 1585. De izquierda a derecha y de arriba abajo, Juliao Nakaura, el padre Diego Mesquita, que actuaba de intérprete; Mancio Ito; Hara Maruchinoy Chijiwa Migeru. La lideraban los daimyōs cristianizados de Arima, Omura, Otomo y Bungo.*

Tanto la evangelización de Francisco Javier — hasta su muerte en 1553 — como la de sus compañeros de la Compañía de Jesús, había sido bien recibida en Japón, e incluso contó con el favor de un número importante de sus nobles. A los veinte años de la llegada de Francisco Javier, los misioneros cristianos podían ya residir y predicar en la capital, Kioto, y su labor se veía apoyada por la desunión interna de los *daimyō*, siempre en guerra, y el deseo de mantener un contacto comercial fuerte con aquellos extranjeros que eran, obviamente, y no había más que ver sus barcos, excelsos navegantes. Además, les habían

facilitado los mosquetes y arcabuces que se estaban demostrando esenciales en las luchas internas por el poder, por lo que convenía mantenerse con ellos en buenas relaciones.

El mayor problema era que la presencia de los jesuitas dependía demasiado del comercio portugués desde Macao, pero pronto Nagasaki se convirtió en un floreciente puerto comercial para el contacto con los extranjeros blancos. Gracias a ello, los progresos de la cristianización de Japón fueron espectaculares. Casualmente, justo en el momento de la unión de las coronas portuguesa e hispana, los jesuitas preparaban una gran embajada japonesa a Europa que hiciera más conocida, y hasta popular, la labor misionera que habían desarrollado.

Hay abundante documentación sobre esta delegación de la que se publicaron numerosos escritos. Estaba organizada en un momento histórico muy oportuno, en el que no habían desaparecido aún los roces, por nación y lengua, de la Edad Media

Europea. El que podríamos llamar *lobby* jesuita-portugués había dado el primer paso importante para fijar su postura y defender sus intereses.

La embajada salió de Nagasaki, vía la India — por la ruta portuguesa —, el 20 de febrero de 1582. A su llegada a Roma, en marzo de 1585, el Vaticano se volcó en su recibimiento. Veía a Japón como el reino que compensaría en la Cristiandad a las naciones europeas protestantes. El papa Sixto V, nombrado el 10 de abril de ese año, sustituto del fallecido Gregorio XIII, que los había recibido, recomendó personalmente a los embajadores al rey Felipe de España y Portugal, y negoció la creación de un obispado en Japón.

Durante el periodo en el que la embajada viajó y estuvo en Europa, se formó un partido castellano — con intereses económicos, políticos y religioso — misioneros opuestos a los del partido jesuítico-portugués. Estaba apoyado en la expansión formidable de los agustinos y franciscanos españoles que se extendían con fuerza por las Filipinas y los archipiélagos vecinos y veía a los jesuitas poco menos que como enemigos, empeñados en salvaguardar sus propios intereses. Era un problema, pero no mayor que el que suponía la amenaza militar japonesa, que a pesar de las conversiones, seguía siendo importante. No estaba organizada por un estado o monarca, solo que dado el número de españoles en las Filipinas, incluso un grupo fuerte de piratas o corsarios podía ser una amenaza mortal.

De hecho, el peligro japonés, como bien había avisado Ronquillo, no desapareció con la victoria de Cagayán. Un nuevo incidente en 1588 vino a aumentar el clima de desconfianza. Agustín de Legazpi y otros tagalos «más principales de esta comarca, hijos y nietos de los que antes de la venida de los españoles señoreaban la tierra», tramaron una sublevación en Manila. El origen estaba en el capitán Juan Gayo — un japonés cristiano —, que había llevado a las Filipinas desde Japón un navío con mercancías y numerosos tripulantes nipones y en Agustín de Legazpi, que trabó con él una buena amistad, convidándolo muchas veces a comer y a beber en su casa. Si hacemos caso a las crónicas, acordaron «por lengua de Dionisio Fernández, intérprete ladino, que dicho capitán viniese de Japón a esta ciudad con gente de guerra y entrase en ella debajo de paz y trato y contrato, trayendo banderas a uso de españoles para que entendiesen que venía de paz; y todos juntos, naturales y japones, darían sobre los españoles y los matarían con mucha facilidad, y quedarían dueños de la tierra como antes eran».

La conjura fue descubierta y desarticulada al año y medio de comenzar a organizarse, y sus cabecillas ejecutados y desterrados. Fue el más audaz de los intentos llevados a cabo por los japoneses para cuestionar el orden español en la capital de las

Filipinas y aumentó de manera exagerada el clima de desconfianza entre ambas naciones. Máxime cuando en realidad Juan Gayo actuaba a título personal.

Así, en un estado de tensión como el que había, no es de extrañar que las acciones preliminares y los preparativos japoneses para la invasión de Corea fuesen interpretados en Manila como manifestación de un vasto plan dirigido contra las Filipinas. A mediados de abril de 1592 llegó a Manila un navío japonés al mando de otro capitán cristianizado, Pedro Riochin, con cartas de los jesuitas y con algunas mercancías para vender. El día 20 de ese mes, Pérez Dasmariñas, preocupado por las noticias recibidas, inició un proceso informativo con el fin de aclarar las extrañas novedades que llegaban sobre los preparativos de guerra en el Sur de Japón.

Los interrogatorios no dejaban lugar a dudas de que se preparaba una expedición militar a enorme escala, y el desconocimiento de la política interna japonesa hizo que el gobernador, alarmado, decretase el estado de guerra en Manila con precisas y detalladas órdenes a caballeros, capitanes de mar y guerra, al cabildo de la ciudad y a los religiosos, advirtiéndoles del peligro. Por entonces supo también que Toyotomi Hideyoshi, regente imperial, iba a enviar una embajada a

Manila, pero lo interpretó erróneamente como un parte del plan de invasión, tal vez un ultimátum.

El temor agobió a los *castilas*, que sospechaban que el ataque se produciría entre octubre de 1592 y abril de 1593. Era urgente prepararse para lo peor: Se apercibe que, sucediendo el caso de pelear, cualquiera de los nuestros que fuese cautivo de los enemigos, desde mi persona y la de mi hijo, las primeras hasta la menor, ninguno ha de ser rescatado aunque el enemigo le quiera dar por muy poco rescate; y que esto será sin excepción ni duda alguna, para que cada uno con más coraje y resolución pelee procurando, cuando — lo que Dios no quiera — haya de venir a manos del enemigo, antes sean muerto que preso.

*La imagen fascinante para los japoneses de los visitantes españoles y portugueses les atrajo tanto que los incluyeron en todo tipo de objetos decorativos y de uso común.*

A primeros de mayo de 1592, todo estaba dispuesto para la defensa, con las obras de fortificación dirigidas por el ingeniero italiano Leonardo Iturriano casi terminadas. Esos días amarró en Cavite un nuevo barco japonés que venía de Hirado. Su capitán, un tal Lasque, dijo conocer el plan de Hideyoshi, pero no desmintió posibles ataques a las Filipinas. Fue la confirmación definitiva, los españoles se dispusieron a enfrentarse a un terrible desafío.



## 7.6 EL FILO DE LA NAVAJA

EL DÍA 29 ENTRÓ EN MANILA EL NAVÍO JAPONÉS en que viajaba la esperada embajada de Hideyoshi y, el 31, tras los saludos y agasajos de rigor, el que se suponía su principal representante, Gaspar Harada Magoshichiro [97] , un cristiano japonés del que se decía era el espía más destacado de Hideyoshi para las Filipinas, entregó al gobernador las cartas que llevaba. Había cuatro. Una era de Hideyoshi; otra de un noble japonés que ejercía de capitán general; la tercera del camarero de la Corte Imperial; y la última del *daimyō* de Hirado.

*Una armadura* nanban . *EL peto, el espaldar y parte del casco, son europeos. Si no hubiese sido porque eran carísimas, su uso hubiese sido aún más intenso.*

*El orgullo japonés, tan profundo como ahora, no impedía a sus* samuráis *usar el mejor material español si lograban obtenerlo, algo al alcance solo de unos pocos privilegiados.*

En el texto de la misiva principal, Hideyoshi, en un lenguaje que los castellanos entendieron como altanero y arrogante, parecía exigir un inmediato pronunciamiento del gobernador español a favor de sus planes bélicos y pedía una rápida respuesta. Era en realidad una petición para firmar un tratado de amistad y conseguir ayuda para ir a la guerra contra Corea y China [98] , sin pago de tributo, pero Dasmariñas, empecinado en su idea por las informaciones alarmistas, lo interpretó de forma maquiavélica. Según él, el japonés imaginaría que la respuesta española iba a ser negativa, por lo que ya tendría el pretexto para la invasión. Además, el tono de las otras cartas — un problema

de traducción, en el que la española resultaba más dura que la realizada por los japoneses —, parecía confirmar la amenaza. Incluso una hablaba claramente de pagar a Hideyoshi como gesto de sumisión. Solo la de Hirado podía calificarse como amistosa.

Todos convinieron que era urgente dar una respuesta y tras celebrarse una junta de religiosos y otra de militares, el gobernador decidió contestar a embajada a la mayor brevedad. Aunque sin comprometerse en una posición clara, con la excusa de las dudas sobre la fiabilidad de la traducción.

El 11 de junio estaban redactadas sendas misivas. Una para japón y otra, informativa, para la Corte en Madrid. Esta última era un extenso

pliego en el que se insistía sobre los peligrosos enemigos que había en Asia, muy numerosos y cada vez mejor armados — en parte por culpa de los europeos —, y se presentaba un plan radicalmente opuesto al de Sande, dado que se propugnaba ahora un acercamiento a China, para poder oponerse mejor a la amenaza japonesa. Un dominico, fray Juan Cobo,

«un hombre muy capaz de llegar a acuerdos», debía llevar la respuesta a Japón y averiguar qué se proponía Hideyoshi, sin que se descuidase en su ausencia la posibilidad de una invasión.

La meditada respuesta del gobernador comenzaba enumerando todos los títulos del rey Felipe II para acreditar y acrecentar su grandeza. Al parecer, dio el resultado apetecido, pues despertó la curiosidad de Hideyoshi sobre tan extensa enumeración de tierras. Con toda cortesía se quejaba después de la «calidad» del mensajero y de algunos elementos de la traducción y, como señal de amistad le enviaba una docena de espadas y otra de dagas finas «con la voluntad que se ofrecen y en señal de amor, aceptareis de mi mano como de un particular que vuestro bien y grandeza desea». Las cartas a los otros dos nobles mantenían el mismo estilo y tono. Especialmente amistosa era la dirigida al *daimyō* de Hirado.

Fray Cobo y el capitán Lope de Llanos llegaron a Satsuma y desde allí enviaron una carta a Hideyoshi y otra a Harada Kikuyemon en la Corte de Nagoya, residencia entonces de Hideyoshi. Harada envió a su encuentro dos expediciones. Una por tierra y otra por mar, que dirigió él mismo. Encontraron a la embajada española entre Hirado y Nagasaki y los condujeron a Nagoya. Para entonces se les había unido también Juan de Solís, que llevaba tiempo en la isla. Un apasionado defensor de los intereses castellanos, y muy enfrentado a los portugueses y jesuitas de Japón.

Cobo fue recibido con grandes honores y entregó las cartas a Hideyoshi[99], pero su desaparición en el viaje de regreso[100] hizo que el gobernador intentase averiguar por otros medios qué era lo que había sucedido en Japón. Un hombre de confianza del

dominico, Antonio López, un chino cristiano, y el maestro de letras chinas que acompañó al embajador, Juan Sami, fueron los que ofrecieron más datos de interés.

López aseguró que parecía que era bueno entretener a Hideyoshi durante cuatro o cinco años, hasta que las defensas de Manila estuviesen listas, momento en que si estaba también reforzada la flota,

podía afrontarse con garantías una guerra con Japón.

También comentó la necesidad de enviarles franciscanos, y defendió la idea de una alianza con China, «sería bien — le escribía al gobernador — que nos concertásemos nosotros con el chino contra el Japón, en esta forma: que si el Japón fuese sobre China nosotros le diésemos favor y que si viniese sobre estas islas ellos nos diesen favor[101]».

Durante los años siguientes, Japón continuó en guerra con Corea. La campaña fue brutal. La superioridad japonesa en tierra llevó a sus ejércitos hasta el río Yalú, la frontera con China, pero la contienda acabó por decidirse en el mar, donde la flota coreana se impuso con claridad en varios combates[102]. Aun así, el enfrentamiento se prolongó hasta 1598, algo que se hizo notar en Manila, primero por el estado permanente de alarma e inquietud que despertaba el convencimiento de que una invasión de Luzón era posible en cualquier momento y luego por la práctica ausencia de visitas de barcos japoneses.

En Japón la pugna entre los españoles y los portugueses continuó, sin que la unión dinástica sirviese en absoluto para aminorarla. En abril de 1593 llegó a Manila la segunda embajada de Hideyoshi ya con Harada al frente. Era un hábil diplomático que aprovechó al máximo la pugna entre españoles y portugueses, entre mendicantes y jesuitas. Sus palabras tranquilizaron al gobernador Dasmariñas, pues aseguró que su embajada era solo de paz y amistad, y achacó a defectos de la traducción los posibles malentendidos habidos hasta entonces. Como él mismo destacó, traía para corroborarlo vestidos de color blanco y morado, colores de amistad y hermandad.

Hideyoshi permitía también que se enviaran misioneros, una clausula que se consideraba fundamental, y, en junio de ese mismo año, Dasmariñas mandó a Japón a los primeros franciscanos, al frente de los cuales iba fray Pedro Bautista con título de embajador del gobernador de Manila. Fue una decisión trascendental, y el eje de los contactos de España con Japón en las décadas siguientes.



*La defensa de la fortaleza Dongnace.* Pintura coreana del periodo Yeongjo. *La invasión japonesa de Corea comenzó en la mañana del 23 de mayo de 1592, cuando la primera división arribó a la fortaleza de Dongnace, la segunda división de Kato Kiyomasa desembarcó en Busán el 27 de mayo, mientras que la tercera división de Kuroda Nagamasa arribó al este de Nakdong el 28. La guerra destruyó Corea. Durante un tiempo, en Manila se pensaba que las Filipinas serían el siguiente objetivo.* Museo de la Academia Militar de Corea.

Por otra parte, el resultado de la embajada dejó claro que las cosas se habían calmado, y el gobernador dio por concluido el asunto. Por fin había llegado a convencerse de que los japoneses no iban a iniciar ninguna acción hostil y que bastante tenían con Corea, donde sus problemas crecían. Los españoles de Manila no dejaban de ser escasos, pero las islas Filipinas estaban firmemente controladas, con las fortificaciones y defensas dispuestas, por lo que se consideró que era el momento de atender a otros problemas pendientes, especialmente el de las Molucas.



# EN REINOS REMOTOS

*Un palacio laosiano. La relación de los hechos acaecidos en los reinos de Lovek, Camboya y en el de Lang. Xang, en Laos, al minúsculo grupo de españoles que se presentaron en sus costas en 1596, liderados por Blas Ruiz y Diego Veloso, es tan asombroso que no parece real. Lo cierto es que la fuerza, la agresividad y el ímpetu de los castellanos de la época era capaz de llevar a buen término las acciones más audaces en los lugares más remotos y extraños que la imaginación europea pudiese concebir.*

*Españoles somos y de españoles nos debemos preciar cuantos habitamos la Península Ibérica.*

João Baptista da Silva Leitão

*Portugueses y castellanos, que españoles somos todos*

Luís Vaz de Camões

### 8.1 SUEÑOS DE ORIENTE

NO HABÍA DESAPARECIDO DEL TODO el peligro japonés cuando llegó a Manila una embajada singular, pues la enviaba el rey de Camboya. Llegaba acompañada de varios portugueses, con elefantes como presente, y solicitaba apoyo militar contra el rey de Siam —Tailandia —. Dasmariñas, preocupado por el asunto de las Molucas, los atendió amablemente y dio esperanzas de intercambios comerciales, pero no se comprometió a nada más.

En los nuevos astilleros se había construido una formidable galera capitana para la flota de las islas, bien artillada en popa y proa, equipada con lo mejor en artillería giratoria y dotada de veintiocho bancos de remo. Sería la que liderase la campaña, acompañada de hasta cien embarcaciones de todo tipo, entre galeotas, fragatas y barcos del país. Embarcaron en la flota cerca de 1000 españoles, 400 arcabuceros pampangos y 1000 indígenas armados de las Visayas, aparte de los remeros y gastadores para operaciones de asedio y se dispusieron a zarpar camino de las islas de las especies.

Nunca se había visto en las aguas de Oriente armamento parecido, y se creía que tal fuerza sería capaz de romper cualquier obstáculo.

Con el propio gobernador a bordo, la flota levó anclas en Cavite el 17 de octubre de 1593. En vanguardia navegaba su hijo Luis, con orden

de esperar en las islas de los Pintados o Visayas al grueso de la expedición. Como remeros para la galera capitana se había contratado con sueldo a 200 *sangleyes*, pues se pensaba que eran mejores para el esfuerzo que los nativos filipinos. El mando y guía del navío lo llevaban españoles, junto a los embarcaron un pequeño grupo de soldados, no más de 40.

Los chinos sabían que la caja de caudales de la expedición estaba en la galera capitana, por lo que un grupo de remeros, conscientes de que la protección del barco era mínima, se alzó en armas durante la noche. Solo hubo dos supervivientes que lograron escapar. Asesinaron a Dasmariñas y se hicieron con el control de la nave. Conseguido su objetivo principal, el resto de los chinos no dudó en apoyarlos y marcharon todos a las costas de la Conchinchina, donde vararon la galera. Mientras los chinos escapaban a la selva, los representantes del rey de Tonkín, enviados al ver aparecer la galera frente a sus costas, se hicieron con las dos piezas pesadas de artillería y con todo lo que había de valor.

Fue un duro golpe para los españoles. La armada, al conocer la noticia, regresó a Manila sin atacar Ternate y, a pesar de lo ocurrido, resultó un golpe de fortuna, pues



varios champanes chinos, cargados de soldados, y disfrazados como naves mercantes, se habían dirigido a las Filipinas al conocer que el grueso de los soldados españoles estaba camino de las Molucas. Cuando entraban en la bahía de Cavite se encontraron de golpe con el grueso de la flota española, pero a base de disculpas, lograron regresar a China sin abrir unas hostilidades en las que, sin duda alguna, se hubiesen llevado la peor parte. Todo el suceso demostró de nuevo la fragilidad del dominio español, y hasta qué punto a pesar de haber pasado 30 años desde la llegada de Legazpi, la soberanía de los

«castilas» pendía todavía de un hilo.

Unas semanas después se presentó en Manila un junco tripulado por un puñado de europeos con una historia asombrosa. Su capitán, Blas Ruiz de Hernán González, era un hidalgo aventurero, de La Calzada, en Ciudad Real, que contó a Luis Dasmariñas, que había sucedido a su padre, su alucinante aventura.

*Una galeaza artillada castellana de finales del XVI Las naves construidas por los españoles en las Filipinas estaban diseñadas para la lucha en aguas bajas y contra fortificaciones costeras. Los barcos de los asiáticos no eran rival para ellas.*

Venía de Camboya —también conocida como «Lovek», [103] por el nombre de su capital — que estaba en guerra con el reino de Ayutthaya [104] , algo que ya sabían en Manila. Allí había entablado amistad con el rey camboyano y con un portugués de nombre Diego Veloso, un aventurero como él, e igual de audaz y sin escrúpulos.

Habían sido los primeros europeos en entrar en Laos, y en Lovek se vieron afectados por la invasión de los siameses.

Él había sido apresado por los siameses junto a dos portugueses, Pantaleón Carnero y Antonio Machado, acusado de servir al derrocado rey Prauncar Lángara, que había huido al reino de Lang Xang, en Laos — hoy Vientiane —, y embarcado con destino a

Odia, en Siam, junto al botín capturado por los invasores. Tras convencer a los tripulantes chinos del gran botín que obtendrían si se alzaban contra los guardias, una noche llevaron a cabo el motín y lograron su objetivo. Los chinos acabaron con los soldados y se apoderaron del barco. Pronto discutieron por el reparto de las riquezas y se mataron entre ellos, y, los pocos que quedaron, fueron liquidados por los europeos, que se encargaron de que la nave acabara ahora en sus manos. Con los pocos supervivientes se habían dirigido luego a Manila. Días más tarde, Veloso, que había hecho algo parecido, también marchó a Manila, donde se encontró con su amigo Ruiz.

Juntos acordaron un plan para convencer al gobernador de que emprendiera una operación militar en Camboya, para ayudar a recuperar el trono al rey Lángara. En su proyecto intentaron demostrar la conveniencia de llevar adelante la expedición que, si tenía éxito, podía hacer que España dispusiese de un puerto seguro en una zona en la que nunca se habían presentados sus marinos y

comerciantes. Ni uno solo de los experimentados capitanes que asesoraban al gobernado se pronunció a favor, pues les parecía una insensatez enviar tropas a miles de kilómetros de distancia a un país lejano y desconocido.

Sin embargo, parece demostrado que la capacidad de convicción de los dos personajes debía ser notable, pues el gobernador aprobó la idea y ordenó armar tres bajeles, uno mediano bajo el mando del sargento mayor Juan Juárez Gallinato y dos pequeños, a las órdenes de Veloso y Ruiz, respectivamente. Con ellos irían 120

españoles, algunos mercenarios japoneses, todos cristianizados, y unos pocos filipinos.

Zarparon a primeros de 1596 hacia la que iba a ser una aventura tan increíble, asombrosa y fascinante, que si no fuera porque hay pruebas más que sobradas de que es cierto todo lo que sucedió, sería imposible creer que no es una novela de ficción.

Un temporal separó enseguida las tres naves, y la principal, la de Gallinato, fue empujada al estrecho de Singapur. Mientras, los dos amigos lograron, con grandes dificultades, arribar a las costas de Camboya tal y como estaba previsto. Navegando por el litoral no tardaron en localizar la amplia desembocadura del Mekong, que remontaron hasta la antigua ciudad de Churdumesco, a poco más de ocho leguas de la capital. Allí supieron que los notables del reino se habían rebelado contra los invasores siameses, a los que habían expulsado del país, y uno de ellos, de nombre Anacaparan, se había proclamado rey.

La inestabilidad y el estado de guerra civil latente en un reino dividido en facciones, era algo magnífico para los intereses del español y el portugués, que enseguida se dieron cuenta de que podían aprovechar la situación. Tras pedir audiencia al monarca,

le advirtieron de la llegada de más españoles, y de la formidable fuerza que traían — se referían a la nao de Gallinato, la más poderosa de las tres —. El rey, que estaba interesado en proteger seis barcos chinos cargados con riquezas y que temía perder, conocedor de la artillería y fuerza de las armas de los extranjeros blancos, intentó no discutir con ellos y ganar tiempo. Escuchó la propuesta, pareció plegarse a sus deseos y se marchó a Sistor, a unos 30 kilómetros del puerto, pero no sin dejar los barcos convenientemente reforzados.

Los españoles de la época, arrogantes, ambiciosos y brutales, no

recorrían el mundo para ser espectadores de lo que sucedía, sino que se empecinaban en que la realidad fuese moldeada por sus deseos, que siempre eran poco más o menos los mismos: riquezas, poder y honores. Y, desde luego, tampoco la paciencia se encontraba entre sus virtudes.

Sin esperar siquiera a llegada de Gallinato, por sorpresa, en un audaz ataque, se apoderaron al abordaje de los navíos chinos, todo el cargamento incluido, y mataron a decenas de sus tripulantes. En la ciudad, los camboyanos, que en su mayor parte apoyaban a Anacaparan, quedaron horrorizados por el comportamiento de los europeos, que de una forma alocada e irreflexiva se habían metido en un lío monumental.

Blas Ruiz y Diego Veloso, consultaron qué hacer con el dominico fray Alonso Jiménez, y resolvieron marchar los tres río arriba, con una escolta de 50 hombres, para pedir de nuevo audiencia al rey y darle cumplida satisfacción de la refriega ocurrida. La idea era culpar de la agresión a los chinos, pero al desembarcar de los botes, los rodeó una multitud armada, que se negó a escuchar nada que no fuera devolver el contenido de los barcos chinos. No había otra opción que pudiera librarles de una inmediata ejecución si no obedecían.

Ya hemos visto ejemplos de que los españoles no eran gente a la que se convenciese con buenas palabras, y menos aún con amenazas. Ruiz, Veloso y su medio centenar de hombres, mantenían sus armas, y se limitaron a esperar que anocheciera. Entre elfos nombraron capitán a Veloso, alférez a un experimentado soldado cuyo nombre no nos ha llegado, y sargento a Ruiz.

Con orden, buen temple y silencio, «a la española», en el mejor estilo de los golpes de mano, todos abandonaron su alojamiento nada más pasada la medianoche con las armas preparadas y atravesaron en pequeños grupos el río. Solo había una pequeña barca y tuvieron que hacer un gran número de viajes, pero evitaban así dar un gran rodeo para llegar hasta su objetivo: el palacio real. La idea era apoderarse del monarca y

su familia, para de esa forma, poder imponer las condiciones que quisieran desde una posición de fuerza. La acometida de los españoles fue tan fuerte y tan sorpresiva, que la propia guardia del rey se vio arrollada por la agresión inesperada y, al cabo de menos de una hora, el escaso medio centenar de españoles se había hecho dueño del edificio.

Pero no del rey, que había logrado escapar junto con su familia protegido por algunos de sus guardias.

Una vez conscientes de que habían fallado con su inesperado golpe de mano, quedó claro que el pequeño grupito liderado por Veloso y Ruiz no tenía escapatoria alguna, pues los habitantes de la ciudad alarmados por el sonido de los disparos, el chocar de las armas y los gritos de los que combatían, se había echado a la calle y, en masa, rodeaba el palacio. Al amanecer atacaron a los españoles que se habían parapetado en sus dependencias y se ocultaban tras sus muros. Era difícil que tuvieran alguna posibilidad de imponerse a una masa de combatientes tan numerosa, que lanzaban una lluvia de flechas, piedras y todo tipo de objetos.

El capitán Veloso cayó herido en una pierna y tuvo que ser retirado del combate mientras el resto de sus hombres comenzaba a retroceder dando por hecho que la derrota y muerte de todos ellos era segura. Justo en ese momento, fray Diego Aduarte que a pesar de ser religioso tenía el mismo carácter que el resto, tomó una espada entre las manos y una rodela y, adelantándose entre sus compañeros, dirigió el combate. Los mosqueteros, que disparaban en hileras coordinadas, lograron acribillar a balazos a la masa de combatientes camboyanos que se les echaba encima. Su asalto perdió ímpetu y, al cabo de un rato, incapaces de aguantar el castigo, se dispersaron de improviso y dejaron el campo de batalla sembrado de muertos y heridos.

Los castellanos tuvieron que hacer frente ahora a la guardia del rey, el mejor grupo de combatientes de Camboya, que armados con espadas [105] y protegidos por escudos pintados con cabezas de monstruos imaginarios de su mitología se lanzaron al asalto de manera coordinada y bien organizada. Su capitán dio grandes saltos y realizó posturas de arte marcial, con el intento de amedrentar a los castellanos, y salió del grupo para intentar una especie de duelo singular. Fue a su encuentro Blas Ruiz, que con un terrible golpe de alabarda le atravesó la coraza y lo mató, sin que su escudo sirviese para protegerlo. Su muerte junto con algunas otras bajas, principalmente la caída del rey del elefante de guerra desde el que dirigía el combate, alcanzado por un balazo, sembró el caos entre los camboyanos, que emprendieron una desordenada huida general, apenas a cubierto de los terribles efectos de las descargas de los mosquetes y arcabuces españoles. Fray Diego los reunió entonces a todos, levantó la bandera de Castilla y ordenó al tambor que tocase con fuerza para que toda la población supiese que los extranjeros avanzaban hacia el río con decisión, y exigían libre paso. Era una



demostración de poder como otra cualquiera, una fanfarronada podríamos decir, que les dio buenos resultados.

Todos los puentes estaban cortados, por lo que para ir a los vados los españoles debían dar un enorme rodeo. Tras ellos iban los camboyanos, que intentaban a distancia matarlos con flechas, pero que no se atrevían a acercarse a las líneas de los mosqueteros.

*Galeota y buques españoles ligeros. Los pequeños bajeles artillados, perfectos para la navegación en aguas costeras pero con capacidad de desplazarse con garantías en mar abierto, fueron esenciales para llevar adelante con éxito aventuras como la de Camboya.* Dibujo de Rafael Monleón.

Cuando finalmente agotados por la sed y el cansancio llegaron a la orilla del río, vieron que el paso estaba cortado por un cuerpo de elefantes de guerra que les esperaba al otro lado. Hicieron alto y, agrupados en un bosquecillo, acamparon hasta que llegara la noche. Estaban rodeados, pues a su espalda continuaba la columna de perseguidores, la única solución era intentar otro ataque por sorpresa en la oscuridad contra el campamento de los elefantes y confiar en que el enemigo no viese el resplandor de las mechas encendidas de sus mosquetes y arcabuces.

Con las armas alzadas sobre la cabeza, los españoles se metieron con sigilo en el agua, y avanzaron en silencio hasta la otra orilla. Confiados en su fuerza, los camboyanos no supieron de su presencia hasta que una descarga cerrada barrió la zona en la que se concentraban los elefantes. El caos fue total. Además la columna perseguidora, al darse cuenta de que los españoles habían cruzado el

río se lanzó en su persecución y atravesó el río con estrépito. Sus compatriotas los confundieron con enemigos y ambas partes se enfrentaron durante un rato en plena confusión, hasta darse cuenta de su error.



Al amanecer, el grupo de Veloso y Ruiz, ya con muchos heridos de consideración, había llegado a Maikan, una isla en el río a solo dos leguas de Churdumesco, donde se encontraba acampado el resto de las tropas españolas. Los camboyanos se aproximaban, por lo que con celeridad, derribaron árboles para obstaculizar el avance enemigo y formar trincheras y parapetos. Para entonces casi habían agotado sus municiones y no pudieron evitar que la isleta fuera rodeada.

*La puerta este de la ciudad amuralla de Anghor Wat, en Camboya. Los castellanos no tenían límites, eran capaces de cualquier hazaña, de acometer cualquier empresa, en cualquier lugar, país, reino o lugar de la Tierra, como si buscasen que parte alguna quedase sin una tumba española. El escritor Julián Marías escribió una vez que «Lo que más me inquieta es que en España todos se preguntan: ¿qué va a pasar? Casi nadie se pregunta: ¿qué vamos a hacer?». Los españoles del siglo XVI eran justo lo contrario, gentes que actuaban con valor y decisión, y no dudaban en forjar su destino a golpes de toledana.*

Todo parecía perdido cuando, como en una buena novela de aventuras, un champán, tripulado por los españoles de Churdumesco, llegó providencialmente, barrió con el fuego de su artillería y sus armas portátiles el campo enemigo, rechazó a los atacantes, y embarcó a sus compatriotas para ponerlos a salvo.

# 8.2 AMBICIÓN SIN LÍMITE

EL PUÑADO DE ESPAÑOLES HUBIESE TENIDO PROBLEMAS de no haber sido por la oportuna llegada de la nao de Gallinato, la más poderosa de la expedición. Tanto Ruiz como el herido capitán Veloso, intentaron convencer al sargento mayor de la oportunidad ante la que se encontraban, pues le aseguraron que el pueblo estaba dispuesto a levantarse en armas para volver a colocar en el trono al derrocado Lángara.

La llegada ante los barcos españoles de centenares de camboyanos, atraídos por la curiosidad, pareció confirmar lo dicho por los dos aventureros. Más aún cuando dijeron

que el rey Anacaparan había muerto y el país se deslizaba peligrosamente hacia un caos incontrolable que lo dejaría en manos de hombres armados de las diferentes facciones de los nobles.

Gallinato, un soldado duro, experimentado y violento, que se hacía respetar, parecía un hueso duro de roer. No hizo ningún caso y ordenó poner proa a Manila con todo el tesoro capturado por Ruiz y Veloso a chinos y camboyanos, pero estaba claro que los dos amigos tenían una capacidad de convicción fuera de lo común, y tramaron un plan muy ingenioso. Le dijeron que era poco lo obtenido y no debería volver a las Filipinas con las manos vacías, por lo que podían hacer otra cosa. Cuando pasasen por las costas de la Conchinchina, podían dirigirse al monarca reinante y exigirle la devolución de los caudales, la artillería y la galera del fallecido gobernador Dasmariñas, o cuanto menos, lograr la devolución del estandarte y las banderas. También le comentaron la posibilidad de ir por tierra a Camboya e intentar contactar con el derrocado rey Lángara.

A Gallinato le pareció una buena idea. Por una parte no se trataba de ninguna locura y, por otra, ya estaba harto de los dos. Tal vez fuese una buena ocasión para deshacerse de ellos. Así, al regresar a Manila podría dar una versión de la expedición que explicase el fracaso, sin necesidad de tener que defenderse de la locuacidad de sus subordinados, que sin duda intentarían disfrazar sus actos y convencer al gobernador de su correcto proceder.

Tras anclar en las costas de Tonkín, al Norte de la Conchinchina, contactaron con los emisarios del rey, que se negó a devolver el dinero. Había en el puerto un grupo de barcos japoneses, que trataron

de echarse sobre la nao española y apoderarse de ella pero fueron dispersados a cañonazos con sorprendente facilidad.

Visto que los extranjeros eran peligrosos[106], el rey dio licencia para que Veloso y Ruiz atravesasen a pie sus estados hasta llegar a Lang Xan, en Laos, cuyo soberano les comunicó que Prauncar, Lángara y sus dos hijos mayores habían muerto, y que el más joven estaba bajo la tutela de las mujeres, que formaban el Consejo de la Regencia.

Convencieron a la familia real de la necesidad de marchar al interior de Camboya y recuperar el trono y lograron que se les cediese el mando y dirección de las tropas. Una vez más los dos lo hicieron bien y con la fortuna de la mano, y sin tener que librar grandes combates, alcanzaron la capital de Camboya y proclamaron rey al joven Prauncar.

La Regencia los colmó de honores, y les entregó dos provincias como feudos, pero los mismos jefes militares camboyanos que habían sufrido en silencio, por su interés, el

mando de los dos europeos, una vez acabada la guerra no se mostraron muy dispuestos a aguantarlos. Obstaculizaron todas sus acciones e intentaron hacerlos caer en desgracia.

Ruiz, distanciado de Veloso, con el que había tenido algunas diferencias, logró del rey que le permitiese enviar una carta al gobernador español en Manila para solicitarle misioneros y, otra más[107], en la que le refería, a su manera, los hechos sucedidos. Un soberbio y épico relato de combates, conspiraciones y asesinatos, en el que destacaba las rivalidades de los nobles y criticaba a Gallinato por su tibieza a la hora de tomar decisiones. Por último, mostraba las principales fortalezas y castillos, puertos y lugares estratégicos, señalaba sus puntos débiles y solicitaba el envío de una expedición de conquista[108].

Mientras, las cosas comenzaron a torcerse. El ejército auxiliar de unos 5000 hombres con los que el rey de Lang Xan había apoyado a Prauncar a instalarse en el trono, decidió exigir compensaciones a su esfuerzo, y los mercenarios japoneses que estaban con sus barcos en la costa, pensaron que también querían una parte mayor en el reparto del pastel. La debilidad del joven monarca, rodeado de mujeres, a menudo embriagado y con nobles intrigantes a su alrededor, hizo imposible que la paz se mantuviese. Pronto el reino cayó en una nueva guerra civil.

En el nuevo conflicto no había grandes ejércitos, sino masas mal armadas y peor dirigidas de campesinos que no fueron rivales para Ruiz. Con sus pocos españoles y los mercenarios japoneses con los que se alió, formó un equipo invencible.

La muerte de un fraile llegado de Manila y la de varios soldados españoles enfermos o heridos durante un ataque de los laosianos al cuartel que Ruiz dejaba en retaguardia cuando estaba en campaña, enfadó al capitán español, que casi exigió que le suplicasen si querían que siguiese al mando, y se negó desde ese momento a comandar a las tropas reales.

El avance imparable de los rebeldes hizo que, finalmente, Ruiz lograse su propósito, pero esperó a que la situación fuese desesperada para que su intervención tuviese más valor. Una vez resuelto el conflicto sus hombres, los japoneses y las tropas reales, barrieron con facilidad a los insurrectos en una batalla campal, El problema era que estaba seguro de que no podría aguantar mucho más sin recibir desde las Filipinas suministros, material moderno de guerra y hombres.



*Elefantes de guerra del reino de Ayutthaya. Con el pretexto de ayudar al derrocado rey camboyano Prauncar Lángara, el pequeño grupo de españoles liderado por Blas Ruiz y Diego Veloso tuvo que enfrentarse a enemigos nunca vistos, como los elefantes del rey Anacaparan. Los españoles volverían a combatir contra elefantes en Conchinchina en 1858.*

En Manila, al nuevo gobernador, el sevillano Francisco Tollo de Guzmán, seguía sin convencerlo el asunto camboyano. El país estaba lejos, más en la órbita portuguesa que en la castellana, aunque ambos reinos estuviesen ahora unidos, y bastantes problemas tenía ya en Joló

y Mindanao con los moros, como para embarcarse en una aventura de resultado incierto. Además, el informe de Gallinato[109] le había convencido de que Ruiz y Veloso no eran de fiar.

Fray Alonso Jiménez, que había estado en el primer viaje a Camboya, pensaba de forma diferente, y convenció a Dasmariñas, el antiguo gobernador, para que armase una expedición de apoyo a Ruiz. El plan era ayudar a Prauncar y consolidarlo en el trono y, a continuación, atacar al rey de Cham Pan — Xien La —, que asaltaba con sus piratas la navegación comercial, esclavizaba y asesinaba a cristianos y merecía un duro castigo. Este último argumento convenció a los jurisconsultos y teólogos, que apoyaron la propuesta de Jiménez ante el gobernador y aceptó que Dasmariñas reclutase hombres y aprestase naves a su costa.



*Una espada siamesa. Los ejércitos de Asia Oriental tenían experiencia y no estaban mal armados, pero no podían comparare con los europeos en el mar, y en tierra adolecían de falta de armas de fuego modernas y artillería de campaña eficaz.*

Así lo hizo. Con dos naos de mediano porte, una galeota para operaciones en la costa o en los ríos y buen armamento y municiones, embarcó 200 hombres entre españoles y nativos, y zarpó con rumbo a Camboya. No tuvo suerte. Su flotilla sufrió un fuerte temporal y naufragó. A Churdumesco solo llegó la galeota con 25 españoles. Eso sí, armados hasta los dientes y ansiosos de riquezas y acción.

Los hombres de la galeota, al mando del alférez Luis Ortiz, le parecieron a Ruiz un gran refuerzo. Solo contaba con unos 100 hombres, pero su acuerdo con Veloso y su grupo de portugueses, y la

llegada de una fragata con el capitán Juan de Mendoza Gamboa y fray Juan Maldonado, y de otra con el alférez Luis de Villafañe, enviadas por el gobernador, le permitieron disponer de lo que era para él era una formidable fuerza de europeos y japoneses. Buenos espadachines, siempre prestos a batirse, con una ambición y un valor a toda prueba, varios cientos de castellanos eran por sí mismos un peligro terrible en cualquier lugar del globo, pero dirigidos por alguien como Blas Ruiz, mucho más.

Las intrigas de los camboyanos, que ponían constantes obstáculos a la construcción de una fortaleza española en los terrenos que había logrado Ruiz, exasperó a muchos españoles y portugueses, que se enfrentaban con harta frecuencia a malayos y camboyanos en incidentes que rara vez no acababan con heridos e incluso muertos.

Finalmente, un día que Veloso, Ruiz y su escolta estaban en la ciudad, el alférez Villafañe, que había quedado a cargo del campo fortificado en el que estaban los españoles, enfurecido por un incidente en el que Luis Ortiz resultó herido de gravedad, se olvidó de cualquier prudencia y respondió con las armas.

El resultado fue un desastre. Miles de camboyanos, azuzados contra los extranjeros por sus mujeres, se lanzaron contra españoles, portugueses y japoneses, que fueron masacrados tras una lucha terrible, en combates que enfrentaban a uno contra veinte o más. Los escasos hombres que iban con Veloso y Ruiz, no pudieron hacer nada para defenderse de la acometida de miles de enemigos. Intentaron alcanzar el mar librando una lucha desesperada, y tras abatir en feroces combates individuales a decenas de enemigos, cayeron combatiendo sin tregua hasta el final. Solo sobrevivió el capitán Juan de Mendoza, que pudo alcanzar un *prao* y llegar a mar abierto, para llevar a Manila las noticias de lo sucedido[110]. Su muerte no libró a Camboya de un destino terrible.

Cuenta Fernández Duro que:

Terminaron juntos los sobrehumanos hechos de su carrera; sucumbieron como habían vivido, haciendo prodigios de valor y teniendo enfrente miles de enemigos[111].

Con ellos concluyó por entonces la injerencia de España en aquellas regiones del Asia.

Si a España es de adjudicar la obra privativa y espontánea de estos sus hijos; y como si fueran sostén del reino de Camboja, después de ellos

cayó en la más espantosa anarquía y fraccionamiento, asesinado el Rey por los que habían de disputarse sus despojos, que al fin tuvieron la misma desdichada suerte.

## 8.3 EL INCIDENTE DEL *SAN FELIPE*

COMO HEMOS COMENTADO LA GUERRA CON Corea hizo que se redujeran en gran número los barcos japoneses que visitaban Manila, pero el comercio nunca llegó a interrumpirse. En octubre de 1596, el galeón *San Felipe*, cuando navegaba hacia Acapulco con 233 personas a bordo y una rica carga valorada en cerca de 1 300 000

pesos, naufragó frente a las costas de Japón [112] tras sufrir tres tempestades sucesivas y, lo que al principio pudo haber sido solo un desafortunado episodio natural, se convirtió en un auténtico incidente, motivado aparentemente por las declaraciones inoportunas del piloto, Francisco de Landia, acerca de una supuesta táctica conquistadora — que iría precedida de la labor de los misioneros —, así como por la avaricia del *shōgun*.

La mañana del día 19, inmovilizado y sin timón, el galeón encalló en la orilla, con graves daños en el casco. Estaba al mando el general Matías de Landecho y dándolo por perdido, ordenó hacia las 17.00 que todos los tripulantes y pasajeros abandonaron la nave. Los pescadores les habían informado que estaban en Urado, en la bahía de Tosa y que podían esperar una buena acogida de Chosokabe, el *daimyō* de la región. Pasaron la noche en la playa, rodeados de una multitud que les observaban con cierto recelo y, al día siguiente, con el permiso implícito de Hideyoshi comenzaron su traslado a la




ciudad. Matías Landecho escribió a Pedro Bautista, que llevaba tiempo en la isla y actuaba como embajador, para darle cuenta del suceso y el franciscano le contestó dándole las condolencias por la pérdida de la nave, pero tranquilizándolo en el sentido de que había paz entre ambos países y les darían permiso para reparar los daños y seguir viaje. En cualquier caso — le aconsejó también — no estaría de más que le llevaran un presente a Hideyoshi para acompañar la petición de calafatear el barco, obtener el permiso para poder comprar los avíos necesarios para la navegación y conseguir la protección imprescindible mientras realizaban los trabajos.

Así lo hicieron. El regalo fue valorado en más de seis mil pesos y en la embajada que lo presentó en Meaco participaron 29 personas, incluidos los padres Juan Pobre y Felipe de las Casas. Una vez en la corte, los acompañó Pedro Bautista. Cuando se negaron a recibirlos, se dieron cuenta de la gravedad de la situación y comenzaron a preocuparse.

Hideyoshi envió a la bahía de Tosa a un gobernador, Masuda Emonho Nagamosi, para averiguar qué era lo que en realidad había ocurrido, las riquezas que el buque albergaba y su estado. Una vez más la obsesión por los *kurofune* absorbía la imaginación de los líderes nipones. Nagamosi ya suponía a qué se debía su viaje. Hideyoshi le había dado largas a las negociaciones porque ya tenía una idea muy bien formada de lo que se debía hacer con el galeón español: quedárselo con toda su carga.

Mapa de los reinos de Siam y Camboya dibujado por Pieter van der Áa en 1707. *Las aventuras de Ruiz y Veloso en la región no son más que acciones propias de piratas, por más que formalmente estuviesen «oficialmente» amparadas por el*

*gobernador español de Manila. Al margen del valor y temeridad con el que actuó el puñado de aventureros españoles, lo cierto es que su conducta fue taimada, deshonesta y brutal.*

A partir de ese momento el ambiente que rodeó a los náufragos fue totalmente hostil. El 4 de noviembre encerraron en un corral a los que habían quedado en Urado, entre vejaciones y malos tratos «tirándonos de las barbas — contaron —, y dándonos puñadas en la boca, y palpándonos todo el cuerpo persuadiéndonos con el pecado de la sodomía, de que ellos usan, aunque, como ayudados de Dios, nadie cayó en él», y procedieron a un saqueo metódico y sistemático del barco. Allí los encontraron fray Juan Pobre y Antonio Malaide, a su regreso de la corte japonesa, asustados y confusos ante la sospecha de que los iban a dejar sin nada. Tras una semana de encierro los visitó Nagamosi, hizo una listado de los retenidos, inventario de la mercancía y, esa misma noche, ordenó levantar una nueva cerca en torno al corral.

El día 13 el gobernador y Chosokabe ordenaron el desalojo sin permitir a Matías de Landecho que lo presenciara, marcaron la ropa de todos con el sello imperial, los alojaron en las peores casas y rompieron todos los papeles del galeón. A la mañana siguiente un intérprete les comunicó el contenido de una carta de Hideyoshi en la que explicaba las razones de todo lo ocurrido. Eran muy concretas: «Que eran ladrones corsarios; que venían a poblar esas tierras para después tomarlas, como lo habían hecho en Perú, Nueva España y Filipinas, enviando primero a los frailes franciscanos para que predicasen la ley de Nambal; que iban cargados de oro. Que, presupuesto todo lo anterior, le diesen todo el oro que traía cada uno, bajo graves penas para los que ocultasen algo, y no solo para ellos sino también para sus compañeros y japoneses que los ocultaran».

Era una disculpa para no tener que devolver el barco. El día 27 toda la ropa y mercancías se embarcaron hacia Meaco, con una guardia de unos 400 soldados, y los españoles se quedaron en Urado mal asentados, peor alimentados y con gran temor sobre su futuro.



*Toyotomi Hideyoshi,* obra de Utagawa Yoshitora realizada en la segunda mitad del siglo XIX. *Hideyoshi está considerado el segundo unificador de Japón después de un período de más de 100 años de guerras civiles que habían asolado el país. Su carrera, de hijo de un granjero pobre a* kuampaku *, el hombre más poderoso del reino, es más que inusual.*

A finales de mes, en vista de que la situación se prolongaba, Matías de Landecho pidió permiso al *daimyō* para encabezar una segunda embajada a Hideyoshi; Chosokabe concedió el permiso de mala gana y el 3 de diciembre se pusieron en camino. Además de Landecho y de su escribano, Andrés de Saucola, iban el alférez Pedro Cotelo de Morales, Francisco de Landia, Diego Valdés, fray Juan Pobre y el agustino Diego de Guevara, así como el intérprete japonés que viajaba en el *San Felipe*. Su intención era que les devolviesen parte de la carga confiscada.

El viaje a Osaka, lento y duro, lo hicieron por mar, con frecuentes interrupciones de dos o tres días — en una ocasión nueve, a causa de una tormenta — en las ciudades por donde pasaban. A la semana de su partida Landecho decidió que fray Juan Pobre, en compañía de un japonés cristiano, se adelantara en una *funea*. A las nueve de la noche del 22 de diciembre llegaron a Osaka; fueron alojados, prácticamente prisioneros, por orden de Chosokabe y allí conocieron las últimas noticias sobre las medidas tomadas contra los franciscanos y los cristianos japoneses. El propio Chosokabe les advirtió de que no intentaran contactar con Hideyoshi por medio de los franciscanos,

pues estaban presos desde la semana anterior para ser crucificados. En Osaka solo estaba fray Martín de Aguirre, y al ir a la iglesia para confesarse y comulgar, acompañados de cristianos nativos, se encontraron con que también estaba detenido. La cosa se complicaba.

Los días de Navidad fueron tristes. Chosokabe les dio permiso para pasar las fiestas en compañía de Martín de Aguirre y los condujo a su prisión con veinte hombres de guardia, a las once de la mañana del 24 de diciembre. Pasaron junto a él toda la noche, confesaron, oyeron misa del gallo y comulgaron. Martín de Aguirre tenía las cartas de Pedro Bautista en las que le avisaba de la detención de los franciscanos en Meaco. El día de Navidad llegó a Osaka Cristóbal de Mercado, apresado en Meaco cuando llegó con el regalo para Hideyoshi, había participado en la negociación de Pedro Bautista primero, y luego en la de los padres jesuitas, para solucionar el asunto del galeón.

Confirmó la sentencia contra los frailes y veinte cristianos japoneses: mutilarlos, atarlos y exponerlos en público de camino a Nagasaki, a más de cien leguas de allí, donde serían crucificados.

Estuvieron un día y medio con Martín de Aguirre y luego les llevaron de nuevo a la casa donde se alojaban, pero lograron mantener contacto con el franciscano por cartas escritas en *euskera*, para que los japoneses no comprendieran su contenido. En la última, cuatro días después, Aguirre les decía que iba a ser conducido a Meaco y que en Osaka se quedaba escondido Jerónimo de Jesús, por orden de Pedro Bautista, para que atendiese a los cristianos.

El 1 de enero de 1597 trasladaron a Aguirre. Unos días después fray Jerónimo de Jesús se ponía en contacto con Matías de Landecho a través de un japonés cristiano de confianza y le confirmaba que no había ninguna duda de que se ejecutaría la sentencia de Hideyoshi. Lo único que había conseguido Landecho, por mediación de Chosokabe, era impedir que el verdugo, a la vez que la oreja izquierda, les cortara también la nariz.

El día 4, todos los sentenciados pasaron por Osaka, pero no dejaron a los españoles que salieran a verlos. Supieron que iban camino de Sakai, después de haberlos paseado por Fuxime y Meaco con el pregón de la sentencia al frente[113]. De Sakai fueron llevados de nuevo a Osaka y desde allí salieron para Nagasaki.

Una semana después de su partida, Matías de Landecho y sus acompañantes recibieron la autorización de Hideyoshi para viajar. Les

habían dado algo de ropa y dinero y se dividieron en dos grupos. Uno, con Francisco de Landia, se dirigió a Urado; el otro, con Landecho en cabeza, a Nagasaki, para intentar una última gestión que salvara la vida de los sentenciados. Cuando Landecho llegó a Simonoseki, el 29 de enero, hacía cuatro días que habían pasado por allí. Decidieron seguir por tierra para ganar tiempo, después de disfrazar de *sangleses* a Diego de Guevara y Juan Pobre y contactaron con los jesuitas Francisco Passio y Juan Ruiz, que esperaban a los mártires para oírlos en confesión. Con ellos trataron la posibilidad de pagar un rescate por los condenados.

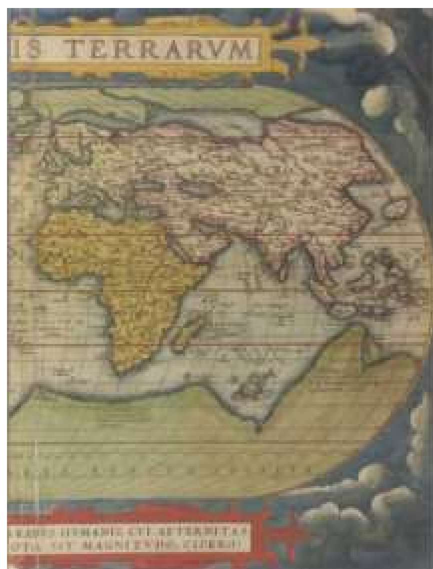



El último tramo del viaje lo hicieron por mar. El 4 de febrero entraron en Nagasaki y, de madrugada, se alojaron en casa de un portugués, Antonio Parces. Él les comunicó que era imposible pagar un rescate, porque la sentencia de Hideyoshi era irrevocable.

Como a las 11 de la mañana del día 5 recibieron noticia de que los condenados estaban cerca de Nagasaki; cuando llegaron, ya los encontraron a todos crucificados [114] .

Estaban sujetos con argollas por manos, pies y cuello y, una vez en la cruz, les habían dado dos lanzadas que iban desde debajo de las costillas a los hombros, por los dos costados, y atravesaban toda la cavidad torácica. Permanecieron así expuestos muchos días después de su muerte; los visitaron cristianos — portugueses, españoles y japoneses — y se contaron diversos sucesos milagrosos que ocurrieron en aquellos días.

El Theatrum Orbis Terrarum *es considerado el primer atlas moderno. Fue realizado por Abraham Orteliusy editado por primera vez el 20 de mayo de 1570, en Amberes.*




*Recogía casi un siglo de descubrimientos españoles y portugueses.*

En mayo, las primeras noticias que llegaron a Manila sobre lo ocurrido fueron cartas secretas para el gobernador, en las que se alertaba de la llegada a Filipinas, vía Formosa, de una armada japonesa preparada por el que fuera embajador Harada Kikuyemon.

Harada, según esos documentos, habría tenido también mucho que ver con los recientes y trágicos sucesos.

Una vez más la amenaza japonesa sobre Manila era patente y, dado que Hideyoshi había lanzado otro ataque en Corea[115], muy posible. Tello de Guzmán reunió un consejo de guerra para tratar de la situación y les propuso la conquista de Formosa para neutralizar fuera de las Filipinas el empuje japonés. El plan no lo aceptó el consejo de guerra, pero solo debido a que la poca guarnición de Manila — no más de 1200

hombres — hacía inviable una empresa de esa envergadura. Finalmente, en previsión de una invasión se decidió fortificar aún más

la zona norte de la isla de Luzón y Cagayán, y a pesar de que se ordenó tomar la medida preventiva de deportar a la mayor parte de la ya floreciente colonia japonesa, que ese año de 1597 había llevado a Manila seis barcos, actuar con moderación con los japoneses que llegaran desde ese momento a la ciudad, para evitar posibles represalias [116] .

También se dispuso enviar un embajador; fue elegido un capitán de artillería, veterano de Flandes y llegado a Filipinas con Tello, Luis de Navarrete. Era caballero y hombre que reunía las actitudes necesarias para las características de la importante misión: gestionar la devolución de los bienes del *San Felipe*, recoger las reliquias, e intentar descubrir las intenciones de Hideyoshi.

Así las cosas, el 17 de mayo llegaron a Manila noticias más precisas sobre lo sucedido en Nagasaki. Las traían dos agustinos náufragos, que regresaban con cartas de Matías de Landecho y del obispo de Japón. Resaltaban dos aspectos fundamentales de lo ocurrido. Por un lado, el temor de los japoneses a la agresividad de los españoles, que conocían por las conquistas de Nueva España, Perú y Filipinas, en las que habían participado frailes evangelizadores. Por otro, que parecía raro que solo condenasen a franciscanos y a ningún jesuita, a pesar de su presencia conocida en Japón y de que tres de los japoneses mártires eran hermanos de la Compañía.

La conclusión de ambos era que la persecución y martirio había ido por «caminos ocultos» — lo que aludía a la mala actitud de los jesuitas frente a los franciscanos —, y no por voluntad de Hideyoshi, que apreciaba a los frailes españoles. Es más, había fuertes sospechas de que tras el desastre económico que suponía la pérdida del galeón estaban también los portugueses, que se habían aliado con los jesuitas para forzar aquella acción agresiva de los japoneses contra los castellanos. La misma opinión que tenía Antonio de Morga, oidor de la nueva Audiencia; hombre objetivo y poco inclinado al frecuente optimismo que se daba en los medios castellanos. Mucho más lejos llegaba Tello, para quién lo ocurrido, además de dejar solos a los jesuitas en Japón, que era justo lo que ellos querían, formaba parte de una conjura aún mayor en la que estaban implicados todavía los partidarios del prior de Crato, el ya fallecido pretendiente al trono portugués.

Quizá la opinión más equilibrada fuera la del jesuita Alejandro Valignano, que hacía diplomáticamente a los dos bandos. Según él, el recelo a los castellanos de reyes y señores en Extremo Oriente — por su fama de conquistadores — hacía que cuantos más pasaban de

Filipinas a China y Japón, más males recayeran sobre los cristianos.

Esos recelos comenzaban a extenderse también a los portugueses por estar bajo el mismo rey, y eso los perjudicaba mucho comercialmente, por lo que estaban también cada vez más alterados. Para evitarlo, recomendaba a los gobernadores de Filipinas no emprender campañas improvisadas y de dudosa eficacia — tal vez pensara en las de las Molucas —, más perjudiciales que provechosas; solo deberían emprenderlas con gran fuerza y éxito asegurado.

Desde el punto de vista económico, la pérdida del *San Felipe* suponía también pesar y alarma. Eran todas las mercancías de los habitantes de la ciudad y, una parte de ellas incluso estaban ligadas a compromisos de deuda con comerciantes *sangleyes*. De Morga calculaba en un millón y medio de pesos el valor de lo perdido, lo que suponía una grave situación para la colonia hispana de Filipinas, muy dependiente de ese comercio de intermediarios entre Asia y México. Ese sería uno de los aspectos que se resaltaría



finalmente en la corte: había que extremar la vigilancia para que no salieran galeones sobrecargados y fuera de temporada, como había sido el caso del *San Felipe*.

La llegada de una carta de un noble japonés, Catto Canzuyeno Cami, permitió abrigar la posibilidad de seguir manteniendo buenas relaciones con señores particulares del Japón, al margen de cómo estuvieran las relaciones con Hideyoshi. También este aspecto se destacó en la corte, al mismo tiempo que se aconsejaba no enviar más frailes a Japón desde Filipinas hasta que mejoraran las circunstancias. En cuanto a los mártires, la corte reaccionó con prontitud ante los informes de Manila, e hizo que llegaran con rapidez a Roma, donde

ambos partidos religiosos se enfrentarían en nuevas batallas.

Eran ya los primeros meses de gobierno de Felipe III y todo parecía un poco diferente. Afortunadamente, la muerte de Hideyoshi en septiembre de 1598, unido a la desastrosa marcha de la guerra en Corea, alejaron el peligro japonés sobre las Filipinas[117].

*Los mártires de Nagasaki*. Óleo anónimo de los siglos XVIII o XIX. Coro de La Recoleta. Cuzco, Perú. *Fueron apuñalados con lanzas el 5 de febrero de 1597. El Papa Pío IX los canonizó en 1862.*



# EN BUSCA DE ANTÍCTONA

*Mapa de las Islas Salomón realizado en 1684 por el francés Allain Manesson-Mallet, que confunde y distorsiona los descubrimientos españoles. Varias de las islas de Mendaña se presentan como penínsulas que, a su vez, se unen a Nueva Zelanda, descubierta por el holandés Abel Tasman. No tiene marcas de latitud o longitud para fomentar la confusión y poder ubicarlas y configurarlas de forma imprecisa.*

*Muchos de mis lectores se sorprenderán tanto como yo quedé sorprendido al enterarme que los españoles trataron de descubrir Australia y colonizar las islas de los Mares del Sur una generación antes de que los Padres Peregrinos desembarcaran en Plymouth Rock. Aunque esta expedición fracasó en sus principales objetivos, merece sin embargo ser mejor conocida, pues en su transcurso se descubrieron las islas Marquesas y las Salomón del Sur, y también, porque al morir su comandante, el general Álvaro de Mendaña, su joven viuda, doña Isabel Barreto, asumió el mando absoluto de la flotilla que aquel le legara, episodio único en la historia naval moderna.*

Robert Graves

*Las islas de la imprudencia*

## 9.1 UN MUNDO NUEVO POR CONOCER

EL CONCEPTO DE *Terra Australis* fue introducido por Aristóteles y por Eratóstenes de Cirene[118] sobre la base teórica de la simetría geométrica, pues se consideraba que si la mayor parte de la tierra conocida estaba en el hemisferio Norte debería haber algo equivalente en el Sur, para evitar que la Tierra «volcase». Sus ideas fueron posteriormente extendidas por Ptolomeo, el más grande de los cartógrafos de la Antigüedad, que en el siglo I, realizó un mapa del mundo, en el que sostenía que el océano Índico estaba cerrado por una masa de tierra en el Sur. Cuando, durante el Renacimiento Ptolomeo se convirtió en la principal fuente de información para los cartógrafos europeos, este imaginado continente, empezó a aparecer en sus mapas.

La legendaria tierra del Sur, que se oponía al mundo conocido o «Oikoumene» era llamada «Antíctona». Figura ya en el siglo I a. C. en las obras *De chorographia* y *De situ orbis*, del algecireño Pomponio Mela y la nombra por primera vez Crates de Malos en el siglo II a. C. Como se trataba de una solución armónica y lógica para explicar cómo era la Tierra, fue defendida por algunos cartógrafos medievales, siempre con la prevención de que a la Iglesia solo le hablaban del mundo que aparecía en la Biblia, o lo que es lo mismo, el llamado «Viejo Mundo».

Las exploraciones portuguesas, cada vez más al Sur, se convirtieron finalmente en el único medio para probar si esa antigua teoría era cierta, y no tardaron en confirmar que también allí había países fértiles, llenos de vida y habitados por seres humanos; pero los cartógrafos del siglo XV siguieron profundamente divididos. Al menos hasta que por fin en 1502, un mapa, el conocido como «de Cantino», mostró el mundo «real» tal y como lo habían dibujado los portugueses. Sin los elementos ficticios propios de la cartografía de la época.

En Perú, los españoles habían escuchado extrañas leyendas acerca de unas lejanas islas en el Oeste ricas en oro. Ni que decir tiene que, tal y como era habitual en la época, se consideró rápidamente que tendrían que ver con algo narrado en la Biblia, en concreto con la legendaria Tierra de Ofir, el país enigmático y perdido en el que se encontraban las «Minas del Rey Salomón», cuyos cargamentos de oro habría utilizado el monarca para construir en Jerusalén su desaparecido y fastuoso templo. Chepo, que era el indio que había dado más datos acerca de las tierras del Oeste, mencionó las islas de Coatu, Quen, Cabana, Uquenque y Camanique [119] .





*Planisferio de Alberto Cantino, un agente del duque de Ferrara que consiguió copiar la información portuguesa y sacarla en secreto del país en 1502.*

Biblioteca Estense. Módena, Italia.

Cuando en agosto de 1563 llegaron a España las noticias sobre los

desarreglos personales[120] y administrativos del virrey Diego López de Zúñiga, IV conde de Nieva, Felipe II envió al Perú a Lope García de Castro para que se hiciera cargo del gobierno.

Llegó a Lima el 22 de septiembre de 1564 con los títulos de gobernador y capitán

general del Virreinato, así como el de Presidente de la Real Audiencia de Lima, pero no con el de virrey. Nunca lo fue, aunque ejerciera como tal hasta su regreso a España en 1569.

Una vez organizadas las desastrosas cuentas que había dejado su sucesor, García de Castro, hombre austero y responsable, consideró que merecía la pena hacer un intento de localizar las legendarias islas de las que todos hablaban. Estaba tan convencido, que no vaciló en aportar 10 000 pesos de su propia hacienda, para llevar adelante una expedición, con dos objetivos principales: el primero hallar las islas del oro; el segundo, descubrir la *Terra Australis Incognita*, la *Antíctona* de los antiguos, el mundo austral que daría a la nación europea que se hiciese con ella riquezas inimaginables.

*Álvaro de Mendaña. Embarcó hacia el Perú con el nombre de Álvaro Rodríguez Neira, y en ocasiones se lo denomina Mendaña y Castro. Se le identificaba como gallego, posiblemente de Neira, pero según la investigación documental posterior era de Congosto, en el Bienzo. Su ambición lo llevó a realizar dos expediciones en el Pacífico. En la segunda, encontró la muerte. Grabado publicado en 1854 en* Historia de la Marina Real Española *, de José March y Labores.*

Por supuesto había que buscar a alguien idóneo para que la dirigiera, pero eso fue fácil. Álvaro de Mendaña fue la persona elegida. Parecía algo absurdo, pues solo tenía 25 años, y adolecía de experiencia para comandar una expedición de ese nivel, pero a cambio contaba con una indudable ventaja: era su sobrino, y eso eran palabras mayores.

En 1567 la expedición se preparó meticulosamente en el magnífico puerto de El Callao, cercano a Lima, centro del comercio español en el Pacífico Sur. La formaban *Los Reyes*, como nao capitana, de 200 toneladas — casi un galeoncete —, y la nao almiranta *Todos los Santos*, de 140 toneladas. Entre las dos embarcaban 160 hombres, todos muy competentes. El primero, Pedro Sarmiento de Gamboa, que se encontraba al mando de la capitana; veterano de las campañas de México y Perú, experto marino, reputado geógrafo, una autoridad en

leyendas incas y poco amigo de los inquisidores de Nueva España y del virreinato peruano. Él era el principal responsable del interés despertado en García de Castro.

Lo acompañaban Hernando Gallego, piloto jefe de la flota; Pedro de Ortega Valencia; el franciscano Francisco de Gálvez, como vicario castrense; Gómez Hernández de Catoira, contador naval; el alférez real Hernando Enríquez, y Pedro Xuárez Coronel, capitán de la artillería.

El 19 de noviembre, un día de verano austral, despejado y con buen viento, las dos naves tomaron la ruta de poniente y cruzaron los que denominaron Golfo de la Concepción y Golfo de la Candelaria, el mar entre el Perú y Tuvalu. Navegaron

veintiséis días con brisas ligeras por el océano vacío y los marineros comenzaron a murmurar. Gallego, buen conocedor de derrotas, buques y marineros, persuadió a Mendaña para cambiar su curso hacia el Norte, con la intención de coger vientos más fuertes. Si hubieran mantenido el inicial, probablemente se hubieran encontrado finalmente con Nueva Zelanda o Australia.

Durante las semanas siguientes, a medida que disminuyeron el agua y los alimentos, aumentaron los choques entre Mendaña y Gallego. El 10 de enero de 1568, después de sesenta días de tranquila travesía, cuando las relaciones entre todos los embarcados comenzaban a deteriorarse seriamente, alcanzaron una pequeña isla a la que llamaron Nombre de Jesús[121]. Allí tomaron contacto con los naturales, de piel oscura, que les parecieron pobres e inocentes. Unos días después llegaron al arrecife de Roncador, que por la descripción podría ser Otong Java, el atolón con la mayor laguna de las Salomón.

El 7 de febrero, a los ochenta días de su salida y a más de 6000 millas de El Callao, avistaron de nuevo tierra: la isla Atoglu, que Mendaña bautizó como Santa Isabel de la Estrella de Belén en honor a la patrona que había guiado su viaje. Fue la primera de las Salomón —aunque no se llamaron así hasta tiempo después, cuando se conocieron los resultados del viaje —, en la que se asentó una expedición española, en la denominada actualmente *Estrella Bay*, en el Este de la isla.

Los primeros contactos de los españoles con los nativos fueron amistosos. Se limitaron a realizar el tradicional intercambio de regalos. Como los indígenas no les importunaban, Mendaña aprovechó para avanzar la exploración y, tras llegar a un acuerdo con el jefe Bile Banara, establecer relaciones con los pueblos costeros, a pesar de que

no se entendían, puesto que no disponían de intérpretes. Lo sorprendente es que lograron encontrar oro en pepitas y en polvo, lo que animó a Mendaña a construir un bergantín de 30 toneladas para trazar las cartas náuticas de las islas de alrededor, y estudiar las aguas poco profundas, en la propia Santa Isabel y en las costas vecinas, mientras los soldados exploraban el interior.

Sarmiento de Gamboa y el maestre de campo Pedro Ortega se dividieron el trabajo.

Ortega, con 30 arcabuceros penetró en la jungla durante ocho días, hasta alcanzar la cordillera central. Tuvo un encuentro con los guerreros del cacique Tiarabasco, al que finalmente tomó preso, y fue alcanzado en el brazo con una flecha uno de los españoles, que murió a consecuencias de la herida. Pasada la barrera montañosa, al otro lado de la isla, encontraron a un nuevo cacique, pero este, como Bile Banara, se mostró amistoso.

Sarmiento de Gamboa que marchaba con 16 soldados lo tuvo más complicado.

Avanzó entre junglas impenetrables en las que no se veía el sol, vadeó ríos de montaña

y escuchó el sonido de las caracolas de los indígenas que avisaban de su presencia y llamaban a los guerreros al combate contra los extraños extranjeros, pero siguió adelante. Su idea era alcanzar la cima más alta para comprobar si Santa Isabel era con seguridad una isla. Para ello tuvo que abrirse paso en multitud de pequeños combates contra enjambres de enemigos que parecían salidos de la Edad de Piedra.

Mientras Gabriel Muñoz y Diego de Ávila partían de la base principal con órdenes de recorrer la costa acompañados de un grupo de escolta, Bile Bañara, el cacique amigo de Mendaña, que incluso lo defendió de un ataque de nativos hostiles de una tribu vecina, le facilitó información muy interesante sobre la isla y su sociedad. Mendaña llegó a rechazar tres mujeres que le ofrecieron y descubrió que eran caníbales, ya que, cuentan las crónicas que Bile Banara, como manjar exquisito, le envió un cuarto de niño que él enterró decentemente. Un extraño comportamiento que los indígenas estuvieron a punto de tomar por una ofensa.

Ortega, ya de regreso, contó que un cacique de nombre Meta, le había dicho que en la isla había nuez moscada, clavo y especias, todo de un enorme valor en Europa. A su vez, Mendaña comentó que le había

mostrado a Bile Bañara perlas y oro, y el nativo había reconocido ambas cosas asegurándole que en la isla había abundancia de ello.

Una vez que el bergantín estuvo listo, Gallego y Pedro de Ortega, con 12 marineros y 18 soldados, costearon Santa Isabel. Mendaña recibió en su barco un par de veces a Bile Banara. Como era habitual le habló en español y le enseñó en un mapa todos los territorios que poseía su monarca y todos sus vasallos. También tuvo ocasión de hablarle del dios de los cristianos, lo que probablemente dejó indiferente al cacique, que sin duda no se enteró de nada, y que tampoco podía imaginar la carga simbólica que para los españoles y el derecho de gentes de la época tenía esa forma de actuar.

Gallego y Ortega descubrieron en sus singladuras que se encontraban en un gran archipiélago. Hallaron una gran bahía con siete u ocho islas pequeñas y una mayor, la isla San Jorge, y en ruta hacia el sur de Santa Isabel divisaron primero dos isletas, y luego una gran isla — Malaita en la actualidad — a la que bautizaron con el nombre de Ramos, por descubrirse en su día. La costearon, y al Sureste divisaron otras dos islas que llamaron La Galera y Buena Vista, y después desembarcaron en Flora, la mayor de las islas de la Sonda. Los españoles escribirían de los habitantes de aquella isla que «se enrubian el cabello, huyen del arcabuz, tocan arma con caracoles y tambores y comen carne humana».

Cayeron más al Este y, sin desembarcar, observaron San Germán y Guadalupe.

Tocaron tierra al Sur, en Sesarga — isla de Savo [122] — y quedaron atónitos ante un

volcán en erupción que rápidamente dejaron atrás. El nuevo rumbo elegido les hizo dar con una isla de grandes proporciones a la que llamaron Guadalcanal, el nombre del pueblo sevillano del que Ortega, el primero que la vio, era natural.

Los nativos se acercaron en sus canoas hasta el navío. Lo que al principio fue motivo de curiosidad se convirtió pronto en un problema cuando los indígenas, deseosos de nuevas presas, comenzaron a lanzarles piedras. Alarmados y por las experiencias de otros compañeros y otros viajes, abrieron fuego con sus arcabuces y mataron a varios de ellos, mientras el resto corría despavorido y se alejaba de la playa. Los españoles desembarcaron, y se encontraron con una isla llena de recursos. Ortega dio nombre a un río y Gallego a otro, y en ambos hallaron oro, aunque en pequeña cantidad. A pesar

del violento incidente inicial, los nativos, aunque peligrosos, no parecían ser un rival serio, pero el interior era montañoso y cubierto de densa selva, un terreno propicio para emboscadas. Difícil, si la única opción era combatir [123] .

De regreso a Santa Isabel se detuvieron en San Jorge — hoy Varnesta —. Luego navegaron hacia el Norte, isla tras isla y llegaron con seguridad a Nueva Georgia, a la que dieron el nombre de San Nicolás. Finalmente localizaron una gran isla, a la que en principio no se acercaron, que bautizaron como San Marcos — Choiseul —. Unos días después anclaban en la bahía de la Estrella. Hernando Gallego le relató a Mendaña, las noticias más interesantes de Guadalcanal, y destacó la calidad de su puerto donde podían «caber mil naos».

Realmente es asombroso lo que un puñado de españoles hacían al otro lado del planeta, con unos barcos tan pequeños que no superaban las 200 toneladas de desplazamiento — como un pesquero actual —, aventurándose en tierras desconocidas, sin material esencial de repuesto — velas, cordajes, clavos, maderas, o municiones —, pero con un ansia de conocer tierras y gentes, que hoy nos parece increíble.

## 9.2 LAS ISLAS VERDES

MENDAÑA QUEDÓ IMPRESIONADO por el relato de sus hombres, y decidió hacer una exploración en profundidad de Guadalcanal, con las dos naos y el bergantín. El 8 de mayo de 1568 lanzaron anclas en la boca del río Gallego y, el 9, a primera hora de la mañana, cuando apenas se distinguía la silueta de los barcos en la oscuridad, Mendaña hizo una ceremonia formal de toma de posesión de todo el archipiélago en nombre del rey Felipe de España y levantó una gran cruz de madera en la playa.

El solemne rito alarmó a los nativos, que comenzaron a lanzar flechas. Les respondieron con una descarga cerrada de los arcabuces, que mataron a dos de ellos. La noche la pasaron los españoles en los barcos, pero el 10 volvieron a tierra y, tras comprobar que los indígenas habían derribado la cruz, un grupo del que formaban parte los dos sacerdotes que acompañaban a la misión, los franciscanos Gálvez y Torres, se adentró en el interior para realizar en un monte una nueva ceremonia religiosa.

Desde allí vieron que había varios pueblos de notables dimensiones y, el 19, en el interior, el alférez Fernando Enríquez localizó otra vez oro en un río por el que subía con 30 soldados. Eso sí que era una buena noticia.

Enríquez y Gallego se separaron del grueso de la expedición y navegaron con el bergantín por el río Ortega. Encontraron varios poblados nuevos y recibieron ofrendas de los nativos, pero también sufrieron un ataque con flechas y piedras que repelieron, como siempre con facilidad. Quizá por eso, para no sufrir de nuevo su ira, poco después, el cacique Nabalmua, acompañado de 3000 nativos, llevara hasta el bergantín, como regalo para sus tripulantes, un cerdo y cocos. Luego, al seguir rumbo Sudeste, Gallego volvió a topar con Ramos, y localizó un puerto con buenas características marineras al que llamó Escondido. Tras recorrer el resto de la isla, calcularon su tamaño, como habían hecho siempre hasta entonces, levantaron mapas y trazaron cartas de navegación.

Entre tanto la situación en Guadalcanal se complicaba. En abril, un grupo de marineros que hacía aguada fue atacado por los indígenas, deseosos de probar la carne de esa nueva raza. Eran solo 9, y fueron masacrados[124]. El motivo, según el cacique de la zona, fue exigir a Mendaña que devolviese a un muchacho papú que había desaparecido

o hecho prisionero, algo de lo que culpaba a los blancos, y para cuya liberación había convocado a miles de guerreros. La respuesta española fue dura.

Sarmiento de Gamboa atacó las aldeas cercanas, sus soldados mataron a 20 hombres y quemaron los pueblos donde los indígenas habían puesto cocos hincados en palos como si fueran las cabezas de los españoles.

Cada vez era más arriesgado conseguir comida y agua. El 27 de mayo, otra partida de aguadores, esta vez formada por 10 hombres, fue atacada de nuevo. Solo se salvó un esclavo negro, probablemente porque los indígenas consideraron su carne desdeñable; de los demás, Mendaña no encontró más que sus restos: «Sin dientes, con los cráneos partidos, evidencias de que les faltaban sus sesos y, a muchos, con las lenguas cortadas». A los españoles estar en un lugar habitado por miles de caníbales les ponía muy nerviosos, y Mendaña y sus capitanes sabían bien que los «indios», aunque pobremente armados, eran hostiles y peligrosos. Tras reunirse en un consejo abierto con

pilotos, capitanes y soldados, decidieron que lo mejor era preparar las naves para iniciar el regreso a Perú.

Todavía antes de adentrarse en el océano, encontraron una isla en la que decidieron reunir alimentos y agua fresca para el viaje de vuelta. La denominaron San Cristóbal, —

la actual Makira — donde desembarcaron en una bahía que llamaron Puerto de la Visitación. Allí, Mendaña ordenó a Gallego y al capitán Francisco Muñoz Rico que con el bergantín, 13 soldados y 13 marineros siguiera la línea de costa, para saber si era una isla. Las naos recorrieron las islas más cercanas, sin incidentes salvo en una que bautizaron Santiago, donde libraron una dura batalla con los indígenas, a los que Sarmiento de Gamboa y sus hombres machacaron con sus espadas y armas de fuego, lo que les permitió hacerse con un rico botín de ñames, cocos y almendras, suficientes para cargar la nave por completo.

Mientras el bergantín exploraba la isla, descubrió otras dos más pequeñas, Santa Catalina — Aguarí — donde se hicieron con más almendras, plátanos y algunos cerdos salvajes, y Santa Ana — Itapa — en la que los indios les atacaron con dardos y flechas, a lo que los españoles respondieron a las bravas, con la quema de su poblado.

El 4 de julio estaban de regreso en el campamento del grueso de la

expedición.

Informaron a Mendaña, desarbolaron el bergantín, limpiaron los fondos y, el 11 de agosto, zarparon todos en las dos naos con rumbo a las costas americanas. Con ellos se llevaron a tres indígenas de San Cristóbal, para que las autoridades virreinales

«comprobasen como era el tipo de indio austral».

En total la expedición había estado en las Salomón medio año. Volvía cargada de clavo, nuez moscada y las pepitas de oro halladas en los ríos, para probar que las islas eran ricas y de interés.



*Guadalcanal, Isatabu, en su nombre nativo, tiene 5336 km2, y está cubierta de densas selvas y montañas. Un terreno complicado para los hombres de Mendaña, que se encontraron además, con que los pobladores, agresivos y hostiles, eran antropófagos.*

La elección de la ruta de regreso se convirtió en un nuevo contencioso, pues los pilotos erraron el rumbo. El 4 de septiembre toparon con las islas Gillbert y Ellice y, en última instancia, se aceptó el consejo de Gallego para poner proa al Norte y poder tomar los vientos del Oeste que les permitiría seguir la ruta de Urdaneta. Por el camino encontraron en una isla restos españoles — tal vez del *San Jerónimo* — y alcanzaron otra pelada, únicamente con matorrales y arena, que probablemente fuera la isla de Wake.

Habían ido demasiado al Norte y el camino se volvió complicado. Además, sufrieron una durísima tempestad que separó a las dos naves

y les produjo cuantiosos daños en el casco y la arboladura. No tardó en comenzar a escasear la comida y que aparecieran los primeros casos de escorbuto. Hasta el 22 de enero de 1569, *Los Reyes*, la nao capitana, no llegó al puerto de Santiago de Colima, en México. La almiranta lo hizo a Todos los Santos, tres días después. Recuperados con buena comida y descanso, pusieron rumbo al Perú. El 22 de julio ambas embocaban el puerto de El Callao.

Después de las terribles experiencias de dos años de viaje, aunque Mendaña había probado que existía la Tierra Austral, y afirmaba que las ya denominadas islas Salomón eran una parte de ella, recibió pocas alabanzas por lo que se percibía oficialmente como una expedición fracasada. Era injusto. En realidad no había descubierto continente alguno, pero había ampliado el horizonte del mundo conocido hasta casi el Mar del Coral y confirmado que el Pacífico no era más que un «Lago español».

*Los hombres de Mendaña se enfrentaron a guerreros primitivos, pero valientes y combativos, cuyas armas, a pesar de carecer de hierro, eran muy peligrosas. Esta espada, de Kiribati, está elaborada con afilados dientes de tiburón. Los guerreros de Melanesia y Polinesia usaban también arpones de hueso, arcos, flechas, macanas, mazas y armaduras de piel de cocodrilo.*

Museo de Arqueología y Etnología de Peabody.

Mendaña regresó a España para defender sin descanso sus descubrimientos y conseguir financiación para un nuevo viaje. Sarmiento regresó a Lima. Dirigió por orden del virrey la escuadra que partió en busca de Drake, dedicado a atacar los puertos españoles del Pacífico y exploró el Estrecho de Magallanes. De regreso a Europa, en junio de 1586 fue capturado por los ingleses y presentado ante la reina Isabel, que lo envió a España con una carta de paz para Felipe II. Quizá hubiera impedido el desastre de la armada española en agosto de 1588, pero nunca llegó a entregársela. Sarmiento, que regresaba por tierra, fue hecho prisionero por los hugonotes franceses, y encarcelado, cuando ya estaba próximo a la frontera española. No quedó en libertad hasta que el rey pagó un cuantioso rescate en diciembre de 1589.

# 9.3 LAS TIERRAS DEL OLVIDO

HABÍA PASADO UN LUSTRO desde que Mendaña regresara de las Salomón, cuando logró por fin, firmar un contrato de Asiento con la Corte, en el que a cambio de los títulos de adelantado, gobernador y capitán general de la colonia, se comprometía en llevar a cabo la expedición de conquista y colonización, pero los tiempos eran difíciles y en Lima nadie parecía mostrarse muy decidido a ello. Menos aún el nuevo virrey, Francisco de Toledo, que no confiaba demasiado en Mendaña, y le dio largas eternas a la hora de tomar una decisión. Tuvieron que pasar casi veinte años más para que, ya siendo virrey García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, gracias a la insistencia de Isabel de Barreto, la jovencísima mujer de Mendaña, el viejo proyecto volviera a la vida.

Para la ambiciosa expedición que el flamante gobernador tenía en mente, dado que era una aventura privada, debía convencer a mercaderes y colonos. El objetivo era establecer y asegurar un dominio en las Salomón en un plazo de seis años — con tres ciudades y sus respectivas leyes y ayuntamientos —, desde el que vigilar e impedir que los piratas ingleses encontrasen refugio en las islas, como habían hecho Drake y Cavendish de camino a las Filipinas o las costas americanas.

Se reclutó a 378 personas, de las cuales 280 eran marineros y soldados — estos aportados por el virrey — y, el resto, las familias de quienes iban destinados a ser

nuevos hacendados. Se aprestaron cuatro naves. Como capitana y almiranta respectivamente, la *San Gerónimo* y la *Santa Isabel*, ambas naos medianas, de 200

toneladas. Una galeota, la *San Felipe* de 40 toneladas, al mando de su propietario, Felipe Curzo, y una fragata, la *Santa Catalina*, de 30, que también llevaba como capitán a su propietario, Alonso de Leyra, pero tan deteriorada que sus marineros se referían a ella como «El Santo Sepulcro». Además se incluía una flotilla de embarcaciones de poco calado para adentrarse en los ríos para descubiertas y exploración.

El propio Mendaña, a quién los privilegios reales obtenidos le permitían el derecho de acuñar moneda y ejercer durante dos generaciones como amo y señor de las tierras conquistadas, tuvo el cuidado de llevarse a su esposa y a los cuñados de esta con el fin de

asegurar la transmisión de su futura herencia. Uno de ellos, Lope de Vega, se puso al mando de la *Santa Isabel*. El cargo de maestre de campo recayó en Pedro Merino Manrique, ya mayor de 60 años, y el de piloto mayor y capitán de la *San Gerónimo*, en un portugués de Évora, hábil y gran navegante: Pedro Fernández de Quirós. Casado con una madrileña, el que había sido también uno de los pilotos en la anterior expedición de Mendaña, era un hombre de enorme valía que conocía el mar desde muy joven, pues se había enrolado en naves de comercio para aprender el oficio.

El 9 de abril de 1595 la expedición partió de El Callao, pero desde el principio hubo cosas que no resultaron tan bien como se esperaba. En los puertos costeros en los que se abastecieron, los colonos potenciales, entre los que había un buen número de delincuentes, prostitutas, y aventureros, actuaron casi como piratas. Lo mismo que los soldados, que demostraron escasa disciplina y mantuvieron constantes pendencias con los marineros, a quienes despreciaban.

En esta fase solo la derrota, primorosamente dirigida por Quirós, al que los miembros del clan Barreto desdeñaban por sus orígenes humildes fue magnífica. El 21

de julio la escuadra fondeó en lo que creían su destino. Parecía un lugar extraño, pero habían pasado muchos años y podían haberse producido cambios en la frondosa vegetación o en la orografía. No era el caso. Pronto se dieron cuenta de que estaban en otra isla. La llamaron Magdalena, y desde ella reconocieron tres más; San Pedro, Dominica y Santa Cristina, donde tuvieron un encuentro armado con los nativos, a los que trataron con extraordinaria crueldad. Mendaña hizo la tradicional ceremonia de toma de posesión, y las bautizó como las Marquesas de Mendoza, en honor del virrey, su patrocinador peruano.

Zarparon con rumbo Oeste en busca de las Salomón. Entre islas y atolones nuevos pasaron los días, pero la escasez de agua, la falta de comida y tanto tiempo en el mar, comenzó a afectar a los colonos y a sus familias, que se desesperaban por no llegara a su

destino. Una tormenta provocó el 7 de septiembre la desaparición de la almiranta, la nao *Santa Isabel*, con 182 personas a bordo, un grave desastre — aunque pudiera tratarse de una deserción —, que hundió aún más a los expedicionarios, cuyo ánimo estaba ya muy decaído [125] .

Anclaron de nuevo junto a la mayor de las islas de otro archipiélago

volcánico, aproximadamente a 11° de Latitud Sur, habitada por nativos tatuados de piel oscura, que hoy se sabe que es Nendó[126], en las Santa Cruz, al Sureste de las Salomón. El puerto que escogieron dentro de la bahía disponía de un gran manantial, y había cerdos salvajes y aves en abundancia que se podían cazar. Los nativos, que salieron a saludarlos desde el primer momento, no parecían peligrosos, y su cacique, un viejo y encanecido jefe local de nombre Malope, les dio comida. Como hacían los navegantes españoles de forma habitual, reconocieron con las naves menores la isla y calcularon que tenía más de 100 leguas.

Muchos abogaron por quedarse, pero otros creían que era mejor regresar al Perú. El carácter débil de Mendaña, que parecía haber perdido su vigor de antaño y se paseaba con hábito de franciscano, no ayudó mucho, pues se quedó en el barco mientras en tierra soldados y colonos trabajaban para construir las casas, un fuerte y una iglesia donde se decía misa con regularidad. El desorden y las disputas en aquel paraíso de nativos alegres y nativas jóvenes y desnudas fueron en aumento, y la tropa comenzó a actuar a su aire. Todo empezó con enfrentamientos internos al no encontrarse el oro esperado y acabó con el asesinato del maestre de campo a manos de los Barreto y una violencia salvaje y desmedida contra los naturales, unas gentes que no les habían hecho nada. Lo culminó una serie de asesinatos masivos y espeluznantes decapitaciones.

Como es comprensible, los indígenas se alzaron en armas y estalló la guerra. A partir de ese momento y máxime cuando le habían volado la cabeza a Malope de un arcabuzazo, los españoles solo pudieron obtener alimentos mediante la violencia y el saqueo.



*Naos castellanas en mar abierto. Cuando las naves de naciones como Francia o Inglaterra no se aventuraban mucho más allá de sus costas, los navegantes españoles habían recorrido todos los mares conocidos. Era un logro espectacular, a menudo olvidado, y que sin embargo cambió el mundo para siempre. Dibujo de Rafael Monleón.*

La malaria causó pronto estragos entre los expedicionarios, que empezaron a morir víctimas de la epidemia. Cuando el propio Mendaña, que en virtud de una cédula de su nombramiento podía nombrar sucesor, se vio afectado por la enfermedad, designó como gobernadora en tierra a su esposa de 29 años; capitán general y almirante a su cuñado Lorenzo Barreto, herido en una escaramuza con los naturales y dejó el mando de las naves en manos de Quirós. No sobrevivió mucho más, falleció el 18 de octubre.

Poco después lo hacía Lorenzo, lo que dejó a su hermana con el mando en mar y tierra.

La joven Isabel la primera mujer que ostentaba el cargo de almirante en la historia de la navegación española, europea y mundial, no era de la raza de las melancólicas.

Convocó a sus oficiales y demostró capacidad de mando desde el primer momento.

Aunque buena parte de los expedicionarios se resistían a abandonar el asentamiento, optó por dejar la isla y dirigirse a Manila para obtener apoyo, nuevos colonos y más soldados. Ordenó desenterrar el féretro de su marido para subirlo a bordo y, tras tomar alimentos frescos, ganado y agua en abundancia, levaron anclas y pusieron rumbo a las Filipinas.

El viaje, como todos los de su tiempo, fue duro, las privaciones provocaron enfermedades y penurias que afectaron a los colonos y a sus familias. La «adelantada de la mar océano» demostró tener personalidad y carácter. Valiente, dura y en ocasiones incluso brutal, no vaciló en arriesgarse, y se esforzó en mantener su autoridad, pero pronto se vio que era insensible a los sufrimientos de los demás. Aunque quizá

pudiéramos decir en su descargo que era la actitud que debía mantener para demostrar que era capaz de liderar la expedición. Cuenta Fernández de Quirós, contrario a la presencia de mujeres en los barcos y enfrentado con ella desde el primer momento, que: La paz

no era mucha, cansada la gente de la mucha enfermedad y poca conformidad. Lo que se veía eran llagas, que las hubo muy grandes en pies y piernas; tristezas, gemidos, hambre, enfermedades y muertos, con lloros de quien les tocaba; que apenas había día que no se echasen a la mar uno y dos, y día hubo de tres y cuatro; y fue de manera, que para sacar los muertos de entre cubiertas no había poca dificultad.

Andaban los enfermos con la rabia arrastrados por lodos y suciedades que en la nao había. Nada era oculto. Todo el pío era agua, que unos pedían una sola gota, mostrando la lengua con el dedo, como el rico avariento a Lázaro. Las mujeres, con las criaturas a los pechos, los mostraban y pedían agua, y todos a una se quejaban de mil cosas. Bien se vio aquí el buen amigo, el que era padre o era hijo, la caridad, la codicia y la paciencia en quien la tuvo, y se vio quien se acomodó con el tiempo y con quien así lo ordenaba.

A la gobernadora, altanera y despectiva con el resto de los embarcados, algo que tampoco era tan raro en las damas nobles de su época, se la llegó a acusar de lavar sus preciadas ropas con la escasa agua dulce disponible o acumular víveres para ella y sus hermanos. Según las crónicas llegó a responder «¿De mi hacienda no puedo hacer yo lo que quiero?» pero es imposible saber a ciencia cierta si se trata de un suceso real o una mera leyenda [127] .

Ante las demandas de Quirós, que hablaba en nombre de los marineros, Isabel Bárrelo se mantuvo inflexible, y amenazó con ahorcar al primero que desafiase su autoridad. Puede que fuera necesario, pero la nao se caía a trozos. Escribe el piloto portugués: «No hubo verga que no viniese abajo, rompidas trizas, ostagas, y tal vez estuvo tres días la vela tendida en el combés por no haber quien la quisiese ni pudiese izar, y trizas de 33 costuras. Los masteleros y velas de gavia, verga de mesana, las quitamos todas para aparejar y ayuda».

No obstante, la pericia de los marinos españoles y la calidad de la construcción de los buques salvaron la situación. También el firme liderazgo de la gallega, no seremos nosotros quienes se lo neguemos, pero nada de eso impidió que la fragata y la galeota desertaran y abandonaran el convoy en plena noche. Al llegar al cabo San Agustín, ya en Luzón, los expedicionarios, desesperados, no quisieron prolongar más su estancia en la nao y exigieron ir a tierra, en vez de esperar viento favorable para seguir la ruta.

Parece que deseaban embarrancar la nao para perjudicar, aunque fuese en lo económico, a la gobernadora que tanto les había hecho sufrir. Sin embargo, el alcalde del pueblo más próximo había recibido

noticias de la presencia de una nao española y,

al conocer su estado, envió alimentos frescos y sirvió de práctico hasta lograr que aquel barco fantasma, tripulado por poco más que esqueletos vivientes, fondease en Cavite el 11 de febrero de 1596.

El intento de colonizar las islas Salomón había fracasado. Habían fallecido desde la salida de la isla Graciosa 50 personas. Una cifra que unida a los 47 muertos de Nendó, los caídos en alta mar y desaparecidos, elevaba la cifra a 270. Más los tripulantes de la fragata, que jamás apareció. En cuanto a la galeota, llegó a Mindanao, con la tripulación casi muerta de hambre.

Los colonos supervivientes, enfermos y agotados, tardaron en recuperarse. Una decena fallecieron al poco de llegar; cuatro se acogieron a la Iglesia, y el resto intentó iniciar una nueva vida en las Filipinas. Las mejor paradas fueron las mujeres, casi todas jóvenes y muchas viudas, que se convirtieron en el objeto de deseo de la mayor parte de los españoles de Manila. Eran poquísimas las mujeres blancas y todas se casaron con encomenderos o hombres de poder y dinero.

No fue menos la gobernadora, de quién decían tenía unos hechizantes ojos verdes.

Contrajo matrimonio en apenas tres meses con el sobrino del asesinado Gómez Pérez Dasmariñas, capitán general de las Filipinas, el también gallego Fernando de Castro, caballero de Santiago y general de los galeones de la Carrera de las islas. Su nuevo marido pagó para que el *San Gerónimo* hiciera el viaje de vuelta por el camino de Urdaneta, ya pura rutina.

El 10 de agosto de 1596, junto con Fernández de Quirós, partieron rumbo a Acapulco, a donde llegaron el 11 de diciembre. En México se abrió el expediente de información de lo ocurrido en la expedición, que se conserva intacto en España. Luego, el matrimonio se dirigió a Perú, y desde ahí a Guanaco hoy en Argentina donde Isabel poseía una encomienda. Posteriormente regresarían a Perú. Allí falleció en septiembre de 1612.


FOURTH TEST MATCH.

A DRAWN GAME.

THIRD EDITION.

*Fragmento del* Sydney Morning Herald *, del viernes 30 de julio de 1909, en que se publica la noticia de las investigaciones de Lawrence Hargrave, asegurando que naves españolas habían visitado la bahía de Sídney a principios del siglo XVII.*

Pese a sus errores fue una mujer notable, que en palabras de Alexandra Lapierre autora de una biografía novelada en la que describe la vida de esta adelantada a su tiempo[128] , estaba «llena de libertad, coraje y curiosidad por el mundo», y se atrevió «a soñar lo mismo que los hombres de una época en la que las mujeres pertenecían a sus padres cuando eran vírgenes, a sus maridos cuando estaban casadas y a sus hermanos cuando eran viudas». Sin duda alguna merece una página de honor en la historia de España y del mundo.

## 9.4 PERDIDOS. EL ENIGMA DE LA *SANTA ISABEL*

IIGUAL QUE SUCEDIÓ EN EL CASO de la *San Lesmes*, hay otra nave perdida que podía haber llegado a Australia, la *Santa Isabel*, desaparecida como hemos visto ante la isla de Néndo, el 7 de septiembre de 1595. El ingeniero y explorador Lawrence Hargrave, célebre por su experimentación aeronáutica, por la que es justamente reconocido como un pionero en Australia, se inspiró a mediados de 1906 en el descubrimiento de un cañón en el estrecho de Torres para, junto con sus propios recuerdos de cuando trabajó en la misma zona en la década de 1870, desarrollar una teoría de que el capitán Lope de Vega viajó con la *Santa Isabel* hasta el puerto de Sidney, donde permaneció con la intención de encontrar oro durante unos tres años, hasta que fue rescatado.





*Mapa de la costa oriental de Australia perteneciente al* Atlas de Nicholas Vallard *, publicado en 1547, plagado de topónimos de origen español o portugués.* Biblioteca Nacional de Australia, Gamberra.

Una de sus principales pruebas es una roca aparecida en Woollahara, un suburbio de Sídney con espectaculares vistas al mar, próximo a la célebre playa de Bondi. En ella se encuentran representadas lo que parecen dos naves europeas, reconocibles por sus castillos de popa y proa, y una extraña inscripción que dice: BALNZAIHW, junto a un símbolo similar a un círculo con una cruz dentro.

*Gaspar de Zúñiga y Acevedo (1560-1606), era un noble de la Casa de Zúñiga, V conde de Monterrey, señor de Biedma, Ulloa y de la casa de la Ribera. Pertiguero mayor de Santiago de Compostela, fue virrey, gobernador y capitán general del reino de la Nueva España, antes de convertirse en el décimo virrey del Perú.*




*Bajo su gobierno partió la controvertida expedición de Fernández Quirós a la búsqueda de la Tierra Austral.*

La interpretación de Hargrave es muy curiosa, el problema es que parece distorsionar un poco la realidad para adaptarla a sus ideas. Su teoría es que los españoles desembarcaron en el Este de Australia en 1595 y realizaron esa talla — la que él mismo denomina como Proclamación española —, a modo de registro oficial de su presencia y posesión de la tierra. Según sostiene el investigador australiano la razón de que aparezcan dos naves dibujadas se debe a que otra nao, llamada *Santa Bárbara*, partió de Acapulco con la misión de intentar localizar a la *Santa Isabel*, y logró encontrarla en las costas del Sur de Australia. Para llegar a dicha conclusión, Hargrave se basa en el descubrimiento en South Tress Point, cerca del cabo York, de un cañón con la inscripción «Santa Bárbara, 1596».

*Arriba, la inscripción de Wollahara Rock tal y como la representó el geólogo australiano William Dugald Campbell el 12*

*de marzo de 1894 — hoy en la Biblioteca Mitchell, de Sídney.*

*Abajo, la de Hargrave, del 12 de marro de 1910, a la que parece se la han añadido algunos detalles.*

*Es realmente muy interesante, y no hay duda de que es bastante antigua. Por la forma, desde luego parece el esquema de los cascos de dos naos españolas del siglo XVI, pero la interpretación epigráfica que hizo Hargrave es demasiado arriesgada.*

Desgraciadamente, su alteración del grabado de Wallahara — ya sea de forma selectiva o casual — y la falta de documentos que prueben que una nao de ese nombre partiese de puerto alguno de México, obligan a suponer que la teoría de Hargrave está cogida por los pelos.

No obstante las pruebas de la presencia de naves europeas, obviamente españolas o portuguesas, en las costas de Australia, antes de la llegada del holandés Abel Tasman, en 1642, o de Cook, en 1774, son numerosas y bastante interesantes, pero están dispersas y nunca han sido analizadas en profundidad, salvo por historiadores locales, muchos de ellos poco más que aficionados.

El mismo Hargrave, que no hablaba español, pero contaba con la ayuda del capitán Bertram Chambers, de la Marina Real Australiana, que lo hacía con fluidez, apoyó sus conclusiones en los topónimos de los lugares alrededor de Sídney y del Estrecho de Torres. Según su hipótesis, los nombres españoles de la costa circundante los adoptaron los nativos y, mucho más tarde, después de la llegada de la primera flota inglesa en 1788, se asumió que se trataba de nombres aborígenes. Hargrave anotó cerca de dos docenas de ellos y su evolución, en su texto sobre Lope de Vega publicado en 1911; los añadió en mapas y gráficos y los relacionó varias veces en su voluminosa

correspondencia. Estaba dispuesto a presentar otra lista de nombres más extensa, presumiblemente aquellos para los que todavía estaba buscando un origen, cuando falleció en julio de 1915.

Sería un proyecto muy interesante realizar un análisis en profundidad de todos los elementos posibles que puedan probar la presencia española en el continente austral, pero de momento, queda lejos de la magnitud de esta obra.

# 9.5 EL FIASCO DE QUIRÓS

DESDE MÉXICO, FERNÁNDEZ DE QUIRÓS partió hacia la corte. Sus diferencias con Isabel Barrete habían sido muchas, y deseaba defender su idea de que el poblamiento de las islas de la tierra austral era posible, pero después de haber conocido el horror, con una nueva vocación rayana en la obsesión: llevar el cristianismo hasta los salvajes que poblaban el Pacífico.

En Madrid y Sevilla, buscó el apoyo de frailes y sacerdotes a los que deseaba convencer de la necesidad de convertir a los habitantes de las tierras aún desconocidas del Pacífico. Lina y otra vez solicitó autorización para continuar la obra inacabada de Mendaña y de su viuda y lograr ampliar las fronteras del reino. Sus ideas no gustaron.

Los funcionarios de la Corte y del Consejo, abrumados por su insistencia — Quirós era realmente muy pesado — le dijeron una y mil veces que el rey Felipe tenía tierras más que sobradas y que hacía falta poblar las encontradas y no buscar otras nuevas.

Nadie creyó los años siguientes ni en sus cualidades para el mando ni en sus supuestas habilidades como marino. Además, en septiembre de 1598 falleció Felipe II y dejó el país lleno de deudas y todavía sumido en la guerra, por lo que desde la corte denegaron por sistema todas sus propuestas. En el año santo de 1600, Quirós visitó Roma como peregrino y, en una audiencia privada, obtuvo el apoyo del papa Clemente VIII, interesado en la expansión religiosa que preconizaba el explorador. También el del embajador español ante la Santa Sede, Antonio Fernández de Córdoba y Cardona, duque de Sesa — que había alojado en su casa a Quirós, y este había dado clases de geografía a su hijo — y el de los más prestigiosos cosmógrafos y matemáticos del Vaticano, que quedaron impresionados por sus conocimientos de navegación.

Con esas bendiciones para su empresa, se acercó de nuevo a Felipe III. Aunque los asesores de la corte seguían sin ser muy receptivos a la idea, los dos años de molestias implacables del reclamante dieron por fin sus frutos: el rey accedió a patrocinar un viaje




de exploración y le firmó una carta en la que pedía al virrey del Perú que le diera toda su ayuda «para ganar almas para el cielo y los reinos de la Corona de España».

*Sello de la Isla de Norfolk en homenaje a Fernández de Quirós. Norfolk es un territorio australiano compuesto de tres islas en el océano Pacífico, entre Australia, Nueva Zelanda y Nueva Caledonia.*

Quirós volvió a El Callao a primeros de 1605. Gracias a la carta del monarca, el virrey, Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterrey, accedió a llevar adelante su solicitud, a pesar de la oposición de los herederos de Mendaña, que alegaban poseer mejores derechos ante cualquier expedición que se dirigiera a las islas Salomón o en busca del continente austral.

Los barcos que se pusieron a su disposición, las naos *Santos Pedro y Pablo* —

capitana de 155 toneladas —, la *San Pedro* — almiranta de 120 —, y el patache *Los Tres Reyes*, eran excelentes, magníficamente construidos, resistentes y sólidos, marineros, y bien dotados de artillería. Se equiparon con suficientes provisiones para el viaje de ida y vuelta, calculado en un año; agua dulce almacenada en tinajas de barro en vez de barriles de madera, animales domésticos, herramientas agrícolas y semillas, para ayudar en la colonización de las tierras descubiertas. Incluso llevaban alambiques de cobre para destilar agua de mar. Decidido a no repetir el desastre del último viaje de Mendaña, Quirós se opuso rotundamente a llevar a bordo ninguna mujer. Sus hombres y los misioneros erigirían la colonia y convertirían

a los indígenas al cristianismo. Las mujeres y los niños ya tendrían tiempo de ir después.

La flotilla zarpó del puerto peruano el 21 de diciembre de 1605, con 130 marineros y soldados. Con ellos iban cuatro hermanos legos de la Orden de San Juan de Dios para servir de enfermeros y practicantes, y dos franciscanos para evangelizar a los nativos. El equipo y armamento de los soldados era magnífico, y muy moderno, con avanzadas

pistolas y arcabuces de rueda, lo que indica su alta calidad, y el llevar enfermeros experimentados ayudó a solventar muchos problemas de salud. Solo sus oficiales parecían conflictivos: el almirante gallego Luis Váez de Torres, no le respetaba demasiado por su condición de portugués y don Diego de Prado y Tovar, el hombre de mayor alcurnia a bordo como indican sus apellidos, un caballero voluntario sin escrúpulos, aspiraba a poco más que a hacerse cuanto antes con la sucesión en el mando, quizá a instancias del propio virrey.

La despedida fue fría, prácticamente inexistente, en contra de lo que era habitual en estos casos. En realidad, el gobierno de Lima estaba deseando que Quirós, que los tenía aburridos a todos, se fuese de una vez. Indiferente al desprecio de la camarilla del virrey, con habilidad y buen viento, Quirós situó sus barcos sobre el paralelo 26°, más al Sur que durante la misión anterior. Recorrieron leguas y leguas de mar brillante y azul, bajo un cielo limpio y luminoso, con excelente tiempo y la ilusión de toparse en cualquier momento con la masa de tierra Australis, pero no lo consiguieron. A regañadientes, el mal tiempo y los vientos adversos le obligaron a reajustar su curso hacia el Noroeste, entre los paralelos 13° a 15° de latitud, de regreso hacia las aguas del Pacífico, sin encontrar siquiera las Salomón.

Desilusionado, ordenó navegar en zigzag para barrer el océano, pero sin éxito.

Encontró islas desconocidas, unas habitadas y otras no, hasta contar 23; avanzó entre rompientes y canales; desembarcó en algunas para examinar la disposición y calidad de los nativos, y les puso nombres caprichosos como Peregrina, Luna Puesta o Sagitaria, que anotó en su cuaderno de bitácora. Pero nada más. La mayor parte no tenían agua y estaban deshabitadas, o las rodeaban peligrosos arrecifes que impedían acercarse.

A mediados de febrero de 1606, Quirós cayó enfermo y decidió hacer otro cambio de rumbo: hacia el Oeste, en busca de Santa Cruz, la isla

en que había muerto Mendaña.

Los problemas comenzaron el 25 de marzo, al no encontrarla, por culpa de la tripulación y los soldados de la nao *Santos Pedro y Pablo*, alentados por su piloto mayor, Juan Ochoa de Bilbao, que no estaba de acuerdo con la distancia calculada por el jefe de la expedición. El consejo de capitanes resolvió arrestarlo, pero la indisciplina continuó, y desde ese momento se mantuvo un permanente estado de inquietud.

El 7 de abril llegaron a una isla habitada — una de las Islas Duff, al Noreste de las Santa Cruz —, donde se enteraron de que una enorme tierra se encontraba al Sur.

Animados, reanudaron su viaje directamente con ese rumbo. Después de encontrarse con otras pequeñas islas, el 1 de mayo avistaron una tierra de gran tamaño, con sierras, ríos y una bahía que no bajaba de 25 leguas de circunferencia. La bautizaron como Tierra de Cardona, en honor al embajador en Roma, el mayor valedor de su causa. A la

bahía la llamaron de San Felipe y Santiago; y al puerto elegido para fondear, de la Veracruz.

Desembarcaron el día de Pentecostés con una procesión encabezada por los caballeros de la nueva Orden que Quirós acababa de fundar, la del Espíritu Santo, cuyo deber era proteger la tierra y difundir la palabra de Dios. Tras ellos, las compañías formaron con sus banderas y tambores, mientras los cañones de los buques disparaban salvas de homenaje. Se levantó acta de posesión de las tierras y se denominaron en su conjunto «Austrialia del Espíritu Santo», una mezcla de Australis y Austria, por la dinastía reinante en España. Luego, junto a un río que se bautizó como Jordán, se fundó con toda solemnidad la primera ciudad, Nueva Hierusalém, para la que se nombró cabildo y regimiento, alcaldes, regidores, alguaciles, escribano de minas y hasta guarda de las aduanas. Todos los oficios imaginables quedaron cubiertos con designaciones, nombramientos formales y jura de cargos[129].

Todo el mes de mayo descansaron en la isla. La recorrieron por mar y exploraron su interior en grupos bien armados, para protegerse de posibles agresiones de los melanesios, que no parecían demasiado acogedores. Encontraron frutas, grano, cerdos y aves de corral. Todo lo necesario para organizar un buen asentamiento, pero el día a día ya fue de menos celebraciones. La escasez crónica de alimentos de todas las expediciones, precipitó las requisas en las aldeas vecinas, por lo que no se llevó a cabo ninguna conversión entre los nativos, cada vez

más molestos con los intrusos.

A su vez, Quirós probablemente enfermo todavía, también se enojó por la falta de interés en Dios que mostraban sus súbditos, por lo que apenas unas semanas después de su llegada decidió que la flota se iría de aquella gran isla que no parecía el continente buscado y exploraría otras áreas más al Oeste.

El 8 de junio los tres barcos zarparon a mar abierto para continuar viaje con fuerte viento en contra, por lo que Quirós resolvió ordenar el regreso a puerto. Lo que pasó a partir de ese momento sigue sin estar claro. Es tan extraño, que desde entonces ha sido objeto de fuertes debates.

Cumpliendo las órdenes recibidas por señales desde la *Santos Pedro y Pablo*, la almiranta *San Pedro*, y el patache *Los Tres Reyes*, regresaron a la bahía, pero la capitana se abrió camino, y permaneció dos días intentando tomar viento. Luego, se dirigió hasta el punto de encuentro designado, la isla de Santa Cruz y, al no encontrarla, puso rumbo a Nueva España. Asombrosa e insólita decisión por la que el general de una armada abandonaba a su expedición a su suerte.

### 9.6 LA SINGLADURA PERFECTA DE VÁEZ DE TORRES

GASPAR GONZÁLEZ DE LEZA, piloto mayor que escribió un derrotero de la capitana *San Pedro y San Pablo*, no ofrece mayor claridad en este asunto, pero explica la marcha a Acapulco por «no ser cordura buscarla con tal tiempo y cerrazón, sin saber si estaba al Este o al Oeste; que se ensenarían a la Nueva Guinea y lo pasarían mal, por ser tiempo de vendavales allí y en Filipinas».

Actualmente se sabe que, despreciado por sus hombres, a Quirós lo depusieron del mando y lo obligaron a permanecer encerrado en su camarote. Fue la tripulación amotinada la que decidió regresar a América por su cuenta, sin importarles lo que ocurriese con sus compañeros. En general casi todos los historiadores están de acuerdo en que Quirós no estuvo nunca a la altura de la misión que le habían encomendado, que era un hombre débil y sin dotes para el mando y que su dirección fue caprichosa e ineficaz.

González de Leza demostró ser un hombre competente, que demostró un extremo cuidado en las observaciones astronómicas, haciendo uso de instrumentos que apreciaban el sexto de grado, y con una medición regular para conocer la variación de la aguja. La singladura de la capitana hasta llegar al puerto de Navidad el 21 de octubre fue

impecable, con Quirós en su cámara dedicado a escribir y escribir sus futuros pretextos. Ganaron las islas de los Ladrones hasta casi alcanzar Japón, y buscaron el paralelo 38°, sin otro contratiempo que una borrasca. Después de montado el cabo de San Lucas, ya en California, alcanzaron su destino tras solo cien días en el mar, sin falta de agua ni provisiones, sin enfermedades ni bajas, y con un solo fallecido de muerte natural, por su avanzada edad.

El virrey, Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, cuando desembarcaron en Acapulco el 23 de noviembre, no atendió a las peticiones de dinero y mercedes de Quirós, a quien ignoró, por lo que el despreciado se vio en la necesidad de ir a Madrid «graduándose de todas las ciencias de pasar miserias». Estaba claro que había fracasado miserablemente.

Mientras, después de un breve período de espera, Váez de Torres, ignorante de lo ocurrido, había rastreado el mar más próximo con las dos naves restantes durante medio mes, en busca de sus compañeros, para luego llevarlas al Oeste, a lo largo de la costa de Espíritu Santo, y confirmar que se trataba de una isla. Luego, en un consejo reunido en *Los Tres Reyes*, leyeron las cédulas reales con las instrucciones del virrey y decidieron continuar la expedición con gran sentido de la disciplina y el deber, «pues —



en palabras del propio Torres — no son viajes estos que se hacen cada día, ni había S.

M. de ser engañado». Es posible que el designado para el mando hubiera debido ser Prado y Tovar, como él deseaba, pero no cabe duda alguna de que lo ejerció Torres.

*Esta ilustración de gran tamaño, 580 mm x 422 mm, tiene dos títulos:* Tierra de Santiago de los papúes *y* Bahía de San Pedro de Arlanza . *Tierra de Santiago fue el nombre dado por Ortiz y Retes a la costa Norte de Nueva Guinea, Papua, palabra que proviene del malayo y significa «los hombres con el pelo rizado». El otro título de la gráfica toma el nombre de la gran bahía en el noreste de la isla Aiduma hoy, Triton Bay, tal y como fue bautizada por Torres. Original de los mapas y dibujos de Diego de Prado y Tovar.* First Discovery of Australia *, de Collingridge, 1895, que incluye copias propias de tres de las cartas originales.* Archivo de Simancas, Valladolid.

Pusieron proa al Noroeste y alcanzaron las costas de Nueva Guinea «muy poblada de gente obscura», que se les presentaban a estribor. Visitaron puertos, levantaron planos y cartas de navegación durante dos meses, y encontraron varias cosas que les llamaron la atención: hierro labrado, campanas de China, y lo que era más serio, mercaderes moros. A Torres le preocupaba profundamente la expansión del Islam en la región, como se aprecia en su carta al rey:

También en ella tomé posesión en nombre de VM. aquí fue en esta tierra donde hallé el primer hierro y campanas de China, y otras cosas de allá, por donde más bien entendimos estar cerca de las Molucas, y así fuimos prorrogando esta Costa cantidad de ciento y treinta leguas que vendrían a quedar el remate 50 leguas: antes de llegar a las islas Molucas hay infinidad de Islas por la banda del Sur y muy grandes, que por la necesidad de bastimentos no llegué a ellas, porque dudo que en 10 años se pueda ver las Costas de todas las Velas que vimos, hízose observación del agua por toda esta tierra de la nueva Guinea hasta las Molucas, por todo esto fija la aguja que viene a caer en el meridiano de las Islas de los Ladrones con las Islas Filipinas: al remate desta tierra hallamos moros vestidos, con artillería de servicio, como son falcones y berzos,

arcabuces y armas blancas: estos van conquistando esta gente que dicen de los Papúes y les predican la Secta de Mahoma.

También señala la presencia de holandeses en la zona, algo de gran trascendencia en el futuro. Allí tuvo noticia de que el gobernador de las Molucas, Juan de Esquivel, estaba en campaña contra la población de una isla alzada en armas y se dirigió en su ayuda. Llegó a principios de enero de 1607 y se unió a las tropas del gobernador en Ternate con sus 20 hombres armados. Una vez dominada la insurrección, dejó allí el patache y navegó hasta Manila, donde arribó, sin más incidentes el 22 de mayo.

El 1 de junio llegaron a la capital de las Filipinas dos barcos procedentes de América del Sur, uno de ellos, el antiguo navío de Quirós, el *Santos San Pedro y San Pablo*, ahora bajo otro nombre, pero con algunos de sus anteriores tripulantes. Al enterarse de que había sobrevivido, Torres le escribió un informe de su viaje. Desapareció, pero Quirós se refirió después a él en algunos de sus muchos memoriales a Felipe III, para intentar que le encargasen otra expedición.

Todos los escritos dejaron al Consejo de Indias las cosas claras. Estaban el breve relato de Torres al rey, escrito en julio de 1607; la narración de Diego de Prado en su *Relación Sumaria* escrita en Goa, en la India, el día de Navidad de 1607; las cuatro cartas que lo acompañaban, redactadas en Nueva Guinea y, finalmente, el memorial de Juan Luis Arias de Loyola al rey Felipe IV, escrito hacia 1630 y basado en las discusiones entre Quirós y Loyola[130]. La mayoría no fueron publicados. No por falta de interés, si no por seguridad. Al llegar a España se clasificaron y guardaron en los archivos.

Respecto a Torres, su viaje fue más que notable, «el más atrevido y mejor manejado de los que han llevado a cabo los españoles en las aguas desconocidas del Océano Pacífico», ya que además de la exploración geográfica, incluyó interesantes observaciones de tipo etnológico y antropológico. De hecho fue el primero en diferenciar con claridad a los melanesios de los papuas. En su relación dirigida al virrey, consideró que Quirós, con su actitud timorata y su incompetencia fue el verdadero culpable de que no se lograse lo más importante, que no era otra cosa que descubrir el gran continente austral.

Los nombres que dio a los lugares que descubrió en torno al estrecho que hoy lleva su nombre se han conservado en gran parte, gracias a los magníficos mapas delineados por Prado y Tovar, de notable precisión. Mediante ellos, aunque el descubrimiento del estrecho se mantuvo en secreto por las autoridades españolas hasta que las fuerzas británicas capturaron Manila en 1762 y lo encontraron identificado en las cartas de

navegación, el capitán James Cook, que por una vez reconoció los méritos de un navegante español, conseguiría llegar a la costa este de Australia en 1770.

Durante años se supuso que Torres había seguido una ruta cercana al litoral de Nueva Guinea, que mantuvo siempre a estribor, para recorrer los 150 kilómetros del estrecho que lleva su nombre, muy

próximo a las costas del continente buscado. Pero en 1980, el historiador y capitán de la marina australiana Brett Hilder, demostró que era mucho más probable que hubiese tomado una ruta aún más meridional, a través del canal que ahora se llama estrecho Endeavour.

Desde esa posición, Torres tenía que poder ver el cabo de York, el extremo más septentrional de Australia, aunque nunca llegó a afirmar que lo hubiese avistado y se limitó a señalar que había pasado a través del estrecho. Tampoco Prado y Tovar, que resaltó en su carta al rey Felipe III la importancia de cristianizar la Austrialia, aseguró en ningún momento haber visto tierra al Sur, ni realmente sus dibujos, se diga lo que se diga, lo prueban. Solo ambos podrían aclararnos las razones de este misterio.

Pedro Fernández de Quirós, que había sido el hazmerreír de sus marineros, fue a juicio de muchos historiadores, entre ellos Fernández Duro, el causante del olvido de la hazaña de Torres. Al llegar a Madrid los informes del almirante, Quirós, con su incansable capacidad para hacer «ruido», exigió que los méritos se le reconociesen a él, aunque de la nada le sirvió. El Consejo de Indias sabía muy bien a qué atenerse; «tenía a mano las cartas de Diego de Prado — dice Fernández Duro — que lo acusaban de hablador, embustero y falsario; las relaciones de Váez y de fray Juan de Merlo; y otra de Juan de Iturbe, veedor y contador de la expedición, muy sensata y desapasionada [131] ».

Obsesionado con volver a liderar una expedición que le permitiera volver a Austrialia del Espíritu Santo, y tan pesado como siempre, Quirós gastó parte de su fortuna en esos esfuerzos y vivió los siete años siguientes en la pobreza. Muchos pensaron que había perdido la razón. Escribió numerosos memoriales con los relatos de su viaje y pidió al rey repetidas veces apoyo y dinero para poder zarpar con los galeones que tenía preparados y reclamar el territorio para España. Finalmente lo enviaron a Perú con cartas de recomendación y falsas esperanzas. Ya no había fondos para financiar aventuras, la guerra en Europa se comía todos los recursos. Quirós nunca se enteró. Murió en Panamá en 1614, camino de Lima.

La exploración de la costa Sur de Nueva Guinea, que demostró que no formaba parte de ningún continente, y la localización de los principales archipiélagos de Oceanía cerraban un siglo mágico, abierto con el descubrimiento de la Mar del Sur por Vasco Núñez de Balboa en 1513. Una centuria en la que el Pacífico se convirtió en un «Lago

Español», sin que la incursión de Drake o la de otros ocasionales

capitanes de fortuna ingleses alterasen en lo más mínimo el poder de la nación que lo había descubierto.

Menos aún en Oriente, donde estaban las riquezas de China, Japón y los reinos de Conchinchina, así como las legendarias islas de las especias, que desde la unión dinástica con Portugal en 1580 hacía incontestable el dominio hispano-portugués.

Sin embargo, algo empezaba a cambiar, y no fueron los ingleses los que se convirtieron en el principal rival de una monarquía cuyo rey, encerrado en El Escorial con su corte, se volvió de espaldas al mar. En guerra abierta con España desde 1567, los rebeldes holandeses, lenta y discretamente, se habían aventurado con sus naves en los mares de Oriente. Capitanes como Jan Huygen van Linschoten, en 1582, y Cornelis Houtman, en 1592, descubrieron un mundo de riquezas sin cuento al alcance la mano de quienes tuviesen el valor de desafiar el peligro en un viaje al otro extremo del mundo conocido.

Cornelis Houtman era hijo de un fabricante de cerveza y miembro del consejo de la ciudad de Gouda, además de capitán de la milicia local. Los comerciantes de Amsterdam enviaron a su hermano Frederick a Lisboa, para saber algo de las islas de las que eran originarias las especias que se consumían entonces en Europa. Cornelis fue en el viaje, y regresaron a Amsterdam en el momento en el que Van Linschoten volvía de la India, donde había reunido gran cantidad de información. Con ella, los comerciantes decidieron que la región de Banten, en el Oeste de Java, era el destino idóneo de una expedición.

Su viaje de 1595 a 1599 fue un desastre, pero abrió el camino a que, en los siguientes cinco años, 15 flotas neerlandesas con 65 navíos viajaran desde los Países Bajos a las islas de las especias. Ante su evidente éxito comercial, se fundó la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, en neerlandés *Vereenigde Oostindische Compagnie* o

VOC **[132]** .

Los holandeses aprovecharon la debilidad española y portuguesa en las Molucas y, en 1605, poco antes de la llegada a Ternate de las naves de Torres, una flota al mando del almirante Steven van der Hagen tomó el viejo fuerte portugués de Amboyna. Ahora el gobernador de las Molucas y el de las Filipinas tenían un enemigo diferente a las puertas. Un adversario que no combatía en juncos o champanes y que no empleaba artillería de baja calidad ni armas de fuego ridículas.



*Fundada en 1602, la Compañía de las Indias Orientales Holandesas, una combinación de organizaciones comerciales de varias ciudades de Holanda y Zelanda para realizar el comercio entre Asia y Europa, floreció y sobrevivió durante dos siglos.* Alegoría de la Cámara de la VOC en Ámsterdam. Obra de Nicolaas Verkolje realizada entre 1702 y 1746.



# EL DESAFÍO

*Un comerciante de la Compañía de las Indias Orientales Holandesas, presumiblemente Jacob Mathieusen. Al fondo, la flota mercante en el puerto de Batavia, boy Yakarta, en la isla de Java.* Obra de Albert Jacob Cuyp, realizada entre 1640 y 1660. Rijksmuseum, Amsterdam.

*Do Tejo ao China o portuguez impera, De un polo a autro o castelhano voa, E os dais extremos da redonda esfera Dependem de Sevilha e de Lisboa.*

Luís Vaz de Camões

*¿A tudescos, franceses o británicos Sobre el pavón de tu arrogancia pones, Tú el recio domador de los leones Que guardan tus escudos castellanos?*

*Master Hispania*

Ricardo León

### 10.1 INSURRECCIÓN

SERÍA ENORMEMENTE complicado entender las circunstancias que se vivieron en el Pacífico entre 1580 y 1640 sin tener en cuenta cual era la situación real de Portugal durante la unión dinástica. Portugal conservaba su administración particular, pero no era opuesta a la española, sino integrada en su estructura política y organizativa, como las de los restantes reinos de la Monarquía Hispánica, a la que también se la denominaba Monarquía Católica.

En esencia, la formaban un conjunto de territorios con sus propias estructuras institucionales y ordenamientos jurídicos, diferentes y particulares, unidos según el principio *aeque principaliter* — unión de igual a igual —, gobernados por un mismo soberano, a través de un sistema de Consejos.

El monarca ejercía su labor según la constitución política de cada reino y, por tanto, su poder variaba de un territorio a otro, aunque actuaba de forma unitaria sobre todos ellos. El respeto de las jurisdicciones territoriales no impedía que existiera una política o directriz común, que hubiera que obedecer, encarnada por la diplomacia y la defensa, y en la que la Corona de Castilla ocupaba una posición predominante sobre las demás.

Los Consejos de carácter territorial, cuyas funciones estaban especializadas en una demarcación concreta eran los de Castilla, Aragón, Navarra, Italia, Indias, Flandes y Portugal. El de Portugal, establecido en 1582, estaba compuesto por un presidente y seis

— más tarde fueron cuatro — consejeros, y no desapareció hasta 1668 [133] . Su función era manifestar al rey los asuntos referidos a la justicia, gracia y economía de la corona portuguesa. Cualquier decisión del rey que afectara a Portugal, igual que ocurría en el resto de los territorios, debía pasar por una consulta al Consejo antes de ser transmitida a la cancillería de Lisboa.

Así pues, cuando en ese periodo se habla de portugueses, hay que entenderlo igual que si se hiciera de castellanos, navarros, gallegos, flamencos, andaluces o aragoneses.

Esto no siempre queda claro en los libros de historia. Ni en los españoles, ni mucho menos en los publicados en el extranjero.

Resulta fascinante ver como en medio siglo, y a pesar de las dificultades, conquistadores, religiosos y encomenderos habían fundado pueblos, villas y ciudades, creado granjas y factorías y puesto en producción zonas muy extensas de las Filipinas,



especialmente en Luzón y Cebú. Miles de indígenas eran ya cristianos y la expansión del Islam se había detenido.

Varios astilleros eran ya capaces de producir navíos más que aceptables, recios, fabricados con buenas maderas y de gran calidad, desde galeotas y fustas a pequeñas fragatas y galeras de remo y vela. A finales del XVI, incluso se hacían naos y galeoncetes de hasta 300 toneladas, y gracias a esta labor las comunicaciones entre las islas mejoraron. Como había ocurrido en América, los españoles creaban con arduo esfuerzo un nuevo mundo en Oriente, algo diferente a lo que existían antes, pues forjaban poco a poco, la base de una nueva nación: Filipinas.

*La primera imagen conocida de Manila en una vista desde el lado opuesto al mar. Procede de un arcón de madera del siglo XVII que reproduce en su cara interna el mapa de la ciudad.* Museo Julio Bello y González, Puebla, México.

El comercio con China era ya un negocio muy lucrativo, y se alcanzó el número de 40 juncos o champanes pesados de carga al año. Traían sedas, lienzos, ferretería, loza, muebles de ricas maderas, jade, frutas, cecina, ganado caballar y mil otros objetos que los españoles adquirían con plata de México, en un momento en que su demanda estaba en alza en Oriente.

De Borneo llegaban, cocos, sagú, alfarería y piedras finas, y se llevaban arroz, vino y mantas de lana y algodón. Camboya, Siam y Cochinchina demandaban objetos de lujo, especias y aromas, y ofrecían maderas ricas, marfil y algodón. Allí las cosas cambiaron mucho tras la muerte de Blas Ruiz y su grupo y, tras una guerra civil, los vencedores, que vieron que los españoles parecían haber perdido interés por sus tierras, enviaron embajadas a Manila para reanudar el comercio.

Finalmente, las relaciones con Japón, una vez acabada la guerra de Corea en 1598, se fueron normalizando. Tras el final de las guerras civiles, en 1600, se llegó a un acuerdo realmente ventajoso con Tokugawa Ieyasu, el principal beneficiado de los logros de



Oda Nobunaga y de Hideyoshi Toyotomi. Un *daimyō* sumamente poderoso de la rica región de Kantō que poseía tierras de 2,5 millones de *koku* y posteriormente se estableció en Edo — hoy Tokio — con lo que añadió a sus posesiones otros 2 millones de *koku* [134] .

*Tokugawa Ieyasu, fue el fundador del shōgunato Tokugawa de Japón, quienes gobernaron desde la batalla de Sekigahara, en 1600, basta la Restauración Meiji en 1868. Ieyasu, que oficialmente estuvo en el poder desde 1603 basta su renuncia en 1605, fue el impulsor del ataque a la carraca* Nossa Senhora da Graça *en Nagasaki.*

*El fracaso, y las terribles pérdidas sufridas por los* samuráis *en el asalto supusieron para él una profunda humillación.*

Tokugawa, tras la muerte de Hideyoshi, había buscado rápidamente mantener el control sobre la familia Toyotomi, y su victoria sobre los *daimyōs* del Oeste en Sekigahara, el 21 de octubre de 1600, le permitió conseguir el dominio casi absoluto sobre Japón. Después estableció un sistema de gobierno totalitario mediante la desaparición de sus enemigos, y sometió a obediencia a los otros *daimyō*. Ieyasu instaló a su hijo Tokugawa Hidetada bajo el título de *shōgun* y él se nombró *shōgun* retirado en 1605. Aun así, los Toyotomi se mantuvieron como una amenaza para su causa, por lo que dedicó toda una década a erradicarlos [135] .

El periodo Edo, que se inició en 1603 con Ieyasu y se extendió hasta la era Meiji, ya en el siglo XIX, trajo a Japón 250 años de estabilidad. Con la paz, hubo un intento de reforzar las relaciones comerciales con los españoles, y se ofreció a los barcos de Manila o de Acapulco el puerto de Kantō, con toda clase de facilidades. A cambio, se esperaba

que se enviasen a Japón maestros constructores, especialistas en la fabricación de buques y operarios especializados. Los establecimientos japoneses en el Norte de Luzón, destruidos por la campaña de Camón el año 1582 y los siguientes, se recuperaron, y los barcos japoneses cargados de harinas de trigo, conservas, porcelanas, cuchillería y salitre, navegaron otra vez de forma habitual a Manila, donde adquirían cueros, pieles de venado, palo de tinte y sedas chinas.

Todo eso hacía que las Filipinas, y en especial Manila su capital, se convirtiesen en el núcleo del comercio de Extremo Oriente, y en el principal centro de depósito de mercancías, desde donde cualquier comerciante de Asia podía conectar con América y Europa.

El sistema monopolístico propio de todas las potencias europeas de la época, se complicaba en España por las prohibiciones de carácter focal. Así, las ordenanzas reales establecían que solo las naves de Nueva España, que zarparan de Acapulco, podían comerciar con Manila. Las naos de la carrera eran entonces tres, con capacidad de 300

toneladas cada una. Partían dos veces al año desde América, y se mantenía una de reserva. Tenían de 8 a 10 cañones y 25 soldados. Su carga de mercancías se limitaba a 200 toneladas, las otras 100 estaban dedicadas a agua, comida, y espacio para tripulantes y pasajeros.

Estaba prohibido que desde el Perú, Panamá o Guatemala se enviara ninguna nave a Filipinas. Las reclamaciones de los gremios y agrupaciones de mercaderes en pro del comercio directo, fueron sistemáticamente desoídas y denegadas, aunque se sabía que el monopolio mexicano hacía que subiese el precio de los fletes, y perjudicaba a los excluidos. Todo fue inútil. El libre comercio no era precisamente lo que primaba en el imperio español.

La guerra con los moros de Joló y Mindanao no había terminado. Sometidos *de facto*, seguían con las actividades piráticas nada más apreciar la más mínima debilidad en el gobierno de Manila y, en cuanto los escasos «castilas» marchaban a la guerra, o se concentraban para una expedición o volvían a las andadas de forma particular y en sus incursiones alcanzaban las Visayas, e incluso Luzón.

En 1602, el capitán general y gobernador Francisco de Tello, hizo un esfuerzo para reunir a 200 soldados españoles, puestos al mando de Juan Juárez de Gallinato, que con varios centenares de auxiliares indígenas, contuvo una incursión de moros joloanos, a los que persiguió hasta sus bases. Al verlas fuertes y bien defendidas no osó atacar, sino que buscó un combate a campo abierto. Los provocó para que salieran a combatir, pero

no picaron el anzuelo y, cuando se quedó sin víveres, tuvo que regresar a Manila. Un libreto que se repetía, idéntico, una y otra vez.

En mayo de ese mismo año, Pedro Bravo de Acuña, que había sido gobernador de la importante plaza de Cartagena de Indias, sustituyó a Francisco de Tello. Llegó de Nueva España con cuatro naos, un refuerzo de soldados y dinero, dispuesto a terminar de una vez por todas con esa situación, pero justo en ese momento hubo de nuevo problemas con Japón. Con buenas palabras, de forma muy diplomática, se había rechazado la propuesta del emperador de enviar

especialistas en construcción naval,

«por considerar la materia grave, dañosa y perjudicial para las Filipinas que llegara a ser pueblo marítimo aquel vecino de tanta y tan dispuesta e industriosa población cual la pintaban los religiosos visitantes» y un nuevo incidente, similar al del *San Felipe*, vino a enturbiar las relaciones.

En ruta hacia Acapulco la nao *Espíritu Santo*, gobernada por el general Lope de Ulloa, sufrió en los 38° de latitud Norte una furiosa tormenta que le obligó a dirigirse a las costas japonesas, donde llegó en muy malas condiciones. La corte exigió las mercancías y las velas, y ordenó que se arrestara a quienes tuvieran la osadía de bajar a tierra, luego reclamó al señor local que se le entregase el barco. El general tomó la decisión de salir a mar abierto como fuera, rompió un cable con el que habían tratado de cortarle la salida del estrecho canal en el que se encontraba y el buque recibió el fuego de los arcabuces de los tiradores japoneses, que acechaban a la nao española.

Mataron a un marinero español e hirieron a varios, pero no lograron impedir la fuga.

Las circunstancias habían dejado a 13 hombres presos en tierra, pero el incidente se dio por concluido de inmediato. Días después, por orden del emperador, fueron puestos en libertad con disculpas de todo tipo.

Mientras, en Manila, Gallinato recibió órdenes de juntar en Ilo-Ilo a los soldados de la campaña de Joló y, el 20 enero de 1603, se hizo a la vela con una nao y cuatro fragatas grandes cargadas de provisiones. En quince días hizo el trayecto al puerto de Talangame, en Ternate, en las Molucas, donde le aguardaba el almirante y general en jefe Andrea Furtado de Mendoza, para dar apoyo a los portugueses contra el sultán.

Ambos grupos desembarcaron su gente y la revistaron. Con los 420 portugueses y 200 españoles disponibles, se formaron dos cuerpos. El de vanguardia, que quedó al mando de Gallinato, fue el encargado de liderar el ataque.

Cruzaron barrancos y avanzaron por una jungla espesa para descubrir que los moluqueños estaban atrincherados, pero una carga de soldados españoles veteranos era algo serio, y los hombres de Gallinato les obligaron con brío a retroceder hacia su fuerte.

Sorprendentemente, esa misma noche, Furtado convocó un Consejo de

Guerra en el que afirmó que andaba escaso de municiones y de suministros y juzgó prudente levantar el sitio para retirarse en espera de refuerzos. Gallinato y los capitanes españoles, replicaron una por una las razones alegadas y afirmaron que bastaba con arrimar un poco los galeones de manera que batieran por el flanco la fortaleza para tomarla en dos horas, pero Furtado no cedió. Ni siquiera cuando algunos de los oficiales portugueses apoyaron a los españoles.

Por la mañana, ordenó la retirada y marchó hacia la playa con la artillería, bien cubierto por Gallinato y sus hombres hasta llegar a Talangame. Allí embarcaron el 25 de marzo y Furtado despidió cortésmente a los españoles con una carta dirigida a Pedro de Acuña, en la que explicaba, con las razones expuestas en el Consejo de guerra, los motivos de su decisión. Por último elogiaba sobremanera el comportamiento de los españoles y las dotes de Gallinato, pero eso ya no servía para mucho [136] .

### *10.1.1 El año de la masacre*

Fracasada una vez más otra acción militar contra las Molucas, no habían regresado aún los hombres de Gallinato a Manila, cuando esa primavera, el viernes 23 de mayo, recaló una extraña embajada presidida por tres mandarines que tenían como objetivo «el reconocimiento de una montaña llena de oro, y poblada de árboles que producen oro».

La formaban Gan Yi-chen, jefe de la milicia de Fujian, Wang Shi-ho, magistrado del distrito Hai Cheng, el lugar de donde provenían muchos de los emigrantes chinos que llegaban a la capital filipina y el eunuco Gao Tsai [137] .

Junto a esos tres dignatarios iban dos personas más, Zhang Yi y Yang Yinglong, que eran los que se habían entrevistado con el emperador en Pekín, para hablarle de la montaña de oro. Todos, acompañados por 50 sirvientes, se presentaron con gran pompa ante el gobernador con el fin de verificar si había en Cavite tal fabuloso accidente orográfico que anualmente producía 100 000 taeles de oro y 300 000 de plata, en el que todo el mundo podía ir a excavar, y del que los chinos de Filipinas obtenían gran parte de sus ganancias.



*La fragilidad de Manila entre sus vecinos supuso que viviera en permanente sensación de peligro ante inesperadas llegadas de piratas chinos, japoneses, ingleses y, desde 1600, holandeses. Cualquier suceso, por pequeño que fuera, se trataba con la máxima precaución.*

Mandarín chino. Códice Boxer.

Los españoles ya estaban acostumbrados a las intermitentes amenazas de conquista de las islas y, ni que decir tiene, que a Pedro de Acuña todo eso le pareció un poco raro y consideró sospechosa la visita. De hecho llegó a la conclusión de que tal vez fuera una avanzadilla, en misión de exploración, para una posterior conquista por parte de los chinos. Máxime cuando por entonces tenía allí cerca de 30 000, casi diez veces más que españoles [138] .

Pese a todo, Acuña les dio alojamiento en la ciudad y, entre los días 24 y 26, empezaron a administrar justicia entre los chinos residentes para luego trasladarse a Tondo, donde estaban los *sangleyes* cristianos. Mientras, Jerónimo de Salazar, el fiscal de la Audiencia, molesto con el gobernador por no haber tenido en cuenta sus opiniones ni las de sus compañeros oidores, llevó a cabo sus propias investigaciones.

El martes 27 presentó su informe en una sesión pública de la Audiencia, que fue aprobado, y con él se dirigió al gobernador para solicitarle que se detuviera de inmediato la actuación de los mandarines. Tuvo efecto, porque se publicó un edicto prohibiéndoles

cualquier intervención entre su colonia. La víspera de su partida viajaron a Cavite a inspeccionar la montaña de la que les había hablado Zhang Yi, acompañados por un alférez de la guardia y el delegado de los *sangleyes*, el chino Juan Bautista de Vera, que actuaba como intérprete y siempre había estado presente en todos

los actos. Evidentemente, no encontraron nada, pero para entonces las sospechas españolas ya se habían disparado. A la mañana siguiente los mandarines fueron recibidos y agasajados por el gobernador con algunos regalos. Los despidió, ellos se disculparon por la confusión que habían creado y se volvieron a China.

El emperador, que había permitido la expedición a pesar de que varios cortesanos se habían opuesto a ello, por considerar la propuesta ridícula y fuente de problemas, se encolerizó con lo sucedido. La lectura de las fuentes chinas indican que también los dos magistrados, Gan Yi-chen y Wang Shi-ho, opinaban lo mismo que los cortesanos y se habían opuesto desde el principio a ese estúpido viaje. De hecho, una vez acabada la embajada, este último se sintió tan mal al volver a Fujian, y tener que presentarse al emperador, que falleció poco después de una crisis nerviosa.

Tanto unos como otros culparon de todo a Zhang Yi. Señalaron que debía ser castigado por haber tratado de engañar al gobierno imperial, y hacerle jugar un papel ridículo más allá de sus fronteras y acabaron por cortarle la cabeza y mostrarla por las provincias costeras, para prevenir a otra gente como él. El papel desempeñado por Gao Tsai [139] en este complicado asunto de intrigas diplomáticas es el más difícil de interpretar, pues en unas fuentes aparece como el superintendente de la expedición, enviado directamente desde Pekín y, en otras, como que ya estaba de intendente de impuestos en Fujian, aprovechándose en beneficio propio del comercio marítimo chino.

Una forma como otra cualquiera de encubrir la piratería.

Pero la cuestión era tratar de resolver si realmente la embajada había sido, o no, una avanzadilla que venía a estudiar las posibilidades de invasión de Manila, bien en forma pirática u organizada. De momento, los españoles no podían saberlo, aunque un exceso de suspicacias con los *sangleyes* podía convertirse en una situación insostenible, que acabase fuera de control. Eso fue, precisamente, lo que ocurrió.

Acuña, en previsión de algún ataque, decidió ponerse a la defensiva. Demolió algunas de las casas colindantes con la muralla de la ciudad en el Parián — donde estaban los comerciantes chinos desde hacía

años —; reparó los desperfectos de sus contrafuertes y pidió a los alcaldes mayores del distrito y a los magistrados que enviasen una relación de los inmigrantes que había bajo su jurisdicción, las armas que poseían y si eran o no gente de confianza. Luego realizó visitas de inspección, especialmente a los artesanos, con fines tanto rutinarios, como para pedirles que hiciesen flechas, arcos y picas para los almacenes reales, que serían recogidas en su totalidad. A la vez, acaparó provisiones para el caso de un posible sitio y contrató con los propios *sangleyes* la construcción de un canal con el que crear un foso defensivo.



El mismo gobernador, que consideraba que, en general, se apreciaba de los chinos su sumisión y dedicación al trabajo, los diferenciaba entre los establecidos desde hacía años dedicados al comercio, y los últimos que habían llegado, gente inquieta, que no tenía nada que perder, y que por su pasada vida criminal tampoco podía volver a su país de origen. Sobre estos últimos cargaría finalmente la responsabilidad de todo lo que sucedió.

A las once de la noche del 3 de octubre, víspera de San Francisco, los chinos iniciaron el levantamiento general que tenían programado para el último día de noviembre, en previsión de que descubrieran sus preparativos. Parecía dirigirlo nuestro ya conocido Juan Bautista de Vera, que había almacenado víveres y armas en un ingenio azucarero que poseía a media legua de Tondo, punto de reunión de los sublevados. Poco después, el mismo De Vera fue a informar al gobernador de lo que sucedía, pero Acuña, consciente de su doble juego, dio orden de apresarlo. La rebelión quedaba así descabezada

desde el primer momento, pero su puesto lo ocuparía horas después su ahijado, Juan Untae, también chino cristianizado.

*El resumen global que hizo China de todos los incidentes de 1603 puede resumirse en la orden del emperador Wan Li a los chinos de Luzón que recoge el* Guo Que — Impuestos nacionales —, *en su capítulo 47: «No creeis más problemas».*

Sangleyes de Filipinas. Códice Boxer.

Unos 2000 sublevados [140] , con armas de todo tipo, avanzaron hacia Manila. No estaban muy organizados y, cuando comenzaban a saquear los arrabales de la ciudad, fueron sorprendidos por los 150 arcabuceros de Luis das Marinas, que se habían atrincherado en el monasterio de Binondo. Acribillaron a la masa de chinos que tenían



delante y los mataron por decenas. A la mañana siguiente, demasiado seguro de la victoria, Dasmariñas salió en su persecución hacia Tondo, se fortificó en la iglesia, junto a una zona pantanosa, pero no pudo superar a la masa china — eran diez contra uno —, que se abalanzó sobre ellos. Aunque mataron a más de quinientos, él y sus hombres fueron aniquilados. Solo sobrevivieron cuatro soldados con graves heridas.

*Con frecuencia aparece un error sobre los estudios de las Molucas al considerar que sus habitantes eran súbditos de un solo sultán.*

*Había varios, entre ellos, el de Tenate y el de Tidore. El primero era un fiel aliado de los holandeses, el segundo de los españoles.*

Maluco. Códice Boxer.

La victoria de los *sangleyes*, que ahora contaban además con la armas de los españoles muertos, los envalentó y, el día 5, marcharon hacia las murallas de Manila con las cabezas de los capitanes de los «castilas» clavadas en picas. La situación era grave y el desconcierto cundió entre los españoles, pero la ciudad ofreció una dura resistencia. Esa noche, los sublevados se retiraron al Parián, donde sus habitantes sufrieron una enorme coacción por parte de ambos bandos para que se inclinaran de su lado. Fue una tragedia. A los asesinatos y robos de que fueron víctimas los comerciantes, se sumaron los suicidios de los que no pudieron soportar la presión psicológica. Ambas partes se preparaban para un segundo asalto.

Comenzó con las primeras luces de la mañana siguiente. En pleno ataque de los rebeldes — como en las mejores películas de acción —, apareció de improviso la

armada de la Islas de Pintados, al mando de Luis de Velasco. Remontó el Pasig y cañoneó de forma brutal las posiciones enemigas. Los chinos, que ya tenían más de 4000

bajas, huyeron en desbandada para esconderse tierra adentro y pedir ayuda militar al emperador. Se dividieron en tres grupos. Uno fue hacia los Tingues del Pasig, otro a Ayonbon, y el tercero, el más numeroso, camino de la laguna de Bay, los montes de San Pablo y Batanga.

El miércoles 8 de octubre ya no quedaba ningún insurrecto ante la ciudad, por lo que se organizó su persecución. Los dos primeros grupos fueron fácilmente aniquilados, pero el tercero, que hambriento devastaba todo lo que encontraba a su paso, supuso más trabajo para Velasco y sus 70 arcabuceros y mosqueteros, que les pisaban los talones y abatían cada día a decenas de ellos. En esos combates contra la vanguardia china, cayó Velasco cuando combatía en primera línea, a la cabeza de sus hombres para impedir que ocuparan San Pablo y se fortificaran.

Cuando la noticia llegó a Manila, se organizó una expedición de castigo en toda regla a las órdenes del capitán Cristóbal de Azcueta.

Partió el día 20 con 200 españoles

— soldados y aventureros —, un cuerpo de 300 japoneses voluntarios y otro de 1500

pampangos y tagalos. Ya no hubo cuartel. La tarde del 22, muertos o prisioneros todos los rebeldes de San Pablo y Batangas, y ajusticiado Juan de Vera, la rebelión se dio por concluida. A lo largo de los días siguientes decenas de supervivientes serían ejecutados por traición. Solo se perdonó a unos 300, que fueron enviados a galeras o destinados a trabajos forzados en la reparación de la muralla. En total se calculó en unos 23 000 los chinos muertos durante el alzamiento. Una lección terrible que no olvidarían.

Tras la masacre, el gobernador y la Audiencia llevaron a cabo tres acciones principales. Primero, intentar saber si el levantamiento había sido en connivencia con China y si tenía conexión con la llegada de los tres mandarines. Nunca se demostró.

Varios testimonios que aportó Acuña parecían indicarlo, pero se obtuvieron mediante torturas, por lo que su validez no deja de ser dudosa.

En segundo lugar, proceder al inventario de los bienes de los chinos fallecidos, que fueron puestos a disposición de sus familiares, lo que se comunicó mediante una embajada a Fujian; y por último, intentar reanudar las relaciones comerciales. Para ello, el gobernador envió al capitán Marco de la Cueva con el dominico Luis Gandullo a Macao. Así de paso informaba a los portugueses de lo sucedido, y recababa información de una posible armada de invasión china. El viaje fue un éxito, ya que poco después de su regreso, en mayo de 1604, llegaron 13 navíos con los que se cargaron los dos galeones que salieron en junio para Nueva España.

El único que no se mostró muy de acuerdo con la decisión fue Xu Xueju, delegado administrativo de Fujian, que con el resto de magistrados de la provincia, se permitió escribir a Acuña para criticar la postura española y, además, pedir venganza al emperador con reiterados mensajes. Wan Li, harto, acabó por contestarles con las razones de su negativa, basada en cinco puntos, que no tiene desperdicio[141]. Primero: Debido a la larga tradición comercial, los luzonenses eran como sus súbditos. Segundo: El conflicto ocurrió fuera de China, y el enfrentamiento empezó de manera igualada.

Tercero: Los mercaderes son gente humilde, por lo que no vale la pena

declarar una guerra en favor de ellos. Cuarto: Los mercaderes, al ir a Luzón, abandonaron sus familias, sin respetar la piedad filial. Quinto: una expedición a Luzón solo conseguiría agotar nuestras fuerzas. China también había dado el incidente por concluido.

Es curioso, que tras las primeras acciones de conciliación por parte de los españoles y las reacciones de indignación por parte china, se llegara a un nuevo compromiso y se desvaneciera todo lo pasado. Los chinos volvieron a instalarse en Manila como si nada hubiera ocurrido, aunque quizá con un cierto recelo por ambas partes que se mantendría hasta 1898 **[142]** .

# 10.2 CAPITALISMO EN ACCIÓN

LA IRRUPCIÓN HOLANDESA en los mares de Oriente fue realmente una dura sorpresa.

Desde el primer momento las antiguas posesiones portuguesas fueron las que sufrieron el mayor golpe. Tras la toma de Ambon, entregada sin resistencia al almirante Steven van der Hagen el 25 de febrero de 1605, la flota de la VOC mantuvo una media de entre 8 a 12 bajeles de guerra en las islas de la Especiería, una fuerza formidable.

Concentrados en su nueva base, que pronto comenzaron a reforzar, su presencia cuestionó el poder castellano y portugués en Oriente y el monopolio del comercio de las especias controlado por entonces desde la corte ubicada en Valladolid. Los portugueses desde hacía ya cien años, los españoles casi sesenta.

Una de las causas del posterior éxito español, fue sin duda el acertado nombramiento del extremeño Juan de Silva, natural de Trujillo, en Cáceres. Caballero de la Orden de Santiago y con experiencia en la guerra de Flandes, asumió el cargo en abril de 1609, pero no llegó solo. Con él iban cinco compañías de infantería para la defensa de las Filipinas y las Molucas. No eran muchos soldados, pero esta vez se trataba de tropas experimentadas y muy bien equipadas, reclutadas en Nueva España, de donde eran naturales la mayor parte de los soldados, pero con muchos oficiales y sargentos europeos, acostumbrados a «las cosas de la guerra».



Sin embargo el modelo que planteaban los holandeses era algo

insólito. No se trataba de expandir una religión, ni de poblar nuevas tierras, ni siquiera de explorar mundos desconocidos. Solo de lograr beneficios comerciales tangibles, el lucro, el dinero y la riqueza inmediata, así como la búsqueda de mercados que asegurasen el beneficio futuro.

*La llegada de la expedición de Hautman a Baien, en la isla de Java. El sistema de comercio establecido por los portugueses y heredado por los españoles era incapaz de aumentar la oferta para satisfacer la creciente demanda de especias en Europa, en especial la de pimienta. Su ocasional escasez provocaba grandes aumentos de precio, lo que hizo que los holandeses intentasen romper el monopolio ibérico.*

No vacilaban en armar a los naturales de Borneo, Java o las Molucas con el mejor material europeo, si servían a sus propósitos. Les entregaban arcabuces, artillería, pólvora o municiones y todo lo condicionaban al beneficio económico. Dicho de otra forma, cada puerto visitado, cada fortaleza conquistada, eran una inversión. Algo que a los castellanos, hidalgos orgullosos reacios al trabajo, les parecía ruin, bajo y despreciable. Matías de Novoa, un historiador poco conocido que fue ayuda de cámara de Felipe III y Felipe IV, horrorizado por su progresión imparable, escribió: «En menos de un año se perdió lo que el valor de los castellanos y portugueses, por más de ciento, conquistaron [143] ».

El 20 de junio de 1604, sabidas las diferencias constantes con los portugueses, como las ocurridas en la expedición de Gallinato a las Molucas, el rey ordenó a Pedro de Acuña, con el apoyo del virrey de Nueva España, acudir allí con soldados, dinero, y la colaboración del almirante de la carrera de las Indias, Juan de Esquivel. Su objetivo era reconquistar las Molucas y dejarlas guarnecidas por tropas españolas.



*Los trece buques de la flota holandesa, en ruta hacia al Pacífico, durante su escala en la isla atlántica de Santa Elena. La fuerza de la economía de los Países Bajos permitió a sus compañías mercantiles armar flotas considerables, con tripulaciones de aventureros reclutados en todos los puertos del Norte de Europa. Su irrupción en los mares de Oriente no fue rápida, se hijo paso a paso, y tardó en consolidarse.* Obra de Cornelis Verbeeck realizada entre 1610 y 1625.

Museo de Santa Elena.

Cuando partieron de Manila lo hicieron con 13 fragatas, 12 champanes y otras embarcaciones menores. El 26 de marzo de 1606, se juntaron todas en Talangame, el puerto de Ternate, donde una sola nao holandesa, con sus poderosos cañones, no vaciló en enfrentarse a la heterogénea flota española, pero fue rechazada. En el momento en que la infantería logró finalmente desembarcar, no le supuso ningún problema barrer en combate a los moros del sultán de Ternate, Said Barakat, ni a los mercenarios holandeses que había dejado el vicealmirante Cornelis Bastiaensz. Tomaron enseguida la capital, su fortaleza y las islas vecinas y deportaron a Manila al sultán, su hijo el príncipe y todos los dignatarios de la corte. De guarnición quedó Juan de Esquivel, con 600 de sus soldados, dos galeotas y dos bergantines que, a finales de julio, en la Bahía de Laleda, capturaron al almirante Paulus Van Caerden cuando regresaba de una misión de reconocimiento del archipiélago. Los españoles ya no se irían de allí hasta 1663 — de la isla de Siau, en 1677 —.

La alegría en España y México al conocerse el éxito fue enorme, pero se olvidaron hechos como que solo un bajel holandés de 30 cañones se hubiese podido enfrentar a toda la flota española. Eso, lo único que demostraba era lo endeble de las escuadras españolas dedicadas a proteger no solo las Molucas, sino también las Filipinas.

Esquivel, que apenas contaba con naves con las que oponerse a los holandeses en cuanto estuvieron de regreso, y que mantenía un conflicto permanente con los rebeldes de Ternate, hizo lo que buenamente pudo. Con la habilidad de sus escasos soldados, intentó llevar una guerra de hostigamiento, que al menos sirvió para impedir que los holandeses tomasen algún puerto importante hasta que se firmó en Europa la tregua de 1609 que, en realidad, tuvo poca repercusión en la Molucas, donde españoles y

holandeses continuaron disputándose las islas, pero ahora de modo indirecto, mediante sus respectivos aliados.

La presión de los directivos de la VOC para conseguir beneficios con urgencia, con los que contentar a sus accionistas, motivó que hicieran un esfuerzo importante, y el 22

de diciembre de 1607 una flota holandesa salió de la bahía de Texel, en Frisia, con la intención de atacar a las flotas de la corona española y sus fortalezas de Oriente. Era una armada formidable, de 13 buques que llevaban 225 piezas de artillería y más de 2800

hombres al mando del almirante Pierre Willemsz, con François de Wittert como vicealmirante.

La flota combatió en Mozambique, donde apresó un galeón portugués, destruyó otro en Goa que dejó envuelto en llamas y, en febrero de 1609, tras varios encuentros armados en Sumatra y Johore, ancló ante las costas de Java en Bantam, cerca de Ñera, donde se dispusieron a construir una fortaleza. Allí, en uno de los muchos combates con los nativos, cayó el almirante el 22 de mayo. Lo sustituyó Wittert, que en poco tiempo logró un acuerdo con el sultán de Malabar, para combatir contra los españoles de Ternate.

La campaña no logró el éxito esperado, por lo que eligió sus cuatro mejores naves —

tres galeones de buen porte, y un patache de exploración —, para intentar un ataque por sorpresa contra la posición española en Ilo-Ilo, en Panay, punto de concentración de los equipos y suministros destinados alas Molucas. Su toma o destrucción pondría en graves problemas el sistema logístico español.

En el momento en que la flota holandesa llegó a su destino, acababa de llegar allí camino de las Molucas el capitán Fernando de Ayala con 300 soldados. Sus tropas repelieron el ataque, por lo que Wittert, decidió seguir directamente hacia Manila, que no sufría un asalto naval desde el ataque chino de Li-Ma-Hong.

La situación en la principal plaza española era dramática. El eficaz gobernador Juan de Silva, que con buenos augurios y cinco compañías de infantería había llegado a las islas en abril, se encontró de pronto con que carecía de los medios suficientes para realizar una defensa en condiciones ante cualquier ataque. En sus propias palabras:

«hallábame imposibilitado de todo; sin navíos, sin artillería, sin municiones de guerra, sin bastimentos y sin un real». En semejantes condiciones, cuando se avistaron las naves enemigas el 3 de noviembre el desconcierto fue total y, cuando el día 4 los cuatro

buques holandeses con sus costados erizados de cañones entraron en la bahía, con Cavite a la vista, el pánico se apoderó de la población.

El gobernador contaba con 800 hombres, de los que solo unos 200 eran realmente soldados, cuatro galeoncetes que estaban en el puerto, sin apenas valor; un único galeón desarmado que no servía para nada, y cuatro pequeñas galeras que no tenían ninguna posibilidad ante los poderosos barcos de la Compañía.

El primer tanteo holandés provocó un breve pero intenso combate, e incluso hubo un desembarco, pero la reacción de la infantería española obligó a los holandeses a volver a sus barcos. Eso le hizo a Wittert cambiar de planes. Ya no tomaría Manila, pues intentar superar las defensas supondría exponer a sus hombres a unas pérdidas inaceptables, máxime cuando Silva había ordenado reforzarlas mediante trincheras protegidas con cestos de arena para no perder los suministros y el material que tenía que enviarse a las Molucas. Ahora se apostaría a la entrada de la bahía para apresar a todos los buques que llegaran y los españoles, que no disponían de navíos, no podrían hacer nada.

Wittert sabía el número aproximado de barcos chinos, borneanos, javaneses y japoneses que entraban de forma habitual en Manila todos los años, por lo que su intención era provocar directamente el hundimiento de la economía local. Además, estaba dispuesto a ofrecer sus naves y hombres a los japoneses si querían destruir los establecimientos españoles en Filipinas, y a realizar cualquier negocio comercial con ellos. Si todo salía bien habría eliminado de un plumazo las presencia en el Pacífico de las dos naciones que los ocupan desde el siglo anterior, y dejarían así de ser una molesta competencia.

Los seis meses que pasaron los holandeses dedicados a la práctica de este sistema de apropiación de la totalidad de los cargamentos que pasaban una y otra vez por delante de sus narices, les supuso 23 presas y no solo riquezas en porcelanas, jade, maderas exóticas, seda u objetos de decoración, sino también frutas, verduras, vino y todo los alimentos necesarios. En esas condiciones podían continuar en Playa Honda, a 20 leguas de Manila, de forma prácticamente indefinida, y esperar a su principal objetivo: el galeón de Acapulco con la plata de Nueva España.

Juan de Silva no era hombre que se arredrara ante las dificultades. Era un soldado experimentado y conocía bien a los holandeses de sus años de servicio en los tercios de Flandes. No podía consentir que cuatro miserables barcos cuestionasen la soberanía española en el

archipiélago. Si los tagalos, pero también chinos y japoneses, percibían que los nuevos bárbaros blancos eran más poderosos que españoles o portugueses, la obra realizada hasta entonces, fruto de más de medio siglo de trabajo y esfuerzo, se podía derrumbar estrepitosamente. Era necesario luchar para romper el bloqueo. Con lo que fuese y como fuese.

### 10.3 ENCUENTRO EN PLAYA HONDA

LO PRIMERO ERA PROTEGER BIEN LA CIUDAD, ampliar las murallas, mejorar las fortificaciones y hacer lo mismo que Li-Ma-Hong cuando los españoles le cercaron: conseguir una armada. Con energía y decisión puso a centenares de indígenas a trabajar, localizó un viejo transporte en la isla de Marinduque y un viejo patache, y ordenó a carpinteros de ribera y a todo el que tuviese algo de idea de lo que era un barco a repararlos y ponerlos en condiciones de salir a la mar. El astillero, pequeño pero bien equipado, comenzaron a construirse dos galeras de veinte bancos de remos y a fabricarse palos, velas, cordajes, barriles, y todo lo necesario para dejar listas las naves.

Incluso a pesar de la escasez de expertos, puso en marcha una fundición y obligó a los vecinos a entregar las rejas de sus ventanas para poder realizar la pernería y clavazón del maderamen.

No obstante, y como ocurría siempre que percibían una debilidad en los españoles, los chinos que habían sido contratados para bogar en la primera de las galeras que fue botada y enviada a Cavite, se rebelaron, mataron al capitán Cardoso y a los soldados y pusieron rumbo a su país. Incansable, e insensible a los fracasos, el gobernador obligó a empezar de nuevo, y construir otra nueva.

Día a día continuaron los trabajos y, el 21 de abril de 1610, la flamante nao aprestada en Marinduque, bautizada como *San Juan Bautista*, fue enviada a Cavite. Se la había designado como capitana y armado con 26 cañones; junto a ella navegaba el patache *Santiaguillo*, ya reconstruido, que cargaba 5 cañones, y una vieja nao carenada, con 22

piezas de artillería diversa, designada como almiranta, con el nombre de *Espíritu Santo*.

A esas tres naves se sumaron otros tres pataches y las dos nuevas galeras, con unos 600

españoles entre soldados y voluntarios y 150 filipinos leales. Sus 70 cañones eran casi todos artillería menuda — versos, sacres y

culebrinas — y 12 de ellos viejos pedreros, pero no fue posible disponer de nada más.



*Jacques Specx, séptimo gobernador general de las Indias Holandesas de 1629 a 1632. Specx era el capitán del* De Griffioen

*y en septiembre de 1609, se convirtió en el primer encargado de la factoría que la VOC estableció en Hirado.* Retrato anónimo realizado entre 1629 y 1675. Rijkstmuseum, Amsterdam.

La noche del día 24, sin luna y con buena brisa, zarparon de Manila. Ganaron el viento y se abrieron en formación, con la capitana y la almiranta en las alas, los pataches en el centro y la galeras junto a las naves principales. Con las primeras luces del alba se lanzaron sobre el enemigo, que trató de ganar mar abierto y huir, pero no pudo. La lucha fue durísima, y el gobernador en persona, espada en mano dirigió el combate.

Suya es la descripción de la batalla que presentamos a continuación y, aunque puede acusársele un desmedido afán de protagonismo — era lo normal, para luego poder recibir mercedes —, el relato se adapta bastante bien a lo sucedido durante aquella jornada:

… en descubriendo nuestra armada largó los cables, y dando la vela, procuró salir a juntarse con sus naos. No lo pudo hacer, porque yo le abordé. Procuraron su almiranta y otra nao venirla a socorrer, mas

don Fernando de Silva, que era almirante, abordó a la enemiga con mucho valor. A otra nao enemiga, llamada *El león de oro*, abordaron los dos pataches, de que eran cabos los capitanes Rodrigo de Guillistegui y Juan Tello de Aguirre. La otra nao del enemigo y el patache se hallaron más desviados, y por haber calmado el viento no pudieron llegar a pelear. Duró la batalla seis horas; fue muy reñido y dificultoso el rendir las naos del enemigo, porque aunque se les entró, por ser la primera cubierta de la plaza de armas y castillos de muy fuertes jaretas de madera y tener en los castillos de proa y popa unos traveses cerrados hechos de dos costados de tablones y en medio terraplenados de pedazos de cables, atravesados, para jugar su

mosquetería y pedreros; pues en estos y debajo de la jareta se metió su gente, y desde allí, con la mosquetería y pedreros batían la plaza de armas, y desde abajo de la jareta mataban cuantos entraban. En ocasiones apretadas me he visto en Flandes y en Francia, más ninguna más que esta.

Está claro que los holandeses no estaban dispuestos a ceder fácilmente lo ganado, pero los dos bajeles principales cayeron en manos de los españoles, que una vez más, —

y no nos cansaremos de decirlo, aunque nunca aparezca en los textos extranjeros — en cuanto el combate se resolvió al abordaje, demostraron que no tenían rival. Armados con rodela, toledana y media armadura, los hombres del gobernador barrieron a los holandeses y, al precio de 30 marineros muertos y 70 soldados, hicieron 134 prisioneros y mataron a más de un centenar. El *Amsterdam* por ejemplo, la capitana holandesa, en la que cayó el propio Wittert, tuvo 70 muertos solo de los doparos de la artillería giratoria y menuda de las naves españolas que la abordaron —, a pesar de que la artillería de los dos barcos enemigos superaba a la de los ocho españoles juntos [144] .

El botín fue fantástico, 100 000 ducados en oro, sedas y joyas. Silva, interesado a fin de cuentas en que se supiese cuanto antes escribió: «ha importado grandemente esta victoria, que Dios, por su misericordia, nos hizo merced, para reprimir estas naciones bárbaras, con quien teníamos perdido el crédito: todos han quedado admirados».

Ahora el gobernador debía aprovechar el efecto de la victoria. De inmediato envió al capitán Juan de la Vega a Mindanao, para que los sultanes moros viesen que los holandeses no solo no eran invencibles, sino que en igualdad de condiciones no eran rivales para los «castilas».

Igualmente en Japón, donde los holandeses habían enviado parte de lo capturado a los barcos chinos en la bahía de Manila, y donde no paraban de hablar de su superioridad con las armas ante los españoles, la derrota frenó en parte su arrogancia.

# 10.4 PRESAGIOS DE TORMENTA

WILLIAM ADAMS ERA UN MARINO INGLÉS natural de Gillingham, en Kent. Sirvió en la *Royal Navy* bajo el mando de Drake y participó en la lucha contra la Armada Española en 1588 como capitán del *Richarde Dyffylde*, un buque de reabastecimiento. Atraído por el comercio holandés con las Indias, embarcó con 34 años como primer piloto de una importante escuadra de cinco navíos que partió hacia el Lejano Oriente en 1598, fletada por una empresa de mercaderes de Roterdam.

Originalmente la misión de la flota era la de navegar a lo largo de la costa Oeste de América del Sur, donde debían vender su cargamento, cobrarlo en plata y, solo si esto fallaba, seguir hacia Japón. En ese caso, suponían que allí podrían conseguir el preciado metal con la venta de sus mercancías. Luego pondrían rumbo hacia las Molucas para llenar sus bodegas con especias y regresarían a Europa.

El problema eran los españoles, que no iban a dejarlos utilizar sus puertos. En consecuencia, tras una complicada travesía en la que se perdieron el *Blijde Boodschap* y el *Geloof* y solo tres de los cinco barcos consiguieron pasar el Estrecho de Magallanes [145] ,

el resto de tripulantes decidieron navegar directamente a través del Pacífico hacia Japón. Fue más duro de lo esperado. En abril de 1600, después de más de diecinueve meses en el mar, únicamente el navío *Liefde*, con una tripulación de una veintena de hombres enfermos y moribundos, logró echar el ancla en la isla de Kyûshû [146] .

Ahí no acabaron sus penurias. Unos sacerdotes jesuitas portugueses dijeron a los japoneses que eran piratas y debían ser crucificados. El barco fue incautado y todos encarcelados, pero Adams presentó una apelación a Ieyasu, explicándole de paso sus conocimientos sobre buques, construcción naval, navegación e incluso matemáticas.

Ieyasu no tomó una decisión hasta 1604. Los perdonó, pero ordenó a Adams y a sus compañeros que ayudasen a Mukai Shogen Tadakatsu, comandante en jefe de la Armada de Uraga, a construir para japón el primer buque de estilo occidental: un galeoncete de 80 toneladas; y poco después otro más grande de 120. Tras décadas de intentos infructuosos, las rivalidades entre las naciones europeas habían logrado que Japón lograse por fin su primer «barco negro».

Terminada la construcción de sus nuevos buques, Ieyasu, agradecido, invitó a Adams a visitar su palacio siempre que quisiese y le dijo «que siempre podría acudir a él». La mayor parte de la tripulación del *Liefde*, que fue recompensada y autorizada a realizar operaciones comerciales con el extranjero, pudo irse en 1605 con la ayuda del *daimyō* de Hirado. Sin embargo, a Adams no se lo permitieron hasta 1613. El *shōgun* hizo amistad con él, lo convirtió en diplomático y lo nombró su asesor comercial, concediéndole también grandes privilegios. En última instancia, Adams se convirtió en su asesor personal para todas las cuestiones relacionadas con las potencias y la civilización Occidental [147] .

Eso no fue todo. Después de obtener el derecho a comerciar con Japón por medio de un edicto firmado por Ieyasu el 24 de agosto de 1609, los holandeses inauguraron su factoría en Hirado el 20 de septiembre de ese año. Ese papel, que se denominó «Permiso para comerciar» — en holandés *Handelspas* — fue conservado como la garantía de sus derechos durante los siguientes dos siglos en Japón. Poco después, por mediación de



Adams, hasta los ingleses lograron establecer un pequeño puesto comercial en Hirado conectado con una diminuta factoría que tenían en Bantam, en Java, pues Tokugawa les concedió privilegios comerciales a través de un Sello Rojo. Una licencia que les permitía libremente establecerse, comprar, vender y hacer trueques en Japón [148] . El monopolio de españoles y portugueses se había roto para siempre.

## 10.5 LA MEDIDA DEL VALOR: EL INCIDENTE DE NAGASAKI

LAS INTRIGAS HOLANDESAS y el asesoramiento de Adams, habían minado la influencia de portugueses y españoles, que rápidamente perdieron fuerza ante Ieyasu. La amenaza holandesa provocó además que la famosa carraca de Macao, que todos los años iba a Japón, no saliese ni en 1607, ni en 1608. A finales de ese último año, un barco de Sello Rojo perteneciente al *daimyō* Arima Harunobu, entró en Macao de regreso de Camboya con una carga de valiosas maderas y la intención de pasar en el puesto comercial portugués el invierno, hasta el monzón de 1609. La tripulación la formaban una mezcla de aventureros y soldados, incluso es posible que algunos hubiesen estado unidos a bandas de piratas, o servido como mercenarios en Camboya y, por supuesto, muchos habían combatido en las dos campañas coreanas, y sentían un profundo desprecio por los chinos. Los incidentes comenzaron de inmediato.

*Tres barcos en la tormenta.* Obra del holandés afincado en Londres Willem Van de Velde, pintada en 1673.

National Gallery, Londres. *Los ingleses tardaron mucho en llegar a Japón, El primero, William Adams, lo hizo más de medio siglo después de portugueses y españoles, al naufragar el buque holandés en el que iba, pero para desgracia de los intereses de Portugal y España, tuvo una gran influencia ante el shōgun Tokugawa Ieyasu, el primero del periodo Edo.*

Su comportamiento altanero y violento fue brutal. Organizados en grupos armados de treinta o cuarenta hombres molestaron a los chinos y protagonizaron serios enfrentamientos, por lo que, finalmente, los comerciantes pidieron al Senado de Macao que interviniese. Por tradición, los portugueses se habían resistido al máximo — desde la sumisión formal de la ciudad al rey de España —, a que los castellanos interviniesen en los asuntos de la ciudad, y las tropas disponibles no eran muchas. La mayor parte de los residentes lusos eran *euroasianos*, mestizos nacidos en China, en la India o en Malaca, que jamás habían estado en Europa. No obstante, entre los soldados europeos, muy escasos, había incluso veteranos de las guerras de Flandes, combatientes muy experimentados y endurecidos.

El Senado, indignado, aconsejó a los japoneses que moderasen su comportamiento e incluso que adaptasen su indumentaria a la de los chinos, para no llamar tanto la atención, pero consideraron esta advertencia una debilidad. El 30 de noviembre, un oidor de la Audiencia, intentó intermediar en una pelea y fue asesinado. Las campanas de las iglesias tocaron alarma, y hasta el lugar del incidente

se trasladó el capitán André Pessoa con todos los hombres armados que pudo reunir. Una vez en el lugar, Pessoa ofreció a los japoneses una rendición honorable, pero se negaron y atrincheraron en dos casas. Los de la primera eran 27. Pessoa, desplegó a sus tiradores y ordenó incendiarla.

Cuando los japoneses salieron para escapar del fuego, los acribillaron a balazos.

Los jesuitas, e incluso el obispo, intentaron mediar ante los 50 japoneses que se habían refugiado en la segunda casa, comprometiéndose a respetar sus vidas. Esta vez se rindieron, y se les dejó abandonar la ciudad después de firmar una declaración jurada en la que absolvían a los portugueses de toda culpa de la muerte de sus camaradas. Eso sí, Pessoa detuvo a sus líderes y los envió a prisión.

Tanto en Macao como en Manila, conocían bien la arrogancia de los japoneses y sabían que eran muy susceptibles, por lo que el propio Pessoa decidió embarcar en la carraca que zarpó en 1609, que por ser la primera después de dos años, iba cargada de riquezas. Se llamaba *Nossa Senhora da Graça* o *Madre de Deus* y, puesto que los agentes infiltrados entre los holandeses habían informado que estos pretendían interceptarla, se adelantó seis semanas su partida. Zarpó de Macao el 10 de mayo.

Los holandeses, que también tenían sus espías, eran conscientes de que si lograban capturar la nave, podrían repetir el éxito de 1603, cuando tras capturar la carraca *Santa Catarina*, obtuvieron un botín tan gigantesco como la mitad del capital original de la VOC. Una presa que permitió enviar tal cantidad de porcelana china a Europa, que en los Países Bajos se conoció como *Kraakporselein*, o «porcelana de la carraca [149] ». El plan era sencillo. Había dos galeones holandeses en aguas de Johore, en Malasia, el *De*

*Griffioen* y el *De Rodé Leeuw met Pijlen*, al mando de Abraham van der Broeck y capitaneados respectivamente por Jacques Specx y Nicolaas Puyck. Era suficiente con que actuaran juntos. La oportunidad era buena, no solo para lograr un suculento botín, sino también para abrir Japón al comercio holandés.

El 10 de mayo los dos buques partieron hacia el Norte, si bien antes se detuvieron en las costas del sultanato de Patani — actualmente entre Malasia y Tailandia — para cargar productos que sabían eran muy valorados en Japón. Desde pimienta y maderas, a plomo y seda. Debían acechar a su presa en las costas de Formosa — Taiwán —, pero

a pesar de situarse en su ruta, no avistaron vela europea. Contrariados, resolvieron continuar su viaje, ahora ya puramente comercial, hasta el puerto de Hirado, al que arribaron la tarde del 1 de julio. El motivo por el que no habían logrado interceptar a la carraca portuguesa se debía solo a que Pessoa, con la intención de evitar un monzón, decidió cambiar la ruta, lo que le permitió atracar en Nagasaki el 29 de junio.

*Pessoa* tuvo problemas en el puerto, algo que no era frecuente. El *daimyō* Hasegawa se obstinó en inspeccionar la carraca, a lo que el capitán portugués se opuso una y otra vez. Enfadado, Hasegawa pagó precios muy bajos cuando descargaron las mercancías y su colega, el intendente Murayama Toan, mostró una clara enemistad a los comerciantes portugueses lo que, hasta entonces, jamás había ocurrido.

Hasegawa y Murayama se quejaron a Ieyasu de la insolencia del portugués.

Señalaron que habían actuado con la extraterritorialidad virtual que les concedía Nagasaki y lo acusaron de ocultar la mejor seda para venderla en el mercado negro a precios más altos. Añadieron que si Ieyasu adoptaba una línea más dura contra los portugueses, los barcos de Sello Rojo podrían compensar algunas de las pérdidas potenciales que se produjeran. Ante los problemas, Pessoa intentó sobornar a Hasegawa y Murayama, y ofreció su propia versión de lo ocurrido en Macao a Ieyasu, pero el viejo *shōgun* ya estaba convencido de otra muy distinta **[150]** .

En septiembre, los supervivientes japoneses de los incidentes en Macao del año anterior habían regresado a su tierra para contar una versión de los hechos muy distinta a su señor, Arima Harunobu. Él le había llevado la noticia a Ieyasu, que a su vez había ordenado realizar una investigación completa del asunto. Hasegawa por su parte también había elaborado un extenso informe. Aseguraba que las declaraciones juradas de los japoneses obtenidas en Macao, lo habían sido por coacción y, tanto él como Arima, abogaban por tomar la *Nossa Senhora da Graça* y su carga. La idea le resultaba atractiva a Ieyasu, pero tenía dudas, ya que podría poner en peligro el comercio anual con Macao.

La decisión final llegó de forma inesperada, cuando naufragó frente a la costa Este de Japón el día 30 de ese mes, el galeón *San Francisco*. Ieyasu recibió a los supervivientes y pidió a su capitán, Juan Cevico, y al recién reemplazado gobernador interino de Filipinas y sobrino del

virrey de Nueva España, Rodrigo de Vivero y Velasco, que viajaba a bordo, si los españoles podían suministrar la mayor parte de las importaciones de seda a Japón, como hacían los portugueses. Temerariamente, Vivero respondió que podrían fácilmente enviar tres barcos a Japón cada año. Ieyasu, ahora convencido de que podría sustituir a los comerciantes portugueses por los españoles, los holandeses y sus propios barcos de Sello Rojo, ordenó a Hasegawa y Arima incautar el buque y arrestar a Pessoa[151]. Era una buena ocasión para tener una de las preciadas naves negras, antes de que Adams terminara su trabajo.

A través de la comunidad cristiana en Japón, Pessoa supo de las intrigas en su contra y se dispuso tanto para la defensa, como para la partida inmediata de Nagasaki. Lo fácil fue preparar una gran cantidad de granadas de mano y municiones, lo más complicado, tener lista a la *Nossa Senhora da Graça*, que debido al gran tamaño de la carga no estaría dispuesta para zarpar hasta después del Año Nuevo de 1610, cuando lo habitual era hacerlo antes de Navidad.

Arima trató de atraer a Pessoa a tierra con ofertas de hospitalidad. Muchos portugueses le creyeron, pero él, que sabía que el japonés había reunido una fuerza de 1200 *samuráis* y *ashigarus*, se mostró reacio a abandonar a la nave y ordenó a sus hombres subir a bordo para zarpar cuanto antes. Sin embargo, algunos miembros de la tripulación creían que la crisis no era más que enemistad personal de Pessoa con Arima y, o bien se retrasaron, o bien fueron obstaculizados y retenidos por los japoneses, por lo que el 3 de enero de 1610 solo embarcaron algo más de 40 europeos y algunos esclavos africanos y *lascars*.

Esa misma tarde, Arima, Hasegawa y Murayama enviaron conjuntamente un mensaje a los jesuitas ante su inminente ataque. Decían que Pessoa trataba de escapar de la justicia japonesa y sugerían que si la tripulación portuguesa rechazaba a su capitán, el asunto se resolvería. Todo esto, no lo olvidemos, con Vivero alojado como huésped del *shōgun*. Los jesuitas respondieron que no estaba en la cultura portuguesa rechazar a sus capitanes.

Al llegar la noche, decenas de juncos armados se aproximaron al galeón. No hubo sorpresa alguna, pues los japoneses gritaban amenazas y vociferaban. Algunos oficiales sugirieron abrir fuego, pero Pessoa no quiso ser el primero en disparar. Se limitó a ordenar que se prepararan en silencio las velas y a levar anclas con los faroles apagados.

La falta de viento le impidió salir a mar abierto y, en cuanto los primeros disparos de las



armas portátiles japonesas iluminaron con sus fogonazos la noche, ordenó abrir fuego.

El resultado fue devastador. Los proyectiles macizos de hierro, seguidos por los incendiarios y los de fragmentación, arrasaron los primeros botes japoneses y despedazaron a sus ocupantes. El ataque había resultado un fracaso y los muertos y heridos se contaban por decenas, pero el viento continuaba sin permitirle a Pessoa abandonar el puerto.

*Tripulantes de un* kurofune *, llevan su carga a tierra.*

*Lo sucedido con la carraca* Nossa Senhora da Graça *impresionó de tal forma a los japoneses que pasó a ser parte de las leyendas locales de Nagasaki.*

*Representación en un biombo* nanban *de principios del siglo XVII.*

Hasegawa comunicó el desastre a Ieyasu, que con furia ordenó que se llevase a los portugueses a su presencia para encargarse el mismo de su ejecución. Arima no se atrevió a atacar el barco por el día, y lanzó dos asaltos más por las noches siguientes con varios métodos. Primero intentó enviar dos *samuráis* a bordo del buque y matar a Pessoa en la

cubierta, pero ni siquiera lograron subir a la nave. La segunda noche envió buzos para cortar los cables del ancla y que la marea la empujara hacia la playa, donde podría atacarla por tierra, pero tampoco tuvo éxito. Y la tercera, envió una flotilla de barcos incendiarios, pero todos, excepto uno que se estrelló contra el cable de proa del galeón, y fue fácilmente rechazado, fracasaron por la misma falta de viento que mantenía inmóvil a Pessoa.

Tras un desafortunado intento de negociaciones, una brisa favorable a primera hora de la mañana del día 6 permitió que Pessoa empezase a mover su nave hacia una entrada cerca de Fukuda, en la boca del puerto, pero no logró ir más allá. Al ver que su presa estaba a punto de salir, Arima lo persiguió con una flotilla encabezada por un barco que arrastraba una enorme torre de asedio tan alta como para alcanzar la cubierta del galeón, montada sobre dos grandes champanes amarrados juntos. La torre iba cubierta con pieles húmedas para protegerla del fuego portugués, y tenía aberturas suficientes como para permitir disparar a 500 arqueros y mosqueteros. Arima disponía de unos 3000 *samuráis* y *ashigarus*, por lo que su victoria parecía segura. Eso, si Pessoa, que había decidido vender cara su piel, y contaba con la esperanza de que el viento le ayudase a escapar, se lo permitía.

La noche del 8 al 9, los juncos japoneses lograron aproximarse por popa a la *Nossa Senhora da Graça*, aprovechando que solo uno de sus cañones estaba en posición, pues el otro había sido desmontado para utilizarlo a proa en la defensa de los cables. Una vez lograda la aproximación, los *samuráis* se lanzaron al abordaje, dirigidos por un guerrero cristiano, que iba acompañado en gran parte por correligionarios. Temían que si los portugueses escapaban, la ira de Ieyasu se dirigiría contra su comunidad, e incluso pudiera llegar a destruir las iglesias, como había ocurrido anteriormente.

El problema para los japoneses era que podían aproximarse a la carraca, e incluso abordarla, pero tomarla ya era otra cosa. Unos pocos portugueses se habían equipado como su capitán, con medias armaduras, rodelas y espadas, y formaban un grupo compacto que se enfrentó a los asaltantes con decisión y valor. Aprovechando las altas bordas de la nave, y gracias al hábil uso de las granadas, más algunas pistolas y mosquetes, los portugueses repelieron uno tras otro todos los asaltos, y los pocos *samuráis* que lograron poner pie en la carraca fueron abatidos a golpes de pica, disparos o tajos de espada. Las *katanas* y las armaduras japonesas mostraron su ineficacia ante el equipo europeo, y el propio Pessoa, acabó en duelo singular con dos samuráis, de los que se deshizo a estocadas.

Los japoneses, pura y simplemente, no podían afrontar el combate, y una vez más fueron repelidos. A continuación, los portugueses lanzaron sus «alcancías» y granadas contra los botes menores de los asaltantes, que envueltos en llamas tuvieron que ser abandonados. La lucha duraba ya seis intensas horas, pero Pessoa podía estar orgulloso.

Había perdido a cinco de sus compatriotas, algunos africanos y varios *lascars* indios, pero en conjunto su fuerza seguía intacta. Por su parte, los japoneses contaban sus muertos por centenares. Triturados por los proyectiles de la artillería, abrasados por las llamas o los disparos de arcabuces y pistolas, ahogados, o machacados a golpes de pica, hacha y espada.

Sin embargo, los portugueses eran demasiado pocos para poder hacer daño a las embarcaciones más grandes, y mucho menos a la que portaba la torre, desde la que un disparo afortunado alcanzó a uno de los botes incendiarios que un marinero portugués estaba a punto de lanzar. En su caída, logró prender fuego a la pólvora del suelo. El incendio se extendió por la cubierta, y los asaltantes lograron tomar la popa del barco.

Los portugueses retrocedieron sin dejar de combatir hasta el castillo de proa, y allí se hicieron fuertes para repeler los salvajes asaltos de los *samuráis*, que no lograban acabar con el puñado de «bárbaros del Sur» que aún resistían.

Desde su último refugio, Pessoa comprendió que estaba todo perdido. No disponía de hombres suficientes para combatir el fuego y detener los furibundos ataques japoneses y de una manera u otra, bien por las llamas, bien por causa de los centenares de enemigos a los que se enfrentaban iban todos a morir. Solo había una cosa que no estaba dispuesto a hacer: rendirse.

El barco estaba en llamas, el humo del incendio y de la pólvora entorpecía la vista y, a su alrededor, el valeroso *fidalgo* solo tenía a sus compañeros, con los rostros ennegrecidos por el humo, sudorosos y cubiertos de heridas, pero que, con firmeza, aún empuñaban sus armas. Cuentan que Pessoa, tiró al suelo su ropera y su rodela, cogió un crucifijo, lo levantó con las dos manos y gritó: «¡Bendito seas tú, oh Señor, ya que Tú quieres que esto termine!». Luego ordenó a sus hombres que intentasen salvarse, y él mismo decidió extender el fuego para que alcanzase la santabárbara y acabara con el barco. En ello estaba cuando cayó derribado entre las llamas, pero ya era tarde.

La carraca fue sacudida por dos gigantescas explosiones que se

escucharon a kilómetros de distancia, y se hundió con su valiosa carga. Aún con sus tripulantes y asaltantes enredados en un abrazo mortal[152]. A pesar de quedar estremecidos por lo ocurrido y mostrarse sobrecogidos por el valor de los portugueses, los japoneses no dudaron en matar a cuchilladas o golpes de *katana* a todos los supervivientes de la carraca que encontraron nadando en el agua. Pocos consiguieron llegar vivos a la costa.

Los japoneses buscaron de manera infructuosa el cuerpo de André Pessoa. Jamás lo encontraron ni tampoco lo devolvió el mar.

La defensa de Pessoa impresionó a los japoneses durante décadas. Pasó a formar parte de las leyendas locales, que exageraron el valor de los portugueses hasta extremos increíbles[153], y se mantuvo viva hasta tiempos relativamente recientes[154], incorporada al folclore, pues el suicidio del valeroso *fidalgo*, algo alejado del ideal cristiano, se interpretó erróneamente de acuerdo a los códigos de honor del *bushido*.

### 10.6 EL ÚLTIMO ESFUERZO

INCIDENTES COMO EL DE NAGASAKI, unidos a la victoria española en Manila, elevaron de nuevo el prestigio de los dos pueblos ibéricos — aún unidos con el mismo rey — ante japoneses y chinos. Eso, unido a la llegada a primeros de 1610 de las noticias de la Tregua de los Doce Años[155], permitieron que Silva, decidiera entrevistarse con Van Caerden, que había sido liberado mediante el pago de un rescate y confirmado de inmediato al mando del puesto de la VOC en Amboyna. Las conversaciones no alcanzaron acuerdo alguno, pues el holandés tenía claro que el armisticio no le impedía seguir con sus operaciones comerciales en las Molucas ni en otros lugares de Oriente, e incluso se negó a aceptar el final de las hostilidades.

La captura de un alto oficial holandés, con un mensaje para su gobierno en el que se indicaban claramente los problemas diarios que vivían, animó al gobernador a ampliar la presión, y redoblar los esfuerzos. Construyó tres galeones de 800 toneladas, con los que formó una escudara de seis, y incrementó el número de su flota con las dos galeras disponibles. Le fue bien. En un combate en las costas de la isla de Gilolo, la mayor de las Molucas, causó 300 bajas al enemigo. Mejor aún para la marcha de la campaña fue la llegada de cinco naos desde Cádiz, que permitieron la incorporación a la lucha de 350

soldados de infantería al mando del general Ruy González Sequeira y

240 marineros del almirante Fernando Muñoz de Aramburu. Eran excelentes noticias para Manila si, a pesar de todo, en el teatro de operaciones de las Molucas la superioridad numérica de los holandeses no se hubiera mantenido de forma tan escandalosa. La potencia económica de la VOC le permitía enviar a Fuerte Malayo [156] recursos muy superiores de los que la arruinada España podía poner al alcance del castillo de Gammalamma o el Fuerte de San Pedro y San Pablo.

La presión holandesa continuó, y Silva, aunque su salud comenzaba a decaer, resolvió hacer un gran esfuerzo para organizar una escuadra lo más potente posible y buscar un encuentro decisivo con la flota enemiga. Para ello, necesitaba contar con los portugueses, con quienes estaba claro que la cooperación en Asia no mejoraba ni ante la amenaza de un enemigo común. A pesar de su resentimiento por la pérdida de las Molucas, no era la primera vez que Silva intentaba ponerse en contacto con el virrey de Goa, Jerónimo de Azevedo. Dos años antes, en 1612, había enviado a la India con el mismo fin al antiguo gobernador de Ternate, Cristóbal de Azcueta, pero toda la expedición desapareció en un naufragio entre Manila y Macao.



*Un barco inglés y uno holandés atacan a otro español.* Obra de Aert Anthonisz, pintada en 1610. *A partir de la llegada de los holandeses ya nada sería lo mismo. Su presencia significaba que una nueva potencia europea había entrado con fuerza en el comercio de Oriente.* National Maritime Museum, Greenwich.

En cualquier caso, Silva escribió al virrey para asegurarle que, solo si se prestaban ayuda mutua, podrían acabar con los holandeses. Dos

copias de la carta partieron de Manila a finales de año en flotas diferentes, pero en ambos casos en manos de jesuitas.

Una la llevaba el padre Pedro Gomes, rector de la compañía en Ternate y la otra el padre Juan de Ribera, director de la Universidad de Manila. Los dos llegaron en enero de 1615 sin problemas y se entrevistaron con Azevedo. El virrey aceptó la proposición, y el padre Gomes regresó a Manila en julio para informar al gobernador del resultado de la misión: 4 naos con 90 cañones y 400 soldados, además de experimentados marineros, pronto zarparían camino de Manila o hacia un punto de reunión establecido en Malaca.

Para entonces en Manila se habían logrado armar 10 potentes naves[157]. La capitana, *Salvadora*, disponía de 46 cañones y la almiranta, *San Marcos*, de 32. Además, contaba con 5000 hombres — entre ellos, 2000 españoles y una unidad de mercenarios japoneses —, cerca de 300 piezas de artillería en algunos casos provenientes de las defensas de la ciudad —, víveres abundantes, pertrechos y municiones suficientes para ir en busca de los barcos holandeses, que se sabía acechaban en el estrecho de Malaca a las grandes carracas portuguesas que hacían la ruta de Macao a Goa.

Desde el principio todo fue mal. En vista de que los prometidos buques no llegaban, Silva, informado de que ya habían salido de Goa, decidió salir a su encuentro a pesar de los consejos en contra de muchos de sus subordinados. La armada, la mayor que se había visto hasta entonces en esas islas, formada por los 10 navíos, 4 galeras, un patache y otras embarcaciones menores, zarpó de Manila el 9 de febrero de 1616 y puso rumbo

hacia el estrecho de Malaca, en vez de dirigirse directamente hacia las Molucas, donde casi con seguridad, hubiese logrado una fácil victoria. Se la vio entrar en el estrecho de Singapur, el día 25, pero ni siquiera entonces sabían que nunca se encontrarían con los portugueses.

En la flota del virrey, también al llegar a la altura de Singapur, los marineros se habían negado a continuar viaje. Luego, mal dirigida, la escuadra había sido atacada por los buques holandeses y completamente destruida en las proximidades de Malaca.

Incluso para evitar su captura, los portugueses se habían visto obligados a quemar los grandes galeones. Es probable que no fuera más que otro de los azares de la guerra, pero la opinión del profesor Fernando Blumentrirt — gran amigo de José Rizal —, que escribió varios libros sobre Filipinas en las últimas décadas del siglo XIX y las

primeras del XX, es mucho más maquiavélica que la nuestra: [158]

La sublevación de los marineros fue fingida, y la ruin envidia de los portugueses no les permitió ayudar a los castellanos en sus apuros. La escuadra se armó para poder justificarse ante la Corte de Madrid, pero al mismo tiempo se dieron en secreto órdenes al comandante de no unirse a los españoles.

Una vez enterado de lo ocurrido, Silva envió desde Malaca a Ternate a Juan Gutiérrez Páramo y a Juan de la Umbría, con una flota de socorro. Fue todo lo que se logró. El 19 de abril, tras once días de fuertes padecimientos, el gobernador fallecía en Malaca víctima de las fiebres. Al mes siguiente, al mando del teniente general Alonso Enríquez, su sustituto provisional, la armada ponía rumbo a Manila, a donde llegó el 1

de junio en un estado lamentable. Las fiebres y las enfermedades contraídas durante su estancia en Malaca y el estrecho de Singapur, azotaban por entonces a las tripulaciones.

Una gran parte de los hombres habían muerto y muchos de los buques, con graves daños producidos durante la travesía por arrecifes y bajíos, entraban en puerto casi vacíos. Era el final sin gloria de la expedición.

Se había perdido una gran oportunidad, gastado enormes sumas de dinero, y realizado un esfuerzo baldío. Los holandeses no iban a poder ser expulsados y, además, los ingleses estaban cada vez más presentes en la zona. Empezaban tiempos nuevos.

## 10.7 EL MOMENTO DE LAS EMBAJADAS

COMO HEMOS VISTO, YA ANTES DEL COMIENZO del siglo XVII, en Manila había una honda preocupación por la llegada de los holandeses a Asia Oriental. En 1605, Martín Castro



había advertido del peligro, y considerado que la poca atención que en España se prestaba a los asuntos de Asia Oriental era un grave riesgo. En sus propias palabras:

«no puede proceder sino de no hacerse en aquello la estimación y aprecio que se debe, como cosa mirada de tan lejos, siendo lo más importante de la Corona de vuestra majestad».

Sin duda tenía razón y los peligros eran muchos. Conociendo cómo se las gastaban los protestantes, se daba por hecho que intentarían enemistar a chinos y japoneses con portugueses y castellanos, y podrían poner en peligro a la floreciente comunidad católica de Japón, país desde el que, si lograban asentar finalmente una base para su flota, podrían amenazar directamente las Filipinas. Además, era notorio que los soberanos de los reinos de Asia sabían perfectamente que las naciones de «bárbaros del mar del Sur» que estaban presentes en sus aguas eran enemigas entre sí y, la atracción por el más fuerte, podía empujarlos a apoyar al bando vencedor.

Estratégicamente era vital expulsar a los holandeses de los mares de Oriente e impedir que se aposentaran los ingleses, pero había un argumento más de índole mercantil que no podía dejarse de lado: la posible pérdida del mercado de las especias, que tan lucrativo había sido para españoles y portugueses durante 100 años.

*El palentino Luis de Velasco y Castilla, marqués de Salinas. Virrey del Perú*

*entre 1596 y 1604 y de Nueva España en dos ocasiones — de 1590 a 1595 y de 1607 a 1611 —, fue un hombre de inmenso poder y fortuna. En ningún momento quedó clara su actitud ante la primera embajada japonesa, a la que, como los comerciantes españoles residentes en Filipinas*

*y México, consideraba mucho más peligrosa que beneficiosa.* Retrato anónimo. Museo Nacional de Historia Castillo de Chapultepec, Ciudad de México.

Durante su estancia en Japón tras el naufragio del *San Francisco* en septiembre de 1609, Rodrigo de Vivero, a quien ya conocemos, se reunió con Tokugawa Ieyasu, con el que había mantenido una amistosa y fluida correspondencia tras los incidentes causados por los japoneses en Manila el año anterior. El 29 de noviembre, los dos firmaron un tratado, en el que se autorizaba a los españoles a establecer una factoría al estilo europeo en el Este de Japón, a la que se podrían trasladar a especialistas en minería desde Nueva España. Además, ese esbozo de acuerdo bilateral, permitiría a las naves españolas visitar la isla en caso de necesidad; a los misioneros predicar libremente el Evangelio y, sobre todo, obligaba a expulsar a los «piratas holandeses»

que estaban en aquellas tierras.

Eran buenas noticias y por primera vez se mantenía una comunicación fluida entre japoneses y españoles de las Filipinas sin que hubiese dudas acerca de supuestas

«sumisiones» o «vasallajes», pero no iban a ser las únicas que sorprenderían a la Audiencia de Manila.

Luis Sotelo, un franciscano sevillano que vivía cerca de Tokio, dedicado a predicar y realizar conversiones, que mantenía cierta capacidad para relacionarse con el entorno del *shōgun*, lo convenció para enviar una embajada al virrey de Nueva España en México, que era el responsable del gobierno de las Filipinas.

Para los japoneses era también una buena ocasión para probar en una singladura de gran recorrido el barco construido bajo la supervisión de William Adams, bautizado por los españoles como *San Buena Ventura*. Se lo habían ofrecido a Vivero desde el primer momento para regresar a Acapulco, pero este había preferido esperar la llegada del galeón *Santa Ana*. Finalmente, debido a las pretensiones de Sotelo, que intentaba hacerse con los méritos de la organización de la embajada, se vio obligado a utilizarlo.

En total 22 japoneses embarcaron rumbo a Acapulco bajo el mando de Tanaka Shosuke, un próspero comerciante de Kioto, experto en la obtención de metales, que se mostraba muy interesado en conocer la tecnología española empleada con la plata de Nueva España. Los acompañaban, además de Vivero, el franciscano fray Alonso Muñoz, en calidad de representante oficial de Ieyasu. Él también era el responsable del equivalente a 4000 ducados que el *shōgun* había prestado para cubrir los gastos del viaje.

El buque arribó el 13 de noviembre de 1610 y su llegada despertó gran expectación.

De inmediato, apenas desembarcó y presentó a sus acompañantes al virrey Luis de

Velasco, fray Alonso partió hacia la corte de Felipe III, para preparar en la forma adecuada los términos del tratado.

En esas circunstancias entró en juego un nuevo y codiciado elemento que alteró los planes de Vivero. Una antigua tradición relataba que a la altura de Japón existían dos valiosas y prósperas islas con los exagerados nombres de Rica de Oro y Rica de Plata.

Las habían visto dos navegantes a finales del siglo anterior, y aseguraban que ofrecían inmensas riquezas en metales preciosos. Incluso había un sacerdote, magnífico cosmógrafo, que decía saber su situación exacta.

Era un hombre de gran prestigio, y cuando había sido enviado en 1605 desde Manila como procurador a la corte, estaba seguro de haberlas reconocido un día despejado, mientras paseaba por cubierta. Ni que decir tiene que sus explicaciones hicieron mella tanto en el rey como en sus allegados, siempre predispuestos a llenar las arcas del país con fabulosas riquezas; además, podían servir de base a los galeones, muy necesitados de apoyo logístico en su larguísima travesía a Acapulco. Se habían producido acaloradas discusiones en la corte, donde la propuesta de enviar una expedición hacia un sitio con grandes probabilidades de ser imaginario encontró fuerte oposición, pero nadie había podido hacer mella en la opinión del rey que, plenamente convencido, había concluido por sancionar su búsqueda el 27 de septiembre de 1608. Ahora era el momento propicio para localizarlas.

Luis de Velasco, que tampoco estaba dispuesto a despreciar un botín tan suculento, puso al frente de la expedición al general Sebastián

Vizcaino, gran navegante, que había costeado por primera vez California. Según el plan previsto, devolvería la visita de los japoneses, se presentaría ante el *shōgun* como embajador y pediría autorización para cartografiar las costas japoneses en primavera. Mientras lo hacía, buscaría en secreto las misteriosas islas.

Vizcaino zarpó de Acapulco en el *San Bernardo* el 22 de marzo de 1611 con Shosuke y el resto de comerciantes. Llegó al puerto de Uraga, en la prefectura de Kanagawa, el 10

de junio. El día 22, acompañado del oportunista Sotelo en calidad de intérprete, se dirigió a la corte de Edo para presentar sus credenciales y devolver los 4000 ducados prestados. Tuvo ocasión de entrevistarse no solo con el *shōgun*, sino también con poderosos señores locales. Respetó profundamente las costumbres japonesas y fue consciente tanto de los problemas que provocaban los religiosos con su presión para convertir a los campesinos, como de las intrigas de los holandeses en contra de los intereses de la corona española. Nada más. Ambas partes se mostraron inflexibles en sus propuestas y no se llegó a ningún acuerdo. El *shōgun* buscaba una relación

comercial más estrecha con España, pero no a cualquier precio. Ni remotamente estaba dispuesto a expulsar a los holandeses.

En septiembre de 1612 Vizacaino pudo cumplir su siguiente objetivo y partió en busca de las desconocidas islas, pero vientos contrarios y mal tiempo, le hicieron regresar tras más de sesenta días de infructuosa búsqueda, con su buque seriamente dañado. Eso le iba a suponer quedarse allí más tiempo del previsto. Durante esos meses fue testigo de cómo empeoraban paulatinamente las relaciones con los cristianos, a lo que había contribuido mucho que Luis de Velasco, poco antes de partir hacia España a ocupar el cargo de Presidente del Consejo de Indias, hubiese decidido confiscar el *San Buena Ventura* por miedo a que los japoneses aprendieran mejores técnicas de navegación.

### 10.7.1 La misión Keicho

La oportunidad para enviar una nueva embajada que obtuviera mayor éxito, surgió de una reunión en mayo de 1613 entre Vizcaíno, ya enfermo, y el poderoso Date Masamune, *daimyō* del feudo de Oshu, cuyo puerto contaba con unas condiciones óptimas para la construcción de un nuevo galeón bajo la dirección de Adams, que permitiera al español regresar a Nueva España. El proyecto, que evidentemente, contaba con el consentimiento del shōgunato, se le encomendó en septiembre a uno de sus vasallos, Hasekura Tsunenaga, un *samurái* del señorío de Date, prudente y discreto, capitán de los arcabuceros de la guardia.

Durante 45 días de incansable trabajo, bajo la atenta mirada de los españoles, los expertos técnicos del Bakufu, 800 constructores navales, 700 herreros y 3000 carpinteros lograron el sueño de los gobernantes japoneses desde hacía ya más de medio siglo: poseer un auténtico galeón de tipo español. El bautizado como *San Juan Bautista*, de 500

toneladas, era la primera de sus *nanban-sen*, 南蛮府, las «naves bárbaras del sur».

También sería la última.

La nueva misión encabezada por el propio Hasekura, que portaba dos cartas personales, una dirigida al Papa de Roma y otra al rey de España, zarpó de la Bahía de Tsukinoura, la mañana del 27 de octubre con destino a Nueva España. Llevaba a bordo a Vizcaíno — molesto por viajar solo como pasajero —, Sotelo, y otras 178 personas, incluidos diez samuráis del *shōgun*, enviados por el responsable de la Marina, Mukai Shógen, doce samuráis de Sendai, 120 comerciantes, marinos y sirvientes japoneses, y alrededor de 40 españoles y portugueses.

El galeón llegó a Acapulco el 25 de enero de 1614, después de tres meses en el mar.

Desde allí, la misión diplomática viajó a Ciudad de México, donde fue recibida con una gran ceremonia. Permaneció un tiempo en la capital, hasta el 8 de mayo, y fue testigo de la solemnidad de las conmemoraciones de la Semana Santa; luego se desplazó a Veracruz, con la intención de embarcar el 10 de junio en el galeón *San José*, que esperaba en San Juan de Ulúa. Lo mandaba el general Lope de

Mendáriz, y pertenecía a la flota de Antonio de Oquendo. No podía desplazarse hasta la Península toda la comitiva y Hasekura, en todo momento acompañado de fray Sotelo, seleccionó a un pequeño grupo de 30 personas para que le acompañaran. Al resto le ordenó que aguardara en Acapulco a la espera de su regreso.

Respecto a Vizcaíno, del que no nos hemos olvidado, sus gestiones en Japón no fueron bien apreciadas en Nueva España, pues «ni descubrió las islas ni guardó las órdenes». El nuevo virrey, Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar, ordenó investigar si se había excedido en sus atribuciones y hasta el obispo de Japón, el jesuita Luis Cerqueira, presentó quejas de sus actividades, puesto que el sondeo de los puertos japoneses había hecho que los holandeses alertasen a los Tokugawa contra las actividades de los españoles.

Más importante era el contenido del informe que Vizcaíno había enviado al rey, en el que se mostraba desfavorable a la ampliación de las relaciones con el Japón, y aseguraba que tanto Ieyasu como Hidetada odiaban la religión cristiana, por lo que había iniciado una persecución de los conversos. Por lo demás no tuvo mayores problemas. Se olvidó de los japoneses y se retiró a administrar sus bienes en Jalisco.

Aún combatiría una vez más. Contra los holandeses, pero en las playas de la costa de Colima.

Tampoco al virrey le parecía muy útil ampliar sus relaciones con los japoneses. Ya tenía trato desde las Filipinas, y no le hacía falta más. Lo que traían de Japón no era de gran valor y, sin embargo, podía generar un flujo de plata mejicana hacia Asia que no juzgaba demasiado conveniente. Además, y no iba desencaminado, sospechaba que el que formasen la embajada tantas personas y que muchas fuesen guerreros, no era más que una estratagema para aprender a construir grandes bajeles, a dirigirlos, y conocer el arte de la navegación oceánica. Pensaba, sin errar demasiado, que los japoneses eran belicosos y altaneros. Gente peligrosa, si lograba disponer de armas y barcos como los de los europeos. No obstante, a pesar de su deseo de devolver de inmediato a los japoneses a sus islas, esperó a conocer la opinión de la corte española, que decidió autorizar el viaje.

La embajada llegó a Sanlúcar de Barrameda sin otro contratiempo que el largo viaje, el 5 de octubre. El duque de Medina Sidonia, encargado de acomodar a los visitantes, envió carrozas para recibirlos e hizo armar dos galeras para llevar a toda la comitiva a Coria del Río. Mientras, multitud de gabarras y falúas transportaron su carga hasta

Sevilla por el Guadalquivir. En Coria permanecieron hasta el día 21 y despertaron la natural curiosidad, pero ni comparable con el recibimiento que les dio Sevilla.

La entrada en la ciudad fue apoteósica. Decenas de carrozas, cabalgaduras, caballeros y nobles acudieron a recibirlos. Cerca de Triana, y antes de cruzar el puente, era tal su número que los alguaciles se vieron con dificultades para mantener el orden entre la multitud. Allí, a la otra orilla del río, los recibió el conde de Salvatierra que ejercía de alcalde. Con él la comitiva se dirigió al Alcázar Real, adornado con tapices y ornamentos para la ocasión, donde se designaron los aposentos de Hasekura y sus acompañantes.

En Sevilla, entre danzas, festines, regalos, comedias y otros entretenimientos, se reunió el cabildo hispalense para dar lectura a las cartas dirigidas a la ciudad por Hasekura y Sotelo. El día 27, el embajador fue recibido por el Cabildo en pleno. Allí se leyó la carta de Date Masamune, traducida al español, con fecha en Sendai del 26 de octubre del año anterior.

Mientras, el Consejo de Indias y el del Estado en Madrid examinaban cuidadosamente los términos de la embajada y consideraban las cartas que desde México habían enviado Vizcaíno y Fernández de Córdoba y, desde Sevilla, el poderoso Presidente de la Casa de la Contratación, Francisco de Huarte. Además del memorial mandado desde Sanlúcar de Barrameda por el duque de Medina Sidonia.

El informe de Huarte fue favorable y expuso las demandas de la embajada: envío de religiosos, pilotos y marineros para proseguir la navegación y trato con la Nueva España; puerto, trato libre y sin imposiciones; ayuda a los barcos que naufragasen o llegasen a Japón, y perpetua amistad con el rey de España, así como enemistad con sus enemigos.



*Hasekura Tsunenaga, primer embajador de la Corte Imperial japonesa en España. En el cuadro está representado orando en Madrid tras su conversión al catolicismo en 1615.*

*Al ser bautizado recibió el nombre de Felipe Francisco Faxecura, en su transcripción directa al japonés.*

*El Consejo de Estado, que no dejaba de mirarlo con curiosidad, no aceptó la petición de fray Luis Sotelo para nombrarlo caballero de la Orden de Santiago.*

El 25 de noviembre todos partieron para Madrid. Los trataron con grandes honores por todo el camino, en especial en Córdoba y en Toledo, y entraron en la capital el 20 de diciembre, un día de grandes fríos y nevadas. A pesar de la oposición del duque del Infantado, el Consejo de Estado había acordado su recepción en la capital con una pensión de doscientos reales diarios. La embajada se alojaría en el hoy desaparecido convento de San Francisco el Grande, junto a la actual calle Bailón, estrechamente ligado a la Casa Real, y el franciscano Alonso Muñoz, que debía de desplazarse desde Salamanca, aclararía con Sotelo todos los extremos de las negociaciones.

Hasta el 30 de enero de 1615 no los recibió Felipe III. Como no había nada previsto en la rígida etiqueta y protocolo de los Austrias, se dispuso que a los *daimyō* se les diese el mismo trato que a los nobles italianos. Hasekura transmitió el mensaje de Masamune, pidió que se

enviasen predicadores franciscanos y la protección de la Corona al comercio en el feudo de Oshu con Nueva España. Fray Luis Sotelo expuso los deseos de Ieyasu e Hidetada de establecer una alianza con España y entregó las cartas que ambos enviaban al monarca español. El rey contestó que se examinarían las peticiones en el Consejo de Estado donde quedaba encomendado todo este asunto y la recepción se dio por terminada. Como colofón, el 17 de febrero Hasekura fue bautizado en el Monasterio

de las Descalzas Reales durante una fastuosa ceremonia a la que asistió la familia real.

Actuaron como padrinos del *samurái* Felipe Francisco el duque de Lerma y otros nobles de la corte.

Entretanto Sotelo se dedicaba a gestionar bien su papel, que incluía una visita a Roma para pedirle al papa un nuevo obispo mendicante en aquella floreciente comunidad cristiana — él por supuesto —. Sin olvidar su insistencia en que se enviaran nuevos misioneros franciscanos desde México, a bordo de un navío anual que asentara el comercio directo con el territorio de Date Masamune. Una petición ante la que el Consejo, que consideraba a Masamune poco más que un simple señor feudal, expuso una incipiente oposición. Poca, si la comparamos con la rotunda negativa que manifestó en el momento en que Sotelo pidió que se enviara a Japón un navío, pilotos y marineros.

La embajada comenzaba a ser demasiado onerosa para la corte, por lo que en agosto, casi a empujones, se la animó a que abandonara Madrid. Partieron el día 22 hacia Roma con un subsidio de 4000 ducados para el viaje, la misma cantidad que en su momento había prestado Tokugawa.

Tras pasar por Saint-Tropez — donde, como en todas partes llamaron la atención —, [159] y Génova, llegaron a Roma la mañana del 25 de octubre de 1615. Ese mismo día, Hasekura, Sotelo y algunos miembros más de la comitiva se dirigieron al palacio del Quirinal para ser introducidos al papa por el cardenal Borghese.

Mantuvieron un breve coloquio, pero la acogida resultó algo ambigua, pues el obispo de Japón, le había enviado una carta al General de los jesuitas donde le informaba de los planes de Sotelo.

En cualquier caso, el recibimiento oficial, que tuvo lugar el 29 de octubre, no fue menos ostentoso que los anteriores y, el 3 de noviembre, se celebró en el palacio apostólico la audiencia pública en

la que los japoneses fueron recibidos solemnemente por el papa Pablo V en presencia de los cardenales de la curia, embajadores y nobles.

Sotelo consiguió su sueño de entregar personalmente al papa el documento que contenía sus peticiones la tarde del día 15.

Lo firmaban cuarenta cristianos japoneses de las ciudades de Miyako, Fushimi, Osaka y Sakai, que solicitaban el nombramiento de un arzobispo, la construcción de un seminario y la canonización de los mártires franciscanos que vimos en el capítulo anterior. El resultado de la embajada, aunque su recepción fuera muy cordial y a Hasekura el Senado lo honrara con el título de ciudadano romano[160], fue nulo. La

Santa Sede no se comprometía a ninguna petición y se acomodaba a los deseos del monarca español.

El 7 de enero de 1616, desilusionados y desmoralizados, los japoneses iniciaron su viaje de regreso. Entre Génova y Sevilla, Hasekura cayó enfermo, lo que le impidió viajar a Nueva España ese año, a pesar de que, a mediados de abril, los consejeros de Indias, con el visto bueno del rey, habían decidido oponerse definitivamente a todas las peticiones de la embajada y ordenado a los funcionarios de la Casa de Contratación de Sevilla que «sin réplica ni excusa» los embarcasen a él y a Sotelo para Veracruz.

Permaneció en la Península hasta junio de 1617, acompañado por el franciscano, que también vio deteriorarse su salud.

Mientras la embajada recorría Europa, el 28 de abril de 1615, unos meses antes del ataque holandés a las costas del Pacífico[161], el *San Juan Bautista* zarpó de Acapulco hacia Japón, con una nueva comitiva novohispana de la que formaban parte tres franciscanos, encabezada por fray Diego de Santa Catalina. Con ellos regresaban algunos de los japoneses que esperaban a Hasekura.

El viaje se realizaba a pesar de las grandes dudas del virrey, avisado ya de que el *shōgun* de Japón había dado la orden de expulsar a todos los religiosos. Había retrasado su partida hasta no tener claras las órdenes del rey — las recibieron en la Navidad de 1614 —, que disponían que la travesía se hiciese en el *San Juan Bautista*, pero que luego marchase a Filipinas, sin que se permitiese, bajo ningún concepto, dejar que los japoneses se ejercitasen en el arte de la navegación con un galeón de última generación.

El buque llegó al puerto de Uraga en agosto, poco después de la

última ofensiva contra el clan Toyotomi y la destrucción de su fortaleza de Osaka. La persecución a los católicos proseguía y se había expulsado a los frailes y sacerdotes, por lo que la llegada de tres nuevos religiosos no fue demasiado bien acogida.

Estuvieron un año a la espera de ser recibidos. El 17 de abril de 1616 falleció Tokugawa, que llevaba enfermo desde enero, y su muerte le sirvió al nuevo *shōgun* Hidetada, como pretexto para no entrevistarse con los emisarios españoles **[162]**, que se encontraban aislados e impotentes. Finalmente recibieron la orden de embarcar de nuevo en el *San Juan Bautista*, comandado por Yokozawa Shogen, deudo de Mukai Shogen que había organizado toda la expedición comercial con Date Masamune, para volver a Acapulco cargado de mercancías y recoger al embajador japonés. Contravenían las estrictas órdenes del virrey, pero no les dejaron otra opción. Llegaron a Tintoque, en México, en febrero de 1617, meses antes de que Hasekura iniciara por fin el 4 de julio, su viaje de regreso junto a cinco criados y el infatigable Sotelo, tras de dos años en Europa **[163]**, pero no partirían sin él.



*El* San Juan Bautista *fue reconstruido en 1993 sobre la base de los registros de la «Casa de la Fecha» de Japón. Aunque no se han encontrado los planos exactos, las dimensiones de la nave fueron registradas adecuadamente. Se encuentra en exhibición en un parque temático en Ishinomaki, en el norte de Japón, cerca de donde fue construido originalmente. La réplica sobrevivió al terremoto de Tohoku de 2011 y al tsunami, con daños menores.*

El virrey cobró a los comerciantes japoneses los derechos que pagaban las mercancías de Filipinas y aceptaron embarcar a Hasekura y a Sotelo. Además, se les exigió gastar su dinero en Nueva España y no sacar plata mejicana. El regalo del *shōgun* se vendió y su dinero fue restituido a la caja general. Como se le prohibió ir a Japón con pilotos españoles y ellos no sabían, el barco partió hacia Manila con la flota del nuevo gobernador Alonso Fajardo. Zarparon de Acapulco en abril de 1618, y llegaron en julio.

Allí Fajardo les compró el galeón. Le interesaba para reforzar las defensas ante los ataques holandeses.

Hasekura no recibió el permiso para retornar a Japón hasta agosto de 1620. Llegó a Sendai justo cuando allí también comenzaba la persecución contra los cristianos.

Durante cerca de dos semanas Masamune no se dio ni por enterado de su regreso.

No sabemos cuál fue el final del embajador. Hay quien dice que murió martirizado por ser cristiano, pero otros aseguran que abjuró, volvió a su fe original y vivió dos años más. En cualquier caso falleció poco antes de la ruptura completa de Japón con España, en 1622. Su tumba puede verse en el templo budista de Enfukuji, en Miyagi [164] . Fray Luis Sotelo volvió a Japón disfrazado de comerciante en 1622. Fue apresado y quemado vivo cerca de Nagasaki el 25 de agosto de 1624. El Papa Pío IX lo beatificó en 1867.



*Un barco español o portugués en las costas de japón. Eas «naves negras» eran todo lo que los japoneses querían y no podían conseguir, tener el poder de los cañones, dominar el viento y las rutas de los océanos. No lo lograron hasta finales del siglo XIX, y su obsesión les llevó un siglo después*

*a un enfrentamiento con los Estados Unidos que fue su ruina.*

Escuela Kano. Museo de Arte Oriental, Lisboa.

A partir de 1617, pero sobre todo de 1620, Japón cambió. Comenzaron las persecuciones a los cristianos que impidieron los acuerdos comerciales con Nueva España y acabarían en el llamado periodo *Sakoku*, o aislamiento. Al final, la embajada, que costó al tesoro español tres millones de maravedíes tuvo muy pocos resultados. Tal vez lo más importante fueron los relatos de quienes viajaron a Europa y América, pues su descripción del poder universal de España pudo alarmar al *shōgun* Tokugawa Hidetada, animándolo a romper primero las relaciones comerciales con España en 1623, y luego las diplomáticas en 1624. Ese año Iemitsu prohibió también navegar a los japoneses cristianos y, en 1633, les prohibió salir al extranjero. Finalmente, en 1639, se decretó la pena de muerte para todo portugués que pusiese pie en suelo japonés. La puerta se había cerrado.

## *EPÍLOGO*

EL FINAL DE LAS RELACIONES CON JAPÓN y el aumento en la intensidad de los ataques holandeses que se iniciaron con la expedición de Joris van Spilbergen, dieron lugar a una nueva era. Por si fuera poco, las riquezas de la Especería, China y Japón, atrajeron a Asia a la Compañía Inglesa de las Indias. Sus comienzos fueron modestos, pero en 1613, se reportó ya en Manila la aparición de naves con la bandera de la cruz de San Jorge desplegada en aguas de las Molucas. Poco después los ingleses edificaron un fuerte en Paloway y se convirtieron en duros rivales de los holandeses, pero eso no les impidió cooperar con ellos cada vez que fuera necesario para combatir a los hombres del Rey Católico.

Durante las siguientes cinco décadas, españoles, portugueses — en guerra para separarse desde 1640 — ingleses y holandeses se enfrentaron, prácticamente todos contra todos, en los mares de Asia, en un conflicto en el que los borneanos, javaneses, moluqueños, joloanos o chinos, intervinieron también en la medida de sus posibilidades y, en ocasiones, resistieron con brillantez a los agresivos europeos.

Los portugueses fueron los grandes perdedores. Después de cien años de dominio casi absoluto del comercio en Asia Oriental, apoyados en el poder de sus cañones y de sus barcos, no pudieron resistir el empuje de ingleses y holandeses, y su imperio ultramarino, el primero forjado

por una nación europea, fue prácticamente barrido de Asia Oriental, aunque lograra permanecer en África y Brasil. Los holandeses tomaron Malaca en 1641; Cochim, en 1661; Achem — Aceh — en el antiguo reino de Sumatra, en 1667; Macassar, en 1669; y por último Bantam, en 1682. Portugal solo conservó Timor y Macao, pero tozudamente. El primero hasta 1975, y el segundo, hasta 1999, fechas en que sus viejos rivales europeos ya habían desaparecido del mapa de Asia.

Las Provincias Unidas —su auténtico nombre desde la Unión de Utrecht en 1579, hasta la ocupación francesa en 1795 — lograron establecer un emporio comercial que fue una inmensa fuente de riqueza para la metrópoli. El comercio dentro del archipiélago, donde las especias se adquirían con la plata originaria de América, más codiciada en Oriente que en Europa, y concentrado en los monopolios, se forjó en torno a una política que fortaleció el monocultivo. Amboyna se dedicó al clavo de olor, Timor al sándalo, las islas de la Banda a la nuez moscada y a la pimienta. Ese sistema conectó las economías de las islas a una estructura en la que unas necesitaban de las otras para satisfacer sus necesidades y, ayudada por la eficaz e implacable dirección de los dirigentes de la VOC, permitió que su imperio fuese un éxito rotundo.

Los ingleses fracasaron en Asia hasta tiempos muy recientes, pues la hostilidad holandesa terminó en feroces guerras en las que llevaron la peor parte. Hasta el siglo XVIII, gracias a su control de la India, no regresaron con fuerza a la región, pero sus dos grandes puestos en Asia, Singapur y Hong-Kong, no los consiguieron hasta ya bien entrado el siglo XIX, cuando ya eran una potencia naval incontestable.

Respecto a España, tanto su aportación a la historia de la navegación y la exploración en los mares de Oriente, como su conexión con América y Europa es, sin duda, de gran importancia. Navegantes, exploradores, naturalistas, científicos, aventureros, ya fuesen españoles o súbditos de la corona a su servicio, especialmente novohispanos, contribuyeron al conocimiento científico y geográfico de Asia y Oceanía, aunque con frecuencia se haya ignorado y hoy, desgraciadamente, siga en el olvido salvo en círculos muy especializados.

Para llegar hasta las legendarias Islas de Poniente, y abrir el comercio con Asia, los españoles afrontaron empresas cada vez más difíciles y arriesgadas. Surcaron mares ignotos, se enfrentaron a vientos, tormentas y tempestades, navegaron desde los campos de hielo de la Patagonia hasta los soleados atolones del Pacífico, recorrieron mares que nunca había surcado nave alguna y combatieron contra enemigos de todas las razas, religiones y civilizaciones imaginables.

No solo eso, dejaron su rastro en cientos de topónimos, nombraron y describieron espacios y elementos. Más de 400 años después, ahí siguen sus huellas. En costas, islas, mares, ríos, atolones, ciudades, montañas, volcanes cordilleras, animales o plantas.

Durante más de un siglo su esfuerzo sobrehumano, su valor y ambición, llevaron a sus naves hasta los territorios más lejanos y desconocidos del planeta, y convirtieron todo el Océano Pacífico en un «lago español», con rutas propias y mapas exclusivos.

En Filipinas, España creó una nación única. Con grandes dificultades y voluntad de hierro, los «castilas» resistieron todos los embates e inconvenientes, y su bandera ondeó en Intramuros hasta el verano de 1898, cuando solo por razones políticas tuvo que ser arriada. Para entonces quedaba en el archipiélago una huella imborrable, reflejada en gran parte de sus tradiciones culturales y religiosas, que los Estados Unidos, sus nuevos dueños, no conseguirían eliminar aunque lo intentaran.

Durante años de viajes de exploración en busca de nuevas tierras, y de navegar del uno al otro confín del mundo, dirigidos por hombres audaces que tenían una curiosidad y una ambición sin límites, las «naves negras» españolas, que tanto impresionaron a los observadores de las viejas culturas asiáticas, fueron las primeras

que circunnavegaron el globo y fijaron las bases de una economía auténticamente global, lo que cambiaría el mundo para siempre.

Ninguna nación o comunidad humana tiene en la historia una aportación semejante.

DESPLEGABLE



2
1
3
1.- Arquero chino.
2.- Jesuita portugués.
3.- Samurái.
LEZA SUAREZ. 2015

## LAS RUTAS DEL COMERCIO Y DE LA

LA RUTA DE
LA SEDA



LAS RUTAS COMERCIALES
EL IMPERIO DE FELIPE II



LAS RUTAS COMERCIALES
EN EL SIGLO XVI Y XVII

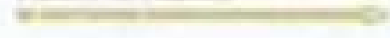
*Flota de Indias*



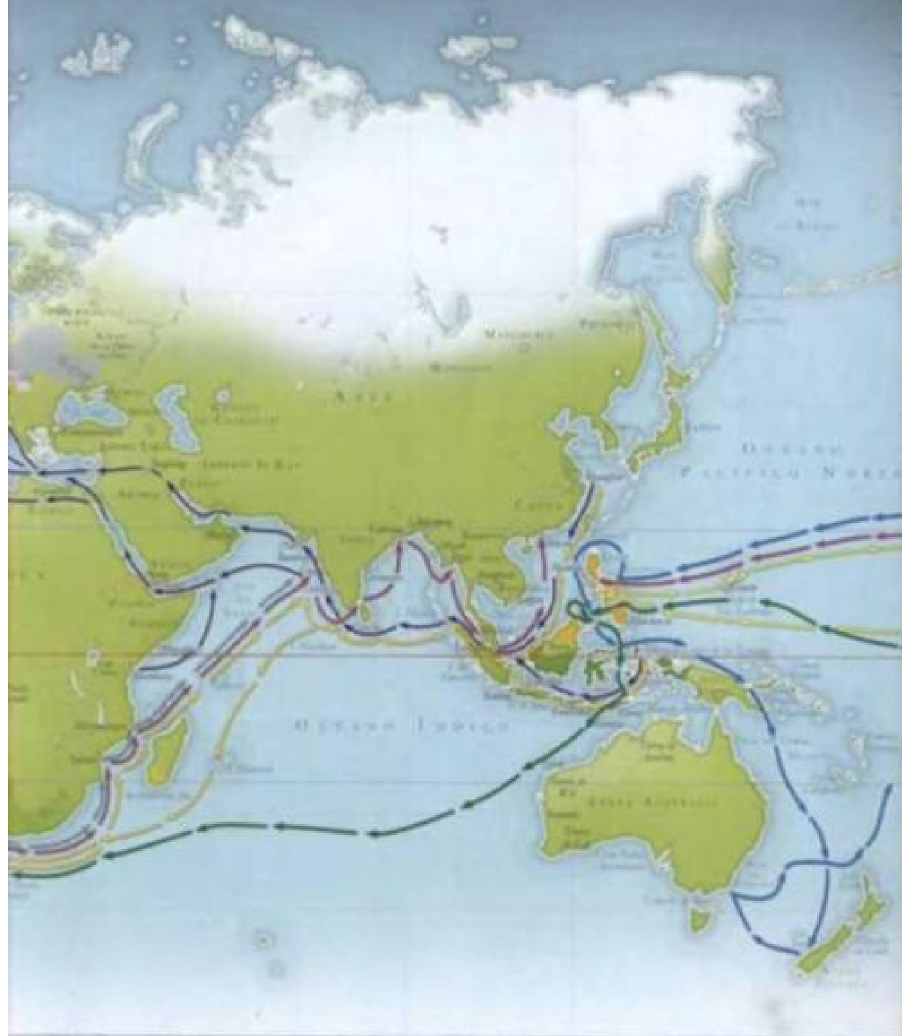
*Rutas portuguesas*



*Galeón de Manila*



## XPEDICIONES HISPANOPORTUGUESAS




LAS RUTAS DE LOS NAVEGANTES

*Cao 1482*

*Díaz 1487*

*Da Gama 1498*

*Colón 1492-1493*

*Magallanes Elcano 1519-1522*

*Caboto 1497*

*Verrazano 1524*

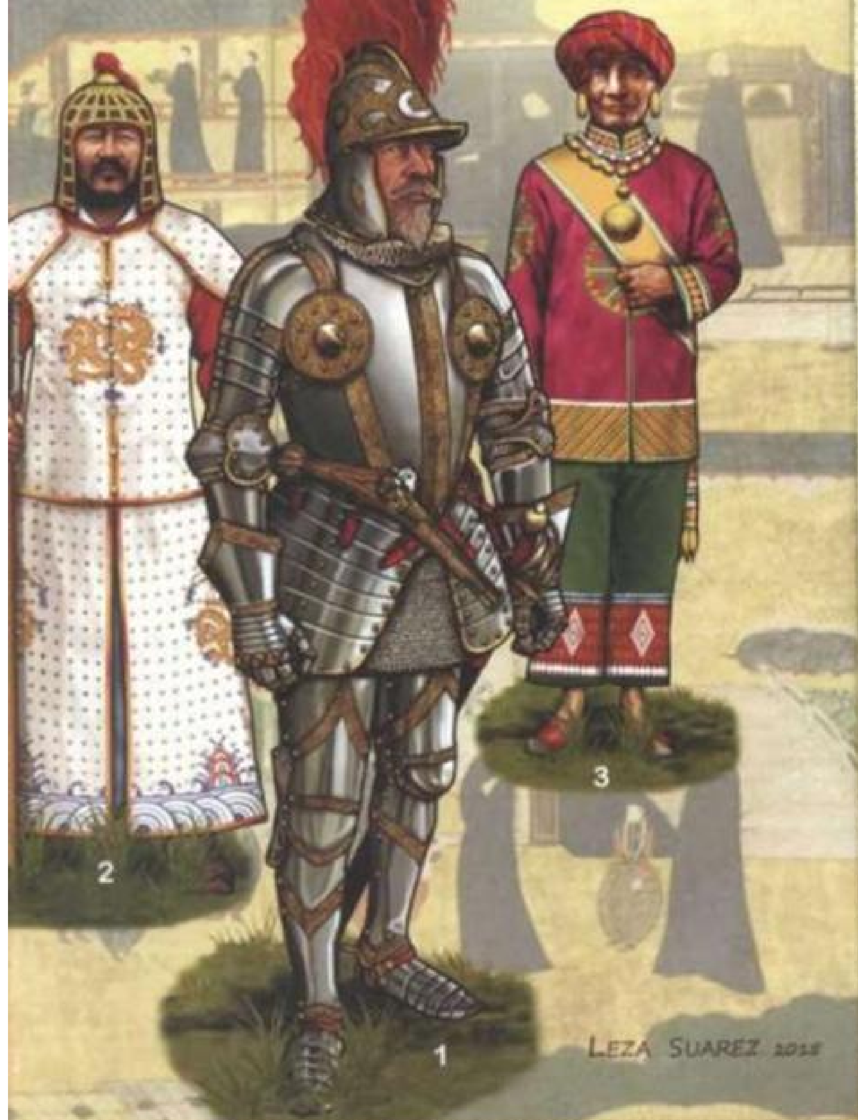
LA EXPEDICIÓN DE MALASPINA


1.- Hidalgo español.
2.- Rajá filipino.
3.- Auxiliar de Tlaxcala.
2
1



1. Juanete
2. Gavia
3. Palo mesana
4. Castillo de popa
5. Mastil o palo macho
6. Codaste
7. Aleta
8. Bodega
9. Combes
10. Alcázar
11. Palo mayor
12. Vela mayor
13. Castillo de proa
14. Amura
15. Palo trinquete
16. Trinquete
17. Bauprés
18. Botalón
19. Tajamar




1.- Miguel López de Legazpi.
2.- Soldado chino.
3.- Mandatario filipino.
1
2
3
LEZA SUAREZ 2015



Bandera naval para las expediciones a las Indias (1501-1507). España.




Compañía holandesa de las Indias Orientales.



Reino de Inglaterra.



Reino de Portugal.



Bandera del Sultanato de Brunei. Hasta 1906.



Dinastía Joseon. (1392-1910). Corea.



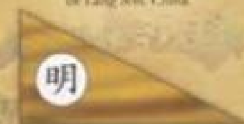
Bandera del Imperio Mogol. (1526-1858).




Bandera de la provincia de Lang Son. China.



Bandera pirata. China.




Dinastía Ming. (1368-1644). China.



Bandera pirata. China.

Estandarte del *shogun* Tokugawa Hidetada. Japón.



Bandera de *daimyo* de la familia Tokugawa. (1467-1603). Japón.



Estandarte del *shogun* Tokugawa Hidetada. Japón.



Bandera de *daimyo* de Ouuchi Yoshitaka (1507-1551). Japón.





ANEXO I

## PESOS Y MEDIDAS

# Fechas

No hay ninguna diferencia entre países en cuanto a las fechas hasta 1582-1583, cuando los estados católicos aceptaron la modificación que hizo el papa Gregorio XIII sobre el calendario juliano. Según esta, el día 5 de octubre de 1582 pasó a ser 15 de octubre. La mayor parte de los estados protestantes adoptaron la modificación en 1700, pero Gran Bretaña no lo hizo hasta 1752. En los documentos de esta época hay que tener siempre en cuenta diez días de retraso entre los países protestantes y los católicos.

*Monedas de plata de Nueva España con chops — signos chinos —. Durante tres siglos, las monedas españolas sirvieron como forma de pago en todos los países de Oriente.*

# Distancias

Aunque en todos nuestros libros utilizamos el sistema métrico decimal, las distancias en esta época se dan frecuentemente en leguas, la unidad más común empleada en el mar para medir la distancia. La «legua marina», es de origen portugués. Tiene una medida de 4 millas romanas; 3,2 millas marina, o 5,9 kilómetros. Según la estimación ptolemaica de la circunferencia del globo, que muy posteriormente se demostró errónea, los españoles computaban 16 leguas y 2/3 por grado, en lugar del valor portugués de 17 y 1/2, que resultaba mucho más acertado. Es un factor muy importante en los debates entre españoles y portugueses sobre la división y reparto del globo.

Para las travesías, la longitud media de un grado de latitud, o de un grado de longitud en el Ecuador, es aproximadamente de 111 kilómetros.

**Moneda**

Las unidades monetarias españolas de la época se dan en maravedíes, ducados o pesos.

Los dos primeros se convirtieron a partir de 1497 en meras unidades contables. Un ducado equivalía a 375 maravedíes, unidad en que se expresaban, por ejemplo, los salarios.

La acuñación de moneda se hacía en reales, subdivisiones o múltiplos de los mismos. Las más corriente eran los pesos mexicanos de a ocho reales o pesos corrientes

— 8 reales eran 272 maravedíes —. Eran las «piezas de ocho» o «dólares mexicanos»

que se utilizaron como divisas internacionales.

La unidad más común en todas las fuentes de la época es el peso que, a pesar de que puede tener distintas medidas nosotros la ajustamos en su valor de pesos de oro de 16

reales.

En cualquier caso, gran parte de la «circulación monetaria» se hacía en barras de plata sin acuñar. Las fluctuaciones económicas de los siglos XVI, XX y XXI, con enorme inflación, o del XVII, con una brutal

devaluación, hacen imposible, aunque muchos lo intenten, trasladar su valor de forma auténtica a un equivalente moderno.

# Peso y volumen

La medida del tonelaje de los navíos es tan compleja o más que el uso de la moneda.

La «tonelada» deriva del tonel — en francés *tonneau* — del comercio de vinos de Burdeos. Cuando estaba lleno, incluido el peso del recipiente, se calculaba en 2000 *livres* francesas — 979 kilogramos —, que en Inglaterra eran 2240 libras — 1016

kilogramos —. Luego un barco de 100 toneladas podía transportar 100 toneles de vino.

Su equivalente en volumen, con un margen de tara desperdiciado por la forma de los recipientes, se establecía en 60 pies cúbicos — 1,7 m3 —.

Evidentemente —y es un error muy común pensar lo contrario —, durante mucho tiempo el pago de los fletes se hizo por volumen, y no por peso, puesto que si la carga fuera más ligera que el vino, el barco estaría lleno antes de que el transportista hubiera podido asumir todo su peso. De ahí que en Inglaterra, por ejemplo, el espacio obtenido al pagar por una tonelada de peso de flete se fijara enseguida en 40 pies cúbicos — 1,13

m3 —.

En España, desde principios del siglo XVI, las equivalencias eran claras: 1 tonelada de peso muerto equivalía a 1 *tonneau de mer* y a 1 tonelada sevillana. Todas se aproximaban a una carga de 1 tonelada métrica y, de forma muy conveniente, a 1 tonelada en el sistema de medidas de peso anglosajón.

El peso muerto del tonelaje era la diferencia entre el desplazamiento del barco vacío y cargado, es decir, el máximo peso de carga que podía ser transportado con seguridad.

Se empleaba para cargas pesadas, que llevarían al barco a su capacidad máxima antes de que estuviera «lleno», como pasaba con el Galeón de Manila.

Las unidades variaban cada cierto tiempo, de un sitio a otro, según la función. Así un buque podía tener 100, 120 o 150 toneladas, según dónde y cómo fuera medido. Se producía un juego constante entre el

deseo de mantener bajo el tonelaje nominal, con el fin de minimizar los portes aduaneros y el de elevarlo para poder cargar más en el momento en que el barco era fletado, o alquilado por el rey para la guerra. De ahí el desarrollo de diversos «tonelajes registrados», complicados por distintas fórmulas para equiparar las dimensiones de un barco con el cálculo de su tonelaje, según se aplicaran métodos de medida españoles, franceses o ingleses.

Aunque en 1520 la tonelada española y la inglesa eran prácticamente iguales, el sistema de cómputo español cambió en el transcurso del siglo con el fin de ajustarlo a una especie de «tonelada» basada en las dimensiones de los barcos más que en las toneladas métricas. La fecha oficial que se fija generalmente para ese cambio es 1590, lo que supone que, hacia 1620, la tonelada española registrada supusiera solo 0,6 toneladas inglesas.

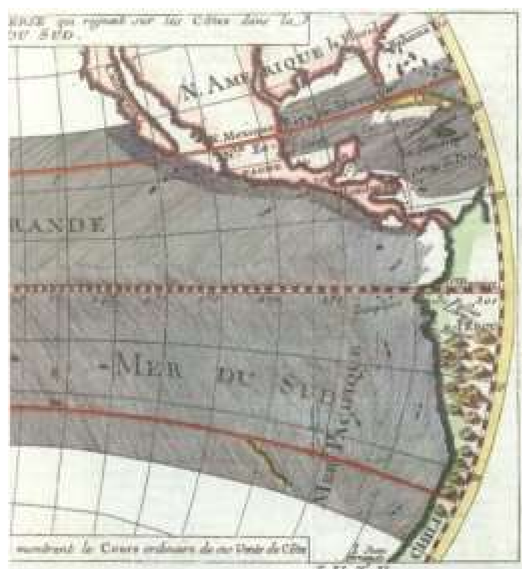
La consecuencia es que un barco de 500 toneladas de fines del reinado de Carlos I, equivaldría a solo 350 toneladas inglesas a finales del de Felipe II; o que un barco inglés de 100 toneladas fuera el equivalente de un barco español de unas 145, más o menos.

Todo eso sin contar con que existía una diferencia adicional entre el tonelaje español

«comercial» y de «guerra»: al tonelaje nominal de los navíos mercantes incorporados a la Armada Real, se les añadía siempre un 20 %.

Pese a que solo sirvan para hacerse una idea relativa, los tonelajes a los que hacemos referencia en el libro son siempre los de su fuente, sea española, holandesa, británica o francesa. Como es lógico, salvo la medida japonesa que se cita en su capítulo correspondiente porque lo considerábamos necesario, hemos obviado el resto de las orientales.




*Mapa de los vientos y corrientes del Océano Pacífico publicado por el geógrafo francés Jacques Nicolas Bellín en 1753.*

*Bellín — aunque tampoco se diga nunca —, copió muchos de sus mapas de Oriente de los realizados por jesuitas y franciscanos españoles y portugueses. Este, salvo en su concepto artístico, es el mismo que se utilizó durante los dos siglos anteriores. Los vientos están representados por flechas, las corrientes por el sentido del rayado.*

ANEXO II

***Reyes de España 1474-1665***

1474-1504 Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón

1504-1506 Juana I de Castilla y Felipe I

1506-1516 Juana I de Castilla

*Regentes:*

1506

Fernando II de Aragón y V de Castilla

1506-1507 Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo 1507-1516 Fernando V de Castilla

**Casa de Austria**

1516-1555 Juana I y Carlos I

*Regente:*

1516-1517 Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo 1555-1556 Carlos I

1556-1598 Felipe II

1598-1621 Felipe III

1621-1665 Felipe IV

**Reyes de Portugal 1438-1640**

**Casa de Avis**

1438-1481 Alfonso V

*Regentes:*

1438-1439 Leonor de Aragón y Pedro, duque de Coimbra

1439-1446 Pedro, duque de Coimbra

1475-1477 Don João

1481-1495 João II

1495-1521 Manuel I

1521-1557 João III

1557-1578 Don Sebastián

*Regentes:*

1557-1562 Catalina de Austria

1562-1568 Cardenal Don Enrique

1578-1580 Cardenal Don Enrique

1580

Cinco gobernadores presididos por Jorge de Almeida, arzobispo de Lisboa

1580

Don Antonio, prior de Crato

**Casa de Austria**

1580-1598 Felipe I. Felipe II de España

1581-1583 Gobierno personal de Felipe I

1583-1593 Virrey el cardenal archiduque Carlos Alberto

1593-1600 Cinco gobernadores presididos por Miguel de Castro, arzobispo de L

1598-1621 Felipe II. Felipe III de España

*Virreyes:*

1600-1603 Cristóbal de Moura, marqués de Gástelo Rodrigo

1603-1604 Alfonso Castelo Branco, obispo de Coimbra

1605-1608 Pedro de Castilho, obispo de Leira e inquisidor general

1608-1612 Cristóbal de Moura, marqués de Castelo Rodrigo

1612-1614 Pedro de Castilho, obispo de Leira

1614-1615 Fray Aleixo de Meneses, arzobispo de Braga

1615-1617 Miguel de Castro, arzobispo de Lisboa

1617-1621 Diego de Silva y Mendoza, conde de Salinas y marqués de Alenquer 1621-1640 Felipe III. Felipe IV de España

1621-1623 Junta de gobernadores presidida por Martín Alfonso de Mexía, Obispo de Coimbra 1623-1626 Junta de gobernadores presidida por Diego de Castro, conde de Basto 1626-1630 Junta de gobernadores presidida por Alfonso Hurtado de Mendoza, arzobispo de Braga y después de Lisboa 1630-1631 Diego de Castro, conde de Basto

1631-1632 Junta de gobernadores presidida por Antonio de Ataide, conde de Castro Daire 1632-1633 Antonio de Ataide, conde de Castro Daire

1633

Virrey, Don João Manuel, arzobispo de Lisboa

1633

Consejo de Estado

1633-1634 Virrey, Diego de Castro, conde de Basto

1634-1640 Virreina, Margarita de Saboya, duquesa de Mántua

# Emperadores de la dinastía Ming

1368-1398 Hongwu, Taizu

1399-1402 Jianwen, Huidi

1403-1424 Yongle, Chengzu

1425

Hongxi, Renzong

1426-1435 Xuande, Xuanzong

1436-1449 Zhengtong, Yingzong

1450-1457 Jingtai, Daizong

1457-1465 Tianshun, Yingzong

1465-1487 Chenghua, Xiaozong

1488-1505 Hongzhi, Xiaozong

1506-1521 Zhengde, Wuzong

1522-1567 Jiajing, Qhizong

1567-1572 Longqing, Muzong

1573-1620 Wanli, Shenzong

1620

Taichang, Guanzong

1621-1627 Tianqi, Xizong

1628-1644 Chongzben, Zhuangliedi

1644-1911 Dinastía Qing

**Jefes militares de Japón 1521-1651**

*Dinastía Ashikaga* 1336-1573

1521-1546 Ashikaga, Yoshiharu

1546-1565 Ashikaga, Yoshiteru

1565-1568 Ashikaga, Yoshihide

1568-1573 Ashikaga, Yoshiaki

*Periodo entrereinos* 1573-1603

1573-1582 Oda, Nobunaga

1582-1598 Toyotomi, Hideyoshi

1598-1600 Regencia de los cinco ancianos

1600-1603 Tokugawa, Ieyasu

*Dinastía Tokugawa*

1603-1605 Tokugawa, Ieyasu

1605-1623 Tokugawa, Hidetada

1623-1651 Tokugawa, Iemitsu

**Gobernadores de Filipinas 1569-1632**

1569-1572 Miguel López de Legazpi

1572-1575 Guido de Lavezaris

1575-1580 Francisco de Sande

1580-1583 Gonzalo Ronquillo de Peñalosa

1583-1584 Diego Ronquillo

1584-1590 Santiago de Vera

1590-1593 Gómez Pérez Dasmariñas

1593

Pedro de Rojas (De octubre a diciembre de)

1593-1595 Luis Pérez Dasmariñas

1595-1596 Antonio de Morga

1596-1602 Francisco Tello de Guzmán

1602-1606 Pedro Bravo de Acuña

1606-1609 Real Audiencia

1609-1616 Juan de Silva

1616-1618 Real Audiencia

1618-1624 Alonso Fajardo de Tenza

1624-1625 Real Audiencia

1625

Fernando de Silva

1626-1632 Juan Niño de Tabora

**Papas 1471-1644**

1471-1484 Sisto IV

1484-1492 Inocencio VIII

1492-1503 Alejandro VI

1503

Pío III

1503-1513 Julio II

1513-1521 León X

1522-1523 Adriano VI

1523-1534 Clemente VII

1534-1549 Pablo III

1550-1555 Julio III

1555

Marcelo II

1555-1559 Pablo IV

1559-1565 Pío IV

1566-1572 Pío V

1572-1585 Gregorio XIII

1585-1590 Sixto V

1590

Urbano VII

1590

Gregorio XIV

1591

Inocencio IX

1592-1605 Clemente VIII

1605

León IX

1605-1621 Pablo V

1621-1623 Gregorio XV

1623-1644 Urbano VIII

**Arzobispos de Manila 1581-1629**

1581-1594 Fray Domingo de Salazar

1598

Fray Ignacio de Santibáñez

1603-1606 Fray Miguel de Benavides

1610-1616 Diego Vázquez de Mercado

1618-1629 Fray Miguel García Serrano

**Obispos de Japón 1588-1633**

1588

Sebastián de Morais

1592-1598 Pedro Martins

1598-1614 Luis Cerqueira

1618-1633 Diego Valente

**Superiores de la Compañía de Jesús**

*Jefes de Misión en Japón*

1549-1551 Francisco Javier, superior

1551-1570 Cosme de Torres, superior

1570-1581 Francisco Cabral, superior

1581-1590 Gaspar Coelho, viceprovincial

1590-1600 Pedro Gomes, viceprovincial

1600-1611 Francesco Passio, viceprovincial

1611-1617 Valentín de Carvalho, provincial

1614-1617 Jerónimo Rodríguez, viceprovincial

1617-1621 Mateo de Couros, provincial

1621-1626 Francisco Pacheco, provincial

1626-1632 Mateo de Couros, viceprovincial

1633-1638 Sebastián Vieira, viceprovincial

*Superiores de la Misión en China*

1585-1597 Duarte de Sande

1597-1610 Matteo Ricci

1610-1622 Nicolau Longobardo

1622-1623 João da Rocha

1623-1635 Manuel Dias, viceprovincial

**Gobernadores del Estado Portugués de India**

**Durante el reinado de la casa de Austria**

1581-1584 Francisco Mascarenhas

1584-1588 Virrey Duarte de Meneses, conde de Tarouca

1588-1591 Manuel de Sousa Coutinho

1591-1597 Virrey Matías de Alburquerque

1597-1600 Francisco de Gama, conde de Vidigueira

1600-1605 Virrey Aires de Saldanha

1605-1606 Virrey Martín Alfonso de Castro

1606-1609 Fray Aleixo de Meneses, arzobispo de Goa

1609

Andrés Hurtado de Mendoza

1609-1612 Virrey Rui Lorenzo de Távora.

1612-1617 Virrey Jerónimo de Azevedo

1617-1619 João Coutinho, conde de Redondo

1619-1622 Femando de Alburquerque

1622-1628 Francisco de Gama, conde de Vidigueira

1629-1629 Fray Luis de Brito, obispo de Meliapor

1629

Consejo Gubernativo (De julio a octubre)

1629-1635 Virrey Miguel de Noronha, conde de Linares

1635-1639 Virrey Pedro da Silva

1639-1640 Antonio Teles de Meneses

1640-1645 Virrey João da Silva Teles de Meneses

# Gobernadores españoles de Formosa

## 1626

Pedro Martín de Garay

1626-1629 Antonio Carreño de Valdés

1629-1632 Juan de Alacarazo

1630

Luis de Guzmán

1632-1634 Bartolomé Díaz Barrera

1634-1635 Alonso García Romero

1635-1637 Francisco Fernández

1637-1639 Pedro Palomino

1639-1640 Cristóbal Márquez

1640-1642 Gonzalo Portillo

CRONOLOGÍA

**1488**

El portugués Bartolomeu Días dobla el Cabo de Buena Esperanza, camino de la India.

**1492**

Cristóbal Colón llega a las Antillas y cree encontrarse en los confines de Extremo Oriente.

**1493**

La armada portuguesa intenta apresar en las islas Azores a Colón en su viaje de regreso, para evitar que divulgue la otra ruta hacia las Indias que cree haber descubierto.

El Papa Alejandro VI dicta una bula por la cual divide el Nuevo Mundo entre España y Portugal.

**1494**

Tratado de Tordesillas. Castilla y Portugal establecen la frontera definitiva para repartirse el mundo conocido.

**1498**

Vasco de Gama descubre la ruta hasta la India.

**1499**

Se publican en Europa las primeras cartas geográficas del Nuevo Mundo, atribuidas al cartógrafo italiano Américo Vespucio.

**1503**

Creación de la Casa de Contratación, en Sevilla, destinada a depósito de mercancías de y para América.

**1506**

Los portugueses desembarcan en Ceilán.

**1509**

Francisco de Almeida derrota a una escuadra mameluca en Diu y anula por completo el comercio marítimo árabe con Oriente, que queda en manos portuguesas.

**1510**

Alfonso de Alburquerque conquista Goa.

**1511**

Alfonso de Alburquerque conquista Malaca.

**1513**

Vasco Núñez de Balboa cruza el Istmo de Panamá y descubre el Mar del Sur, que Magallanes denominará Océano Pacífico.

**1514**

Los portugueses reconocen las costas de Guangdong, China.

**1517**

Fernando Pérez de Andrade lleva la embajada portuguesa de Tomé Pires a Cantón, China.

**1518**

Las Cortes de Valladolid acuerdan la incorporación de las Indias a la Corona de Castilla.

Carlos I nombra capitanes a Magallanes y Faleiro para que partan a la búsqueda de las Islas de la Especiería.

**1519**

Hernán Cortés llega a las costas del Golfo de México y funda Veracruz.

**1521**

Fernando de Magallanes muere en Filipinas. Restos de su expedición llegan a las Molucas.

Se consuma la conquista de México.

**1522**

Juan Sebastián Elcano llega a Sanlúcar de Barrameda tras haber completado la primera vuelta al mundo.

**1524**

Conferencia en Badajoz entre España y Portugal sobre la posesión de

las Molucas.

**1525**

Expedición a las Islas Molucas de García Jofré de Loaísa y Juan Sebastián Elcano.

**1526**

Carlos I contrae matrimonio con Isabel de Portugal, lo que mejorará un poco las relaciones en Asia entre ambos países.

**1527-**

Expedición de Álvaro de Saavedra desde México hacia las Filipinas y las Molucas.

**1529**

**1529**

Convenio entre España y Portugal sobre la posesión de las Molucas.

**1535**

Hernán Cortés descubre el territorio de California.

**1540**

Ignacio de Loyola funda la compañía de Jesús.

**1541-**

Viajes del misionero Francisco Javier a India, Malaca, China y Japón.

**1552**

**1542**

Fundación de Liampó, en Fujian, primer establecimiento portugués permanente en las costas chinas.

**1542-**

Expedición de Ruiz de Villalobos desde México hasta las Filipinas.

**1543**

**1543**

Los portugueses llegan a Japón a bordo de un junco chino.

**1544**

La expedición de Ruy López de Villalobos recibe noticias de la existencia de Japón.

**1545**

Los portugueses se retiran de Liampó y se establecen en Chincheú, Fujian. Piratas japoneses atacan China.

**1557**

Establecimiento formal de la factoría de Macao. China abre los mercados de Cantón a los portugueses.

**1564-**

Expedición de Miguel López de Legazpi hacia las Filipinas.

**1565**

**1565**

Los españoles se establecen en las Filipinas. Andrés de Urdaneta descubre la ruta de regreso de Filipinas a Nueva España que a partir de entonces se utilizará para el comercio.

**1568**

La expedición de Álvaro de Mendaña llega a las Islas Salomón.

**1569**

Nagasaki, en Japón, se abre al comercio con los portugueses.

**1571**

Fundación de la ciudad de Manila. Inicia sus travesías el Galeón de Manila o Nao de China.

Batalla de Lepanto.

**1575**

Martín de Rada y Miguel de Loarca conducen la primera embajada desde las Filipinas a Fujian.

Batalla de Nagashino. Se usan por primera vez en Japón los arcabuces introducidos por los portugueses.

Los jesuitas construyen un templo cristiano en Kioto.

**1579**

Franciscanos españoles fundan un convento en Cantón que se cerrará poco después por presiones portuguesas desde Macao.

**1580**

Unión de las coronas de España y Portugal.

Francis Drake concluye su primera vuelta al mundo.

**1581**

Los representantes de la Unión de Utrecht deponen de manera unilateral a Felipe II y fundan las Provincias Unidas con las siete provincias del Norte de los Países Bajos. Comienza la Guerra de Flandes.

**1588**

Derrota de la armada española enviada contra Inglaterra.

**1595**

Primera expedición holandesa a Indonesia.

**1601**

Llegada de los primeros navíos holandeses a China.

**1603**

Parte la expedición de Pedro Fernández de Quirós que intenta llegar a la Tierra Australis.

**1604-**

Ataques holandeses contra Macao.

**1627**

**1606**

Pedro Fernández de Quirós descubre el archipiélago de Vanuatu. Luis Váez de Torres descubre el Estrecho de Torres, entre Australia y Nueva Guinea.

**1609**

Establecimiento de la primera factoría holandesa en Japón.

**1613**

Establecimiento de la primera factoría inglesa en Japón.

**1616**

Los holandeses ocupan parte de las Islas Molucas.

**1619**

Los holandeses fundan Batavia en Indonesia, hoy Yakarta.

**1622**

Se intensifica la persecución de cristianos en Japón.

**1623**

El shōgun prohíbe el comercio entre Manila y Japón.

**1624**

Los holandeses se instalan en Formosa.

**1626**

Tropas españolas ocupan Formosa y expulsan a los holandeses.

**1637**

Un navío inglés comercia por primera vez en Cantón y Macao.

**1638**

Comerciantes franceses llegan a la India.

**1639**

Tokugawa Iemitsu cierra el comercio japonés con los portugueses.

**1641**

Malaca cae en manos holandesas.

**1642**

Los holandeses ocupan de nuevo Formosa.

**1663**

España deja las islas Molucas a los holandeses.

## BIBLIOGRAFÍA

ARTECHE, José de: *Urdaneta. El dominador de los espacios del Océano Pacífico*. Espasa-Calpe.

Madrid, 1943.

BANACLOCHE, Julieta: *La Primera Vuelta al Mundo de Magallanes y Elcano*. Sociedad Estatal Quinto Centenario. Madrid, 1991.

BELLÓN BARRIOS, Rafael: *Acerca del Discurso de la navegación de Bernardina de Escalante: evangelización, conquista, percepción del otro (1577)*. Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispánico.

*Colección de Documentos Inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de ultramar*. Academia de la Historia. Segunda Serie, T 2, I De las Islas Filipinas. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1886.

*Colección de Documentos Inéditos, relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de ultramar*. Academia de la Historia. Segunda Serie, T 3, II De las Islas Filipinas. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1887.

FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *La Armada Española, desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*. Museo Naval, Madrid, 1973.

FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín: *Biblioteca Marítima Española*. Obra póstuma.

Imprenta de la viuda de Calero. Madrid, 1851.

FOLCH, Dolors: *Piratas y flotas de China según los testimonios castellanos del siglo XVI*.

Universidad Pompeu Fabra, Barcelona.

FONDEVILA SILVA, P: *Diccionario de la Lengua Franca Alarinera Mediterránea*, est.

preliminar SÁNCHEZ BAENA, JJ. Fundación Séneca. Murcia, 2011.

DE MORGA, A: *Sucesos de las Islas Filipinas*. Edic. De José Rizal, Librería de Garnier Hermanos. París, 1890 (1.ª edic. Méjico 1609).

LANZADO SALAFRANCA, Federico: *Un siglo de comercio y evangelización por España y Portugal en el Extremo Oriente, a través de las dos rutas marítimas del Patronato Español (Sevilla, Acapulco, Manila, Japón) y del Padroado Portugués (Lisboa, Cabo Buena Esperanza, Goa, Macao, Nagasaki) (1543-1636)*.

MARIANA, Juan de: *Historia General de España*. Tomo III. Imprenta y Librería de Gaspar y Roig, Editores. Madrid, 1849.

MARTÍNEZ-VALVERDE Y MARTÍNEZ, Carlos: *Enciclopedia General del Mar*. Editorial Garriga.

Barcelona, 1958.

MIYAMOTO, Kazuo: *Vikings of the Far East*. Vantage Press. Nueva

York, 1975.

MOTE, Frederick W: *Imperial China: 900-1800*. Cambridge-Harvard University Press.

Nueva York, 2003.

PIGAFETTA, Antonio: *Primer Viaje Alrededor del Mundo*. RED Ediciones, 2008. Este libro es una traducción al español del original, publicado en italiano en Venecia, en 1536.

OLLÉ, Manel: *La empresa de China: de la Armada Invencible al Galeón de Manila*. Editorial Acantilado. Barcelona, 2002.

*Estrategias filipinas respecto a China: Alfonso Sánchez y Domingo Salazar en la empresa de China (1581-1593)*. Universitat Pompeu Fabra. Barcelona, 1998.

ORDÓÑEZ DE CEBALLOS, Pedro: *Viaje del mundo*. Miraguano-Polifemo (Biblioteca de Viajeros Hispánicos 8). Madrid, 1993.

ORELLANA, Emilio J.: *Historia de la marina de guerra española, desde sus orígenes hasta nuestros días*. Tomo II, Primera parte. Ed. facsímil de 1993. Reproduce la edición de Manero Bayarri. Barcelona, 1886.

REYES MANZANO, Ainhoa: *La Cruz y la Catana: Relaciones entre España y Japón (siglos XVI-XVII)*. Universidad de La Rioja, 2014.

ROSSET, Edward; *Navegantes. Narrativas Históricas*. Editorial Edhasa. Barcelona, 2006.

SPENCE, Jonathan D.: *El palacio de la memoria de Matteo Ricci: un jesuita en la China del siglo XVI*. Editorial Tusquets. Barcelona, 2002.

SOLA, Emilio: *Historia de un desencuentro. España y Japón, 1580-1614*. Colección E-Libros.

Archivos de la Frontera.

WILLS, John E.: *China and maritime Europe: 1500-1800: trade settlement, diplomacy and missions*. Cambridge University Press. Nueva York, 2011.

*El buen general vence, y allí se queda. Vence y no se jacta, vence porque es su deber.*

Lao Tse



*Bandera de Maharlika, sultanato de Joló y Norte de Borneo.*




CARLOS CANALES TORRES (Madrid, España, 1963) es abogado y escritor.

Colaborador durante 13 años del programa *La Rosa de los Vientos* de *Onda Cero* e interesado en las leyendas y tradiciones españolas es autor, junto a Jesús Callejo, de *Duendes* (EDAF 1994), primera obra de la trilogía *Seres Mágicos de España*, *Seres y lugares en los que usted no cree* y *Enigma: de las pirámides de Egipto al asesinato de Kennedy*.

Especialista en historia ha escrito decenas de artículos y libros como *La Primera Guerra Carlista (1833-1840), armas, uniformes y banderas*, *El ejército de Aníbal. Cartago contra Roma*, *La Campaña del Sahara (1957-58). Una dura lección en el desierto*, *Breve Historia de la Guerra de Independencia (1808-1814)* y, en colaboración con Fernando Martínez Laínez, *Banderas Lejanas* (EDAF 2009).

Miembro de la Asociación Napoleónica Española, ha dirigido la revista *Ristre Napoleónico*.



MIGUEL DEL REY VICENTE (Madrid, España, 1962) es escritor y ha sido director de la revista Ristre en su segunda etapa.

Como autor especializado en historia militar ha publicado La Guerra de África (1859-1860), La Guerra de la Oreja de Jenkins, La Guerra de los Diez Años (1868-1878), Las Guardias Reales en la campaña de Italia y decenas de artículos y colaboraciones en prensa.

Especialista en uniformología y vexilogía, es también miembro de varias asociaciones de España, Francia y Gran Bretaña dedicadas a la investigación de la historia moderna y medieval.

Juntos forman parte del proyecto norteamericano de historia Edge & Cleaver y han publicado *Las reglas del viento, Cara y cruz de la Armada española en el siglo XVI* (EDAF, 2010), *Breve historia de la guerra del 98*, *Breve historia de la guerra de Ifni-Sahara*, *Los años de España en México. De Cortés a Prim* (EDAF, 2011), *La Batalla de Andoain. Ez da kuartelik*

*su ematen dubenentzat* y *Naves mancas. La armada española a vela de Cabo Celidonia a Trafalgar* (EDAF, 2011), obra por la que recibieron el IX Premio Algaba, *Blitzkrieg* (EDAF, 2012), *La palmera y la esvástica* (EDAF 2012), *Una jauría de lobos* (EDAF, 2012), *Las garras del*

*águila* (EDAF, 2012), *A sangre y fuego* (EDAF, 2012), *En tierra extraña* (EDAF, 2012)), *Arrozales sangrientos* (EDAF 2012), *Fallschirmjáger* (EDAF, 2012), *La audacia en la guerra* (EDAF, 2013), *Abrahan Lincoln* (EDAF, 2013), *Polvo y terror* (EDAF, 2013), *De madera y acero* (EDAF, 2013), *Ni un paso atrás* (EDAF, 2013), *Halcones del mar* (EDAF, 2013), *David y Goliat* (EDAF, 2013), *Exilio en Kabul* (EDAF, 2013), *Nelson Mandela* (EDAF, 2013), *La Gran Guerra* (EDAF, 2014), *Esclavos* (EDAF, 2014), *Valquirias* (2014) y *La II Guerra Mundial* (2014).

Notas

[1] Próximo a las Ilhas do Pracel, hoy Islas Paracelso, en el Mar de China Meridional. < <

[2] Paolo dal Pozzo Toscanelli (1397-1482) fue un matemático, astrónomo y cosmógrafo italiano que, basándose en las observaciones de Ptolomeo, creía que la Tierra tenía una circunferencia de 29 000 km en lugar de los 40 000 que tiene en realidad. Colón estaba convencido de que el florentino tenía razón. Es evidente que no era así. < <

[3] Suele olvidarse que entre los amotinados estaba Juan Sebastián Elcano, quién posteriormente se llevaría todos los honores del viaje, y que sería el responsable de completarlo. Autores como Fernández Duro silencian o pasan de puntillas por este hecho. < <

[4] Los habitantes de la región llevaban polainas de piel que hacían más anchas sus robustas piernas. Los llamaron «patagones» — patas gruesas —. < <

[5] Llegó a Sevilla el 6 de mayo de 1521, y años después realizó uno de los viajes de exploración más desconocidos e importantes de la historia de España. Véase nuestra obra Las reglas del viento. EDAF, 2010. < <

[6] Imperialismo ecológico, p. 142. < <

[7] Southern Voyages, p. 405. < <

[8] Magellan's Voyage, p. 172. < <

[9] Allí fueron los primeros seres humanos que apreciaron el cambio de fecha al navegar siempre hacia el sol poniente, pues creían que era el miércoles 9 de mayo de 1522, y allí les aseguraron que era el jueves 10, algo que les desconcertó mucho. < <

[10] Se lee constantemente que estuvieron en el célebre penal del Limoeiro — el Limonero —, por que así lo escribió Julio Verne. Es hora ya de dejar claro que esa cárcel se construyó nada menos que a mediados del siglo XVIII sobre la antigua Corte de Apelaciones de Lisboa. < <

[11] Nunca se les menciona, pero con los 18 europeos iban 3 indonesios de los 13 que embarcaron en Asia. < <

[12] Bartolomé Leonardo de Argensola. Conquista de las islas Molucas, Madrid, 1609.

< <

[13] Era el tratamiento entre los religiosos de las órdenes militares para diferenciarlos del resto de órdenes, en las que se los denominaba fray. < <

[14] Contaba con hombres que ya formaban parte de la historia de la navegación, como el propio Elcano o Rodrigo de Triana, el marinero de la Santa María de Colón, que había avistado primero las tierras americanas en 1492, y otros que pasarían a ella años después, como el cosmógrafo Andrés de Urdaneta. < <

[15] Prisionero en Pavía, el rey de Francia Francisco I fue llevado a Madrid, donde llegó el 12 de agosto, dos días antes de que la expedición saliese de La Gomera. < <

[16] Por las coordenadas de Urdaneta sabemos que la actual isla de Annobón, perteneciente a los portugueses, en Guinea Ecuatorial. < <

[17] Con seguridad la San Lesmes, de Francisco de Hoces alcanzó los 55° de latitud Sur, llegando al cabo de Hornos, 55 años antes que Drake. El nombre de Paso de Hoces fue usado durante años para denominar al Paso de Drake. < <

[18] En realidad está inspirado en el poema El barco ebrio, del francés Arthur Rimbuad:

«He visto alguna vez, eso que el hombre ha creído ver! He visto cosas que vosotros no creeríais». < <

[19] Hilder, B. (1975). The story of the Tamil bell. The Journal of the Polynesian Society n.º 84; pp. 476-484. Es un trozo de una campana de bronce de 166 milímetros de alto y 153 de diámetro con una inscripción en caracteres tamiles — de Sri Lanka — muy antiguos. < <

[20] Muy cerca, en Denninson Spit, se encontraron en 1999 restos de roble típico de las naves oceánicas europeas del Renacimiento. Es una de las pruebas más serias de su presencia. < <

[21] Oficialmente son los restos de una casa de 1844 construida por los hermanos Imlay, ya que si bien en 1977, Kenneth Mclntyre sugirió que era una construcción portuguesa, el historiador Michael Pearson ha demostrado que es una edificación moderna. < <

[22] Españoles en Australia en el siglo XVI. Revista Historia 16, número 336, abril de 2004. < <

[23] El mapa del mundo de 1543, mencionado en 1872 en el inventario de la colección del cardenal Louis d’Este, con el título La descriptione carta del Mondo en pecorina scritta a mano, miniata tutta por P. Desceliers, se perdió. El de 1546 hecho por encargo de Francisco I cayó en manos del conde de Crawford y ahora está en la Biblioteca John Rylands, de Manchester. El de 1550 hecho para Enrique II, con sus armas, se conserva en Londres, en la Biblioteca Británica. El de 1553 se perdió en un incendio en Dresde en 1915, pero una copia se encuentra en el castillo de Dieppe. Finalmente, el de 1558, presentado en París en 1875, está en paradero desconocido. < <

[24] Ver nuestra obra Los años de España en México. EDAF, 2011. < <

[25] Nada tiene que ver con Pedro Laso de la Vega, hermano del poeta Garcilaso. < <

[26] Naufragaron en Nueva Guinea y perecieron casi todos. Los tres que quedaron fueron rescatados por el gobernador portugués de la fortaleza de Tidore, Antonio Galváo a quien el contramaestre Miguel Noble entregó una relación del viaje, empleada en su obra por Fernández de Navarrete. Galváo incluyó los relatos que escuchó en su crónica denominada Tratado dos Descobrimentos, publicada en Lisboa en 1563 y traducida al inglés por Richard Hakluyt en 1601. Agregó detalles que no están en la relación de Noble, y alteró algunos otros. Juan Camacho, otro de los náufragos hizo una relación en la que

acusa al contramaestre del asesinato de Grijalva, y que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid. < <

[27] De Asia Urdaneta trajo algo más, una niña, hija suya, que entregó en adopción a su hermano. < <

[28] No olvidó el mar, pues participó en la fracasada expedición de Tristán de Luna y Arellano a Pensacola, en la Florida, en 1559, y mantuvo estrechas relaciones con su conquistador, Pedro Menéndez de Avilés. < <

[29] Colección de documentos de Indias. Segunda serie, t. II, pág. 145 a 200. < <

[30] El escorbuto es una avitaminosis producida por la deficiencia de ácido ascórbico —

vitamina C —, necesaria para la síntesis de colágeno en los humanos. El nombre químico para la vitamina C proviene de una raíz latina scorbutus. Los navegantes subsistían con dietas en las que no había fruta fresca ni hortalizas, y si granos secos y carne salada. El médico naval británico James Lind, fue el primero en reconocerla, y la prevenía o curaba añadiendo cítricos a la comida. < <

[31] Fieles aliados de Cortés, y grandes guerreros, continuaron junto a él la tarea de explorar el territorio de la Nueva España. Con Nuño de Guzmán y Pedro de Alvarado recorrieron las tierras de la Gran Chichimeca — o Chichimecatlalli, en náhuatl —. La participación de estos guerreros en esa empresa de conquista quedó plasmada en el documento pictográfico conocido como Lienzo de Tlaxcala. < <

[32] Dice Urdaneta que: «sacándose de los pechos cada uno dos gotas de sangre, revolviéndolas con vino en una taza de plata, y después dividido en dos tazas, tanto el uno como el otro, a la par bebieron cada uno su mitad de aquella sangre, con vino, lo cual mostró en Cicatuna gran contento». < <

[33] «En la isla de Cebú, de Filipinas, del poder de su Majestad, a 16 del mes de mayo de 1565, el muy ilustre señor Miguel López de Legazpi […] en una de las casas de las más pobres moradas donde entró Juan de Carnuz, halló una imagen del Niño Jesús, … y luego que la hubo hallado, llevándola en las manos con su capa para enseñarla, topó con Mateo Saz que se la quitó y llevó a mostrar a dicho señor general, el cual, con gran veneración y solemne procesión la mandó traer y meter en la iglesia que ahora se tiene de prestado, e hicieron voto y promesa él, y los religiosos de la Orden del Señor San

Agustín, y los capitanes y otros oficiales del campo, que todos los años, tal día como fue hallada la dicha imagen, se hiciese y celebrase una fiesta e invocación del Nombre de Jesús». < <

[34] Publicaciones anglosajonas — y algunas españolas —, muy mal documentadas, hablan de los fabulosos tesoros de este primer «galeón de Manila». Incluso nombran la imposible cantidad de 50 000 libras de canela 22 toneladas —. En realidad, transportaba 13 quintales y medio de cera, 3 campanas de metal «de las que en tierra usan los naturales», 24 tejuelos de estaño, 1 libra de canela y 17 marcos y 8 onzas de oro, en joyas diversas. Así aparece en el Registro de las muestras de productos de Filipinas para el rey, realizado por los funcionarios de la Real Hacienda, por lo que no hay duda de su veracidad. < <

[35] Nace frente a la costa oriental de Taiwán y fluye hacia el Noreste pasando por Japón, donde se funde con la deriva oriental de la corriente del Pacífico Norte. Es similar a la corriente del Golfo del Atlántico, y transporta agua tropical cálida hacia el Norte, dirigiéndose a la región polar. Se la conoce como el «Río Negro», una alusión al azul oscuro de su agua y también como «corriente del Japón». < <

[36] El soldado Juan Martínez dejó una relación escrita de estos sucesos, en los que advierte de «hambres, destrucciones, muertes, lloros, suspiros, prisioneros, trabajos, tardanzas, aflicciones, calamidades y naufragios». < <

[37] Ver nuestra obra De madera y acero. EDAF, 2013. La lucha continuó intermitentemente hasta 1899, cuando acabó la soberanía española efectiva en las islas del Sur, pero el conflicto lo heredaron los estadounidenses. Tras la independencia de Filipinas en 1946, el Frente Moro de Liberación Nacional y su rama escindida el Frente Moro de Liberación Islámica, han continuado un conflicto que desde entonces ha causado más de 120 000 muertos. < <

[38] Un porcentaje muy elevado eran indígenas mexicanos, usaban un armamento mixto europeo y mesoamericano. Un prisionero que los moros hicieron a las tropas de Legazpi fue esclavizado y olvidado durante mucho tiempo porque solo hablaba náhuatl, y la única palabra que conocía en español era «castilla». < <

[39] Existe cierta controversia sobre la identidad del líder de los Macabebe o quienes eran las personas que lideraron a los filipinos en la batalla de Bangkusay. Ese jefe es referido por historiadores filipinos

como «Tarik Sulayman», pero en algunas versiones de la batalla Tarik Solimán de Macabebe y el rajá Solimán III de Maynila son la misma persona. Otras versiones afirman que son personas diferentes con el mismo nombre.

Algunos incluso han sugerido que los dos hombres estaban relacionados. El rajá Solimán III está claramente registrado como participantes en la revuelta de 1574, y por lo tanto no puede ser quien murió en Bangkusay. < <

[40] En 1590, gobernando Gómez Pérez das Marinas comenzó la construcción de una muralla de piedra que rodease el perímetro de la ciudad. A pesar de los brutales combates de 1945, que dejaron Manila en ruinas, la huella española es aún importante.

< <

[41] Voyage autour du monde: exécuté par ordre du Roi sur la corvette de Sa Majesté

«la Coquille» pendant les années 1822, 1823, 1824 et 1825, sous le ministére et conformément aux instructions de S. E. M. le Marquis de Clermont-Tonnerre, ministre de la marine; et publié sous les auspices de Son Excellence Mgr le Comte de Chabrol, par M. L. I. Duperrey, capitaine de frégate, chevalier de Saint-Louis et membre de la legion d'honneur, commandant de l'expédition. < <

[42] La primera fue un tropiezo, pero en la segunda, 300 portugueses, al mando de Martín Alonso de Mello, perdieron una de sus 6 naos y a 42 prisioneros, que fueron ejecutados allí mismo o condenados luego a muerte tras ser salvajemente torturados.

Zhidong Hao. Macao Historia y Sociedad. Hong Kong University Press, 2011, p. 12. < <

[43] En el misterioso Atlas de Fra Mauro se dice que: «En el año 1420 un buque o junco de las Indias cruzó directamente el Océano Indico en la dirección de las Islas de los

Hombres y las Mujeres, más allá del Cabo Diab. Dos mil millas después, las condiciones empeoraron y volvió en 70 días al Cabo Diab». Según esas indicaciones, es posible que los chinos llegasen incluso al Atlántico, pero no hay más pruebas de ello. < <

[44] Relación del viaje que hezimos a la China desde la ciudad de Manila en las del poniente año de 1575, con mandado y acuerdo de

Guido de Lavazaris governador i Capitán General que a la sazón era en las Islas Philipinas. < <

[45] «Hay tantos barcos en esta tierra como los que pueden contarse en todo el resto del mundo. Aquí se viaja mucho más en barco que en Occidente y sus barcos son mucho más cómodos que los nuestros. Pero los barcos que salen a la mar son muy pocos y no puede compararse con los nuestros ni en número ni en estructura». < <

[46] «Sucedió que un buque procedente de un lugar llamado Portugal llegó a Colombo

— Sri Lanka —, informándose al rey que había en el puerto una raza de gentes muy blancas y hermosas, que usan sombreros de hierro y jamás se detienen en ninguna parte. Comen una especie de piedra blanca y beben sangre […] poseyendo, además, cañones que producen un ruido semejante al trueno. Una bala disparada por cualquiera de ellos, después de recorrer una legua, es capaz de destruir un castillo…». Fragmento del Rajvali, crónica del antiguo Ceilán. < <

[47] La ausencia de mujeres entre los «castilas» les pareció lógico, pues decían venir de un país muy lejano. Cuando fueron llegando, su sorpresa al verlas fue considerable. De todas formas, y más en los primeros años de la capitanía general de las Filipinas, su presencia era muy escasa. Vivían en círculos cerrados, aisladas de la población local, y rodeadas de sirvientes. La mayor parte del pueblo tagalo las veía como algo lejano y distante. < <

[48] Serpiente en sánscrito. Las serpientes, son seres vinculados al inframundo y protegen los objetos que las representan. El kris era un arma y también un objeto espiritual, pues podía ser receptor de una esencia o presencia. Por esa razón algunas cuchillas eran portadoras de buena suerte y otras de mala. < <

[49] El etnólogo E. H. Knight las considera relacionadas con el número de enemigos muertos. < <

[50] Llamada también Kali y Arnis, dependiendo de la región, se basa en el uso de armas bastones de madera de unos 70 cm de largo y una pulgada de diámetro llamados olisi, y dagas, cuchillos o puñales. Incluye técnicas de combate cuerpo a cuerpo «mano mano», y golpes y agarres, que forman el subconjunto de métodos de lucha cuerpo a

cuerpo conocido como Dumog. La eskrima no es un arte marcial homogéneo, sino que se subdivide en varios estilos o escuelas. < <

[51] Revista Black Belt — Cinturón Negro —, número de marzo de 2005. Lynn Thompson, fundador de Coid Steel, Inc., es uno de los mayores especialistas en artes marciales del mundo. < <

[52] El Archivo Nacional de Portugal, nacido en 1378, es impresionante, como corresponde a un viejo imperio mundial. Se encuentra en la Alameda Universida de 1649-010 de Lisboa. < <

[53] El gran maestro Julio Martínez narra que el esgrimista Julio Castello se impuso a principios del siglo pasado en un duelo amistoso a un japonés especialista en kenjul-su, precisamente alcanzándole en las piernas.

* La otra gran ventaja, que es la que usó Pessoa en Nagasaki en su combate contra dos samuráis, es que los humanos detectamos peor los movimientos de punzada recta que los de corte, que siempre son circulares, y empuñar el arma con una sola mano proporciona capacidad para llegar más lejos que si se empuña con las dos, y la estocada con un solo brazo totalmente recto permite una penetración demoledora de la hoja. < <

[54] Es curioso porque este puerto parece su salida «natural» al exterior, pues desde allí se lanzan en la actualidad los cohetes espaciales de la Agencia Espacial de Japón. < <

[55] Tanegashima Byobu no jo Tokitaka. Nacido en 1528 y fallecido en 1579. < <

[56] De la Filosofa de las Armas y de su Destreza y la Agression y Defensa Cristiana, publicada en 1582, obra de Jerónimo Sánchez de Carranza, estableció las bases de un sistema teórico y filosófico de esgrima, luego ampliado por Luis Pacheco de Narváez, y denominado «Verdadera Destreza», que tuvo su auge en el siglo XVII, no solo en España, sino también en México o las Filipinas. < <

[57] Jaime Pons, maestro de origen mallorquín, y el sevillano Pedro de la Torre publicaron tratados en 1474. Posteriormente y también en Sevilla, el maestro Francisco Román, publicó su obra en 1532. Esta esgrima debía ser la practicada y aprendida por los españoles y novohispanos que fueron a Asia. < <

[58] Pese a quien pese, y leyendas y mitos aparte, la verdad es que un hidalgo castellano con casco, gola, media armadura y escarcela, equipado con guanteletes de acero, una toledana y una rodela, era un enemigo terrorífico para cualquier combatiente y guerrero asiático, fuese de la nación o pueblo que fuese, y en duelo individual, el

resultado

habitual era su triunfo. Si además tenía un par de pistolas de rueda era casi un semidiós. < <

[59] Su correspondencia al rey está guardada bajo el título de Cartas al Rey Don Felipe II sobre la expedición, conquistas y progresos de las islas Filipinas, y conservada en el Archivo de Indias en Sevilla (AGI). < <

[60] Es frecuente ver su nombre escrito como Lavezaris o Lavezares. Nacido probablemente en 1499, era hijo de Catalina Chaves y Sebastián de la Besares, — de origen vasco ese era su apellido original —. < <

[61] El significado del término wako era «bandidos del país de Wa», por Japón. La referencia más temprana se encuentra en la estela Gwanggaeto, erigida en el año 414. < <

[62] Anthony Reid, «Violence at sea» en la obra de Robert J. Antony, ed., Elusive Pirates, Pervasive Smugglers. Hong Kong University Press, p. 18. < <

[63] Era el nombre romanizado de Raoping, próxima a Macao y luego a Hong Kong.

Una pequeña aldea perteneciente a Chaozhou, una de las prefecturas de la provincia de Guangdong. Hoy prácticamente está dedicada al turismo. < <

[64] Fernández Duro recoge la información de la Colección Navarrete — tomo XVII —

y habla de hasta 4000 hombres en naves de incluso 200 toneladas, equivalentes en desplazamiento a un galeoncete. Creemos que es algo exagerado, la mitad, 2000, sería un número aceptable. < <

[65] Esta imagen aparece en las principales fuentes españolas de lo sucedido. Tres son de 1575, la narración de Rada, la de Loarca y una Relación atribuida al mismo Labezares. La cuarta, la de Sande, está escrita en 1576. No siempre coinciden Rada y Loarca, por ejemplo, hablan de una quincena de piratas abatidos; Sande de ochenta. < <

[66] Las fuentes chinas son aquí más fiables. Ming Shi — Historia de la dinastía Ming —, Ming Shenzong Shilu, — Informes verdaderos del reinado del emperador Ming Shenzong —, Chuanzhoufu zhi, —

Memorias del distrito de Chuanzhou Tianxia fhongguo —, Libing shu, — Historia de los distritos y prefecturas de Chinar —, WU, Ching-hong (1958). Recopiladas por Dolors Folch en Piratas y flotas de China según los testimonios castellanos del siglo XVI. Cap. 17 p. 267 y ss. < <

[67] El lector curioso puede encontrar con facilidad retratos o estatuas de Li Ma Hong o el rajá Sulayman. Le animamos a que encuentre una obra en la que el representado sea de verdad Juan de Salcedo. Así trató España a quienes ampliaron sus fronteras hasta todos los confines del mundo. < <

[68] Al final los soldados tuvieron que devolver a los chinos su botín humano, con gran disgusto, pues tenían a las chinas «liberadas» en un estado de servidumbre, que a ellos agradaba. < <

[69] Para la historia de Brunei, la que se enseña en los colegios, los españoles fueron expulsados por el heroico bendahara Sakam, un hermano del sultán gobernante, y 1000 heroicos guerreros nativos, pero todos los historiadores que no hayan nacido en el país saben la verdad. < <

[70] De familia de hidalgos venidos a menos, era pariente de Álvaro de Sande, primer marqués de Valdefuentes, que se cubrió de gloria en la campaña de Túnez al servicio del emperador Carlos y estaba emparentado con Juan de Ovando, presidente del Consejo de Indias. Cursó los estudios de leyes en Colegio Mayor de San Bartolomé de Salamanca y se doctoró en Sevilla. < <

[71] AGI Filipinas, 339, 1, 46-47. < <

[72] AGI, Filipinas, 79, 11, 9. < <

[73] No se le escaparán al lector las similitudes con la Guerra de Irak y la búsqueda de armas de «destrucción masiva», pues son evidentes. Ahora, como entonces, las grandes potencias siempre han encontrado una justificación para sus agresiones. < <

[74] El ya citado Koxinga, que logró expulsar a los holandeses de Taiwán, tenía también planeada una invasión de Filipinas, a las que atacó varias veces, su muerte, acaecida en 1662, impidió que finalmente la llevara a cabo. < <

[75] Habían llegado a esa conclusión porque los gobernadores

provinciales utilizaban el título de virrey y ellos lo habían equiparado directamente con el nombramiento que se empleaba en España. < <

[76] Leer las fuentes chinas es fascinante, pues la visión que tenían de los «bárbaros del Mar del Sur» concentrados en Manila, era igualmente despectiva. Un grupo de gentes errantes, vagabundos de los océanos que viajaban por el mundo en sus barcos. Brutales, maleducados y sin capacidad para entender la grandeza de su nación, la única civilizada del mundo. < <

[77] «Ya tengo significado que, conquistado, es mayor imperio que Alemania, y de mucha riqueza y grandes tributarios, y gente acostumbrada a mudar señor, y casi puedo decir que ellos desean que vuestra Majestad lo sea suyo». Carta de 8 de junio de 1577. Atribuida a Guido de Lebazares. < <

[78] En su último informe, que no llegó con toda seguridad a manos del rey, el religioso, emocionado por el éxito de la guerra contra Brunei y la expedición a Borneo, no dudaba en declarar su interés en que la espada llagase antes que la cruz: «Porque creo yo que esto importa más que todos los estados de Flandes, y al seguro más que todas las Indias que Vuestra Magestad tiene, porque hecho esto luego es conquistada la China y todo este mundo de acá, y si cosa tan grande como esta y donde se pone tan poco riesgo no se pone en ejecución, bastará que Vuestra Magestad me haga a mi merced de determinarme, lo que no osara si no viera claro el negocio, y ahora quizá lo acometiera si Vuestra Magestad no lo tuviera». < <

[79] Es una forma de la palabra, Daming, nombre con el que China era designada en tiempos de la dinastía Ming por los propios chinos. Galeote Pereira se refería a China como Tamen y Gaspar da Cruz como Tame, e igual Bernardino Escalante. De esta forma deriva el topónimo de Taibin que aparece en España en el siglo XVI. < <

[80] Era su superior inmediato, algo que no deja de ser curioso. < <

[81] Fue un desastre monumental y la mayor derrota de Portugal en su historia, equivalente a la sufrida ante los alemanes en La Lys en 1918, pero con peores consecuencias. Cayeron unos 9000 hombres y otros 16 000 fueron hechos prisioneros.

Muchos de ellos jamás regresaron a su país. < <

[82] Como muestra, una sola carraca al mando de Lopes Castro se enfrentó en solitario contra toda la flota del sultán de Aceh durante tres días. < <

[83] El priorato de Crato era la sede portuguesa de la Orden de San Juan, los caballeros de Malta. Ver nuestra obra Los halcones del mar. EDAF, 2013. < <

[84] Ver en esta misma colección la obra Las reglas del viento. EDAF, 2010. < <

[85] Iwao, Seiichi: Early Japanese Settlers in the Philippines. Tokyo, 1943. < <

[86] BNM. Manuscritos. Anterior a 1580. Legajo 2825, folio 71 vto. Demarcación y División de las Indias. < <

[87] Instrucción dada por el virrey de México, don Martín Enríquez, el 1 de Febrero de 1572. < <

[88] AGI. Filipinas. Legajo 84, ramo 1, número 33. < <

[89] AGI. Filipinas. Legajo 6, ramo 2, número 56. < <

[90] Para más detalles de los combates, y de la intensidad de los mismos, ver nuestra obra publicada por EDAF en esta colección, En tierra extraña: expediciones militares españolas. < <

[91] AGI. Filipinas. Legajo 6, ramo 2, números 60 y 61. < <

[92] AGI. Filipinas. Legajo 29, ramo 3, número 62. < <

[93] Aunque hay quien lo niega, no queda duda de que entre los japoneses había un alto número de samuráis sin señor, o rōnin «hombre ola», o «guerrero errante como una ola en el mar», que portaban excelentes armaduras y espadas, como queda recogido con claridad en una de las carta del gobernador Ronquillo al rey. AGI, Filipinas, legajo 6, ramo 2, número 52. < <

[94] El fallecimiento repentino de Gonzalo Ronquillo Peñalosa en marzo de 1583 había convertido en gobernador interino a su sobrino Diego Ronquillo. Ronquillo fue cesado y enviado a la Península. Ocupó su puesto Santiago de Vera, que era el presidente de la recién creada Real Audiencia de Manila, el tribunal de justicia, ya independiente de la Real Audiencia de México. < <

[95] El enigmático Jaime Juan hizo otro viaje con dos fragatas construidas en Acapulco, y escribió una relación que se conserva manuscrita en el Archivo de Indias, en la que proponía un instrumento para utilizar la variación de la aguja. Sin nombre de autor se guardan

manuscritos en la Academia de la Historia: Fragmento de un viaje desde Acapulco a las islas Filipinas, con descripción de las de los Ladrones y otras, costumbres de los habitantes, etcétera. Colección Velázquez, «Papeles varios», t. XXXVI. Fragmento de un viaje a las islas Filipinas en el siglo XVI, con dos mapas de mano. Est. 22, gr. 4, núm. 75. < <

[96] Permaneció Pedro de Rojas que fue nombrado teniente y asesor del nuevo gobierno. < <

[97] Al año siguiente se supo que el embajador era Harada Kikuyemon, y Gaspar solo un subordinado. Kikuyemon estaba enfermo y le había mandado a Manila para no retrasar el envío. < <

[98] Seis días antes, en la mañana del 23 de mayo de 1592, la primera división de 7000

soldados liderados por Konishi Yukinaga salió de Tsushima y llegó al puerto de la ciudad de Busán por la tarde. La flota fue detectada por los coreanos, pero Won Gyun, comandante de Gyeongsang, creyó que eran navíos mercantes. < <

[99] Jamás regresó a Manila. Desapareció en una tempestad cerca de Formosa —

Taiwán —. Su gestión la conocemos por declaraciones de testigos. < <

[100] Una tormenta lo llevó a Formosa, donde lo asesinaron sus habitantes. < <

[101] AGI. Patronato, legajo 25, ramo 50. Declaraciones sobre los recelos de Japón de 1593. < <

[102] Destacó el de Sacheon, el 29 de mayo de 1592, primera aparición de los legendarios «barcos tortuga», con los que el almirante coreano Yi Sun-sin llevaría a su nación a la victoria. < <

[103] Significa «encrucijada» o «intersección», y fue la capital del antiguo imperio jemer entre los años 1432 y 1618. La ciudad estaba ubicada al sur del lago Tonle, cerca de la actual ciudad de Phnom Penh. < <

[104] El reino de Ayutthaya (叫加) existió de 1351 a 1767. El rey Ramathibodi absorbió en 1376 a Sukhothai, 640 kilómetros al norte. Durante los siguientes cuatro siglos, el reino se expandió para

convertirse en la nación de Siam, la moderna Tailandia. < <

[105] Pío A. Pazos habla de katanas, no hay pruebas de ello, pero es posible que fuese cierto, pues había comercio y contacto con Japón, y se valoraban mucho sus espadas. < <

[106] Españoles y portugueses se quejan, siempre, de que los ingleses, holandeses o franceses, eran «piratas», que depredaban sus comercios y asentamientos, pero para el resto del mundo, era exactamente lo que ellos parecían. Visto su comportamiento, y con independencia de su valor, en la práctica todos eran iguales. < <

[107] Según Fernández Duro está fechada el 20 de julio de 1598, pero los autores no hemos logrado consultarla. Debió llegar a las Filipinas poco antes de la muerte del rey Felipe II, que falleció el 13 de septiembre en El Escorial. < <

[108] Una vez más se muestra el desprecio de los españoles de la época por los asiáticos.

Ruiz, colmado de honores por ellos, no muestra la más mínima vacilación a la hora de dar información crucial sobre los puntos débiles de los camboyanos a quienes no duda en traicionar una y otra vez. De hecho ante ellos, su palabra de honor, en Castilla algo fundamental, no valía nada. Le daba igual, no los veía como personas dignas de respeto. < <

[109] Logró regresar a Manila, tras ser atacado por siete juncos piratas, a los que venció, con la perdida de tres soldados españoles. Allí se casó con una rica viuda y acabó sus días como plantador. < <

[110] Carta a fray Diego de Soria, Obispo de Nueva Segovia, sobre el mal suceso de la jornada de Camboja. Colección Navarrete. Tomo XVIII. < <

[111] Hay quien afirma que Ruiz logró escapar y regresar a Filipinas. Es dudoso, pues está claro que era alguien que daba que hablar, y su pista se perdió completamente. < <

[112] AGI, Filipinas. Legajo 79, número 28. Arribada del galeón San Felipe al Japón y martirio de frailes franciscanos. < <

[113] Según la traducción de Andrés de Saucola, decía: «Por cuanto estos hombres vinieron de Luzón con título de embajadores y quedaron en Meaco predicando la ley que su alteza prohibió rigurosamente los años pasados, manda que sean crucificados

juntamente con los japoneses que se hicieron de su ley; y los pondrán, todos 24, en cruz en Nagasaki. Y manda de nuevo su alteza prohibir de aquí adelante no haya más hombres de esta ley; y si hubiere alguno que lo quebrante será, y toda su generación, castigado». < <

[114] 20 japoneses cristianos y los seis franciscanos: Pedro Bautista, Pedro García, Francisco Blanco, Francisco de San Miguel, Martín de Aguirre y Felipe de Jesús. Del resto de franciscanos que estaban en Japón, tres fueron embarcados para Macao, desde donde volverían a Manila; el cuarto, Jerónimo de Jesús, permaneció escondido y Juan Pobre consiguió salvarse por el cuidado que pusieron los españoles en que no se entregara. < <

[115] Fue un asalto masivo, de unos 140 000 hombres divididos en dos ejércitos, al mando de Kobayakawa Hideaki. Desde el comienzo, las tropas niponas tuvieron poco éxito y se mantuvieron confinadas exclusivamente en la provincia de Gyeongsang, enfrentándose a coreanos y a chinos. Una vez más, la superioridad coreana en el mar fue determinante. < <

[116] José Eugenio Borao: La colonia de japoneses en Manila en el marco de las relaciones de Filipinas Japón en los siglos XVI y XVII. < <

[117] Tras las victorias de la moderna flota japonesa sobre China de 1895, de nuevo se percibió a Japón en Manila como una amenaza, algo que se intuía ya cuando en plena era Meiji, en la década de 1880, los japoneses comenzaron a reforzar su marina. < <

[118] Astrónomo, poeta, geógrafo y filósofo, fue director de la legendaria Biblioteca de Alejandría, realizó el primer globo terráqueo por encargo del rey Ptolomeo de Egipto.

Sin embargo, el principal motivo de su celebridad es la determinación del tamaño de la Tierra, lo que hizo con un error de menos del 1 %. Para ello inventó y empleó un método trigonométrico, además de las nociones de latitud y longitud. Murió el 194 a. C.

< <

[119] El historiador peruano Antonio del Busto (1932-2006), defendió en su obra Túpac Yupanqui que fue el descubridor de Oceanía. Según él, alrededor de 1465 este Inca habría recorrido más de 4000 millas náuticas para llegar a la actual Polinesia Francesa y después continuar viaje hasta la isla de Pascua, la célebre Rapa Nui. Esa misma teoría fue la defendida por el navegante y aventurero noruego Thor Heyerdal,

cuando decidió en 1955 llevar adelante la expedición de la Kon-Tiki. Lo cierto es que las pruebas de la presencia de los antiguos peruanos en las islas de Oceanía son bastante sólidas. < <

[120] Su muerte ocurrida el 19 de febrero de 1564 sigue hoy teñida de misterio. Se barajaron desde causas naturales, hasta enfermedades venéreas o el asesinato pasional.

< <

[121] Probablemente Nui, en Tuvalu, que es un minúsculo país formado por 4 arrecifes de coral y 5 atolones, con un área total de 25,44 km2 — 2544 hectáreas —, que es, con sus menos de 12 000 habitantes, después del Vaticano, la nación independiente con menor número de habitantes. < <

[122] Hoy el brazo de mar que separa esta isla de Guadalcanal es llamado «Estrecho del Fondo de Hierro», en inglés Ironbottom Sound, por la cantidad de buques y aviones que fueron enviados al fondo del mar en los terribles combates librados en la zona en la II Guerra Mundial. < <

[123] Bien se pudo apreciar eso cuando entre el 7 de agosto de 1942 y el 9 de febrero de 1943 la isla se convirtió en un monumental campo de batalla en el que murieron miles de japoneses y norteamericanos. < <

[124] Según la relación del contador naval Catoira, «les cortaron en pedazos y les abrieron los cráneos». < <

[125] Fernández Duro Tomo X, p. 154, da por hecho que se hundió, pero como veremos, es posible que su destino fuese otro bien distinto. < <

[126] Está a 10°25′12″ de latitud Sur y 165°30’ de longitud Este. Tiene 40 km de largo y 22 de ancho, con una superficie de 505,5 km2, y una montaña de 549 metros sobre el nivel del mar. Sus habitantes, melanesios y papúes, son unos 5000. < <

[127] Internet y los miles de documentos que lo pueblan es culpable de muchas de estas ocurrencias. Valga como ejemplo que un retrato que aparece continuamente como de Isabel Barreto es en realidad de Juana Inés de Asbaje, conocida también como sor Juan Inés de la Cruz. < <

[128] Serás reina del mundo. Alexandra Lapierre. Editorial Planeta,

2013. < <

[129] Espíritu Santo sigue siendo la isla más grande de la república de Vanuatu, las viejas Nuevas Hébridas. Tiene una enorme montaña que alcanza los 1879 metros de altura, el monte Tabwemasana. < <

[130] En 1617 se tradujo ya al inglés uno de los informes de Quirós, Terra Australis Incognita o A New Southerne Discoverie. Un breve relato del viaje de Quirós y sus descubrimientos fue publicado por Samuel Purchas en 1625 en Haklvytvs posthumus o Perchas his Pilgrimes, vol. 1, pag. 1422-32, narración basada, casi con seguridad, en una carta de Quirós al rey en 1610. Sin duda, entre 1762 y 1765, documentos escritos de la expedición de Torres fueron vistos por el hidrógrafo del Almirantazgo Británico Alexander Dalrymple, que proporcionó un mapa básico Joseph Banks, quien a su vez proporcionó esa información a James Cook. < <

[131] Fernández Duro, Tomo XIX, p. 319. < <

[132] El 20 de marzo del 1602, los Estados Generales de los Países Bajos le concedieron un monopolio de 21 años para realizar actividades coloniales en Asia. Fue, en la práctica, la primera multinacional del mundo y la primera compañía que publicó sus beneficios. < <

[133] Tuvo dos supresiones: en 1619, cuando Felipe III estuvo en Lisboa, y entre 1639 y 1658, sustituido por la Junta de Portugal. Ver Anexo II. < <

[134] El koku era una antigua medida de volumen japonesa, originalmente definida como la cantidad de arroz necesaria para alimentar a una persona durante un año. Un metro cúbico era equivalente a 3,59 koku. La que aquí nombramos dejó de utilizarse en 1891 y se sustituyó por otra más pequeña. Con carácter general se abolió en 1912, aunque hoy, siempre reacio a olvidar sus tradiciones, Japón lo mantenga en uso en la industria maderera. < <

[135] No lo logró hasta 1615, cuando la fortaleza que los Toyotomi tenían en Osaka fue destruida. < <

[136] Escribió Furtado: «La cosa que más estimé en esta empresa, que es digna de quedar en memoria, es que, quebrantando el proverbio de las viejas portuguesas, en el discurso de esta guerra no hubo entre españoles y portugueses una palabra más alta que otra, comiendo juntos en un plato». < <

[137] El emperador Wan Li inició en 1596 una política de nombramiento de eunucos como recaudadores de impuestos e intendentes de minas. Con frecuencia protegían las aspiraciones de aventureros como Zhang Yi u otros oficiales corruptos como Yang Yinglong. < <

[138] La situación la denunció Fray Bernardo de Santa Catalina, Provincial de los dominicos y comisario del Santo Oficio en Manila, en una carta a la corte: «era voz general que el número de chinos alzados alcanzaba a veintitrés o veinticuatro mil, aunque los oidores decían que no pasaba de ocho mil, cuyo número reducían los dichos oidores, por ser los principales culpables del alzamiento, por prodigar las licencias de los chinos para quedarse en Manila; licencias que vendían a 5 tostones cada una; y oidor hubo que sacó 60 000 tostones de las dichas licencias, equivalentes a 30 000 pesos». La corrupción política española ha existido siempre. < <

[139] Gao Tsai reaparecerá en escena al año siguiente, 1604. Enterado de la presencia holandesa en las islas Pescadores, envió una misión que ofrecía iniciar conversaciones comerciales, previa entrega de elevados presentes, tanto para él como para el emperador. < <

[140] Según un sangley capturado al que se le dio tormento, el número de los reunidos era de cuarenta capitanes con ciento cincuenta hombres cada uno, pero parecen excesivos si hacemos caso a las crónicas españolas y chinas. < <

[141] Pueden leerse en Mingjing Shi Wen Bian — colección de informes a los emperadores de las dinastías Ming —. < <

[142] Tanto José Rizal como Emilio Aguinaldo, que iniciaron la rebelión contra España en 1896, eran de origen chino. < <

[143] Con cierta inocencia, historiadores como Fernández Duro achacaban el desastre ante los holandeses a un cierto espíritu humanitario español: «Prevaleció siempre en las conquistas ultramarinas de los españoles — dice —, cualquiera que fuesen los procedimientos prácticos de ejecución, el principio de arrancar miembros a la barbarie, llevando por el mundo con la luz del Evangelio las de la cristiana civilización. Los caudillos eran severos, duros, inexorables, si la necesidad lo requería, a su juicio, para extirpar la idolatría y el sacrificio humano, trocar los hábitos salvajes, corregir los vicios, dulcificar las costumbres. No iban tanto a sojuzgar el suelo como a ganar las ánimas, sin que esto quiera decir que despreciaban los intereses materiales». < <

[144] Todos los libros publicados por los holandeses y británicos que hacen referencia al combate de Playa Honda, hacen hincapié en el mayor número de barcos españoles, para subestimar la victoria. Convenientemente se les olvida la manifiesta superioridad artillera holandesa. < <

[145] El Blijde Boodschap del capitán Dirck Gerritsz fue a la deriva después de ser desarbolado por las tormentas, vio una «tierra muy montañosa, cubierta de nieve, como la tierra de Noruega» — la Antártida — y, posteriormente, fue capturado por un buque español. El Geloof regresó a Roterdam. < <

[146] Su carga consistía en once cofres de tela gruesa de lana, perlas de vidrio, espejos, lentes, clavos, hierro, martillos, 19 cañones de bronce, 5000 balas de cañón, 500

mosquetes, 300 balas dobles de cañón unidas por cadenas — desarboladoras — y tres baúles repletos de cotas de malla. La artillería era muy valiosa, y fue empleada en la batalla de Sekigahara, el 10 de octubre de 1600. < <

[147] Los ingleses dicen siempre que Adams fue el primer samurái extranjero, pero le precedió un africano llamado Yasuke, que sirvió a Oda Nobunaga veinte años antes. La vida de Adams inspiró la novela Shōgun de James Clavell, y una serie de televisión. < <

[148] Entre 1613 y 1623, los diez años de actividad de la empresa inglesa en Japón, además del primer barco que llegó, el Clove en 1613, solo otros tres transportaron cargamentos directamente desde Londres a Japón: el Hosiander en 1615, y el Thomas y el Advice, en 1616. Los ingleses consideraron que era un mercado de escaso interés. < <

[149] Bóxer, C. R. (1948). Fidalgos in the Far East, 1550-1770. La Haya. Editorial Martinus Nijhofif. p. 51. < <

[150] Pessoa también denunció a Hasegawa y Murayama. Los jesuitas cuando se enteraron quedaron espantados, pues Onatsu, hermana de Hasegawa era la concubina favorita de Ieyasu, «tanto es así, que si ella decía que el negro era blanco, Ieyasu lo creería». Por su presión Pessoa desistió de la demanda, pero el daño ya estaba hecho. < <

[151] Insistimos en que tanto Pessoa como Vivero, que se trataban como extraños, estaban bajo el mismo rey. Una vez más se demostraba que en Oriente la unión de España y Portugal era mera ilusión. < <

[152] Cuando la Nossa Senhora da Graça se hundió, la mayoría de su carga consistía en seda china sin vender y 160 cajones de lingotes de plata. 70 de ellos se recuperaron en 1617. < <

[153] Más o menos equivalentes a los cuentos que hoy en día se narran sobre los ninjas y los samuráis en Occidente. < <

[154] En 1808 la fragata HMS Phaeton entró en Nagasaki en persecución de dos barcos holandeses, y los japoneses amenazaron a los británicos con repetir la hazaña de Pessoa si no se retiraban. El mito seguía vivo. < <

[155] Firmada en Amberes el 9 de abril de 1609, supuso el reconocimiento de facto de la independencia de las provincias del norte de los Países Bajos: Holanda, Zelanda, Utrecht, Frisia, Grōninga, Overijssel y Güeldres, que otros países del entorno pronto reconocieron oficialmente. < <

[156] Fuerte Malayo, en Teníate — más tarde rebautizado como Fuerte Oranje —, a pocos kilómetros de las posiciones españolas, fue el cuartel general de la VOC en las Indias, hasta que el gobernador Jan Pieterzsoon trasladó en 1619 su sede a la recién construida Batavia. < <

[157] Formaban la escuadra los galeones Salvador, San Marcos, San Juan Bautista y Espíritu Santo y las naos San Miguel, San Felipe, Nuestra Señora de Guadalupe, Santiago, San Andrés y San Lorenzo. < <

[158] En su obra Ataques de los holandeses a Filipinas. < <

[159] Su visita, recogida en las Relaciones de Madame de Saint Tropez, publicada en octubre de 1615 — Bibliotheque Inguimbertine, Carpentras —, se recuerda como el primer contacto de Japón con Francia. < <

[160] Un documento que llevó a Japón y que actualmente se preserva en Sendai. < <

[161] Véase nuestra obra Naves mancas. EDAF, 2011. < <

[162] En ese periodo el shōgun recibió a una embajada holandesa y a otra inglesa, lo que demostraba su escaso interés por atender a los españoles. < <

[163] Unos pocos japoneses se quedaron en España, en Coria del Río

donde transmitieron a sus descendientes un apellido que denotaba su origen, pues en el registro bautismal de la parroquia de Santa María de la Estrella, en los folios correspondientes al siglo XVII, se encontró la partida bautismal de un niño que llevaba por apellido Japón, y llevan hoy cientos de personas. < <

[164] El 22 de mayo de 1992 el alcalde de Sendai, Toru Ishii, acompañado de una amplia delegación municipal, visitó Sevilla. Desde aquel año, Hasekura Tsunegawa tiene su estatua en Coria del Río, regalo de la Prefectura Miyagi, de donde procedían la mayoría de aquellos embajadores japoneses. < <